



# EL CAMINO DE FUEGO

SIGUE EL CAMINO HEROICO

se

KATE A. B.  Lectulandia

Primero elegiste el camino insurrecto, luego seguiste el camino desconocido, ahora tendrás que adentrarte en el camino heroico.

Emmeline y sus amigos han llegado a la tranquilidad del valle de Matisa. Pero las dificultades han seguido sus pasos. La gente de Matisa, antes protegida por una enfermedad que disuadía a los agresores, está muriendo a causa de este mal. Y lo que es peor, los soldados del Dominio reclaman esta tierra como propia y los amenazan con armas brutales.

Para recuperar el control y negociar la paz, Emmeline y Matisa deben descubrir un nuevo remedio para revertir la enfermedad. Pero sus sueños revelan un camino inesperado: tendrán que volver al asentamiento del que Emmeline huyó para jamás regresar.

Sin embargo, ya no es la chica vulnerable que alguna vez fue, y Em está dispuesta a arriesgar su vida para asegurar el futuro que arde en su corazón.

**Lectulandia**

Kate Boorman

# **Corazón de fuego**

**Invierno asesino - 3**

ePub r1.0

XcUiDi 29.07.18

Título original: *Heartfire*  
Kate Boorman, 2016  
Traducción: Raquel Castro

Editor digital: XcUiDi  
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de [www.epublibre.org](http://www.epublibre.org). La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



**E**l bosque es voraz.

Abre sus mandíbulas y nos traga enteros.

Los árboles se desdibujan, se mezclan uno con el siguiente, sus sombras sangran oscuridad sobre la negrura. No hay sol ni cielo en este lugar. Sin embargo, a pesar de los peligros —el ataque de alguna bestia que no alcanzamos a ver— este bosque oscuro nos ofrece una cosa.

Un escape.

Los músculos me duelen, mis pulmones arden, tengo que bordear marañas de arbustos y pasar por debajo de matorrales, arrastrando mi pie malo. Mi corazón retumba en mis oídos.

Siento a mi perseguidor detrás de mí como un aliento caliente en el cuello. Mientras me esfuerzo para pasar sobre un tronco caído, una rama delgada latiguea en mi mejilla. Me muerdo el labio para no dejar escapar un grito.

Y ahora, un relampagueo azul a la izquierda. Un muchacho de mi edad —uno de los parientes de Matisa, quizás— huyendo, como yo.

Por un instante veo sus ojos: brillan con determinación, como si estuviera seguro de que va a lograrlo. Haciendo eco de mi pensamiento, acelera y desaparece. Quiero seguirlo pero no, eso sería tonto. No soy tal veloz como él, solo conseguiría guiarlos hacia su camino.

Trastabillo, me detengo y repienso mi escape. ¿Sería posible regresar hacia la aldea de Matisa y ocultarme ahí? Me vuelvo hacia el noroeste, con la intención de hacer un gran rodeo y trazar, de nuevo, mi camino.

Se escucha algo detrás.

Miro a mi espalda y no encuentro más que una hilera de árboles, pero en el fondo lo sé: me han encontrado.

*Deprisa.*

Desesperada, examino el bosque. A varios trancos a mi derecha, el suelo musgoso desaparece conforme la tierra cede su sitio a un pronunciado desfiladero. Un racimo de pinos con ramas bajas y tupidas se inclina sobre la ladera. No hay adónde correr más allá de ellos; la bajada es demasiado pronunciada: seguramente caería y me lastimaría seriamente. Si me oculto ahí, estaré atrapada.

Pero no me queda tiempo.

Me apresuro detrás de los árboles y me arrojo al suelo, intentando aplastarme tanto como puedo bajo la línea de visión.

Contengo el aliento tembloroso.

Silencio.

Una línea de sudor me provoca comezón en el cuello, bajo la trenza. Las palmas de mis manos también están pegajosas. Las limpio contra el musgo y me arriesgo a tomar una bocanada de aire. Mis latidos disminuyen del galope al trote.

Silencio.

Levanto la cabeza con cautela.

—Estás muerta.

Mi corazón brinca. ¿De dónde...? Me apoyo en las rodillas y miro hacia los árboles. Una silueta se mueve en el borde de mi visión.

Tom me apunta con su amado rifle a menos de diez pasos de donde estoy.

—*Bang* —dice. Y sonrío.

Miro con el ceño fruncido sus ojos azules.

—¿No se supone que tienes que tocarme?

—Estás totalmente a la vista. No necesito hacerlo.

—Esa cosa ni siquiera está cargada.

—Por supuesto que no. Y de todos modos, estás muerta.

Maldigo y me levanto, sacudiendo la tierra y las agujas de pino de mis manos.

—No soy lo suficientemente rápida para este juego.

—No —acepta Tom. Se relaja y descansa el rifle a un lado—, pero fuiste silenciosa. Tuve que seguir tu rastro.

Miro mi pie malo. El chico que me rebasó va a durar muchísimo más que yo contra su oponente, pero supongo que ya es algo el no haber hecho ruido.

Recuerdo haber perseguido a alguien a través de los bosques, así como ahora, cerca de nuestro asentamiento, hace tres estaciones. Ese día, el día que todo cambió, entré al bosque detrás de Matisa, abriéndome paso entre los arbustos como el granizo entre las flores de la calabaza, mientras ella avanzaba delante de mí como un dardo, silenciosa como un rayo de sol. Vivir con su gente, los *osanaskisiwak*, estas últimas semanas, me ha enseñado a moverme despacio. Y he aprendido a escuchar mejor, a observar.

Pero hace falta velocidad y fuerza para convertirse en uno de sus guerreros.

Cruzo a través de los árboles en dirección a mi mejor amigo. Sus mejillas están sonrojadas, probablemente más por la emoción que por el esfuerzo de atráparme, dado que no llegué muy lejos.

—Gracias —dice Tom—. Fue una buena práctica.

Contengo una risa.

—Apenas.

—Todo ayuda —dice con sinceridad.

Inclino la cabeza.

—No estoy segura de reconocer a este Tom —digo.

—¿Cuál?

—El que está obsesionado con sus habilidades de lucha.

—Solo quiero probarme. Confío en no tener que usarlas.

—Seguro —bromeo, una sonrisa aparece en mis labios.

—En verdad, hemos tenido suficiente muerte a nuestro alrededor últimamente.

Mi sonrisa se desvanece.

Está hablando de la Hemorragia, la enfermedad que vive en las *pequeñas aguas*. Este verano ha tomado la vida de una docena de personas, gente de Matisa.

—El rumor está cobrando fuerza —añade Tom en voz baja.

Una familiar inquietud se instala en mi pecho.

Los preparativos para la batalla comenzaron como una precaución cuando hace semanas llegué aquí con Matisa, Isi y Tom, con noticias de que en el Dominio (la gente que gobierna en el este) están preparándose para venir a colonizar esta región. La gente de Matisa desconfía de aquel grupo desde hace mucho, porque son los que expulsaron y mataron a los primeros pueblos en el este. Pero su gente también ha tenido siempre la carta ganadora contra los invasores: un remedio para la Hemorragia.

El círculo de sanadores al que pertenece Matisa ha protegido el secreto de ese remedio por años, con el plan de usarlo para negociar la paz con los invasores. Es su mayor esperanza contra las armas del Dominio, y el círculo de sanadores ha dedicado su vida a protegerlo.

Las muertes recientes a causa de la Hemorragia pueden deberse a una de dos cosas: las víctimas no estaban tomando el remedio, o el rumor del que Tom habla es verdad y el brebaje ha dejado de funcionar. Si esta es la razón, no podrá haber negociación con el Dominio, y Tom terminará probando sus habilidades en una guerra sangrienta.

Todos lo haremos.

Cambio el tema de nuestra conversación.

—¿Qué sigue?

—¿Luego de esto? Práctica de tiro.

Pongo los ojos en blanco.

—Como si necesitaras práctica.

Sonríe.

—Vamos —dice, jalándome del brazo.

Encontramos una cresta, la escalamos y nos dirigimos a la aldea, con cuidado de mantener la montaña con forma de tortuga siempre un poco delante de nuestro hombro derecho, tal como nos enseñaron. En lo profundo de estas grietas los bosques son tan espesos que es fácil perderse. Hay muchos peligros en ese lugar: riscos desmoronándose, depredadores de gran tamaño. Los accidentes no son comunes

porque la gente de Matisa conoce bien el terreno, pero Tom y yo somos nuevos aquí, nos tomará mucho más que un verano comprender bien el sitio.

El hermano de Matisa, Nishwa, espera en las planicies de entrenamiento. Levanta una ceja cuando nos ve salir de entre los árboles.

—¿De regreso tan pronto?

—Tom necesita una presa más veloz.

—Ah.

Nishwa se pasa una mano por la cabeza parcialmente afeitada, un estilo que indica su nuevo rango: entrenador. El ascenso fue su premio por detener a los cazadores *osanaskisiwak* antes de que salieran en su expedición anual. Les advirtió del peligro y los instó a que se quedaran y defendieran el valle. Su cabeza afeitada lo hace parecer más fiero, pero su rostro redondo es franco y su sonrisa demasiado frecuente.

—Muy bien. Eso quiere decir que puedes competir tan bien como los otros.

Sus palabras no me animan: siempre seré demasiado lenta, demasiado torpe para fungir como una guerrera.

Mi mirada escapa al lago. Un jinete sobre un caballo del color del humo blanco se acerca por la orilla hacia nosotros. Es Eisu, el primo de Matisa.

Le doy un codazo a Tom.

—Para la próxima vez, usa a Eisu.

Los ojos de Tom se clavan en el guapo explorador y luego se desvían.

Yo reprimo una sonrisa. Tom está fascinado por Eisu. No lo ha dicho, pero me doy cuenta.

—Sería la pareja adecuada —insisto.

Y ahora veo a Matisa, emergiendo de entre una línea de árboles en el lado más lejano a nosotros de la planicie. Se cubre los ojos contra el sol y me hace señas para que me acerque a ella.

—¿Te veo al rato? —le pregunto a Tom.

—Gracias de nuevo, Em —me dice, pero sus ojos están fijos en Eisu.

Doy media vuelta, esta vez incapaz de ocultar la sonrisa. Conozco lo que Tom experimenta. Sé lo que se siente cuando tu piel se enciende por el contacto con cierta persona, cuando tu corazón se acelera si esa persona dice tu nombre... contengo el aliento y ahuyento el súbito recuerdo de Kane, de los días de viaje que me tomaría llegar hasta donde está él.

En cambio, me concentro en llegar con Matisa y me percató de que hay un animal merodeando en las sombras de los árboles cercanos a ella. Es una perra flaca, toda costillas y piel sarnosa. Matisa extiende su mano, que tiene un trozo de algo. La perra se abalanza a tomarlo con el hocico y se aleja.

Yo mantengo mi distancia.

—¿De quién es esa perra? —pregunto. Los perros son algo nuevo para mí, y se parecen demasiado a los lobos para que me sienta cómoda cerca de ellos.

Matisa se encoge de hombros.

—Parece que no tiene hogar. Quizás escapó de su manada.

Miro a la perra tragando las sobras que le ofreció Matisa. Levanta su cabeza, mira a mi amiga y se relame.

—¿No temes que te muerda?

—No lo hará —dice Matisa—. Solo está buscando un amigo.

Le arroja otro pedacito de comida, que la perra pesca en el aire. Mi corazón da un salto.

—Un amigo con comida —añade.

—¿Me llamabas? —pregunto.

—Sí —dice. La perra se acerca de nuevo, pero la mano de Matisa está vacía—. Necesitamos más unguento.

—¿Eh?

Yo hago mixturas y atiendo las heridas que los guerreros se infringen durante las prácticas, pero hay otras personas que se dedican a eso también; mi trabajo nunca es urgente.

—Y quiero contarte acerca de mi sueño —añade.

Oh.

Trato de no mostrar con mi expresión lo que pienso. Por dentro, me siento cansada. La perra inclina la cabeza.

—Este se sintió diferente —aventura.

*Se sintió diferente.*

Contengo un suspiro. Matisa cree que ella y yo somos el par de personas de las que habla su leyenda: dos soñadoras de tiempos distintos que pueden evitar que el desastre agobie a su gente. Es la razón por la que buscó mi asentamiento el otoño pasado, y por la que viajamos juntas hasta acá. Y el hecho de que nuestros sueños nos guiaran una a la otra, y luego de nuevo cuando nos separamos en el camino hacia acá, me lo hizo creer también. Siempre pensé que llegando aquí descubriríamos nuestro propósito.

Pero durante semanas su sueño ha sido el mismo: ella busca en un bosque, cerca hay una pila de cadáveres de su gente. Y el mío también ha sido uno: yo, enterrando a Matisa a un costado de mi asentamiento.

Parecería que nuestros sueños predicen la muerte, por lo que no puedo entender cómo nos podrían ayudar a evitarla.

Matisa espera mi respuesta.

—Claro —digo con una sonrisa forzada, pero ella arruga el ceño (siempre sabe lo que pienso) y noto un destello de desesperación en sus ojos. Mi corazón se encoge. Ella ha cambiado desde el día que encontré mi asentamiento. En aquel momento, apareció de la nada, una salvadora de ojos brillantes, llena de misterio y nuevas posibilidades. Ahora, la preocupación se mueve en su semblante como una araña y mantiene sus hombros caídos, como si cargara un gran peso.

Me reprendo por añadirle otra mortificación, así que me yergo y le ofrezco la mano.

—Quiero escucharlo todo.

Su rostro se relaja.

—Es casi hora de la cena —dice y toma mi mano mientras señala hacia la aldea—, podemos hablar mientras comemos.

Miro con el rabillo del ojo a la perra cuando se nos acerca. Se escabulle, cansada, pero nos observa con esperanza. Me recuerda a alguien...

El pensamiento se desvanece cuando dos chicos se acercan cabalgando. Nos dejan atrás con un trote veloz. Me detengo y volteo para ver cómo clavan los talones en los costados de los caballos, en su intento por avanzar más rápido. Cruzan la planicie como flechas en dirección al lago. Tan fuertes. Tan veloces.

Matisa me mira con detenimiento.

—¿Qué? —le pregunto.

—He estado pensando —dice. La perra se nos acerca más y levanta el hocico para olfatear su mano, y lame la sal de su palma—. Quizá deberías intentarlo de nuevo.

—¿Cabalgar?

Matisa intentó enseñarme a principios de la primavera, antes de que viniéramos. En aquel entonces, yo estaba segura de que podría aprender. Estaba segura de muchas cosas: de que nuestro viaje sería emocionante, de que mi nueva vida con Kane estaba comenzando. Pero el viaje fue un desastre y Kane cuida ahora de sus hermanitos huérfanos en la seguridad de una aldea de recién llegados, a días de aquí y bajo las atenciones de una chica de mejillas rosadas llamada Genya. Las cosas no salieron como yo soñaba; ser pésima para cabalgar fue el menor de mis fracasos.

—La vez anterior nos apresuramos demasiado —dice—. Podrías aprender con un caballo manso, con un mejor maestro.

Me detengo a pensarlo. Amo a estas bestias: todas esas líneas esbeltas y músculos fuertes, su olor terroso y agradable, sus ojos amables. Recuerdo que al galopar por las tierras secas, tratando de ganarle a la lluvia, me sentí viva. Pero también recuerdo ir dando tumbos sobre la yegua de Matisa y los gritos de dolor de la parte interna de mis muslos después de dos días de práctica. Recuerdo lo exasperado que estaba Isi con su adorada Matisa por insistir en enseñarme. Ahora él es un querido amigo y las miradas rencorosas se han terminado, pero esa noción de que las clases fueron inútiles permanece en mi mente como un zumbido.

Suspiro.

—No estoy segura de que nada ni nadie pueda ayudarme.

—¡Matisa! —el grito llama nuestra atención. Una joven se apresura hacia nosotras. Se detiene, sin aliento, y habla sin parar en el idioma de Matisa. Mientras esta la escucha, su mirada estudia las tierras de cultivo y las orillas del río.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Otra chica enferma.

No necesito preguntar si es Hemorragia: la urgencia en el tono y la mirada de la mensajera lo confirma.

—El resto del círculo está cosechando hoy —dice Matisa—. Seguramente querrían venir, pero no tengo tiempo de convocarlos.

No puedo ofrecerme a acompañarla: el círculo se reúne en un sitio secreto, donde recogen la planta medicinal que se supone que previene la Hemorragia. Una vez que la cosechan, la mezclan con otras hierbas para enmascarar su identidad de modo que sean ellos quienes controlen la verdad y se aseguren de que el conocimiento no alcance, por accidente o por ambición, a los recién llegados. Como yo.

Matisa se muerde el labio.

—La chica estará consciente poco tiempo.

—Voy contigo.

No me permitirán ver a la chica, pero quiero estar ahí para mi amiga.

—Vamos, rápido —dice Matisa—. La tienen en el lugar del silencio.

Me esfuerzo para mantener su paso y la sigo hacia el oeste mientras la caída del sol corona los picos de las montañas con un resplandor rojo. Mi piel se eriza con expectación. O quizá con temor.

Morir a causa de la Hemorragia es un asunto rápido y espeluznante, que termina en medio día o, cuando más, a la noche siguiente. Matisa no se apresura porque quiera curarla, ni siquiera por hacerle menos dolorosa la muerte. Lo hace porque si puede hablar con ella antes de que la chica caiga bajo la cortina de fiebre y dolor, podríamos establecer la causa del contagio. Podríamos saber si es lo que el círculo quiere creer, que ella dejó de tomar el remedio. O que en verdad el remedio ya no nos protege.

Mis pensamientos vuelan a la par que mi corazón conforme nos acercamos a la moribunda.

*El rumor está ganando fuerza, recuerdo que me dijo Tom.*

Un estremecimiento recorre mi espalda.

Ruego al Altísimo que no sea verdad.



**E**l bosque cede el espacio a riscos abruptos. Una pequeña cabaña se levanta frente a nosotras, abovedada y hecha de retazos de madera, como una colmena, igual que las otras cabañas que están en la ladera de la montaña, lugares de descanso para aquellos que necesitan silencio y privacidad. No estamos a más de cinco minutos a pie de la aldea y su constante pulso de risa, cantos, llanto de niños, ladridos de perros; el rico olor del humo de las hogueras, carnes rostizadas, caballos, hierbas... pero aquí arriba, todo eso se siente muy, muy lejano.

Un hombre joven (¿hermano o primo de la chica enferma?) está en pie afuera de la cabaña, como si nos esperara. Su camisa es del color azul cielo que la gente de Matisa tanto ama, con una línea de cuentas, que brilla al sol, a lo largo de cada manga. Por lo general, la gente de Matisa usa el cabello trenzado, a veces adornado con tiras de piel teñida de colores o con plumas. El cabello de este hombre está suelto, largo: una señal de duelo. Sabe que Matisa no está aquí para ayudar.

Hablan en su idioma. Cuando él abre la puerta y la luz del interior escapa, alcanzo a ver una silueta que yace sobre pieles.

Me estremezco.

Y de pronto me siento agradecida de tener que esperar afuera.

Matisa se vuelve a mirarme. No sé leer su expresión.

—Aquí estaré —le digo, poniendo una mano en su brazo.

Ella desaparece dentro, y cuando la puerta se cierra tras ella, la oscuridad crepuscular nos rodea de nuevo.

Miro al hombre y lo saludo según sus maneras:

—*Tansi*.

Responde con una cortés inclinación de cabeza y mira hacia otro lado. Sigo su mirada, que traza la ruta por la que Matisa y yo llegamos.

Desde aquí, el brillo de la aldea es visible entre las copas de los árboles; los hogares de varios miles de personas anidados en las sombras de estas montañas imposibles. Las tierras de cultivo se extienden hasta el lado más lejano del valle, cerca de un lago centelleante. Las paredes de roca crean barreras casi inexpugnables para el extranjero que no conozca estas tierras, y la entrada oriental al valle es custodiada por un largo tramo de centinelas. A la distancia, el lugar es imagen de

fuerza y belleza.

Pero, visto de cerca, está bajo ataque, una persona a la vez.

Un murmullo de voces viene del otro lado de la puerta. Me imagino a la chica que yace ahí, tratando de hablar a pesar de su lengua hinchada, sangrante, y de pronto lo único que quiero es cubrirme los oídos con las manos y huir ladera abajo.

La vergüenza me inunda. El miedo que siento no ayuda.

Con todo, algunos días repta por mi mente y ensucia mis pensamientos hasta que no sé distinguir arriba de abajo. Esos días, extraño tanto a Kane que siento como si una parte de mí hubiera sido arrancada y arrojada al viento. Esos días, escarbo en mi recuerdo, desesperada por evocar su rostro, el sonido de su voz, la textura de sus manos. Lucho por encender el fuego de mi corazón, que alguna vez ardió con tanta fuerza por él que pensé que me consumiría.

Froto mis manos, no para calentarme sino para hacer algo, y me quedo en silencio junto al hombre, pensando, no por primera vez, que debo parecer tonta. No sé decir más que unas pocas palabras en el idioma de Matisa y nunca voy a dominar sus modales. Ellos son una mezcla de dos grupos distintos, como éramos nosotros en el asentamiento, pero aquí unos han aprendido el idioma de los otros, algo que nosotros nunca hicimos. Y aquí no todos hablan bien mi idioma, pero casi todos lo entienden. Aprender la lengua y el uso de las armas del Dominio ayudó a los *osanaskisiwak* a entender el daño del que les hablaban sus sueños. Se suponía que protegerse de la Hemorragia garantizaría su supervivencia.

Miro fijamente el valle centelleante, en busca de un sentimiento de paz.

Este flota a la deriva lejos de mi alcance, como una hoja arrancada de un árbol por la brisa.

Pasa una eternidad. Matisa reaparece. Pone una mano en el brazo del hombre, y le dedica una mirada de condolencia. Luego me hace un gesto para que la acompañe.

Ya que estamos en el bosque, donde nadie puede escucharnos, nos detenemos a hablar. En la penumbra, sus ojos son sombríos, lo que le concede una apariencia encantada.

—Ayer salió a buscar a sus hermanos menores, que estaban cazando cabras en la quebrada —me dice—. Olvidó su cantimplora y bebió de un pequeño arroyo.

—¿Y sus hermanos?

—Ellos llevaban sus cantimploras, llenas con agua de aquí.

—¿No bebieron del arroyo, como ella?

—No.

—Entonces es igual que los otros casos.

El puñado de familias con las que hablamos dijeron que sus seres queridos estaban fuera de los límites de la aldea cuando habían enfermado.

—No —dice Matisa—. No es igual. Su madre se aseguró que ella tomara el remedio diario.

—Todas las familias han dicho que estaban tomando el remedio. El círculo cree

que lo dicen para guardar las apariencias.

—Le pregunté a la chica. El fuego en sus ojos hablaba con verdad.

—Pero... —Una puñalada de terror se me clava en el corazón. *El remedio ya no nos protege*—. Pero ¿cómo puede ser? Cuando tu gente descubrió el remedio hace tantos años, traerlo aquí fue lo que les permitió sobrevivir. Tú me dijiste que mi asentamiento sobrevivió porque lo usábamos sin saberlo.

—Y así fue.

—¿Entonces cómo...?

Matisa sacude la cabeza y guarda silencio por un largo tiempo.

—Mi sueño de anoche —dice finalmente. Habla despacio, como si tratara de entender las palabras conforme las va diciendo—. Estoy en el bosque, a gatas, buscando algo, como las otras veces. Llego a una gran hoguera en la que arden plantas del remedio. Están ardiendo hasta convertirse en ceniza —cierra los ojos—. Y entonces estoy sepultada, cubierta con tierra, a un costado de tu asentamiento —contengo la respiración. Es como en mi sueño—. El sentimiento que tengo, cuando estoy enterrada...

—¿Sí?

Sus ojos se abren y encuentran los míos.

—Es de paz.

Me muerdo el labio.

—No significa lo que crees —comienzo, pero mi voz se quiebra. Durante semanas he estado preocupada de que mi sueño preceda la muerte de Matisa.

Me ofrece una sonrisa débil.

Tomo su mano y la aprieto con fuerza.

—Lo resolveremos —le digo, decidida.

Ella asiente, separa sus dedos de los míos, y comienza a bajar la ladera.

La sigo a su casa, a nuestras camas.

Pero sé que esta noche no dormiré.

Los muertos en el río cantan. Giro la cabeza para mirar las aguas brillantes, donde el sol centellea con tanta fuerza que casi me enceguece. Quiero callar las voces, quiero cubrirme los oídos, bloquear su canto, pero no puedo moverme.

Las paredes del fuerte proyectan sombras en las planicies de Los Vigías, donde estoy parada. Veo la silueta que yace en tierra.

Es Matisa, su piel está cubierta de manchas y moretones, hinchada y llena de sangre.

En sus manos aferra la planta del remedio. La despedaza y deja que el polvo se esparza de entre sus dedos sin fuerza.

Caigo junto a ella y cavo con las manos, saco grandes puños de tierra y los presiono contra ella, cubriéndola.

El ruido de cascos de caballos se acerca. Se oyen disparos. Relinchos. Gritos. Voces de los muertos.

Reconcílate.

La luz de la mañana se asoma a través de la ventana en la pared sobre mí, y el polvo baila en una larga línea, enfilado al piso de madera. Me quito de encima la suave cobija de piel de bisonte y me siento en la cama. Sin mirar alrededor, sé que la cama de Matisa está vacía: estoy sola.

El sueño ha dejado una escarcha de inquietud cada que lo experimento, pero esta vez me cubre completamente de terror.

Me calzo los mocasines y me visto rápidamente en el espacio que Matisa y yo compartimos. Nuestras camas están una frente a la otra y una chimenea apagada, de apariencia extraña, está al fondo de la estancia. Tiene un cilindro largo, y el fuego es contenido en una caja de metal detrás de una puertita pesada, que se encuentra cerrada.

Matisa creció aquí, en la casa de los sanadores, lejos de su familia. Los nuevos miembros del círculo son elegidos desde la infancia, y un curandero de más edad cría a cada infante personalmente. Sokayawin, curandera y tía de Matisa, la crio a ella. A menudo los nuevos miembros son familiares de los otros, ya que los lazos de sangre aseguran lealtad, pero ser elegidos tan jóvenes para semejante honor también la garantiza. Aquí todos protegen con fiereza sus votos.

Todos, excepto Matisa.

Ella me dijo acerca del remedio cuando dejamos mi asentamiento. Sabía que yo no podría irme sin estar segura de que mi gente no estaba en riesgo, y creía que yo tenía que estar con ella. Para entonces, ya había desobedecido al círculo al ir a buscarme. Los demás no compartían sus sueños, así que tomó la decisión de partir, lo que era un acto rebelde pero no inusual en ella. Incluso de niña había puesto a prueba la paciencia del círculo: hacía preguntas sobre cada pequeño detalle, vagabundeaba para pensar en sus propias respuestas, y se saltaba sus obligaciones.

Sokayawin quiere mucho a Matisa, así que tolera su carácter. Es notorio que Matisa siempre ha pensado por sí misma. Incluso cuando eso significa arriesgarse a perder la simpatía de su gente.

Y quizá por eso me siento tan cercana a ella, tal vez esa sea la razón por la que estamos tan conectadas.

La encuentro sentada afuera, mirando el río. Dormí de más: el sol ya sobresale más allá de los picos más lejanos.

Me paro y mi sombra se proyecta sobre ella.

—¿Le dijiste al círculo sobre la chica? —pregunto.

Ella eleva la vista y asiente.

—Meyoni dirigirá un entierro rápido. No es lo apropiado, pero así son las cosas ahora.

El círculo es sagrado, así que ellos se encargan de cosas como enviar a su gente a su Paz. Matisa me ha contado que solían organizar rituales que duraban días, pero ahora ha habido demasiadas muertes.

—¿Pero qué dijeron del remedio?

Ella sacude la cabeza y se pone en pie.

—Sokayawin no estaba en la sala, y quiero decirle a ella primero.

Levanto las cejas; es costumbre del círculo que las cosas importantes se digan en presencia de todos.

—Y quisiera que vinieras conmigo —añade y comienza a caminar.

Vamos por la mitad de la aldea cuando Tom y Eisu se aproximan. Caminan muy juntos, y la cabeza rubia de Tom se inclina hacia la charla de Eisu. El cabello largo y oscuro de este está amarrado, lejos de su atractivo rostro, y gesticula con algo en las manos.

No se dan cuenta de nuestra presencia hasta que casi estamos sobre ellos.

—Eisu va a enseñarme un lugar en el lago donde puedes pescar truchas —me dice Tom sin detenerse, antes de que pueda preguntarle adónde se dirigen.

Levanto las cejas y sus mejillas se sonrojan.

—Asegúrate de enseñarle a no perder el anzuelo entre los árboles —dice Matisa —, si es que sabes cómo hacerlo.

Está bromeando.

Eisu sonrío.

—Su puntería es perfecta —dice—. No va a perder el anzuelo.

Tom inclina la cabeza, complacido.

Matisa pone los ojos en blanco.

—Vayan antes de que haga demasiado calor —dice.

Los vemos pasar y una vez que nos dan la espalda, ella cruza conmigo una mirada de entendimiento. Espero hasta que estoy segura de que no nos pueden escuchar.

—¿Crees que Eisu...?

Matisa tiene un brillo en los ojos.

—Nunca había visto que compartiera con nadie su sitio de pesca secreto.

Encontramos a Sokayawin revisando las viñas en los jardines, a poca distancia en el campo. Las tierras de cultivo se extienden detrás de ella, tallos y viñas cargados de todo tipo de vegetales. Matisa dice que este valle es especial, que la tierra de la mayor parte de estas montañas no permitiría que crecieran todas estas plantas. Aquí, en cambio, los veranos son más largos y las heladas menos mortíferas. Muchos animales viajan a esta zona en busca de refugio durante los meses más duros de *La Prise*.

La gente de Matisa alguna vez deambuló por las praderas, siguiendo a las grandes manadas y recolectando alimentos en bosques y campos. Cuando se unieron a grupos del sur y vinieron aquí, su forma de vida cambió. Compartieron ideas, encontraron nuevas formas de subsistencia. Yo nunca había visto muchas de las plantas que cultivan, y sus herramientas también son nuevas para mí. En mi asentamiento acarreábamos agua desde el río para regar nuestros exiguos jardines. Aquí, el agua es sacada del río por una especie de rueda y dirigida a las plantas a través de una serie de canales. Y tienen un par de extraños carros para arar, que usan cuando siembran y

cuando cosechan, muy parecidos a los que vimos en la aldea de Genya. Tienen herramientas para separar las semillas de la tierra y los desechos, y un edificio donde juntan toda la cosecha y la limpian para después almacenar en sus bodegas. Algunas de estas máquinas funcionan sin ayuda, impulsadas por el río o, como Matisa ha tratado de explicarme, por agua que se convierte en aire.

Al principio el ruido rítmico de estas herramientas me inspiraba temor. Me parecía antinatural que funcionaran sin una mano que les diera cuerda o las impulsara, pero con el paso de las semanas me he acostumbrado al sonido.

Todos sus métodos y costumbres de vida son nuevos para mí. Diferentes, pero efectivos.

Los jardines, que brillan verdes y dorados bajo el sol de la mañana, contrastan mucho con la pobre cosecha de mi asentamiento.

Sokayawin se yergue cuando se percata de que nos acercamos.

Cruzamos a través del suave terreno, mientras el olor a hojas verdes y tierra se levanta. Hay porciones específicas de la aldea de Matisa cuyas tareas son sembrar, regar y cosechar. Sokayawin no tiene estas responsabilidades, pero ama estar aquí afuera, entre los vegetales.

—La calabaza luce bien —dice Matisa en mi idioma, para que yo entienda—. Este lugar fue una buena elección.

La vieja chasquea la lengua, indicando que está de acuerdo.

—Sí, crecen mejor ahora.

—¿Cambiaron el lugar donde las plantaban? —pregunto.

—La tierra se cansa después de que se siembra muchas veces una misma planta. Así que movieron las calabazas desde el extremo oeste de los jardines —dice Sokayawin mientras toma una pizca de raíz molida del bolso que cuelga de su cinto.

Matisa asiente mientras mira las vides.

—Pronto no cabrán.

Sokayawin busca la mirada de Matisa.

—Estoy acostumbrada a eso —Matisa finge tener mucho interés en las vides. La anciana suspira—, pero tú no estás aquí para hablar de calabazas —añade mientras se lleva a la boca la pizca de raíz.

—Meyoni está dirigiendo el funeral más reciente —dice Matisa—. Una chica de mi edad.

Sokayawin guarda silencio, machaca la raíz con los dientes.

—La chica estaba tomando el remedio.

Las mandíbulas de Sokayawin se detienen.

—¿Estás segura?

—Sí.

La anciana sostiene la mirada de Matisa largo tiempo. Luego me mira, como si estuviera ponderando su decir. Finalmente señala hacia el lago.

—Vamos a sentarnos.





**A**fuera del plantío encontramos un punto que da al lago. El viento sopla con fuerza, agita las aguas de un color azulverde imposible y crea blancas olas en su superficie, pero el sol golpea con fuerza contra nuestras cabezas y brazos desnudos.

Sokayawin se acomoda, esperando a que Matisa hable.

—El rumor es cierto —comienza Matisa—. La chica estaba tomando el remedio como siempre les hemos enseñado. No la protegí. Y yo he estado tratando de entender cómo puede ser esto —se detiene a tomar aliento—. Tía, creo que la enfermedad ha cambiado.

Miro con curiosidad a Matisa.

—¿Cambiado?

—Creo que es más fuerte ahora, y que el remedio ya no puede derrotarla.

Sokayawin ladea la cabeza como si lo estuviera considerando, mientras una expresión de preocupación se asoma en su rostro.

—¿Pero cómo puede cambiar una enfermedad? —pregunto.

—Con el tiempo, muchas cosas cambian para sobrevivir —trata de explicarme Matisa—. Como el ciervo de la montaña. En las planicies, los ciervos están moteados y esto les permite ocultarse de sus depredadores entre la pastura. Aquí en las montañas, sus pieles adoptan tonalidades grises para confundirse con la roca: han cambiado para poder camuflarse mejor. La enfermedad podría hacer lo mismo.

Frunzo el ceño.

—¿La enfermedad es como un animal?

—No exactamente —responde y se frota una ceja—. Pero está viva. Podemos matarla al hervir el agua en la que vive. Y muchas cosas cambian para poder sobrevivir. La enfermedad podría haberlo hecho también.

—La enfermedad aparece como siempre lo ha hecho —dice Sokayawin—. Y el remedio también. Desde que estamos aquí, la planta crece saludable.

—Aunque las cosas parezcan iguales, algo ha cambiado —responde Matisa—. En nuestro viaje hacia acá, Em soñó que yo trituraba la planta hasta convertirla en polvo y luego la desechaba, como si fuera inútil. Creo que ese sueño profetizó este problema.

Sokayawin me mira. El resto de mi sueño se agolpa en mi mente: el cuerpo amoratado de Matisa sobre la tierra. Asiento, con el estómago hecho nudo.

—Tía, debemos comunicarlo a nuestra gente.

Sokayawin chasquea la lengua.

—Decirles que el remedio no funciona puede ser peligroso. Pueden perder la confianza, como pasó con los *sohkâtsiwak*.

Mi piel se eriza con la mención del grupo que abandonó la aldea. Se marcharon hace un año, hartos de los secretos del círculo. Por razones desconocidas para nosotros, trataban de cazar a Matisa; apenas escapamos de ellos en nuestro camino hacia acá.

—No tenemos elección. Debemos decirles —dice Matisa.

Un movimiento por la orilla la interrumpe.

Un grupo a caballo avanza, rodeando el lago. Conforme se acercan puedo distinguir, por las pecheras y brazaletes que portan, que son guerreros. Huritt, su líder, va al frente. Es un hombre enorme, vestido en piel negra, y su cabello largo está amarrado, dejando libre su rostro. Es una figura imponente sobre su caballo oscuro.

—Día y noche, ellos entrenan —murmura Sokayawin, mirando cómo se dirigen al oeste, donde el río se encuentra con el lago.

—Pero nuestra valentía para la batalla no va a ser suficiente contra el Dominio —dice Matisa—. Y si no tenemos con qué negociar la paz, la guerra que he soñado va a destruirnos.

Un silencio sombrío cae sobre nosotras. Miramos cómo se alejan los guerreros a gran velocidad por la orilla hasta que solo son diminutos puntos a la distancia.

—He estado pensando en el asentamiento de Em, en cómo estaba cuando lo encontré —vuelve a hablar Matisa, pausadamente—. Secretos, gente cautiva pasando apuros.

Frunzo el ceño mientras trato de entender las palabras de Matisa. Está haciendo un paralelismo. En mi asentamiento, el secreto de un solo hombre mantuvo a mi gente aterrada durante años. Protegíamos nuestras paredes de un monstruo y nos castigábamos unos a otros por no cuidar nuestras virtudes.

—No es lo mismo —digo—. El secreto en nuestro asentamiento fue creado para proteger la posición de un solo hombre, y eso lo destruyó.

Puedo recordar el rostro de nuestro líder, el hermano Stockham, en el momento en que revelé su traición a nuestra gente. Un instante después, él mismo acabó con su vida.

—Aquí, los sanadores han creado un secreto para asegurar la supervivencia de todos —añado.

—Pero son acciones desesperadas.

—Pero al menos la de ustedes tiene buenas intenciones —insisto.

—Sin importar las razones, los secretos pueden causar daño —dice Matisa.

Un destello de inquietud brilla en los ojos de Sokayawin.

—Debes decir todo lo que deseas decir —murmura.

Matisa toma aire.

—Tía, tú dices que el entendimiento de nosotros mismos, nuestra habilidad para ver el camino, viene de contar y recontar nuestras historias, de una generación a la siguiente. Pero ¿qué pasa cuando esas historias han cambiado, cuando han terminado por ocultar la verdad? El círculo de sanadores no ha soñado nuestro camino por años —me mira—. Y yo creo que encontrar a Em, descubrir que los secretos mantuvieron a su gente en el miedo y la desesperación por tanto tiempo es una advertencia. Nuestro secreto fue pensado como algo necesario para el bien de nuestra gente, pero siento que ha afectado nuestra capacidad de ver las cosas con claridad. Quizá si descubrimos la verdad, volveremos a soñar de nuevo y nuestro camino será claro. Necesitamos decirle a la gente en qué consiste realmente el remedio y por qué lo hemos mantenido en secreto.

Dirijo la mirada a Sokayawin. Su rostro permanece tranquilo, pero sus ojos brillan con fuerza.

—Quieres romper el círculo.

—No...

—Nuestra gente nos ve como líderes porque la protegemos. Revelarles eso va a cambiar todo.

Matisa guarda silencio.

Sokayawin se pone de pie y mira a un lado. Cuando se vuelve hacia nosotras, su expresión es seria, pero no enojada. Le dice algunas cosas en su idioma a Matisa, da media vuelta y emprende el camino hacia la aldea.

Miro a Matisa.

—Dice que debo hablar con los otros —me dice.

—La idea de romper el círculo no será bien recibida —señalo.

Se abraza las rodillas y permanece en silencio un momento.

—He pensado mucho en los *sohkâtisiwak* —dice—. Ellos, de alguna manera, tenían razón.

—¿En separarse del resto?

—No. En creer que el círculo no estaba protegiendo a nuestra gente.

—Pero lo está haciendo, o al menos lo intenta.

—Pero estamos fracasando.

—Eso no quiere decir que ellos tuvieran razón —protesto—. Tienen creencias tontas. Piensan que los bosques alrededor de mi asentamiento están prohibidos porque hay algo poderoso en ese lugar que el círculo mantiene en secreto.

—La planta con la que se hace el remedio proviene de esos bosques y lo mantuvimos en secreto —me responde—. De nuevo, de alguna manera tienen razón.

—Los bosques están prohibidos porque sus exploradores desaparecieron ahí hace mucho tiempo. Descubrimos la verdad cuando me encontraste: el líder de mi asentamiento los mató, y eso no tuvo nada que ver con la Hemorragia o con la planta.

—Lo sé —suspira—, pero no puedo dejar de pensar en si...

—¿Qué?

—Si hubo algo más que la desconfianza en la separación de los *sohkâtisiwak* —se muerde el labio—. Solo una cosa me impulsó a mí a dejar la seguridad de este valle.

Se refiere a sus sueños.

—Matisa —le digo—. Ellos querían atraparte...

—Pero todavía no sabemos por qué.

Guardo silencio.

—Solo me lo pregunto —dice y se levanta, sacude la tierra de sus manos—. Pero estos pensamientos no los compartiré con el círculo. Mis ideas acerca de mantener cosas en secreto serán suficientes para un día.

La veo alcanzar a Sokayawin y siento que el corazón se me contrae. No puedo entender sus ideas sobre los *sohkâtisiwak*, pero mientras la veo empequeñecerse a la distancia, sus palabras flotan en mi mente.

Los secretos pueden causar daño.

Sin que yo lo desee, se arrastra hacia mi corazón una imagen de Kane en pie en la colina donde nos despedimos. No decirle lo que yo sabía sobre la Hemorragia fue un intento de protegerlo de ser parte de un secreto peligroso. Pero si hubiera sido más honesta con él, ¿estaríamos separados ahora?

Una sombra se mueve por la orilla de mi visión. Es la perra de antes, que merodea cerca de una roca. Sus orejas se levantan cuando la miro. Matisa dice que los perros alguna vez fueron usados para ayudar a llevar cosas, pero desde que la gente de Matisa se estableció aquí, los mantienen como compañía.

Altísimo.

—Aquí no hay comida —digo, mostrándole mis manos vacías.

La perra mueve la cola.

—¡Shúuu! —digo.

Se arrastra hacia mí, con la barriga casi pegada al piso. Está tan flaca que parece ser solo pelo apelmazado y huesos. Toda zarrapastrosa. Me recuerda a alguien que conocí.

Me recuerda que las apariencias me han engañado antes.

Charlie, el expulsado de nuestro campamento, el chico que nos traicionó en nuestro viaje hacia acá y casi consiguió que nos esclavizaran, se veía tan vulnerable como esta perra hambrienta. Mi culpa nubló mi sentido común cuando le di una oportunidad y accedí a llevarlo con nosotros. Mi ira enturbió de nuevo mi sentido común cuando lo castigué por traicionarnos y lo dejé atado a un árbol con muy pocas posibilidades de sobrevivir. Estaba completamente solo...

Trato de sacudirme ese pensamiento y doy un paso adelante. La perra retrocede un poco con timidez, pero me mira con esperanza.

—Vete —digo.

Me dirijo hacia la aldea. Cuando llego a las afueras, miro hacia atrás. No me

siguió. Camino deprisa entre los edificios, miro a los niños persiguiéndose, paso junto a las mujeres y hombres que se dedican a todo tipo de labores mientras están sentados juntos al sol: algunos cocinan, otros cosen ropa. Pero algunos de ellos visten pieles, lo que quiere decir que acaban de terminar su entrenamiento de batalla o que están por comenzar. Unos cuantos levantan la cabeza y me miran pasar. Me pone un poco nerviosa, pero me he dado cuenta de que son miradas curiosas, no hostiles.

Con todo, esas miradas me recuerdan que soy una extraña aquí, y, hasta ahora, una bastante inútil. Aprieto los dientes. Necesito hacer algo. Lo que sea.

Cruzo a través de una red de construcciones hechas de piedra y madera, y me dirijo hacia las caballerizas.

Tres muchachos están en pie en la parte más lejana a mí. Reconozco a Isi por su postura, erguida y orgullosa. Quien no lo conozca pensará que siempre está enojado. Pero estoy contenta de ver su rostro valiente. Su mandíbula se suaviza cuando me aproximo.

—Emmeline —dice.

Saludo a los otros chicos, que están revisando sus monturas.

—¿Van a algún lado? —le pregunto.

Niega.

—Solo estamos aceitando el equipo —y señala con un gesto los objetos de cuero que están frente a él—. Todo debe estar en buen estado —es decir, para los guerreros—. ¿Qué te preocupa, *ankwaca*?

Me está diciendo «ardilla», es su forma de decir que parezco inquieta. Frunzo el ceño. Mi mirada se escurre hacia el caballo de Matisa, ese al que Daniel, el hermanito de Kane, bautizó *Pecas*. Está en el centro. Matisa dijo que necesito un caballo manso...

—¿Quieres cabalgar? —pregunta Isi.

—Es solo que... bueno... Matisa está ocupada en este momento, pero opina que debería intentarlo de nuevo. Tratar de aprender, pues. Ella piensa...

—Ah. Cree que necesitas un mejor maestro.

—No estoy segura de que ese sea el problema, pero sí.

—Entonces es a mí a quien buscas.

Volteo a ver quién habló. Una chica alta está en la entrada de la caballeriza.

—*Tansi*, Lea —dice Isi—. Sí, Em te está buscando.

Miro a la chica. Es una cabeza más alta que yo y parece unos años mayor. Su cabello está trenzado y sus ojos son negros como un cuervo, chispeantes. Podría partirme en dos en un instante.

Señala con la barbilla los caballos.

—Si quieres aprender, yo puedo enseñarte.

—Lea está muy inquieta —dice Isi—. Extraña la cacería.

La cacería. Cada año después del Deshielo, los *osanaskisiwak* más fuertes y veloces salen en grandes grupos a cazar y están fuera todo el verano. Aquí hay

muchas otras fuentes de alimento, pero la cacería es un viaje muypreciado y es, además, una buena manera de mejorar sus habilidades. La noticia de que el Dominio se acerca, hizo que no salieran, para quedarse a proteger a su gente.

—¿Por cuántos veranos has ido de cacería? —pregunto a Lea.

—Este sería el tercero.

—Así que necesita un reto —dice Isi—, y este podría ser uno bueno.

Miro con el ceño fruncido a Isi. Él sonríe. Yo sacudo la cabeza.

—Traté de aprender una vez —digo a Lea—. No estoy segura de que pueda hacerlo.

—Todo mundo puede aprender —responde, encogiéndose de hombros, como si fuera cualquier cosa. Me examina detenidamente con la mirada y siento que mis mejillas se encienden. Pero si piensa que no tengo lo que hace falta, no lo dice.

Puedo sentir la mirada de Isi.

—De acuerdo —digo—. Quiero aprender.

El sol está alto cuando Isi y yo emprendemos el camino a través de la aldea. Mis piernas todavía tiemblan tras la cabalgata, y mis manos están adoloridas por haber sujetado las riendas con fuerza. No fue tan terso como yo hubiera deseado, pero si Isi piensa lo mismo, no lo dice.

Cabalgar sirvió para calmar mi ansiedad, pero ahora siento que vuelve. Siento que deber a saber más. Hacer más.

—*Ankwaca* —dice Isi—, ¿en qué piensas?

Lo miro.

—En nada. Ese es el problema.

Permanece callado mientras caminamos hacia un grupo de chicos de su edad que se encuentra reunido en la planicie. Va a verlos para practicar su tiro de piedra en el campo de entrenamiento. Es una actividad que requiere fuerza y velocidad, así que es algo que no puedo aprender. Mi inquietud crece. Volteo a verlo.

—¿Qué haces cuando te sientes... —Busco la palabra correcta— perdido?

 l levanta las cejas.

—¿Perdido?

—Cuando... cuando simplemente no sabes qué hacer a continuación, pero sientes que deber as saberlo...

—Nunca me he sentido así.

Por supuesto.

—Pero ¿y si lo sintieras?, ¿qué har as?

Se encoge de hombros.

—Esperar a que pase.

—¿Y si no puedes esperar? ¿Si no hay tiempo, y la gente depende de ti?

Pero algo detrás de mí lo distrae. Me giro para ver.

Un racimo de siluetas se mueve por la orilla más lejana del lago. Poco después, sus bordes se afinan y distingo a seis jinetes a caballo que se acercan a galope.

—Exploradores —dice Isi.

Todo el verano han estado enviando exploradores de aquí al gran río que pasa junto a mi asentamiento, por si llegan colonos. Enviaron al primer grupo cuando nosotros llegamos con nuestras noticias al principio del verano, y un segundo grupo hace dos semanas. El tercero salió ayer. Cada grupo tendría que estar fuera durante tres semanas.

—Es el segundo grupo —dice Isi, sorprendido—, veo los listones de Keme.

No somos los únicos que ven llegar a los exploradores. La gente ha dejado sus tareas y se acerca de prisa a recibirlos. Un par de niños corre por la planicie, tratando de ser los primeros en darles la bienvenida.

Los seis avanzan sin detenerse. Evitan a los niños y rodean la aldea, a través de la multitud reunida.

—¿Dónde está el primer grupo? ¿Por qué regresaron antes de tiempo ellos? —pregunto.

Mientras, ellos cabalgan sin parar hacia el lado oeste: la armería y los establos de los guerreros. Sean cuales sean las noticias que traen, las compartirán con sus jefes primero.

Isi nunca se presta a las especulaciones. Los mira con expresión seria.

—Ve por Matisa —me dice—. Hablaré con Nishwa para saber qué pasa.



**N**os protegemos del sol en la sombra de unos altos pinos en la orilla del río. Los ojos de Isi están oscuros y pensativos. Por una vez, él está quieto. Es Matisa quien se mueve de un lado a otro, mientras sus mocasines susurran de aquí para allá sobre la hierba y los guijarros. Tom está en pie junto a mí, en silencio.

Los exploradores alcanzaron el fuerte: ese asentamiento de recién llegados del que Isi y yo rescatamos al hermanito de Kane en nuestro camino hacia acá. Traen como noticia que el primer grupo de exploradores está retenido ahí, cautivo.

El Fuerte de León fue construido por hombres de un lugar en el este llamado Bahía Cormorán. Reclaman como suya una extensión grande de tierras, sin el aval del Dominio, y matan a cualquiera que se les enfrenta. Mi piel se eriza al recordar al hombre a cargo: León, de rostro atractivo y ojos muertos.

Los exploradores no son de los primeros pueblos que él ha apresado. Retiene a mujeres del este en contra de su voluntad y ha esclavizado a algunos de los *sohkâtisiwak* que abandonaron este lugar. Nuestro rescate del hermano de Kane tuvo éxito porque al mismo tiempo más *sohkâtisiwak* sitiaron el fuerte para rescatar a su gente.

—Eso no es todo —dice Isi—. Encontraron a un hombre joven, pálido y de ojos azules. Estaba solo y no se veía bien. Estaba buscando el fuerte.

Ojos azules...

—Charlie —dice Tom.

*Charlie.*

Recuerdo sus ojos azules suplicándome antes de que diera media vuelta y lo dejara solo en un claro del bosque, atado a un árbol. Lo abandoné sin saber si sobreviviría o no.

No sé si me siento aliviada o preocupada de que lo haya conseguido.

—Les pidió ayuda para encontrar el fuerte.

—¿Y le ayudaron? —pregunta Tom.

Isi niega con la cabeza.

—No les gustó su aspecto.

Siento una punzada en el estómago. Sé qué es lo que busca Charlie. Su hermana,

Rebecca, fue llevada al fuerte. Probablemente quiere liberarla. Pero sabiendo el tipo de hombre que es León... bueno, Charlie tiene pocas probabilidades.

Tom toca mi brazo.

—Charlie no es asunto nuestro —me dice.

—Lo sé —respondo, irguiéndome.

—¿Alguna señal de los *sohkâtiwak*? —pregunta Matisa—. Me pregunto cómo estarán.

El semblante de Isi se oscurece aún más.

—¿Por qué vamos a preocuparnos por los que abandonaron a nuestra gente?

—Su desertión trabajó a nuestro favor —le recuerda Matisa.

Ella se refiere al hecho de que el hermano de León, Julian, esperó a los *sohkâtiwak* en lugar de llevarnos directo al fuerte. Les había creído aquello de que en los bosques del norte había algo poderoso (asumió que era la cura para el mal) y planeaba intercambiar a Matisa por las instrucciones para llegar a esos bosques. Su idea era absurda (los bosques en cuestión son los que están cerca de mi asentamiento), pero el hecho de que la creyera probablemente nos salvó la vida. Le dio a Tom la oportunidad de encontrarnos.

—Eso fue solo suerte —insiste Isi—. Sus tratos con los recién llegados podrían haber terminado en un desastre para nosotros.

—Solo quisiera saber la situación.

—La que sea, Huritt dirigirá un rescate de nuestros exploradores. No los vamos a dejar a merced de León.

Matisa agita la cabeza.

—No creo que Huritt acceda a algo así. No ahora.

—¿Por qué?

—Porque este valle requiere de toda la protección que podamos conseguir.

Rápidamente, Matisa les dice a Isi y Tom lo que hemos descubierto. Me doy cuenta de cómo crece la preocupación en el rostro de Isi mientras ella habla.

—¿Entonces ya no hay posibilidad de negociar? —pregunta Tom.

Matisa asiente.

—¿Pero estamos seguros de que el Dominio viene con intenciones de pelear?

—Si no es su intención, lo será cuando se den cuenta de que nuestro valle parece un lugar a salvo de una enfermedad que a ellos asola. Y si no contamos con los medios para que puedan estar a salvo en otro lado y nos dejen en paz, estamos en riesgo.

La mandíbula de Isi se tensa.

—Debemos decir a Huritt sobre el remedio —dice.

Matisa asiente.

—Hemos tenido reuniones del círculo. Sokayawin será quien comparta la noticia.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Ven —le dice Isi a Tom—. Van a necesitarnos en el entrenamiento.

—¿Nos? —pregunta Tom, sorprendido.

—Huritt aprecia mucho una buena puntería. Y necesitamos a todos los guerreros disponibles.

Isi se acerca a Matisa y le pone la mano en la parte trasera del cuello. Ella se recarga en él. El gesto grita el cariño que se tienen.

Isi y Tom se marchan.

Me vuelvo hacia Matisa.

—¿Qué dijo el círculo acerca de lo otro? ¿Sobre decirle a la gente cuál es la planta del remedio y por qué se convirtió en un secreto?

—Han protegido sus orígenes por décadas —responde—, y solo estuvimos hablando al respecto esta mañana. Necesitan tiempo —no puedo decir si suena esperanzada o derrotada.

—Pero si no funciona, ustedes ya no tienen un secreto que proteger —digo—. ¿Por qué ellos se oponen tanto a la noción de compartir el conocimiento?

Matisa suspira.

—Creo que tiene más que ver con aceptar que hubo un engaño. Sokayawin dice que, hace años, cuando nuestros sabios descubrieron el remedio, no todos estuvieron de acuerdo con guardar la verdad. Pero voces más poderosas prevalecieron; ocultaron el remedio en el secreto y animaron a la gente a creer que solo los elegidos para pertenecer al círculo podían crearlo. Cambiamos nuestra historia, engañamos a nuestra gente.

—¿Y ahora piensas que si se restablece la verdad se podría volver al camino correcto?

—Nuestro mundo está cambiando —dice—. La llegada del Dominio lo garantiza. Muy en el fondo, siento que debemos conocer nuestra verdadera historia y dejar atrás esas historias. O arriesgarnos a perdernos a nosotros mismos en el nuevo mundo cambiante.

Ella mira hacia el lago.

—Amo este lugar —dice—. No puedo soportar la idea de que nos despojen de él.

Tomo su mano. Guardamos silencio un momento, mirando la ribera en donde se levantan dos estructuras abovedadas —sauces cruzados en una red que crea una especie de refugio— que se usan para algunas ceremonias que yo no he visto aún.

—Me necesitan en el círculo —dice, y se vuelve para emprender el camino hacia la aldea.

No puedo contenerme.

—¿Matisa? —La llamo. Se detiene—. ¿Dijeron algo los exploradores acerca de los *wihkwetinaw*?

Uso el nombre que los exploradores le dieron a la aldea donde viven ahora Kane y sus hermanos, en lugar de referirme directamente a él, como si eso pudiera en verdad disfrazar mi pregunta.

—No pasaron por ahí.

Asiento, luchando contra una ola de desilusión mientras la veo caminar deprisa hacia la aldea.

No pienses en eso.

Una pequeña mancha en movimiento atrae mi atención al suelo: un borrón que se mueve alrededor de una flor anaranjada cerca de mis pies. Es un pajarito, acaso del tamaño de mi pulgar, con el plumaje del cuello de color rojo brillante, y unas alas que se mueven tan deprisa que son casi invisibles. Mete su largo pico en el cáliz de la flor una, dos veces. Ignora otra flor anaranjada que está a un lado y se aleja a gran velocidad.

*Âmopiyêsîs*. Ese es su nombre. Isi me dijo que los chicos llaman así a Matisa, por aquello de que está siempre tan ocupada que no se fija en ellos. Se equivoca. Ella se ha detenido lo suficiente para fijarse en él. Ninguno ha declarado sus sentimientos al otro en público (en realidad, no ha habido tiempo para eso), pero su mutuo amor es claro. Me recuerda lo que yo llegué a tener.

Y, solo con pensar en eso, mi corazón da un vuelco. Me siento y llevo las piernas al pecho. Imágenes de Kane me inundan. Su aspecto cuando me hacía bromas, cuando solo su boca curvada en una sonrisa evidenciaba sus intenciones. O cuando estaba escuchando a alguien, con la cabeza inclinada. O cuando estábamos solos: sus ojos eran oscuros pozos de deseo y su respiración se aceleraba.

Prometí que regresaría por él, pero nada ha sido fácil desde que llegamos aquí. Y últimamente me he estado preguntando si seguirá esperándome cuando por fin vuelva adonde él está. La imagen de Genya, la chica de ese asentamiento que fue tan amable con nosotros pero que se sonrojaba cada vez que lo miraba, se apodera de mi mente. Cabello brillante, un halo alrededor de ella que viene de sentirse amada.

¿Será que Kane pudo seguir adelante?

La idea despierta una sensación de pánico tan intensa en mi corazón que casi es un dolor físico. Y ahora estoy enojada conmigo. Estoy siendo tonta, no porque no haya posibilidad de que Kane me haya olvidado, sino porque no hay nada que pueda yo hacer al respecto.

Con todo, en este momento, con quién sabe qué noticias por llegar, yo daría lo que fuera por tenerlo cerca. Miro con desesperación hacia el oeste, hacia *wihkwetinaw*, donde lo dejé.

La aldea estaba a salvo de la Hemorragia y bien guarecida; el viaje que seguía, al hogar de Matisa, era riesgoso. Kane no estaba dispuesto a seguir arriesgando la seguridad de sus hermanos, pero yo no podía abandonar a Matisa, no cuando ella y yo habíamos puesto tanto en juego por permanecer juntas.

Era lo correcto.

Necesito también estar segura de que haya sido útil.



**H**ay mucho movimiento en la aldea. Los preparativos para una guerra avanzan, con hombres y mujeres entrenando todo el día y el resto de la gente preparando provisiones para la batalla. El círculo de sanadores ha dicho que es necesario tomar agua solo de la aldea, y que si viene de cualquier otro lado hay que hervirla. Las noticias han puesto a la aldea en alerta y generado muchas preguntas, pero la amenaza del Dominio impide cualquier acción inmediata: nadie abandona el valle.

Matisa cree que se preparan para una guerra que no pueden ganar.

Yo me dedico a mis tareas, que consisten en preparar provisiones de ungüentos y cremas, y paso las mañanas con Lea, antes de su entrenamiento de guerra, tratando de cabalgar.

Esta mañana mi cuerpo eleva su protesta habitual cuando ella toca a nuestra puerta. Cuatro días de cabalgar han hecho que mi cuerpo se sienta deshecho; cada uno de los músculos de mis brazos y entre mis omóplatos grita de dolor. Cuando no tengo cuidado, mis piernas adoloridas punzan en agonía, tanto como me dolía el pie en sus peores momentos. Cada mañana es un momento desagradable del día por esa tortura, pero no puedo quedarme sentada haciendo nada mientras los demás entrenan.

Por supuesto, tampoco es seguro que vaya a aprender a cabalgar correctamente.

Mi cuerpo cruje como si hiciera eco de ese pensamiento mientras reboto sobre la silla, con torpeza, sin gracia, luciendo como una tonta. Frente a mí, el sol aparece y disuelve el azul del amanecer.

—¡Mantén los brazos a los costados! —grita Lea detrás de mí—. Mete los codos, así.

Miro por encima de mi hombro, pero pierdo el balance y tengo que agarrarme de la negra crin del caballo, llena de pánico. El animal se detiene de golpe y casi caigo.

—¡Cuánta sangre! —maldigo. Me compongo, ruborizada—. Te lo dije —confieso a Lea mientras cruza el prado de entrenamiento—, no puedo aprender.

—No es eso —dice, sacudiendo la cabeza. Toma las bridas del caballo y pone la mano sobre la cruz blanca del animal—. Él percibe tu miedo, sabe que no confías en él.

Desmonto al enorme animal con dificultad.

—Es un largo camino al suelo —digo.

—Pero ese es el problema —dice Lea—. No debes pensar en que vas a caer. Si tú lo piensas, él lo hará realidad.

Levanto una ceja.

—¿Ah, sí?

Ella señala mi pierna.

—Están conectados. Deben actuar como uno solo. Por eso te digo que debes mirar hacia adonde *quieras* ir, no hacia adonde *estás* —palmea el lomo del caballo—. Si tú confías, él también confiará. Tienes que sentir su movimiento y moverte con él. No te resistas —entonces señala la silla con un ademán—. Sube de nuevo.

—Necesitas ir al entrenamiento —le recuerdo.

—Tengo tiempo. Sube.

Chasqueo la lengua y aprieto con las rodillas, y el caballo comienza a andar a buen paso. Aprieto de nuevo y emprende el trote. Esta vez mantengo los codos pegados a mis costados.

—Suelta —dice Lea.

Frunzo el ceño antes de entender que se refiere a que suelte un poco las riendas; él está tirando de ellas, lanzando su cabeza hacia adelante una y otra vez. Dudo. No quiero ceder el control así, pero veo que tenerlo tan corto es molesto para él. Las aflojo ligeramente y mi corazón se detiene un instante cuando el caballo aumenta la velocidad. Temo caer cuando veo el suelo pasar a una velocidad alarmante, pero de pronto me doy cuenta de que este paso es mucho más fácil de controlar.

Los cascos golpetean a un ritmo suave y regular en vez del trote errático, y de pronto mi cuerpo se mueve a tiempo con el galope, de forma natural. Levanto la mirada del suelo y hago lo que Lea me dijo: fijo la mirada en la pared de una cabaña lejana.

El caballo avanza, siguiendo la línea de la barda, y mientras el viento hace volar el cabello alrededor de mi rostro, río, eufórica. En vez de sentirme como una acompañante no deseada trepada en él, nos siento conectados a través de la silla y mis piernas, como si fuéramos un solo animal enorme y poderoso. El caballo tira y nos dirigimos de regreso hacia Lea.

Tenso las riendas, manteniendo las manos a la altura del cuello del caballo y bajamos la velocidad a un trote ligero, para detenernos ante ella.

Lea me sonrío.

—Pudo sentir que confiabas en él.

Paso la mano por el cuello del caballo y le doy una palmadita. Él vuelve su morro hacia mí como agradeciendo la caricia. No puedo dejar de sonreír.

—¿Lo ves? —dice una voz a mis espaldas. Me giro. Matisa está recargada en la barda, sonriéndonos—. Solo necesitabas un mejor maestro.

Matisa espera mientras cepillo al caballo, y me dice que me acompañará de vuelta a nuestra cabaña a desayunar.

—Siento que debería nombrar el caballo —Matisa deja escapar una sonrisa—. ¡No tiene nombre! —digo, a la defensiva—. Ya le pregunté a Lea.

—Suenas como Daniel —dice Matisa—. Siempre poniendo nombres.

Sonrío. Sí, supongo que sueno como el hermano de Kane. Él le puso nombre al caballo de Matisa y actuaba como si fuera el dueño. A la yegua que encontramos en el Fuerte de León la llamó Suerte. Le iba bien: fue de lo más afortunado cuando la encontramos. Quizá debería seguir el ejemplo de Daniel.

Me reúno con Matisa a la entrada y dejamos las sillas. Nos despedimos de Lea, que ya va camino a las planicies de entrenamiento.

—Es tan grande —continúo—. Creo que Bestia sería un buen nombre.

Matisa finge pensar al respecto. Asiente.

—Me gusta. Pero creo que entonces tendrías que poner nombre a tu otro amigo.

Arrugo la frente.

—¿A quién?

Ella señala con la cabeza detrás de nosotras. Me detengo y miro.

La perra ha vuelto. Viene detrás de nosotras como una sombra sarnosa. Cuando ve que la miro, levanta la cabeza y mueve la cola. Suspiro. La perra debe tomar esto como una buena señal, porque se acerca más y estira el cuello para saludarme. Me quedo quieta y dejo que se acerque lo suficiente para poner su nariz húmeda en mi mano.

Matisa se muerde el labio, de nuevo fingiendo seriedad.

—¿Qué podemos hacer? *Bestia* ya está ocupado... —Sus ojos se iluminan—. Deberías ponerle un nombre que describa su vínculo contigo.

—¿Nuestro vínculo?

—Sí. Debería llamarse Lealtad. O Amor.

—O Hambre —digo, frunciendo de nuevo el ceño—. Y no fui yo quien le dio de comer.

—Debe tener mala memoria —dice Matisa, mirando cómo la perra olisquea mi mano. Yo la retiro y ella mueve la cola. Suspiro.

—Tal vez podría llamarse Esperanza —sugiere Matisa.

—Me gusta Hambre —vuelvo a poner mi mano y, esta vez, cuando la perra se acerca, le rasco la cabeza.

—Hambre —asiente Matisa.

Algo zumba a nuestros pies. Un *âmopiyêsîs* otra vez: el delicado pajarillo de cuello rojo. Un ramillete de flores amarillas crece alrededor de una roca en el piso, y el ave revolotea alrededor de ellas.

Lo señalo.

—Hablando de nombres...

Matisa contiene una risa.

—Me dicen así porque siempre parezco ocupada y distraída. Pero algunos seres necesitan permanecer ocupados para mantenerse vivos.

—Te dicen así porque, antes de Isi, nadie había podido mantenerte quieta —digo y miro al ave que se aleja zumbando sobre las flores—. ¿Viste? Esas flores no eran suficientemente buenas para el ave: no se conforma con cualquiera.

—Eso es porque el néctar de estas no valía la pena —responde.

—Exactamente —digo con una sonrisa.

Ella explota en una carcajada. El sonido es maravilloso, hacía mucho tiempo que no lo escuchaba. La miro de cerca: sus ojos brillan.

—Te veo distinta hoy —le digo.

Asiente.

—Tienes noticias.

Mira a nuestro alrededor, como asegurándose de que estamos solas.

—Creo que ya entendí mi sueño —dice.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Y bien...?

—Me di cuenta de qué es lo que estoy buscando en esos bosques —dice y jala aire antes de continuar—. Es un nuevo remedio.

—Un nuevo remedio.

—Sí. Para la enfermedad que ha cambiado.

Frunzo el ceño.

—Pero... —digo—. Es decir, ¿vas a intentar encontrarlo antes de que el Dominio llegue aquí?

—Sí.

Me muerdo el labio. El remedio fue descubierto por el pueblo de Matisa tras observar largo tiempo a los animales. Encontrar un nuevo remedio en nuestro periodo de vida, no digamos en un momento cercano, parece imposible. Pero su expresión...

—¿Cómo se supone que vas a encontrarlo?

—Como he sabido siempre: lo soñaremos.

—Matisa...

—Si somos pacientes, la respuesta vendrá —dice y me toma de la mano—. Nuestros sueños se conectarán para decirnos cuál es el nuevo remedio.

Me mira a los ojos, esperanzada.

Mi corazón da un vuelco. Mis sueños han sido los mismos durante semanas. No me parece que puedan cambiar de repente, pero...

La noción de que mis sueños predicen su muerte no es una en la que quiera yo pensar. Enderezo los hombros. No me hace ningún bien ser escéptica, así como no me hace bien dejar que el miedo guíe mis pensamientos. Creer que soñaremos un nuevo remedio le da esperanza a Matisa. Mejor será que comparta esa esperanza.

—Está bien —aprieto sus manos—. Seré paciente.



**E**l amanecer baña la aldea en luz azul. Las cabañas están en silencio, tranquilas.

Encuentro mi camino entre ellas, hacia las caballerizas, como lo he hecho cada día de la última semana. Solía odiar levantarme tan temprano.

Pero Lea tenía razón: la confianza hace la diferencia. Semanas atrás, cabalgar era extraño para mí, y los caballos, intimidantes; hoy se siente natural. Mis músculos han sanado; ya no dan un alarido cuando cabalgo y parece que Bestia me concede la velocidad y la fuerza que siempre debí poseer. Su lomo es el único lugar donde siento que tengo el control.

Esta mañana necesito con desesperación sentirme así.

Han pasado los días y mis sueños se mantienen igual: yo enterrando a Matisa en la tierra. Le dije que sería paciente, pero no me parezco a ella en ese aspecto. Matisa actúa según su propia voluntad, pero primero piensa a detalle las cosas. Con frecuencia yo me encuentro pensando en lo que hice después de haberlo hecho; la paciencia no es algo que conozca bien.

Nada se ha sabido por parte de los exploradores acerca del Dominio, pero seguramente sus fuerzas llegarán pronto. Y la idea de este valle en guerra es como una mano gélida apretando mi garganta.

Acaso ese rastrero temor explique el sueño de anoche. Fue uno antiguo, uno que soñé muchas veces durante nuestro viaje a este valle. Estoy en las planicies de Los Vigías, con mis manos cubiertas de tierra. Matisa se para ante mí: es ella y al mismo tiempo, no. Huesos relucientes en un lado de su rostro se funden sin interrupciones aparentes en el otro, que está entero y hermoso. Sus ropas en la mitad esquelética cuelgan sueltas, su mano de huesos unidos sostiene una planta que está pulverizando al viento. Extiende su mano con piel, la que detiene la tierra.

Pero anoche, por primera vez en el sueño, ella habló palabras nuevas.

«Debes regresar», dijo y sopló tierra dentro de mis ojos.

Sigo mi camino hacia las caballerizas, con preguntas incómodas rondando mi mente. ¿Mi sueño me indica que debo regresar a mi asentamiento, donde es seguro estar? ¿Me está diciendo que regrese a *wihkwetinaw* por Kane? ¿O tengo tanto miedo ahora, tantas dudas sobre mi propósito en la aldea de Matisa que solo desearía estar

en otro lado?

Lea no está en las caballerizas, así que tomo a Bestia yo sola y me dirijo al río, levantando mi rostro hacia la brisa y tratando de despejar mi mente.

Cuando llego a las tierras de entrenamiento, veo a un grupo de guerreros cerca del lago. Lea, mirando desde la distancia, me hace señas. Presiono a Bestia para que trote.

—¿Qué ocurre? —pregunto mientras nos detenemos junto a ella.

—Huritt los está guiando en un juego de entrenamiento.

Hay un número de objetivos diseminados a lo largo del campo. Los guerreros están en fila, uno detrás del otro, cargando sus armas: arco y flechas, pistolas, hondas.

Están ataviados con sus ropas de guerra. Brillantes petos cubren sus pechos y espaldas y la parte superior de sus brazos, y muñequeras de piel se extienden hasta los antebrazos y terminan en ataduras que cubren las palmas, pero dejan los dedos libres para el manejo de los arcos y las riendas. Algunos de los guerreros, hombres y mujeres por igual, traen partes de su cabellera rapada, y otros dejaron el frente corto y lo peinaron recto con grasa. Debe ser para la batalla, como las marcas que se han dibujado y, en algunos casos, cortado y teñido, en sus pieles. Puedo ver el negro y el rojo en espirales y líneas desde aquí; serpentean en sus antebrazos y hacia sus cuellos, mientras se mecen hacia adelante y atrás o sacuden sus extremidades anticipándose al desafío.

—¿Tú no vas a participar? —pregunto.

—Mi grupo lo hizo ayer.

Busco entre la multitud y veo que Tom está entre ellos.

Su cabello brilla casi blanco entre el mar de negrura y luce realmente guapo en sus pieles de guerra. Tiene sus dos armas: una larga automática que tomó de un hombre que sucumbió ante la Hemorragia, y que encontró cuando nos estaba siguiendo, y una pequeña con empuñadura perlada que le quitó a nuestro captor, Julian, cuando le disparó y nos rescató. Tiene iniciales en el mango: *JL*, pero Tom raspó una línea a través de ellas para así borrar la memoria de aquel hombre.

Lo miro y el orgullo bulle dentro de mí. Antes de este verano, jamás lo habría imaginado tomando un mapa de Henderson, el cartógrafo que encontró nuestro asentamiento después de la Hemorragia, y viniendo tras nosotros por cuenta propia.

Viéndolo ahora, no puedo imaginármelo de otra manera.

Unos cuantos guerreros están vestidos como Tom, pero la mayoría han elegido el arco y las flechas, o cuchillos. La gente de Matisa ha ido acumulando algunas armas a través del intercambio con otros pueblos en el este: armas que repiten su fuego, explosivos que se manejan con la mano, lanzadores de gas venenoso. A pesar del daño que estas armas pueden generar, los *osanaskisiwak* aún son parciales hacia los métodos de ataque menos ruidosos, que pueden probar las destrezas de un guerrero.

Me doy cuenta de que Eisu está mirando en el lado lejano del campo. Los exploradores tienen ejercicios y retos diferentes a los de los guerreros; está aquí para

observar a Tom.

—¿Cuál es el objetivo? —pregunto a Lea.

—Deben atinar a varios blancos mientras corren por el campo —dice—. Huritt observa para ver quién consigue mejor puntería. Acertar al blanco mientras se detienen no es válido.

—¿Por qué?

—Porque el Dominio tiene armas que pueden matar a más de un hombre a la vez. Es mejor separarse y no ser blancos fijos.

—Pero ¿por qué a pie? —pregunto—. ¿No estarán cabalgando?

—Las batallas no siempre se pelean en planicies como esta. Somos hábiles para movernos a través de los bosques, pero los caballos no siempre pueden atravesarlos de forma segura. Es una buena idea tener guerreros capaces de ir en silencio a pie, con buena puntería.

Señala la primera línea.

—Ellos irán uno a la vez, moviéndose por los lados para poder practicar sin invadir la línea de fuego de los otros.

Observo mientras Huritt llama a los guerreros. Levanta su brazo derecho y lo deja caer, y la primera guerrera, una muchacha con la mitad de su cuero cabelludo rasurado que carga un arco, se lanza al frente para empezar el circuito. Tom pesca mi mirada y sonrío.

La chica se mueve a la velocidad del rayo y acierta en su primer objetivo, toma otra flecha de su carcaj y golpea en el centro de un barril al menos a cincuenta pasos de distancia. Continúa de lado, se agacha, vuelve a pararse y golpea un círculo de madera que se columpia con la brisa entre dos postes. Huritt lanza un disco al aire para su tercer blanco y, mientras corre, la chica deja escapar una flecha que atina justo en uno de sus flancos.

El siguiente guerrero corre hacia el campo, cargando una Westie. Su disparo da en el blanco del primer objetivo, muy cerca del centro, pero falla el siguiente, el blanco que se columpia. Sin embargo, no se detiene tras su error, simplemente continúa disparando mientras se mueve. El chico que le sigue es casi tan hábil como la chica con el arco, aunque se detiene para apuntar a dos de sus objetivos.

—Esos no contarán —remarca Lea.

Y ahora es el turno de Tom.

Es un poco más lento que los demás, y mi corazón da un brinco al darme cuenta de ello, pero su primer tiro no falla. Después de acertar el primer objetivo, se agacha y vuelve a levantarse para golpear el segundo blanco y luego da una pirueta espectacular para dar en su tercera marca, levantándose sobre sus talones para pegarle al disco que está en el cielo. Gira y saca la pequeña pistola de su guarda, y acierta en el cuarto y el quinto objetivo en sucesión mientras corre a lo largo del campo. Lento pero seguro.

Lea y yo nos observamos.

—Huritt estará complacido —me dice.

Al final del trayecto, los que han terminado están recuperando el aliento y observando a los demás.

Uno a uno, los guerreros navegan a través del camino. Observo mientras se lanzan por el campo, corriendo, brincando y disparando al mismo tiempo. Mi corazón se acelera.

Cuando al fin terminan, Huritt se acerca y habla con ellos en un lenguaje del que Tom entiende poco. Huritt mueve sus manos, dándoles permiso de regresar a sus ejercicios de entrenamiento individuales. Detiene a algunos guerreros para hablar con ellos, los mayores incluidos, y Tom es dejado solo mientras el grupo se dispersa.

Veo a Eisu acercarse a Tom, con el rostro brillando. Lo toca en el brazo y gesticula de regreso al campo. Es un gesto familiar, pero habla de algo más. Un par de guerreros los observan y luego se miran entre ellos.

Me siento tensa, esperando algún tipo de reacción, hasta que recuerdo que no es así con la gente de Matisa. El hecho de ver a dos hombres juntos no es una broma, sino saber que alguien tiene sentimientos por otra persona.

Cuando pasa a su lado, el mayor del grupo le da una palmada a Tom en la espalda.

Tom inclina la cabeza, complacido. Se voltea y me sonrío.

Y mi corazón se sacude hasta casi explotar.

Lea toca mi brazo.

—Me necesitan en la armería —dice.

Asiento.

—Voy a sacar a Bestia.

Tom y Eisu se dirigen de regreso a la aldea juntos. Apremio a Bestia, guiándolo alrededor de los restos del ejercicio de entrenamiento. Una vez que pasamos y estamos dentro de las planicies, lo hago correr.

Mi pulso se acelera mientras él se lanza a todo galope. Bajo mi cabeza y veo la tierra pasando velozmente bajo nosotros, tratando de perderme en el trueno de sus grupas, deseando que la sensación pueda alejar la soledad de mi pecho.

Mientras nos acercamos a la orilla, Bestia disminuye el paso hasta caminar. Es un día extraño, calmado. El lago de mis sueños yace en paz.

Bajo una mano para jugar con la cola de mi *ceinture fléchée*. Hoy es el primer día que lo uso desde que cambié mis ropas de la villa de Genya por las que Matisa me dio. Supongo que vi el cinto como un recordatorio de la vida que dejé detrás, pero hubo una época en la que no habría salido sin él. Recordé a la mamá de Tom tejiendo uno nuevo para su padre en la sala común, mientras la luz de la vela lanzaba sombras sobre su rostro serio.

Siento un escozor ante el recuerdo y frunzo el ceño. Seguramente no puedo estar extrañando un lugar que quise abandonar tan desesperadamente. Me recuerdo lo encarcelada que me sentía entre esas paredes. Cuán poco sabíamos del mundo de

afuera. Cuánto de nuestra propia historia habíamos olvidado. Paso mi mano por el cuello de Bestia. Matisa dice que los caballos no sucumben ante la Hemorragia, entonces ¿qué les pasó a nuestras bestias de carga años atrás? La historia verdadera se perdió en el mito y el miedo.

Y de golpe entiendo el deseo de Matisa por restaurar la verdad de la historia de su gente. Saber de dónde vienes ayuda a entender dónde estás, a decidir adónde vas.

Una sombra atrae mi mirada hacia la tierra al lado de Bestia. Nos está siguiendo, escondiéndose. Volteo mi cabeza. Hambre viene detrás de nosotros, con la lengua de fuera. Me mira como si me estuviera regañando.

—Perdón —digo deteniendo a Bestia—, no pensé en invitarte.

Sus orejas se levantan al escuchar mi voz. Se atreve a acercarse.

¿Cómo un pequeño acto de bondad la ha convertido en una amiga tan leal? No tiene sentido. Tomo las riendas con ambas manos.

Hambre espera a ver en qué dirección iremos.

Aliento a Bestia a ir hacia adelante y, mientras la sombra de Hambre se extiende a lo largo frente a nosotros, me doy cuenta de que quizá no sea yo quien ha estado ofreciendo esa bondad.

Me alejo por el potrero, acariciando a Bestia y dándole trocitos de hierba que tomo de la tierra que está más allá de su alcance.

Debes regresar.

Las palabras de la Matisa de mis sueños regresan y, con ellas, las preguntas. ¿Regresar adónde? ¿Y por qué? Acaricio el cuello de Bestia, con el ceño fruncido por la preocupación.

—¡Em! —La voz de Matisa se cuela en mis pensamientos. Me observa desde el otro lado del potrero—. ¡Te he estado buscando por todos lados! —Sus mejillas están sonrojadas—. El tercer grupo de exploradores regresó. Debes venir.

—¿Qué...? —Pero ya se fue.

Corro hacia la puerta. Ella va muy lejos ya, en su camino a través de la aldea. Aseguro la puerta y cojeo detrás de ella, entre las filas de casas, pasando por la cabaña del sanador y hacia el cuartel de los guerreros. El tercer grupo salió apenas la semana pasada. Si regresaron, debe ser porque las noticias son urgentes. Pero ¿eso puede ser bueno?

Me esfuerzo para alcanzarla, pero está moviéndose demasiado rápido.

Afuera del campo de entrenamiento, la mitad de la aldea se reúne. Un murmullo de voces llena el aire. Hay una multitud alrededor de media docena de caballos —los de los exploradores, sin duda—, y los recién llegados ya desmontaron. Veo la cabeza de Isi, al *moshum* de Matisa —su abuelo—, y a Tom.

Matisa se abre paso entre la multitud, y yo la sigo. Me tropiezo con el pie de alguien y murmuro una disculpa.

Llegamos hasta la última fila de personas y Matisa se detiene de forma tan abrupta que casi me estrello contra ella. Mira por encima de su hombro con una

sonrisa pícara en su rostro.

Frunzo el ceño, confundida.

Se hace a un lado y con su brazo me jala hacia el frente, para concederme una vista perfecta de los caballos y los exploradores.

Un hombre joven está en pie, dándome la espalda, su cabello corto y oscuro, vestido con ropas sencillas. Pero la forma en que se yergue...

Voltea.

Y doy dos pasos tambaleantes al frente para arrojarme a los brazos de Kane.



**M**i rostro está húmedo con lágrimas de alegría y alivio. Lo presiono contra su cuello, mientras mis manos sostienen su camisa rugosa. No recuerdo que estuviera tan firme. Su olor es diferente, también, como a bosque y especias. ¿Y está más alto? No, las botas lo hacen lucir más alto. Retrocedo para verlo mejor.

Su cabello ha crecido, corto y suave, como el plumaje de un polluelo negro. Está utilizando ese ropaje extraño del pueblo de Genya —amplios pantalones marrón metidos en las botas— y es claro que ha estado trabajando en el exterior durante las últimas semanas. Su piel está oscurecida por el sol y sus hombros están más anchos.

—¿Qué haces aquí? —consigo articular.

Mi aliento se acelera cuando toma la parte de atrás de mi cuello con su mano fuerte. Su pulgar acaricia mi mejilla. Poder verlo, sus ojos tan oscuros y perfectos, debilita mis rodillas. Ha venido. Ha venido por mí.

De un solo golpe recuerdo cuántas personas hay a nuestro alrededor y echo un vistazo al mar de rostros, un poco avergonzada. Pero no puedo evitar que mi mirada regrese a Kane.

—Estoy tan contento de que estés a salvo, Em —dice, y al escuchar su voz de humo y miel, al escucharlo decir mi nombre, es como si el verano estallara en mi corazón.

Miro a Matisa. Está sonriendo, pero mantiene el ceño firme. Como si estuviera esperando malas noticias.

Porque seguro hay malas noticias. ¿Por qué otra razón Kane aparecería así?

Kane señala con la cabeza al grupo de exploradores, que están rodeados por varios miembros de sus familias.

—Nos encontraron como a un día de distancia —dice.

—¿Nos? —pregunto.

Y noto la figura al otro lado del caballo. Se agacha por debajo de su cuello y me ofrece una sonrisa tímida. Las mejillas tan sonrosadas como siempre. Cabello oscuro y brillante enmarcando su rostro...

—Genya —digo, conmocionada. Busco alrededor a los demás, los hermanos de Kane, pero solo están los exploradores. Y Genya y Kane. No entiendo.

—Traen noticias importantes —dice Matisa. Hace un gesto hacia el cuartel de los guerreros. Estiro mi cuello y noto una multitud aún más numerosa reuniéndose ahí. Hay gran actividad en la armería. Alcanzo a ver a Huritt, ladrando órdenes. Los guerreros se están reuniendo. Nishwa está entre ellos.

—¿Qué está ocurriendo? —Aún intento encontrarle sentido a que Genya esté aquí. Con Kane. Hago un gesto en dirección a los guerreros reunidos.

—Saldrán cabalgando a defender nuestro valle —me explica Matisa.

El miedo me apuñala a través de la confusión. Mi mirada va de Matisa a Kane. Su rostro es una tumba.

—¿Defendernos de qué? —pregunto.

—El Dominio —responde Matisa—. Hablemos en la cabaña del sanador — extiende una mano hacia Kane y Genya—. Ustedes deben estar hambrientos y cansados.

Kane asiente. Toma un paquete del suelo junto a sus pies y trata de levantarlo sobre su hombro, pero hace un gesto de dolor y lo deja caer.

—¡Con cuidado! —El rostro de Genya es atravesado por la preocupación mientras se apresura a su lado, poniendo su mano sobre el hombro de él.

—¿Estás herido? —pregunta Matisa. No consigo que mi lengua funcione, estoy demasiado ocupada viendo a Genya tocar a Kane.

—No es nada —dice él. Pero no se aleja de Genya—. Una pequeña cortada que me hice con la rama de un árbol.

—Em la revisará —dice Matisa. Gesticula, impaciente—. Vamos.

En el área común de la cabaña, me dispongo a moler milenrama para hacer una pasta curativa en lo que Matisa encuentra comida y té caliente para Kane y Genya. Tenemos pasta curativa en las reservas, pero necesito ocuparme en algo.

Kane y Genya se sientan cerca de la estufa caliente, se ven como si la emoción de haber llegado hubiera cedido el paso al cansancio extremo. Kane se deja caer en su silla y acepta el plato de Matisa con una media sonrisa llena de agradecimiento. Estoy nerviosa y distraída, mis manos son torpes. El que Kane apareciera así, de la nada, se sintió como un milagro. Como la respuesta a la pregunta que había estado quemando mi corazón. Cuando lo vi, pensé que había llegado hasta aquí por mí. Pero...

Genya lo observa de cerca y juega con su comida.

Concentro mi atención en mis manos hasta que Matisa recoge los platos y me explica que Eisu vio a Kane y Genya mientras patrullaba un bosque pantanoso al este del lago. El tercer grupo de exploradores venía de regreso, así que los alertó para que fueran en su auxilio.

Kane juguetea con la taza de té caliente y, ante la indicación sutil de Matisa, empieza a explicar. Nos dice que la aldea de Genya cayó bajo el ataque de los recién llegados cara blanca, probablemente hombres de León. Soldados del Dominio llegaron y pelearon contra los atacantes. Nos dice que el Dominio ha ocupado la aldea y ahora la usa como una especie de base.

—Han escuchado que los hombres están haciendo sus propias leyes aquí; les han ordenado aplastar cualquier revuelta —explica.

—¿Revuelta? —repito.

—Cualquiera que no respete la ley del Dominio. Cualquiera que se asiente aquí sin la orden directa de ellos.

—Su pelea es con León, entonces —digo.

Matisa llena otra vez la taza de té de Genya, sacudiendo su cabeza.

—Si están tratando de mandar sobre tierras que nunca han visto, su pelea es también con nosotros.

—Es por eso que Genya y yo necesitábamos llegar aquí antes que ellos —dice Kane.

Hago un gesto.

—Pero si están preocupados por los sin ley, ¿no deberían estar buscando el Fuerte de León?

—León no es su única preocupación —Kane deja su taza—. Cuando llegaron a la aldea de Genya, enviaron hombres a inspeccionar cada casa. Buscaban gente enferma. Han perdido a muchos en su travesía.

—¿La Hemorragia?

Él asiente.

—Creen que estamos tratando de contener la enfermedad, como hacíamos cuando el pueblo empezó con fiebres en el asentamiento. Es obvio que no la entienden: dónde está, cómo aqueja a la gente.

—Así que...

—Han tomado la aldea de Genya porque parece que es segura. Están realmente interesados en lugares seguros.

Miro a Matisa. Su expresión no es alentadora.

—Como este lugar —señala.

—El pueblo de Genya no tenía malas intenciones —dice Kane—, pero el Dominio preguntó si sabían de cualquier otra persona en la zona que hubiera sobrevivido a la enfermedad.

—Y la gente de Genya conocía este lugar por nosotros —me doy cuenta, pensando en la noche en aquella extraña aldea.

—Primero pensamos que el Dominio quería ayudar —los ojos azules de Genya son sinceros—. Pero quizá no. Y Kane dice que son un peligro para ustedes. Venimos a advertirles —mira a Kane y sus mejillas se sonrojan.

*Pero ¿por qué viniste? ¿Por qué te trajo con él?* Silencio a la caótica voz en mi cabeza y muelo la milenrama con más fuerza; mejor pienso en los guerreros de esta aldea que están preparándose para salir. Listos para pelear.

—¿Están seguros de que vendrán a tomar las cosas por la fuerza? —pregunto—. ¿Por qué están tan decididos?

—Por lo que pude entender de sus conversaciones, creen que la tierra de aquí es

valiosa. Hay... —Kane busca la palabra correcta— recursos aquí. No quieren que más personas como León lleguen primero. Pero se están desesperando, pierden a muchos hombres a causa de la Hemorragia. Estaban planeando salir hacia acá, una vez que se reagruparan. Así que una vez que fue seguro para nosotros intentarlo, escapamos.

—¿Escaparon? —Tomo una olla con agua hirviendo y la pongo junto a la milenrama.

—Les preocupan los desertores. Nadie puede entrar o salir de la aldea.

—Pero entonces, ¿cómo...?

—Había una forma de salir, cerca del río. Genya me enseñó.

Miro a Genya. Sus mejillas todavía están sonrojadas.

—¿Le ayudaste a huir para llegar aquí? —le pregunto.

—Y luego vine con él. Para estar segura.

Kane asiente. La observa con admiración.

—Pero ¿D-D-Daniel? ¿Y Nico? —*deja de tartamudear*, me recrimino.

—Mis hermanos están a salvo por ahora —dice Kane—. Se quedaron con la madre de Genya, Dorotea.

Debería estar agradecida con Genya por ayudar a Kane, pero los celos me perforan, ardientes y malvados. Me pregunto qué tan relacionados están ahora Kane y sus hermanos con la familia de Genya. Volteo hacia otro lado y ocupo mis manos con un trapo.

—Quítate la camisa —le digo por encima del hombro a Kane.

—Gracias por esto —le dice Matisa a Genya y Kane—. Es bueno que hayan venido a advertirnos. Ahora nuestros guerreros pueden encontrarse con el Dominio antes de que entren en nuestro valle y Huritt decidirá qué tipo de estrategia es la mejor —sé lo que no está diciendo: sin un remedio para negociar, la fuerza militar es todo lo que tienen nuestros guerreros.

—¿Cuándo saldrán? —pregunto.

—Ya enviaron más exploradores. Huritt guiará cerca de cien guerreros a la entrada del valle el día después de mañana.

—¿Cien serán suficientes?

—Kane dice que no son más de cien.

Pero escucho un tono de preocupación en su voz. Sumerjo el trapo en la olla de agua helada y volteo hacia Kane, quien está medio desvestido. Hay una cortada en su hombro y un moretón del tamaño de mi pulgar creciendo en su clavícula. Estoy completamente consciente de la presencia de Genya mientras exprimo el trapo en la olla y lo acerco a él.

Cuando presiono el trapo contra su herida, él reprime un quejido, cerrando los ojos.

—Lo siento —le digo. ¿Por qué estoy presionando con tanta fuerza? Señalo la cortada con mi cabeza—. ¿Cómo ocurrió?

—Fue una tontería —dice él—. Esa ciénaga en el bosque al este de aquí. Me tropecé con una trampa para animales.

—¿Tropezaste?

—Creo que no estaba siendo cuidadoso —dice Genya, mirando a Kane con una sonrisa de cariño.

—Al menos no me oculté en una cabaña cuando llegaron los exploradores.

Genya murmura un sonido de protesta.

—Grandes hombres a lomos de grandes caballos. ¿Qué debía pensar?

—Parecías una liebre atrapada —Kane gesticula, aunque es claro que está bromeando—. Te ocultaste perfectamente en ese roble caído.

Ella entrecierra los ojos, pero hay una sonrisa en su rostro. Dice una palabra que no entiendo. Es claro que Kane sí. Su sonrisa se hace más amplia; su boca se tuerce en una esquina, de esa forma tan particular. Mi estómago se siente hueco.

Me concentro en mi tarea, limpiando la sangre coagulada tan gentilmente como puedo. Estoy intentando con todas mis fuerzas mantener las manos firmes, pero mirar su piel, la piel que las puntas de mis dedos han tocado de forma tan suave y tan desesperada... mi mirada sigue el camino del moretón desde la clavícula hasta la curvatura baja de su pecho... miro hacia otro lado, de vuelta a la estufa, y ocupo mis manos en mezclar la milenrama junto con el agua.

Matisa mira por encima de mi hombro la pasta que he creado.

—Bien —dice.

Desde el rabillo de mi ojo, veo a Genya acercarse para mirar la herida de Kane.

Carraspeo y le pregunto:

—¿Cuál es el plan para regresar a tu aldea?

Ella mira a Kane.

—No es seguro hacer eso de momento —contesta él—. Y ellos necesitarán ayuda.

—¿Ayuda?

—Para recuperar la aldea —dice Kane—. Por lo que he visto del Dominio —una sombra cruza su rostro—, igual que León, ellos tomarán lo que desean —su mirada vuela hacia Genya. Mi corazón se detiene.

Oh. Detengo el sonido justo a tiempo.

—Matisa —dice él—, ¿crees que tu gente...?

—Los ayudaremos —contesta Matisa.

—Estaremos agradecidos —responde él. Y al escuchar *estaremos* sé que no estoy incluida.

Me obligo a acercarme de nuevo a él. Tomo un poco del ungüento con dos dedos y lo acerco sobre la herida de Kane tan suavemente como me es posible. Mi mano tiembla.

—El pueblo de Genya nos cobijó tras la sequía —dice Matisa—. Y tú nos has ayudado mucho, trayendo esas noticias.

—Kane es el mejor tipo de hombre —dice Genya—. Él ayudará donde se

necesite.

El mejor tipo de *hombre*.

¿Cuándo se convirtió Kane en un *hombre*?

Hablo solo para llenar el hueco de mi corazón:

—Estoy segura de que no fue fácil dejar a tu familia. Seguramente los extrañas.

Ella levanta su barbilla.

—Amo a mi familia —dice—, pero ellos no deciden el curso de vida.

Me siento un poco enferma con sus palabras, pero al ver su rostro, sonrojado con esperanza, me recuerda a mi antigua yo. Me recuerda a la niña fiera saliendo del asentamiento, determinada a crear un nuevo camino, pero asiéndose a sus esperanzas, a la promesa de que alguien la elegiría para caminar ese camino con ella.

Cuando dejé a Kane en la aldea de Genya, fue porque él no podía arrastrar a sus hermanos tras de mí. Por un instante pensé que elegiría otra cosa. No lo hizo. Siento un dolor molesto en mi pecho, oscuro y feo. No estoy pensando claramente.

—Hablaré con el círculo —promete Matisa.

—Gracias —Genya sonrío.

Mi corazón está de cabeza.

Concéntrate en lo que importa.

Lo que importa es que la guerra ha llegado.

—Genya puede quedarse aquí, en la cabaña de sanación, por esta noche —dice Matisa—. Kane, te llevaré con mi familia.

Matisa regresa de la cabaña de su familia. Levanta las cejas al verme recostada sobre mi cama, mirando el techo.

—¿No querías hablar con nosotros?

No respondo. Inventé cualquier excusa acerca de una tarea pendiente que no tenía y dejé el área común tan pronto como vendé la herida de Kane. La herida que se hizo porque *no estaba siendo cuidadoso*.

Cambio el tema.

—Así que Huritt saldrá pronto.

—Sí.

—Estás preocupada.

—Sí —se sienta en el borde de su cama—. Iré a hablar con el círculo, pero no hay mucho que podamos hacer. Al no tener algo con qué negociar, no puedo evitar pensar que todo acabará en violencia.

Me quedo en silencio, sintiendo la desesperación mordisqueando mi interior.

—Él vino por ti —dice Matisa de la nada—. Eso es algo bueno.

Kane, por supuesto.

Hago una mueca.

—Vino a advertir a tu pueblo.

—Pudo encomendar el mensaje con los exploradores y volver a la aldea de Genya.

—Necesitaba pedir tu ayuda —digo—. No podría haber enviado esa petición con los exploradores.

—¿No estás feliz de que esté aquí?

—Trajo a *esa chica* con él.

—Ella le ayudó —dice Matisa—. Y ella quiso venir.

—O él quiso que ella viniera.

Matisa me dedica una larga mirada.

Me sonrojo.

—Es que... —me cuesta trabajo explicarme—. Es solo... ¿por qué más la traería hasta acá? —Esa mirada, cuando mencionó que el Dominio toma lo que quiere—. Podría haberle dicho que no. Podría...

—Entonces pregúntale.

—¿Perdón?

La observo. Lo dice como si fuera una cosa sencilla.

—No puedo hacer eso.

Me analiza.

—¿Sientes lo mismo por él? —Sus ojos me atraviesan, como si estuviera buscando las respuestas en el fondo de mi corazón.

Guardo silencio largo tiempo, miro el techo y reprimo las lágrimas. Inspiro profundamente y me enfrento a su mirada.

—No —contesto honestamente—. Lo amo aún *más*. Tanto más, que no estoy segura de poder sobrevivir a su respuesta —mi respiración se acelera y volteo hacia otro lado.

Matisa se sienta en silencio por varios minutos.

—No dejes que el miedo nuble tus pensamientos —su voz ya no es suave—. La respuesta será lo que es. Pero necesitas saber.



**D**esperto sobresaltada, parpadeando para alejar el sueño. Fue el mismo de la noche anterior. Matisa se para en las planicies de Los Vigías, es ella y al mismo tiempo, no: huesos relucientes en un lado de su rostro, el otro completo y hermoso. Se mueve hacia adelante y sopla tierra dentro de mis ojos...

Me siento y hago a un lado mi cobija. Aún está oscuro.

La cama de Matisa está vacía, pero sé que es porque fue a hablar con el círculo después de nuestra charla nocturna y no ha regresado aún. Observo nuestra habitación. Mis manos buscan la linterna entre nuestras camas, pero algo interrumpe el silencio. ¿Una voz? Viene de afuera. Se siente insistente. Como si me estuviera llamando.

Olvido la linterna. Me calzo mis mocasines y tomo mi vieja capa de su gancho en la pared. Abro la puerta y salgo hacia la luz de la luna.

Está más frío esta noche, así que me envuelvo bien en mi capa. Echo un ojo tras de mí y veo la luz de la cabaña de los sanadores encendida, un destello cálido y amarillo en la negrura nocturna.

El sonido llega de nuevo y sacude mis pensamientos.

Es distante, viene de más allá de la aldea, al este.

Camino hacia los jardines a través de la calma azul.

Lo que sea, está allá afuera.

Estoy a la mitad de los trípodes de vegetales cuando regresa.

Un sonido chispeante. Suave. Tan suave que parece imposible que eso me haya despertado.

Y ahora una luz. La puedo ver entre las hileras y más hileras de trípodes.

Hago a un lado vainas de calabaza, llenas de hojas, y busco una fogata, chisporroteando naranja en la negrura del campo. Erguida a un lado de ella, Matisa. Voltea y me contempla, no hay sorpresa en su rostro.

Las flamas están devorando una gran pila de sacos. Conozco esos sacos: contienen una cosa. El remedio.

Ella añade otra vara a la pira y las flamas crecen a los lados de los paquetes, cortando y mordiendo los sacos.

Una gran columna de humo negro atraviesa el cielo nocturno.

Me acerco. Ella se agacha y creo que tiene otra pieza de madera, pero mete la mano en el suelo y saca un puñado de tierra del jardín.

Se levanta y me mira, invitándome a acercarme. Obligo a mis pies a caminar a su lado.

«Debemos regresar», dice. Sostiene hacia el frente su mano llena de tierra, se inclina un poco y sopla.

Hago hacia atrás mi cabeza, tallando el polvo de mis ojos con los puños. Alejo mis manos y parpadeo, furiosa.

Estoy viendo la cama vacía de Matisa. Nuestra habitación está bañada en la suave luz matutina.

No hay restos de una fogata en el jardín, ni carbón ni cenizas.

Los rayos del sol atraviesan los picos de las montañas. Me paro en la mitad de los altos tallos verdes y observo, mientras que una suave brisa mece mi cabello sin peinar. Matisa estaba quemando el remedio en mi sueño, tal como *ella* lo soñó.

Debemos regresar.

Regresar. No regresar con Kane, no regresar a la aldea de Genya. Regresar al asentamiento con mi gente, adonde voy en mis sueños. Donde estoy paleando tierra sobre Matisa. Cavando y cubriéndola, desesperada.

Me agacho para tomar un puñado de tierra, mientras pienso en Matisa convirtiendo la planta del remedio en cenizas, deteniendo la tierra en su mano, soplándola hacia mí.

Debemos regresar.

Sokayawin estaba parada en el mismo punto días atrás, cuando hablamos de las plantas. De la tierra. De...

Mis ojos se abren grandes.

Corro a buscar a Matisa.

Encuentro en su lugar a Genya, sola, en el área común de la cabaña de los sanadores. Está sentada cerca de la estufa, deteniendo un tazón de potaje. Se levanta de un brinco mientras entro, aliviada de ver un rostro conocido.

—Buenos días —canturrea.

—¿Dónde está Matisa?

Su frente se arruga.

—Todos ellos salieron —responde.

—¿Adónde?

Alza los hombros.

—Creo... que... ¿a rezar?

Rezar.

—Por la gente fuerte. La gente guerrera.

Los guerreros. Están rezando por los guerreros, que saldrán mañana. Estarán en *mistasiniy*, la piedra abuela, el lugar adonde van para las charlas más serias, para las oraciones más importantes. No debería interrumpirlos, pero necesito decir lo que

estoy pensando mientras está fresco en mi mente, mientras tiene sentido.

—Gracias —doy media vuelta para salir.

—¿Em? —La preocupación en la voz de Genya me detiene. Volteo a verla, con una mano en la puerta—. ¿Dónde está Kane?

Aprieto mis dientes. La forma en que pronuncia su nombre. *Kahn*.

—No sé —contesto—. Pero si lo veo, lo mandaré para acá.

Azoto la puerta al salir y doy la vuelta a la cabaña. Y casi tropiezo con él.

—¡Hey! —Kane alza una mano para evitar que me estrellé con él. Retrocedo, tratando de evitar lo mismo, y me tambaleo un poco—. ¿Tienes prisa?

La luz de la mañana es opacada por sus ojos oscuros. Luce limpio y descansado, lo que hace que me dé cuenta de que soy un desastre. La hermana menor de Matisa está parada junto a él, deteniendo su mano. Se ve complacida, lo más probable es que le hayan pedido enseñarle el pueblo.

—Lo siento —digo haciéndome a un lado para poder pasar—. Yo... regresaré.

—¿Estás bien?

—Claro. Es solo... solo necesito... —Trato de visualizar el sueño. Su significado empieza a escaparse—. Solo necesito hacer algo.

—¿Puedo ayudar? —Extiende su mano libre hacia mí.

No tengo tiempo para esto.

—No —respondo—. Regresaré —paso junto a él y digo como si nada—: Genya está buscándote.

Me aferro al sueño, tratando de mantenerlo fresco en mi mente. Cuando doy la vuelta en la esquina de la siguiente cabaña, me echo a correr.

La peña está en un acantilado que observa el lago, como si hubiera caído del cielo ahí. El grupo está sentado cerca de él, del lado del lago, lejos del viento. Matisa me ve venir desde lejos y se pone en pie.

Mira a los cuatro miembros del círculo y luego hacia mí mientras me acerco precipitadamente.

Disminuyo la velocidad y me detengo en la ladera de la piedra, observando a Sokayawin y Matisa hablar en su lengua. Estoy esperando que Matisa venga a saludarme, pero en cambio me hace señas para que me acerque.

—El círculo quisiera saber tus noticias.

—¿Cómo supieron?

—Te ves como si vinieras en estampida. Debes traer noticias.

Las mujeres asienten.

—*Tatawaw* —me dice Kisew, la más vieja y frágil de las cinco. Me está diciendo que hay lugar para mí en esa reunión.

Me siento, tratando de apaciguar mi respiración. Un dulce humo flota en el aire. Miro alrededor.

—¿Existe una...? —Trato de encontrar la palabra—. ¿Una forma de hablar? ¿Un código para estar aquí?

—Lo hay —dice Matisa—. Pero creo que esto no puede esperar —me observa, expectante.

Asiento.

—Creo... creo que he soñado la respuesta.

Matisa se acerca.

Inspiro profundamente.

—Es la tierra —digo—. Siempre ha sido la tierra. La razón por la que la gente está enfermado —Meyoni, otra sanadora, frunce el ceño. Sacudo mi cabeza—. Perdón, no. No quise decir que estuvieran enfermado a causa de la tierra —trato de acomodar mis pensamientos. Comienzo de nuevo—. Matisa sintió que algo había cambiado. Pensó que era la enfermedad. No lo era. Es la tierra.

Me encuentro con gestos de desaprobación. Mis manos revolotean. No elijo las palabras correctas para explicarlo. *Empieza desde el principio*. Volteo hacia Sokayawin.

—La semana pasada, en los jardines, ¿hablaste de rotar el cultivo de calabazas?

Sokayawin asiente.

—Eso es porque la tierra cambia, ¿cierto? La tierra cambia dependiendo de la planta que ha estado creciendo en ella y por cuánto tiempo. Hacíamos lo mismo en mi asentamiento: rotábamos las viñas porque tomaban demasiado de la tierra en la que habían estado creciendo por demasiado tiempo. Y... —Otra profunda inspiración mientras juego con mis manos en busca de las palabras correctas.

—Piensas que el remedio no crece aquí de la forma que debería —dice Matisa. Kisew alza las cejas ante la forma de Matisa de terminar mi oración—. Piensas que la tierra no es la correcta para él.

—¡Sí! La planta cerca de mi asentamiento te protegió. Pero cuando la trajiste para cultivarla aquí, la trajiste a la tierra incorrecta. *Eso* es lo que ha cambiado, ¿no la enfermedad!

Silencio. Matisa presiona sus labios mientras considera lo que he dicho.

Sokayawin sacude su cabeza.

—La razón por la que sabemos que hay que rotar las cosechas es porque empiezan a fallar. Ya no producen lo que debería. Esto nunca ha pasado con el remedio. Desde que hemos estado aquí, ha crecido fuerte.

Pero no me refiero a que esté *fallando*. Busco otra forma de explicarlo.

—Las bayas agridulces que *sæur* Manon me enseñó a evitar: esas siempre crecen en la trampa al pie de las píceas, y son venenosas y ella me dijo que era por la tierra.

—Conozco la planta de la que hablas. Y puede ser venenosa por la tierra, pero también crece únicamente en esa tierra —responde Sokayawin—. No hay otras bayas agridulces creciendo en otro lado que no sean venenosas.

—Es *algo* que tiene que ver con la tierra —insisto, aunque cada vez estoy menos convencida. Miro a Matisa—. En mis sueños, Matisa está enferma y yo estoy echando tierra sobre ella. Solo que no la estoy enterrando, la estoy *curando*. En mis

sueños, Matisa o aplasta el remedio o lo quema, y me ofrece tierra en su lugar. Puede ser que el remedio parezca bueno, pero no lo es... —dejo de hablar, sin la certeza de qué es lo que intento decir.

Meyoni vuelve a fruncir el ceño, pero Matisa mantiene la mirada perdida. Como si intentara comprender.

Un insecto pasa zumbando por mi oreja. Y el sonido... mis ojos se iluminan.

—*Âmopiyêsîs* —digo. Matisa me mira perpleja—. El pájaro. Dijiste que ese pequeño pájaro siempre está en movimiento, así que tiene que comer todo el tiempo, sin embargo, no bebe de cualquier flor: elige cuidadosamente, aunque las flores se vean similares. ¿Cómo sabe? ¿Cómo sabe qué flor tiene el mejor azúcar para él?

—Simplemente lo sabe —contesta ella.

—Pero para nosotros, todas lucen igual, ¿cierto?

Matisa lo piensa por un momento. Levanta su cabeza.

—Como *maskwa* —le dice al círculo, usando su palabra para «oso». Se pone en pie y empieza a caminar—. Tiempo atrás, la gente pensaba que *maskwa* comía la corteza de los árboles. Observaban a los animales romper la piel del árbol con sus garras y hocicos: pasaban mucho tiempo haciendo eso. Pero *maskwa* era quisquilloso respecto a qué árbol usar, y siempre elige el mismo tipo. Con el tiempo, la gente se dio cuenta de que no era la corteza lo que buscaba sino los insectos debajo de ella. No era la corteza lo que satisfacía su apetito —nos observa—. ¿Entienden?

Pero estoy perdida y Matisa lo nota en mi rostro.

—El remedio es lo que vive en las plantas cerca del asentamiento de Em —su voz se llena de emoción—. Como las hormigas de *maskwa*, pero más pequeño. Algo como lo que *âmpiyêsîs* detecta en las flores.

—Entonces... —Siento como si mi cabeza estuviera llena de lana— en mi asentamiento, cuando comemos la planta, ¿estamos comiendo esa pequeña... cosa?

—¡Sí! Y eso, sea lo que sea, previene la enfermedad. Sueñas con la tierra que rodea tu asentamiento porque la planta, creciendo allí, es el remedio.

La observo, conmocionada.

—Eso no tiene sentido —interrumpe Meyoni—. Hemos estado protegidos por el remedio, cultivado aquí, durante décadas.

—*Pensábamos* que así era —replica Matisa—, pero ¿y si cuando nuestro pueblo se mudó lejos de los bosques prohibidos, nos mudamos lejos de la enfermedad también? ¿Y si hemos cultivado siempre un remedio inútil, pero no lo sabíamos porque el mal nunca estuvo en las pequeñas aguas de este valle?

Meyoni entrecierra los ojos.

—Nuestro remedio nunca ha dejado este valle —continúa Matisa—. Nunca hemos permitido que nuestra gente tenga sus propios suministros por el miedo a que lo acumulen o lo intercambien. Nuestros cazadores están aleccionados para hervir el agua cuando están fuera. Pero nunca estuvimos en peligro. Nuestra fuente principal es el agua grande, el río, lo cual explica por qué no nos aquejaba la enfermedad. Pero

la Hemorragia ha contaminado las pequeñas aguas del valle. Eso es lo que ha cambiado.

Jadeo.

—Entonces aún tienen ventaja —digo—, aún pueden negociar con el Dominio.

Mi corazón se acelera. La tierra en mi asentamiento produce el remedio. Lo hemos resuelto. Esa es la razón por lo que hemos permanecido juntas, por la que viajamos todo este camino. Quiero arrojar mis brazos alrededor de Matisa, pero en la reunión hay silencio. Echo una mirada alrededor. Kiswe ladea su cabeza, su larga trenza blanca como la nieve cae por uno de sus hombros. Meyoni frunce el ceño de nuevo. El viento silba a través del abeto en el lago y lo inclina hacia nosotras.

La mirada triunfante de Matisa se desvanece.

—*Nisikos* —llama a Sokayawin con la palabra de su pueblo, «tía»—, seguramente sientes la verdad en esto.

Sokayawin asiente, pero sus ojos denotan confusión.

—¿Qué ocurre? —pregunta Matisa mirando al círculo.

—No tenemos la planta que creció en la tierra de los bosques prohibidos —señala Meyoni.

—No, pero...

—Así que no podemos estar seguras —la interrumpe Meyoni—. Quizá no es que nuestras pequeñas aguas finalmente contagien la enfermedad. Quizá siga siendo lo que hemos temido: que la enfermedad ha cambiado. La gente de Emmeline podría estar sufriendo como nosotros. Podrían estar muriendo en este instante.

—Pero estaban bien... —no termino la frase: «cuando nos fuimos». Eso fue hace meses. Un escalofrío recorre mi cuello.

—No —el tono de Matisa es firme—. No están muriendo en este instante. Nuestros sueños encajan —su tono aleja al espectro del miedo que ronda mi corazón—. Seguramente pueden ver que este es el camino.

—Aun así —dice Sokayawin—, no podemos negociar con algo que no tenemos.

—Pero podemos conseguirlo.

—No a tiempo. Los guerreros cabalgarán mañana —contesta Sokayawin—. No se arriesgarán a que el Dominio entre a este valle.

—Entonces pide a Huritt que asegure nuestro regreso con el remedio.

—¡No podemos! —protesta Meyoni—. Si no funciona, el Dominio buscará venganza.

El rostro de Matisa se oscurece, sus ojos resplandecen con un fuego interior.

—Em y yo hemos soñado la respuesta —dice de forma lenta e intensa—. El remedio crece en los bosques prohibidos.

Hay un largo silencio.

Meyoni suspira.

—Matisa —dice, suavizando su tono—, aunque así fuera, ¿cómo conseguiremos suficiente? Necesitaríamos control de la tierra, de la planta.

Matisa me mira. Es mi turno.

—Crearemos un acuerdo —digo—. Ustedes tienen muchas cosas, poseen conocimiento. Mi asentamiento estará feliz de compartir y aprender.

—¿Crees que tu gente querrá cooperar con nosotros en lugar de con los suyos? —pregunta Meyoni.

—El Dominio no es nuestra gente —digo, aunque no me siento tan segura de cómo sueno.

Cuando mi asentamiento supo de la gente que vivía en el este, el lugar que sus ancestros habían dejado hacía tantos años, hubo interés en ir de regreso por ese camino, tratando de encontrar a nuestra parentela. Mi asentamiento fue distanciada por generaciones y se convirtió en su propia raza; pero, comparados con el pueblo de Matisa, difícilmente éramos unidos. Siempre nos guardábamos para nosotros mismos, a menos que fuera necesario un Acuerdo más allá de nuestro territorio por el bien de las líneas sanguíneas. Ni siquiera hablamos las lenguas de los otros. No somos para nada como los *osanaskisiwak*.

—También está el tema de nuestra cooperación —señala Meyoni—. Nuestros líderes han temido esos bosques mucho tiempo, han pensado que la gente de ahí sería peligrosa para nosotros.

—Pero si le decimos a la gente la verdad, que hemos descubierto el remedio en esos bosques, verán...

—¡No podemos compartir la verdad hasta que estemos seguras de tus declaraciones! —protesta Meyoni.

Sokayawin levanta una mano.

—Matisa, veo que tu corazón te dice que esto es verdad. Pero, Emmeline, ¿cómo lograrás convencer a tu gente de compartir un regalo tan importante?

Abro mi boca para responder, pero no encuentro las palabras. ¿Cómo? Mi gente fue temerosa y tonta por tanto tiempo. Convencerlos de compartir algo que ellos ni siquiera entienden no será una tarea sencilla. Pero si voy a ser de utilidad para Matisa, debo intentarlo.

—Elegirán el camino correcto —respondo—. Solo necesito tiempo.

—Tiempo es precisamente lo que nos falta.



Matisa y yo caminamos de regreso a la aldea, hombro con hombro, detrás de las ancianas.

—Tenía razón —dice Matisa, con voz amarga—. Contar una historia falsa ha roto nuestro buen juicio, nuestra habilidad de ver lo que está frente a nosotros.

Una ola de impotencia surge en mí. El círculo de las sanadoras necesita pruebas de nuestra afirmación antes de que negocien, pero necesitamos al menos dos semanas para recuperar el remedio y Huritt cabalga mañana. Quién sabe si regresaremos a tiempo para detener una gran guerra. La pequeña voz en mi cabeza me apresura. Debemos empacar y planear. Pero al mismo tiempo, estoy cansada. Agotada hasta la médula.

La frustración me domina.

—¿Por qué hasta ahora? Si somos las soñadoras, ¿por qué nos tomó tanto dar con la respuesta? ¿Por qué no pudimos soñar esto antes de dejar mi asentamiento? Antes de... —No enlisto las cosas que nos habría ahorrado. Todo el dolor y la muerte.

—Nuestro viaje me asegura que hemos descubierto la verdad —responde Matisa. Frunzo el ceño, confundida.

—Cuando Isi, Nishwa y yo dejamos este lugar para encontrarte, no llevamos el remedio con nosotros. La gente temía que los *sokhâtsiwak* estuvieran planeando irse y hacer trueque con el remedio; no quise que esa acusación se alzara en nuestra contra. Cuando dejamos tu pueblo, teníamos el té que hice de la planta del remedio de tu asentamiento, por eso sobrevivimos.

—¿Así que nuestro viaje es la prueba?

—No la prueba —dice Matisa—, pero quizá fue necesario para ayudarnos a entender nuestros sueños, hacernos creer en ellos —se ríe con un sonido triste y suave—. O tal vez Tom tiene razón. ¿Qué dice? ¿Sobre no ser capaces de ver lo que tenemos enfrente?

—Eso no cambia lo que está por venir —respondo, mi voz es débil. Las palabras de Meyoni resuenan en mi cabeza.

Podrían estar muriendo en este momento.

El pensamiento envía un dolor profundo a través de mi ser. Siempre sentí que no

pertenecía a mi asentamiento, me sentía vigilada, enjaulada. Y dejar el lugar fue como quitarme un gran peso del pecho. Pero pensar en todos sucumbiendo a causa de la Hemorragia...

No. Soñamos la respuesta.

Matisa suelta una repentina y triste risa.

—¿Qué ocurre?

—*Sohkâtisiwak* —responde Matisa—. Ellos tenían razón sobre una cosa: hay algo poderoso en los bosques prohibidos.

Medito al respecto.

—¿Habrán sabido lo que era?

—No lo creo. Puede que ni siquiera sepan dónde están los bosques. Pero quizá por eso me buscaban: para obligarme a enseñárselos.

Mientras nos acercamos, el revuelo de la aldea llega a mis oídos. Me imagino a Kane caminando alrededor de este nuevo y extraño lugar y sintiéndose asombrado como yo, durante mis primeras semanas aquí. Quiero mostrarle todo: las granjas, el lago, los caballos. Quiero enseñarle lo bueno que es estar aquí, pero no habrá tiempo para eso.

Y ¿le puedo pedir que nos ayude, que me acompañe? Le pedí que me eligiera una vez y casi terminó en desastre. No estoy segura de poder arriesgarme de nuevo. Luego está el tema de irnos a razón de nuestros sueños, y eso es algo que él nunca ha entendido del todo, aunque lo ha intentado. ¿Qué pasaría si se entera de que el círculo de sanadoras cree que Matisa y yo actuamos sin motivos?

Matisa ha ido bajando el paso hasta detenerse. Me señala un arbusto varios pasos adelante de nosotras con una risa sin humor.

—La plantamos por todos lados, para que pareciera parte natural de la tierra —dice—. Y la cosechamos como hacemos con cualquier otra planta para no atraer la atención hacia ella —su voz contiene un rastro de desdén.

Observo las hojas de tono gris verdoso. Conozco la planta. Crece salvaje en toda la zona aledaña a nuestro asentamiento. *Sæur* Manon me enseñó muchos usos para ella: emplastos, sopa, té... y me doy cuenta de que siempre lo supe. En mis sueños nunca pude poner un nombre a la planta, pero la veía frente a mí, lo sé.

La veo con asombro.

—Necesitas saber tras lo que vamos a tu asentamiento —me dice—, en caso de que yo no esté ahí.

La sangre se me hiela.

—¿No vendrás?

—Iré. No es eso. La leyenda dice que nosotras, las soñadoras, debemos mantenernos juntas para encontrar una respuesta...

—Y lo hicimos. Somos soñadoras de tiempos diferentes. La leyenda dice que esas soñadoras encontrarán una forma de prevenir el desastre.

—Sí, pero no dice lo que pasará una vez que lo hagan.

Busco en su rostro, mientras el pánico se come mi corazón.

—¿Qué has soñado?

—Nada —responde Matisa—, pero hemos visto los peligros que hay afuera, conocemos el riesgo que estamos tomando.

La imagen de mí echando tierra sobre su cuerpo ensangrentado flota hacia mí.

Pero... no. No. Esos sueños no son sobre su muerte. Sé que no lo son.

Alejo el miedo, lo encierro en lo más profundo. Nuestros sueños nos han mostrado nuestro camino. Ahora tenemos que seguirlo. La tomo por los hombros y hago que voltee hacia mí.

—Sé lo que pasa con las soñadoras —digo con firmeza—: terminan su viaje y salvan a su pueblo. Y crecen, envejecen y pierden sus dientes y cuentan historias de su viaje hasta que todos los demás se cansan de escucharlas.

Matisa sonrío. Pero la mirada en su rostro me dice que no comparte mi convicción.

—Tenemos que hablar con los demás —dice—. Encuentra a Tom y a Kane. Yo iré por Isi.

Kane no está en la cabaña de los sanadores. Tampoco Genya. La idea de ambos explorando la aldea juntos no me entusiasma, pero también estoy un poco aliviada por no tener que pedir ayuda a Kane todavía. Encuentro a Tom en las caballerizas y lo aparto para contarle las noticias.

Inmediatamente me dice que debemos empacar.

Caminamos de regreso a la cabaña de las sanadoras. Escucho a Tom enlistar los suministros que necesitaremos, pero mientras miro a nuestro alrededor, la aldea y la gente en ella, siento que esto está mal.

—No deberías venir —lo interrumpo.

Voltea y frunce el ceño.

—Es una buena propuesta. La última vez que decidiste salir a algún lado, estabas desesperada por llevarme contigo.

—No es que no quiera que vengas. Es solo...

—¿Preferirías que no lo hiciera?

Me detengo y tomo su mano.

—Eres feliz aquí —no es necesario que diga a qué me refiero, los dos sabemos de qué hablo. Voltea a ver a nuestro alrededor, la aldea con sus casas y construcciones, el murmullo de la preparación y la anticipación.

—Nunca imaginé que estar fuera del asentamiento pudiera ser así —dice—, pero tú sí. Tú lo creíste todo el tiempo.

Encojo los hombros.

—Solo soñaba despierta.

—Aún lo haces —aprieta mi mano—. Y pretendo ver adónde te lleva tu sueño —lo dice con firmeza, sin un atisbo de duda.

Me jala al frente. Mientras caminamos, lo estudio. Ha cambiado mucho en corto

tiempo. Siempre estuvo en él esta valentía, esta esperanza. Es mucho más grande, mucho más brillante aquí afuera. Donde puede ser quien realmente es.

—¿Y Eisu? —aventuro.

—Quizá venga —algo en su tono me hace creer que no está seguro.

Toca el mango de su rifle automático.

—De cualquier forma, debo ir. En caso de que tenga que salvar tu vida de nuevo.

Le doy un codazo y noto que el mango perlado con las iniciales talladas ya no está en la cartuchera de su cinto.

—¿Dónde está tu otra pistola?

—Se la di a Eisu.

—¿Por qué?

—Intercambiamos símbolos —busca dentro de su camisa y jala un cordón de piel. Hay una piedra blanca colgando de él, plana y pulida.

—Oh, bueno, no estoy segura de que una pistola sea un símbolo realmente. No es precisamente romántico.

—No tenía nada más que darle —protesta.

Sonríó pensando en él cuando apareció de la nada, todo fiereza y determinación. En su momento, me pregunté cómo había sido tan valiente para seguirnos, solo, con nada más que su mochila al hombro, el mapa de Henderson y un paquete de té.

Mis pensamientos se detienen ahí.

El té. Dijo que se trajo el té para sentir como si yo estuviera con él. Había hecho ese té para su papá enfermo, y él lo había traído a tierras salvajes y lo había bebido cada noche, sentado bajo las estrellas...

La voz de Tom flota cerca, preguntando algo acerca de los caballos, pero mi mente está corriendo.

El té estaba hecho de la planta que Matisa me enseñó ayer. Mi respiración apremia. Me volteo hacia Tom.

—¿Recuerdas el té que trajiste? ¿Aún lo tienes?

—No sé —responde con expresión preocupada ante el abrupto cambio de conversación—. Tendría que revisar entre mis cosas.

—¿Puedes hacerlo en este momento? ¿Me puedes llevar a ver? Es importante.

Me mira sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque puede ser la prueba que necesitamos.

El pequeño riachuelo burbujea, fresco y claro. Me arrodillo junto a él y observo por encima de mi hombro. Los niños pequeños que me guiaron han desaparecido.

Ahora solo soy yo con Bestia y el sol en todo su esplendor. Una figura se desliza hacia mí, con la cola meneándose de arriba abajo toda llena de esperanza.

Y Hambre.

Suspiro y estiro la mano mientras la perra se aproxima. Palmeando su cabeza, veo otra vez el riachuelo. Podría usar mis manos como cuenco para mi boca, pero tendré

que llevar un poco de vuelta a la aldea de cualquier forma, como prueba.

Es una suerte que los hermanos de la chica que murió recientemente a causa de la Hemorragia sean demasiado jóvenes para entrenarse como guerreros. Los encontré recolectando bayas, sus caballos en la cercanía, y nos fuimos de la aldea sin que nadie lo notara.

Con todos tan ocupados con sus tareas y distraídos con el plan de Huritt, los chicos no serían extrañados por horas. Los urgí a enseñarme el riachuelo del que su hermana había bebido y estuvieron encantados de galopar con sus caballos en un sendero plano y sencillo. No les pedí que mantuvieran en secreto esta expedición, no era necesario.

De cualquier forma, tendremos una respuesta.

—Aquí —digo y extendiendo mi odre en una piedra plana cerca de Hambre. La veo beber el agua segura de la fuente de la aldea. No sé si los perros puedan contagiarse como las personas, pero no estoy dispuesta a averiguarlo.

Vuelvo a ver el riachuelo, observo las rocas pulidas debajo de la superficie. Las imágenes de aquellos que han muerto nadan en mi mente: lenguas ennegrecidas, ojos sangrantes, rostros hinchados. Mi ira crece.

Me siento sobre mis talones.

Concéntrate.

Beber el remedio previene que la Hemorragia tome ventaja. Si está en ti, no enfermarás. Solo un detalle roe mi determinación: no estoy segura de cuánto necesitas beber. Usé casi todo lo que Tom tenía —hizo un té concentrado— y guardé una pequeña cantidad para enseñarle al círculo. Esperé que fuera suficiente.

Era suficiente.

Mi garganta está tensa. El sol está alto, es pasado el mediodía y el calor va alzándose desde las orillas rocosas en oleadas. Los insectos son ruidosos, su rumor se mezcla con el burbujeo del riachuelo. Está tan caliente aquí, que en una hora más mi sed me obligará a beber. Pero no puedo esperar.

Tom confirmó mi corazonada: me dijo que cuando salió del asentamiento semanas atrás, siguiendo nuestro rastro, bebió de las aguas pequeñas. No puedo creer que no se me ocurrió preguntar antes. Supongo que estaba demasiado distraída con todo lo demás: escapar de *sohkâtisiwak*, encontrar la aldea de Genya, dejar a Kane.

No puedo tener certeza que esas pequeñas aguas que bebió hayan tenido el mal, pero sé que estas lo tienen. Y no me preguntó lo que planeaba hacer ahora, así que no lo dije.

Pero Matisa lo descifrará. Cuando escuche de qué me he enterado y vea que no estoy, vendrá a buscarme.

No tenía opción. Me habría detenido. Habría insistido en hacerlo ella misma, me habría dicho que era su deber.

Pero sé que es por eso que me encontrará, porque nos soñamos la una a la otra. Así es como puedo ayudar. Si hay una posibilidad de que estemos equivocadas,

Matisa deberá estar aquí para ayudar a su gente. Necesitarán su sabiduría, su liderazgo. Si estamos equivocadas...

No lo estamos.

Dejé el asentamiento prometiéndome encontrar una nueva vida. Le enseñé a Descubrimiento un nuevo camino cuando seguí mis sueños y encontré a Matisa. He aprendido una nueva forma de pensar acerca de Honestidad, sobre ser sincero contigo mismo. Y si quiero definir mi Valentía de una nueva forma y ver este viaje como algo en lo que siempre he creído, entonces esta es mi oportunidad.

Mi única oportunidad.

Empujo mi garrafa de piel debajo de la superficie del agua y veo las burbujas alzarse mientras se llena.

Soy Honestidad. Soy Descubrimiento. Soy Valentía.

Ese fuego dentro de mí crece mientras jalo mi recipiente, chorreando del riachuelo y mido su peso en mi mano. Me levanto sobre mis pies y camino hacia Bestia, quien está estirando el cuello para alcanzar puñados de hierba larga en la orilla. Paso mi mano por su cuello y palmeo su hombro.

Resopla a través de una boca repleta de hierba, moviendo su cola contra una mosca y siento que su falta de preocupación es tal que las probabilidades deben estar con lo que siento en este momento, así que sonrío. Encuentro una roca y me siento. Miro el odre. Hambre se refugia en mis piernas.

Un sonido en la distancia me alcanza. Pezuñas golpeando contra la piedra. Podría ser la cabra que la chica y sus hermanos estaban cazando aquel día, trepando por los peñascos.

O podría ser uno de los caballos de la aldea.

Hazlo ahora.

Tomo una profunda inhalación y levanto la garrafa.

Hazlo.

El agua cae en mi boca abierta. De un solo golpe la frialdad se siente extraña y escamosa, como una serpiente líquida. Detengo la urgencia de pararla, de bloquear mi garganta con mi lengua, de escupir. Es solo mi mente jugándome trucos. Aprieto con fuerza mis ojos y trago, reprimiendo una arcada. Bebo de nuevo. Y de nuevo. Espero.

La Hemorragia no aparece hasta horas después de beber agua infectada. Sin embargo, escucho mi cuerpo y espero el fastidio del desasosiego.

—¡Em! —La voz de Matisa rompe el silencio.

Bajo la garrafa y abro mis ojos. Ella y Sokayawin están a caballo en la cresta, observándome.

—¿Qué has hecho? —Exige saber, mientras se apea de su caballo y se desliza hacia la orilla. Hambre brinca a sus pies y gruñe, como si me estuviera protegiendo. Matisa la ignora y se apresura hacia mí, quitándome la garrafa. Su piel es color ceniza —. ¿Qué has hecho? —repite, a pesar de que es claro que lo sabe. Su rostro está conmocionado, en una mezcla de temor y enojo, y fiero amor.

Alcanzo a Hambre con una mano reconfortante.

—Todo está bien —digo.

—¡Nada está bien! —me observa como si no estuviera segura de si quiere abofetearme o abrazarme.

—Matisa, detente —la voz de Sokayawin inunda el espacio—. Está hecho —se sienta sobre su caballo en calma, sus ojos son tumbas—. Y ahora tendremos respuestas.

La mano de Matisa flota por el extremo de mi campo de visión.

—Tienes que dejar de hacer eso —la alejo. Estamos esperando en la cabaña de sanación a que Sokayawin regrese. Ella y los otros fueron a hablar con Huritt cuando regresamos con noticias. Eso fue al menos hace una hora y, cada dos segundos, Matisa abre uno de mis párpados, en busca de algún signo de enfermedad.

Toma su mano de vuelta y la aprieta sobre su regazo.

En el riachuelo, le mostré lo que sobraba del té, describí cuánto era al inicio y de inmediato confirmó que había bebido suficiente. Pero todavía estuvo molesta conmigo durante casi todo el regreso a la aldea. Se tranquilizó cuando Sokayawin empezó a hablar y comparó mi huida hacia el riachuelo con Matisa escapando a los bosques prohibidos el verano pasado. Dijo que ambas pensábamos con nuestro corazón más de lo conveniente para nuestro bienestar. Dijo que no había duda en por qué nos habíamos encontrado.

—Pensé que creías en nuestros sueños —digo en tono bromista.

Ella suspira, apretando sus manos juntas.

—Sí creo. Es solo... —Sacude su cabeza—. Debiste haberme dicho.

El sol se está poniendo detrás de las cabañas, tiñéndolas de un rosa claro. He mirado esta aldea muchas veces en los últimos días con miedo y aprehensión, pero en este instante me siento en paz. Ahora podemos proteger este lugar. Podemos evitar la guerra con la que Matisa ha estado soñando.

—Deberíamos estar celebrando —digo.

—Mmmm —parpadea hacia mí.

—Dije *basta*.

La puerta se abre y aparece Sokayawin. Entra en la sala, con los otros sanadores detrás de ella. Las mujeres se acomodan frente a nosotras.

—Hemos hablado con Huritt —dice—. Se acercará al campo del Dominio en términos de paz e intentará negociar tiempo para que consigamos el remedio del asentamiento de Emmeline.

Matisa y yo compartimos una mirada de alivio.

—Emmeline, tú irás con él.

—¿Yo?

Sokayawin asiente.

—Creemos que tu presencia ayudará a asegurar la cooperación del Dominio. Serás un rostro familiar.

—Pero yo no... —Y me doy cuenta de lo que está diciendo. Mi piel les será conocida, así como el hecho de que hablo la misma lengua que ellos. Siento un atisbo de orgullo ante la idea de que creen que seré de ayuda, pero mi corazón late rápidamente. Soy una chica de dieciséis años. En mi asentamiento esto solo significaba que ya tenía edad suficiente para contraer matrimonio. ¿Los hombres del Dominio me tomarían en serio?

—Has dicho que puedes convencer a tu gente de cooperar con nosotros —dice Meyoni—. Eso significa que tienes el don de la palabra, cabeza tranquila y palabras justas. Creemos que tu propósito aquí es utilizar dichos dones.

Dudo. No estoy segura de que las palabras de Meyoni sean ciertas. Miro a Matisa. Sus ojos brillan con esperanza.

Levanto la barbilla.

—Claro —respondo.

Matisa y yo caminamos de vuelta a nuestras habitaciones, brazo con brazo, mientras la luna brilla sobre nosotras. El humo de la hierba dulce flota en el aire, fragante y familiar. La gente de Matisa deja que el viento sople este aroma por el pueblo para que los niños duerman en paz. Sonrío. Hoy es la primera noche en mucho tiempo que Matisa y yo haremos justo eso.

Ya no se ha preocupado por pequeñeces conmigo, el tiempo para que la Hemorragia me reclame ya pasó y la preocupación se esfumó de su rostro.

—Nos iremos el día después de mañana —dice—. Mientras cabalgas con Huritt, nosotros haremos los preparativos. Y cuando regresemos con el remedio, el círculo finalmente le dirá la verdad a nuestro pueblo, la verdad sobre nuestra historia —aprieta mi brazo con el suyo—. Oh, Em —dice, feliz—, lo resolvimos.

—Tú lo resolviste —respondo—. Yo solo me aseguré.

Una figura alta nos espera en nuestras habitaciones. Cabello oscuro, brazos cruzados sobre su pecho. Kane. Y está solo, alabado sea.

Los ojos de Matisa lo observan.

—¿Qué ocurre?

Disimulo una sonrisa y me encojo de hombros.

—¿Ya le preguntaste? —Mantiene su voz baja.

—Aún no —digo, pero siento la cabeza ligera con alivio y emoción. Estaba temerosa de preguntarle por qué vino, nerviosa de hablar con él sobre ir de vuelta al asentamiento. Pero ahora... no puedo evitar tener una sonrisa boba en mi rostro.

—Estaré adentro —me dice Matisa. Su sonrisa es traviesa—. Tómame tu tiempo.

Observo a Kane acercarse, tratando de no ser obvia. Está utilizando una mezcla entre las ropas *osanaskisiwak* y las de la aldea de Genya: una camisa abierta en el cuello y esas botas. Es guapo, tanto, moviéndose hacia mí bajo la luz de la luna. Mientras se acerca, veo que parece capaz de atravesar a Matisa para llegar hasta mí. Le ofrece un saludo distraído con la cabeza cuando ella pasa y él da una zancada hacia mí.

—Te he estado esperando —me dice. Seguramente escuchó las noticias gracias a Tom o Isi. Sabe lo que hice. Pero la forma en que me mira... no está aquí para felicitarme por mi Valentía.

—Oh —respondo.

—¿Es verdad? ¿Huiste para beber agua infectada?

—Yo... —Me había imaginado fingiendo no estar tan satisfecha conmigo como me sentía, pero viendo sus ojos ahora, oscuros por la preocupación (¿furia?) cualquier sentimiento de satisfacción se va por la borda—. Sí —digo—. Necesitaba probar que teníamos el remedio antes de que Huritt fuera a la guerra.

—Así que bebiste Hemorragia con plena conciencia —es como si no creyera lo que está diciendo o escuchando. Eso, o no quiere.

—Tenía el remedio conmigo —le explico.

Hay un silencio denso.

—*Creías* tener el remedio.

—*Sabía* que lo tenía.

—¿Porque tus sueños te lo dijeron?

—Bueno... sí. No solo por eso. Pero... lo sabía.

—Lo sabías. ¿Por eso te fuiste en secreto?

—Yo... no podía decirle a Matisa. No tenía mucho tiempo y sabía que ella intentaría convencerme de lo contrario, así que...

—¿Y a mí? ¿No me dijiste porque sabías que yo tampoco querría que lo hicieras? ¿O ni siquiera pensaste en mí?

Sus palabras me golpean como una fuerte bofetada. Doy un paso atrás.

—Yo q-q-quería ayudar.

—Claro, sin importar el riesgo.

—¡No había riesgo! Sabía que era la respuesta.

—Si estabas tan segura, ¿por qué no me lo dijiste? —Su voz suena tan herida. Mi corazón se acelera y mis pensamientos se enturbian. No era así como se suponía que debía ocurrir.

—No tenía tiempo. Yo... —Pero él sacude la cabeza y da un paso atrás, su mirada se aparta de mí—. Kane...

Ya no está escuchando. Se aleja.

Doy media vuelta, queriendo llamarlo de vuelta. Las palabras no llegan. Lo veo desaparecer al lado de un edificio. Volteo y me tambaleo hacia el frente, hacia nuestras habitaciones.

Matisa me alcanza en la puerta. Escuchó lo que dijimos o lo adivina por mi rostro. Me jala adentro y aprieta mis hombros.

—Ya se le pasará —me asegura.

Asiento pero, por una vez, Matisa no sabe lo que pienso. No es el enojo de Kane lo que me ha puesto de cabeza. Fue el dolor en sus ojos.

Era la expresión escrita en su rostro y cuerpo: derrota.





Cabalgamos.

En una nube de grupas relampagueantes, el viento de la montaña azota nuestras ropas y cabellos, mientras vamos en carrera hacia el extremo este del valle. El chisporroteante sonido de la piel aceitada y el tintinear de nuestros efectos personales alrededor de mí es ensordecedor. La excitación y el miedo se mezclan con el olor de sudor del caballo, que me embate en oleadas.

Es una imagen fiera: un grupo de guerreros corriendo por las orillas rocosas en sus pieles de batalla, mejillas y ojos oscurecidos con pigmento, cabezas rapadas inclinadas ante el viento.

Estoy en la mitad del grupo, cerca de Nishwa. Cabalgamos todos tan juntos que un movimiento equivocado podría ser desastroso, una caída podría significar ser pisoteado hasta morir, pero los guerreros no están preocupados: ellos no comenten esos errores.

Intento confiar en que Bestia entiende las señales que yo no entiendo de los caballos a su alrededor, que están haciendo lo mismo. Pero el suelo debajo pasa tan rápido, que aprieto mi agarre de las riendas y me obligo a respirar lento y profundo.

Adelante, los rayos del sol se arrastran sobre el horizonte, quemando lejos el azul del amanecer. Estoy demasiado nerviosa para sentir la preocupación de anoche, mi corazón palpitante pelea contra la fatiga que viene en forma de sueño.

Pero la imagen del rostro dolido de Kane flota frente a mí.

¿Él verá que no tuve más opción que actuar rápido? Cuando regresemos de esta misión, de seguro lo entenderá.

El lago desaparece detrás de nosotros y se reduce a un riachuelo ajetreado. Bajamos la velocidad del galope, pero urgimos a nuestros caballos a atravesar las alfombras de suave y siempre verde tierra pantanosa. Huritt va al frente, con la espalda tan recta como una flecha y la cabeza inclinada hacia adelante con determinación.

Cuando el valle se estrecha y los puntos de vigías se hacen visibles, reducimos la velocidad. Ante la orden de Huritt, los guerreros se separan en tres grupos de treinta.

Nishwa y yo somos llamados al frente para unirnos a Huritt. Los grupos se lanzan hacia las montañas y el bosque a nuestro alrededor, desapareciendo como silenciosos

fantasmas entre los árboles y los riscos.

Y Nishwa, Huritt y yo quedamos solos.

Huritt dice que este es el mejor camino. Tres jinetes acercándose al Dominio parecen listos para negociar, cerca de cien lucen como listos para una batalla. Los guerreros se quedarán fuera de vista, observando.

Avanzamos, encaminados hacia la boca del valle donde el campamento del Dominio fue avistado por los exploradores que patrullan. El viento desciende por las montañas, contra nosotros, y agitan hebras sueltas de mi cabello en mi rostro. Estoy utilizando un peto de piel, muñequeras y mi capa, pero no tengo arma. Y ahora, sin la barrera de la armadura y los caballos alrededor, me siento expuesta.

Pasamos por altas paredes de piedra y la tierra se abre en lomas cubiertas de hierba. El humo se levanta de un conjunto de tiendas grises en la base de las colinas, a la distancia.

Hay señales de vida y movimiento, pero lo más importante es el repiqueteo de una campana.

Alguien en el campamento del Dominio nos ha visto. Es lo que Huritt quería, pero, aun así, una punzada de temor me atraviesa. ¿Y si no se puede negociar con estos hombres después de todo?

*Tomarán lo que desean*, fueron las palabras de Kane. Pero no estaba hablando de tierra o recursos, se refería a Genya.

Tres jinetes se aproximan. Son apenas pequeñas manchas en la distancia y no parecen tener prisa.

Huritt gesticula para que nos detengamos.

Miro hacia atrás. Estamos cerca, a todo galope, de la boca del valle, a momentos de distancia de la protección de los guerreros ocultos.

Sin embargo, mi corazón se acelera ante la visión de los jinetes que se acercan.

Se detienen a unos veinte pasos de distancia: tres hombres pálidos en abrigos del color del musgo con brillantes botones de metal. Sus caballos traen adornos extraños, que hacen bullo, y tienen largas armas en fundas que cuelgan cerca de sus rodillas.

El que está en medio, un hombre barbado que lleva un extraño sombrero con media visera, alza una mano a manera de saludo. Atiendo el gesto.

Hay un breve silencio mientras nos observa: primero a mí, luego a Huritt y a Nishwa, y de nuevo a mí.

—Extendemos la protección del Dominio —dice el hombre en un acento extraño para mi oído— a todo aquel que venga en paz.

—Los *osanaskisiwak* reciben a todo aquel que venga en paz a su tierra — responde Huritt en nuestro idioma. Su voz resuena en el espacio vacío.

Los soldados del Dominio intercambian una mirada.

El hombre barbado aclara su garganta y se alza un poco más.

—¿Cuál es la naturaleza de su visita?

Miro a Huritt en busca de una señal. Él asiente.

—Tenemos algo importante de que hablar —digo—. Y quisiéramos hacerlo con quien se encuentre a cargo.

El hombre barbado alza las cejas. Los otros dos se mueven en sus caballos. Es claro que no saben qué hago en esta ecuación o por qué estoy hablando.

—Yo comando a estos hombres —contesta el hombre barbado—. ¿Cómo los podemos ayudar?

—Creo que nosotros podemos ayudarlos a ustedes —digo, y miro a Huritt.

Mientras cabalgamos hacia la agrupación de tiendas, noto hileras de cruces de madera en la base de la montaña cercana. Han sido puestas de forma apresurada, marcando montículos de tierra recién excavada.

El líder, que se presenta como McKern, interrumpió la explicación de Huritt y nos invitó al campamento para hablar del tema. Parece que solo necesitamos mencionar la Hemorragia para que creyera que teníamos algo valioso que decir.

Huritt estaba preocupado, pero aceptó la invitación. Supongo que porque es amigable hacerlo y también porque así podríamos ver las armas del Dominio de cerca. Penetrar en su campamento es una oportunidad para saber a qué nos enfrentamos. Cuando los hombres del Dominio dan media vuelta para mostrarnos el camino, veo a Huritt dar una señal a los guerreros para que se mantengan ocultos.

Observo al tal McKern mientras cabalgamos, sin poder decidir cuál es mi impresión de este hombre. No tiene los ojos muertos de León, eso es cierto, pero hay una formalidad en él que me inquieta.

Me recuerda mucho al Concejo.

Olemos el campamento antes de alcanzarlo. La mezcla de sudor, desperdicios y comida resulta familiar. Huele un poco como mi asentamiento, pero más intenso. Peor.

Pasamos por tiendas sucias y hombres que nos observan con curiosidad. Están vestidos en ese color verde con las extrañas capas y burdas botas. Mi mirada es atraída por dos largas cajas apiladas al tope con municiones: largas orbes y cascarones cilíndricos. Pasamos cerca de otra tienda abierta y veo hileras de cinturones y chalecos. Y máscaras. Del tipo que Nishwa estaba usando cuando llegó a mi asentamiento; aprendí que son para protegerse contra gas venenoso que puede revolver tu mente y desgarrar tu interior.

Un escalofrío recorre mi piel.

El comandante y sus hombres desmontan frente a una gran tienda. Mientras los imitamos, noto que el rostro de Huritt está crispado por el disgusto ante el olor en el aire.

Nishwa toma las riendas de Bestia, con expresión divertida.

—Al menos sabremos dónde están todo el tiempo —dice por lo bajo.

McKern hace señas a sus hombres para que se lleven su caballo.

—Por favor —dice, mientras abre la puerta de la tienda con su brazo—, podemos hablar dentro... —Y echa una mirada con un toque de desdén al campamento— lejos

de este desastre.

—Mi entrenador se quedará aquí con nuestros caballos —dice Huritt.

—Como lo desees.

Me agacho y paso a un lado de McKern, aliviada de saber que Nishwa será nuestros ojos afuera. Dentro, un fogón como los de la aldea de Matisa ocupa el centro de la tienda y su chimenea se extiende hacia arriba. Hay sillas y mesas, una de ellas repleta de pergaminos enrollados. Mapas, sin duda.

—¿Café? —McKern pasa a un lado de nosotros y toma una urna brillante del fogón.

No sé lo que sea, pero Huritt lo rechaza y yo también.

—Terrible brebaje —admite McKern. Se sirve una taza, mientras señala las sillas—. Por favor, siéntense.

Nos acomodamos frente a él. El enorme cuerpo de Huritt hace lucir como enana a la silla debajo de él.

—Así que tienen información sobre la enfermedad —dice McKern, mirándonos por turnos. Es claro que ha hecho a un lado sus dudas sobre mi autoridad.

Huritt asiente.

—¿Y creen que pueden ayudarnos?

—Sí.

La expresión del hombre es seria.

—Díganme.

—Tenemos unas pocas preguntas antes —interrumpo—. Si no hay problema.

McKern frunce el ceño, pero sus labios sonríen.

—¿Cómo cuáles?

—¿Cuál es su propósito aquí?

—¿Propósito?

—¿Por qué han venido?

Frunce el ceño, como si hubiera preguntado algo absurdo.

—El Dominio está expandiéndose al oeste —dice—. Esta tierra salvaje será controlada por nuestro régimen.

—Controlada. ¿Qué significa eso?

—Traeremos ley y orden. Al fin.

—Los únicos tipos sin ley que he visto vienen del este —digo—. Hay hombres en un fuerte al norte de aquí, matando y esclavizando pueblos, capturando a las mujeres...

—Los hombres de los que hablas están fuera del orden del Dominio.

—¿Esta tierra es para que ustedes la ordenen? —pregunto.

McKern me mide un rato largo. Ladea su cabeza.

—Señorita, lidiaremos con los que causan problemas.

—No, si sus hombres siguen muriendo a la velocidad que lo hacen.

Un músculo se mueve en su quijada.

—Vi su cementerio —digo—, y sabemos que están ocupando la villa al este porque ahí están a salvo del mal.

Se inclina hacia atrás y toma un largo sorbo de su taza, mientras sus ojos me observan por encima del borde. Se hace a un lado y centra su atención en Huritt.

—Decías que pueden ayudarnos...

—Están buscando tierra segura —responde Huritt—, por eso llegaron a nuestro valle.

—Hemos escuchado que hay gente de los primeros pueblos allá afuera, sobreviviendo con éxito.

—Podemos ayudarles a hacer lo mismo.

—¿Cómo?

—Tenemos un remedio que nos protege de la enfermedad que los aqueja.

El hombre sostiene la mirada de Huritt, mientras se esfuerza por mantener su rostro neutral, como si estuviera sopesando la verdad en las palabras. Pero sus ojos son brillantes y su respiración parece superficial.

—Continúa —dice. La mirada en su rostro contiene algo más que interés. Es desesperación.

Justo como dijo Kane.

—Estamos dispuestos a compartirlo con ustedes.

El hombre ladea la cabeza.

—¿A cambio de qué?

—Deseamos libertad para regirnos como hasta ahora.

Hay un largo silencio. McKern me mira.

—¿Dónde dices que está asentada tu familia?

—No lo dije —respondo—. Pero soy la prueba de que estas personas no tienen interés en dañarlos; solo desean vivir en paz en su tierra ancestral y cultivar sus costumbres.

Toma otro trago largo. Deja la taza con cuidado.

—Si accedemos a sus términos, ¿compartirán este *remedio*?

—Si prometen quedarse fuera de nuestro valle —responde Huritt—, les ofreceremos el remedio.

—En tres semanas a partir de ahora —añado.

McKern me mira, sorprendido.

—¿Por qué tres semanas?

—Toma tiempo prepararlo.

—¿Estás diciéndome que no tienen reservas a su disposición?

—Para compartir, no —nada en realidad, pero no quiero que sepa que la fuente de agua del valle, el gran río, aún es segura, que la gente sobrevive sin el remedio siempre que no beban de las aguas pequeñas.

Presiona sus labios. Toma un sorbo de su taza. Traga.

—Tienen dos —dice como zanjando la conversación.

—¿Perdón?

—Tienen dos semanas.

Lo miro. Pedí tres semanas como una precaución, en caso de que nos retrasáramos en nuestro viaje, pero esa forma arrogante de desechar nuestra petición...

El enojo me sobrecoge.

—¿Cree estar en posición de poner condiciones?

—¿Lo están ustedes? —pregunta—. Seguramente vieron nuestro arsenal al llegar. Mi piel se siente caliente.

—¿Nos está amenazando?

—Haré lo que sea necesario para proteger a mis hombres.

—Incluso está pensando en entrar a nuestro valle...

—¡Suficiente! —La voz profunda de Huritt es como un trueno dentro de la tienda. Pone su mano en mi hombro. Agacho la cabeza, con mis mejillas sonrojadas. Se dirige a McKern—. Compartimos el mismo anhelo: sobrevivir. ¿Qué le preocupa para hablar así de violencia?

—Me pregunto por este retraso. Me pregunto si no solicitan semejante plazo por alguna otra razón.

Y de golpe, estoy molesta conmigo por perder el control. Estamos preparados para esto. El círculo de sanadores predijo que el Dominio requeriría un acto de buena fe, una garantía de que no les estábamos mintiendo para acercarnos y conocer sus debilidades, darnos tiempo de organizarnos.

—Quiere saber que hablamos con verdad —adivina Huritt.

—Estaría más tranquilo si tuviera alguna prueba, sí.

Miro a Huritt. Me dirige un ligero asentimiento.

Mi estómago se tensa, pero me obligo a decir las palabras.

—Caliente el agua —le digo a McKern—. El mal vive en ella. Hierva toda el agua que usa, pero en especial, la que bebe.

Deja la taza con sorpresa.

—El agua.

—Es una solución a corto plazo —explico.

Mira a Huritt y luego a mí.

—¿Nada en ella es segura?

Evito responder su pregunta tan directa.

—No podemos saberlo hasta que es tarde. Yo no me arriesgaría. Hiervan su agua y las muertes se detendrán.

Hay un largo y pesado silencio.

Observa la taza en su mano.

—Supongo que debería agradecer que siempre quemo mi bebida —murmura. Vuelve a mirar a Huritt—. De acuerdo. Esperaremos por su remedio. Pero les pido que se apresuren.

—Haremos nuestro mejor intento para volver en dos semanas —dice Huritt—. Pero debo saber que puede prometernos la paz. ¿Habla por toda su gente?

McKern sonrío.

—Tienen algo que todos deseamos. En definitiva, por todos hablo.

Corremos de regreso a la aldea, como una nube oscura atravesando el valle. Las montañas tienen líneas nítidas dibujadas contra un cielo azul sin nubes y me siento como un águila, subiendo por sobre las corrientes del viento. Mi corazón se eleva y mi sangre late al ritmo palpitante de la grupa de Bestia.

El valle se mantendrá en guardia, por supuesto. Nuestro acto de buena fe era necesario, pero nos deja un poco más vulnerables. Ahora que McKern sabe cómo sobrevivir, los *osanaskisiwak* necesitan mantener la vigilancia en caso de que se canse de esperar y decida emprender la ofensiva.

Huritt no confía del todo en el hombre, así que no quiere desperdiciar muchos guerreros en nuestro viaje a mi asentamiento. La tarea frente a nosotros nos amenaza como una montaña gigante.

Pero no quiero pensar en el mañana justo ahora.

Quiero disfrutar el golpe de viento de la montaña pasando por mi cabello, mi piel sonrojada con la excitación. Quiero mantenerme en este sentimiento de estar viva justo hasta la médula.

Los guerreros a mi alrededor lo sienten también y mientras nos acercamos al lago y retumbamos a lo largo de la orilla, un grito de victoria se alza a mi alrededor. Cuando entramos en las planicies cerca de los jardines, las voces de los jinetes anuncian nuestro regreso a salvo a la aldea.

En segundos, la llamada es respondida. La gente aparece en los alrededores, corre a saludarnos con vítores.

Huritt nos da la señal para disminuir la velocidad y luego detenernos, lo que permite a la multitud acercarse, con ojos brillantes y rostros felices.

Busco a Kane y Matisa entre la gente. A Tom y a Isi.

La multitud nos engulle. La villa nos llama en su lengua, abraza a los guerreros y nos ofrecen pequeños regalos de comida y agua.

—¡Em! —Matisa aparece a mi lado, con el rostro lleno de regocijo.

Desmonto junto a ella y me abraza con fiereza. Me suelta.

—¿Todo bien?

Asiento.

—Funcionó.

De nuevo miro la multitud en busca de Kane. El cabello dorado de Tom está en medio del mar de negrura; los guerreros que han regresado dan empujones amigables a los que se quedaron.

Lea aparece.

—Llevaré a Bestia para quitarle los aparejos —me dice—. Deberías descansar esta noche.

Frunzo el ceño.

—¿Esta noche?

Ella asiente.

—Habrá una ceremonia para celebrar nuestra victoria y pedir valentía y fortaleza para nosotros en el viaje que se avecina.

No respondo porque lo veo. Parado en el borde de la multitud, con Genya a su lado. Ella sonríe y saluda. Kane me mira con alivio en su rostro.

Saludo, esperando que él se acerque, soñando con el momento en que atravesará la multitud para estrecharme en sus brazos.

Pero solo asiente, con una pequeña sonrisa colgada de sus labios. ¿Quizás está feliz por mí? No se mueve.

—Vamos —Matisa pone su brazo a mi alrededor y me guía entre la gente. Nos unimos a docenas de personas que están platicando y sonriendo, escoltando a los miembros de su familia de regreso a casa. Es todo lo que Matisa y yo habíamos deseado. Y ser parte de la emoción de la gente, los vítores y el alivio me llena de orgullo.

Solo me falta una cosa.



**E**l viento nocturno está cuajado de victoria. Nos vestimos con las mejores ropas que tenemos. Yo uso una túnica brillante y bordada con piedras que me dio Sokayawin. Está más pesada que nada de lo que haya usado antes, pero las cuentas brillan y atrapan la luz de las lámparas, y sé que luce muy bien.

Matisa usa un vestido con bordado de brillante plata y cuentas rojas. Se trenza el cabello hacia atrás y lo ata con una banda con cuentas. Se ve esperanzada. Feliz.

Yo también debería estarlo.

Mañana nos dirigiremos a un propósito claro. La gente de Matisa está a salvo por ahora. Huritt incluso ha permitido que Lea y otros dos cazadores nos acompañen, con la condición de descubrir si el primer grupo de exploradores sigue vivo o no. La petición de Eisu también fue concedida, dado que encontró a Kane en los bosques y eso nos ayudó a tener noticias de la presencia del Dominio en la cercanía. Somos ocho: Matisa e Isi, Lea y sus cazadores (Amo y Bly), yo, Tom y Eisu. Podríamos ser nueve, si Kane decidiera unirse.

Pero por ahora parece poco probable y es lo que impide que comparta la alegría de Matisa.

La sigo al centro de la aldea, hacia la multitud que se junta, zumbando con alegría.

El espacio está iluminado por una gran fogata y todos se ataviaron con sus mejores ropas. Los tambores son aporreados con un ritmo veloz y las voces entonan una canción mientras los bailarines danzan en círculo. El aire está espeso con el dulce aroma de la hierba quemándose.

De inmediato pierdo a Matisa entre la gente y en minutos renuncio a encontrarla. Me abro paso hacia el fuego para observarlo. Varios hombres están cantando y tocando los tambores en el lado lejano del círculo y las mujeres danzan en el centro. Del otro lado del círculo veo a Genya y a Tom con Eisu. Sin Kane.

Obligo a mi mirada a regresar al centro del círculo, a los bailarines que dan vueltas y brincos. Docenas de pequeñas campanas en los vestidos de las mujeres repiquetean al compás de sus veloces pasos. Matisa me dice que solo ciertas mujeres pueden bailar con esos vestidos, ya que la danza es un acto sacro. La mujer más cercana a mí cierra los ojos y deja que la música la inunde.

Es una celebración de valentía y esperanza. Pero mi coraje de antes, esa valentía que sentí al dirigirme sola hacia el riachuelo, ya no me acompaña.

Los otros se sienten valientes, lo veo en los rostros a mi alrededor. Está en el aire, en sus cuerpos. Estudio a las mujeres frente a mí. Una con un vestido plateado brillante da vueltas en un círculo y otra gira y brinca alrededor, un hipnotizante manchón de azul y movimiento y calor y piel. Se pierden a sí mismas, abriendo sus corazones y dejando que la música las inunde.

Los tambores están menguando y las bailarinas cambian cuando lo siento junto a mí. Tomo una profunda inhalación y volteo.

Se ha vestido una camisa nueva (el azul es el color preferido por la gente de Matisa) y alguien le ha dado un collar de piel y hueso que cuelga contra el hueco en su garganta. Miro hacia abajo. Ha cambiado las botas por mocasines, como el resto de nosotros. Como lo que solía usar.

Por un momento siento que estamos en la Danza de la Cosecha del otoño pasado. Estoy de vuelta en las paredes esponjosas del salón ceremonial, las flautas de latón y los violines tocando con fuerza, la gente riendo y charlando. De pie, vestida con la ropa de mamá, sintiéndome ligera. Esperando que Kane me pida bailar con él.

Veo a Genya observando a Kane desde el otro lado del círculo. Él sonríe hacia ella, levanta una mano. Ella le devuelve una sonrisa aliviada.

Mi corazón se hunde.

—No es lo que piensas —me dice.

—No pienso nada —digo mientras observo a las nuevas bailarinas tomar su lugar en el centro del círculo.

—No es cierto —está deseando que lo mire.

Arrastro mi mirada hacia su hermoso rostro.

—¿Crees que conoces mi pensamiento?

—Alguna vez lo hice.

Trago con fuerza.

—¿Podemos...? —Hace una seña hacia la parte de atrás de la multitud.

¿Viene a hacer las paces? No parece enojado. Me abro paso entre la gente, mi corazón late con fuerza.

Fuera del círculo de bailarinas, lejos del destello de la fogata, la noche está tranquila. Las estrellas brillan en lo alto. Dirigimos la vista a la reunión, cientos de sombras oscuras yendo hacia la luz resplandeciente de baile y canto. Hambre aparece de entre las sombras por el edificio más cercano y camina hacia mí. Kane da un paso atrás.

—Aún me estoy acostumbrando a estos animales —dice.

Extiendo una mano para tocarle la cabeza.

—¿Es tuya?

Mantengo mi mirada en Hambre.

—Tanto como cualquier otra cosa lo es.

Me levanto y volteo hacia las festividades.

Desde aquí, puedo ver el cabello dorado de Tom, que se distingue como un faro. Alcanzo a vislumbrar de reojo a Genya, alzando su cuello para ver fuera del círculo.

—Se va a preguntar adónde fuiste —remarco.

No responde y lamento haberlo mencionado.

El silencio se alarga entre nosotros, no es confortable. Pero el hecho de que esté aquí, queriendo hablar, me hace atrevida. Me estoy quedando sin tiempo y debo enderezar la situación.

—Nos vamos con la primera luz del día —digo.

—Sí.

Obligo a mi voz a sonar firme.

—¿Sí nos vamos? —pregunto gesticulando entre nosotros.

Guarda silencio. Mi corazón late con fuerza.

—Huritt no va a desperdiciar muchos guerreros en nuestro viaje —digo—, en caso de que el Dominio se retracte de sus palabras. Podríamos... —Me obligo a seguir mientras aún tengo el coraje— podrías sernos útil.

—Útil —repite.

Me tropiezo con mis palabras.

—T-t-tú aún tienes familia en el asentamiento, son respetados. Podrías apoyarme para convencerlos de ayudar a los *osanaskisiwak*.

—¿Por eso quieres que vaya?

No, quiero que vengas con nosotros porque no soporto estar sin ti.

Pero la expresión de derrota en su rostro cuando supo que bebí de las aguas pequeñas y lo incierto de su mirada en este momento cruza mi mente... no puedo.

—Sé que estoy pidiendo demasiado —digo— y si no puedes, está bien. Es solo que...

—¿Qué?

—Sé que quieres asegurarte de que la aldea de Genya y tus hermanos estén bien. Arriesgaste mucho al venir aquí.

—Vine aquí porque estaba seguro de que sería *bienvenido* aquí —dice frunciendo el ceño. Carraspea—. Pero quizá cometí un error.

Mi corazón tartamudea.

—¿Por qué dirías eso?

Suspira.

—Porque no entiendo lo que hiciste, Em. Y sabes que no lo comparto. Pero me pregunto si te importa.

—¿Qué quieres decir?

—Solo que ciertas cosas parecen más importantes para ti que... —Sus ojos son dos sombras negras— que el que tú y yo nos entendamos.

—¡Claro que quiero que nos entendamos!

—¿Segura? Dejé nuestro hogar por ti. Te seguiría adonde fuera si mis hermanos

no dependieran de mí. Y tú vas a arriesgar la vida por la gente de Matisa sin tener la cortesía de dedicarme un pensamiento...

—Eso no es...

—¿O debo estar feliz de que no me mentiste a la cara?

Un golpe de ira me llena.

—¿Quieres honestidad? ¿Quieres que nos entendamos? ¿Qué tal si me explicas por qué Genya está aquí? ¿Por qué debes *alejarse* de los hombres del Dominio?

Su rostro ensombrece.

—No es lo que piensas —es la segunda vez que lo dice.

—¿No? ¿Me estás diciendo que no te importaba que ella eligiera a uno de ellos?

—No quería que uno de *ellos* la eligiera a *ella*.

—Es lo mismo.

—No lo es. De todas las personas, tú deberías saberlo.

¿Qué quiere decir? Las lágrimas llegan. Siento como si mi cabeza estuviera rellena de lana.

—¿Querías que ella fuera capaz de elegirte?

—Em. No a *mí* —sacude su cabeza—, quería que ella *tuviera* opción.

—¿De qué estás hablando?

—Exactamente de lo que te dije: ellos toman lo que desean. No quería que ella fuera parte de eso.

Me muevo hacia atrás. Pensé que se refería a que los hombres eran una amenaza para él, para *sus* deseos. Pero sonaba como lo que Elizabeth Sharapay, la cartógrafa que encontramos meses atrás, había dicho sobre lo que pasó en el fuerte: las mujeres no tenían opción de negarse a tener familia con los hombres. Así que si Kane estaba tratando de evitar que Genya fuera forzada a algo que ella no quería, ¿podía culparlo?

—¿*Ella* lo sabe? —pregunto.

—Si estás preguntando si en algún punto le dejé claro que no somos más que amigos, no, no lo hice —hace una pausa—. ¿Es por eso que no me dijiste lo que estabas haciendo? ¿Pensaste que había cambiado de parecer acerca de nosotros?

—¿Cambiaste de parecer? —Las palabras salen. Al fin.

Enmudece por un momento, me mira.

—¿Es por eso que no me dijiste? —pregunta de nuevo.

Su no-respuesta hace que mi estómago se hunda. ¿Espera que diga que sí? ¿Le explicaría las cosas de una forma que entendiera, que me perdonara?

No es toda la verdad. Aunque hubiera sabido sus sentimientos, lo habría hecho.

Y ya me cansé de mentir a quienes amo.

—No —digo simplemente—. Lo hice porque tenía que hacerlo.

Guarda silencio. Cuando habla, su voz es tan suave que casi pierdo las palabras.

—Ya veo —dice.

Un golpe de sangre llena mis oídos. No tiene caso tratar de explicar.

—Kane —*dilo*—. Quiero que vayas mañana. Con nosotros.

—¿Estás segura?

—Sí.

Está callado, sus ojos oscuros buscan mi rostro.

—No sé, Em —dice y mi corazón cae a mis pies.

Y ahora estoy enojada. Enfadada de que no vea lo importante que es para mí, furibunda de que no pueda aceptar que lo que hice no tiene que ver con él y conmigo.

—¿Kane? —La voz viene detrás de mí. *Kahn*—. Te fuiste —dice Genya, viniendo hacia mí. Su rostro es incierto.

No lo soporto. No soporto la mirada en su rostro.

—Deberías llevar a Kane de vuelta al baile —digo.

—¿Sí? —Lo mira con timidez.

—Sí —*llévalo. Confórtalo. Sé alguien que él pueda entender*. Esa voz en mi cabeza es ácida, me muerde. Las lágrimas amenazan con derramarse. Me alejo antes de que Kane pueda verlas y llamo a Hambre. Ella y yo nos dirigimos detrás de la primera fila de edificios, lejos de Kane y Genya. Lejos de la alegría y el color.

Necesito las sombras justo ahora.

Me siento con la espalda contra la cabaña y jalo a Hambre hacia mí, para hundir mi rostro en su suave pelaje.

No llores.

Es tonto llorar.

Paso mi mano por las costillas de Hambre, que alguna vez sobresalieron pero ahora están ocultas por una capa de saludable grasa. Matisa siempre entorna sus ojos ante mí cuando guardo mi cena para darle a Hambre, ya que la alimentamos bien cada mañana. Es tonto e innecesario, pero ¿no son así las cosas cuando piensas con el corazón?

He cambiado desde que dejé las paredes fortificadas del asentamiento, lo sé. Los dos hemos cambiado. Kane ya no es el chico sin preocupaciones del que me enamoré, ese que me siguió a los bosques y guardó mi secreto del Concejo sin estar al tanto del todo. Nos separamos tras el Deshielo porque tenía una nueva responsabilidad, sus hermanos, y yo iba por un camino que él no podía seguir. Sin embargo, siempre pensé que hallaríamos el camino de regreso, porque ambos así lo deseábamos.

Pero quizás él tenga razón: entendernos tal vez sea imposible.

Me pongo en pie y me tambaleo en mi camino de regreso a los tambores y las voces. Me abro paso entre la gente, murmurando disculpas, intentando estar justo en medio de la canción a fin de dejar que llene mi hueco interior. Cuando me acerco al centro del círculo, me detengo.

Los tambores y las voces fluyen dentro de mí.

Alejo cada pensamiento de mi mente y pido fuerza para mañana. Sea lo que sea que Kane decida, necesito ver todo esto como algo más grande que nosotros. Más grande que yo.

La luz de la fogata parpadea y lanza largas sombras contra los bailarines que

están girando, girando. Los tambores resuenan y hacen eco con mi corazón. Y ahora, a pesar de que no entiendo las palabras, comprendo el significado de la canción. Es sobre corazones y mentes fuertes. Es sobre el valor.

El sonido llena el espacio a mi alrededor, se acomoda en mi piel como una armadura, se hunde en mi corazón. Me cubre. Me llena. Me protege. Me dice que soy valiente.

Dejo que me perfora y alimenta mi centro.

Las voces se mezclan en una y la melodía se levanta como el fuego en la fogata.

Las llamas de mi corazón se encienden, respondiendo a la canción.



**N**os dirigimos al extremo norte del valle. Isi encabeza el grupo. Estamos cargados con suministros; no son tantos para que impliquen un retraso, pero seguramente estamos preparados para cualquier cosa que podamos encontrar. Cuando alcancemos el río que corre más allá del fuerte, Isi y Bly nos dejarán; ellos irán a descubrir qué ha ocurrido con los exploradores atrapados, mientras nosotros continuaremos hacia mi asentamiento. Levanto mi barbilla al viento mientras trepamos alto en los picos, fijo mi mirada más allá del paso del que estábamos hablando Matisa y yo.

Pero mis pensamientos corren de vuelta a la aldea que estamos dejando, a nuestra partida. Hacia la sensación aplastante de la gente deseándonos el bien. Hacia mí buscando entre la multitud a Kane. Hacia él, apareciendo finalmente en uno de los caballos de Lea, vestido con pieles *osanaskisiwak*. Listo para el viaje.

Mi corazón quería saltar fuera de mi pecho. Esperé a que me viera, esperé a que él mirara mi sonrisa de alivio. Pero no buscó mis ojos.

Genya lo hizo, claro, y me ofreció un sincero adiós con el rostro lleno de angustia.

Sokayawin ha ofrecido cuidarla. Genya será nuestra intermediaria con su aldea cuando volvamos con el remedio. La idea le complace, pero nuestra partida, la de Kane, no.

Se paró con el rostro compungido en la orilla de la multitud, al lado de Sokayawin, para vernos montar. Y entonces, mientras decíamos nuestro último adiós, se apresuró al frente y puso un pequeño pañuelo blanco en la mano de Kane, con un colorido bordado en él. Observé a Kane, tan fiero en su atavío, bajar su mano desde el caballo y tomarlo de la de ella. Lo metió en su alforja y le sonrió, y me pregunté qué estaría pensando Genya que estaba logrando con ese símbolo. Puso su mano en la rodilla de él como despedida.

Y miré para otro lado, deseando saber qué significaba que él nos acompañara.

Echo un vistazo a Hambre que se desliza por el camino, lejos del alcance de las patas de los caballos. No hubo forma de disuadirla y no sentí correcto dejarla atrás en la aldea donde nadie la cuidaba. Me alegro de que esté aquí. Estoy feliz de que levante las orejas y menee la cola cuando la llamo por su nombre. Contenta de su

amabilidad.

No quisiera estar sintiendo lo que Genya experimenta en este momento. Y quizá debería dejar de preguntarme acerca de Kane, para jamás tener que sentirme así.

Matisa voltea en su montura, irrumpiendo en mis pensamientos. Me señala dos picos delante de nosotros.

—El paso —dice de nuevo.

Miro el muro de roca frente a nosotros. Desde aquí, las montañas parecen impenetrables. Y aun así, justo al noreste, yace un humilde lugar que una vez estuve segura de que sería mi único hogar para siempre. El mundo es mucho más grande ahora y cuando se expandió nunca pensé que tendría que regresar allí. Para ser honesta, nunca pensé que vería el asentamiento de nuevo. O quizás esperé no tener que hacerlo.

Una cosa es cierta: nunca pensé que iría de vuelta a casa sintiéndome tan sola.

Las horas avanzan y aún no veo cómo haremos para atravesar el muro de roca frente a nosotros. Conforme más nos acercamos, más imposible parece. Justo cuando creo que Isi nos lleva a un callejón sin salida, noto una abertura en un flanco de la montaña.

Y, conforme lo veo, desaparece.

Matisa voltea y sonrío ante mi expresión de asombro.

—Hay una razón por la que no cuidamos nuestra frontera con el norte como lo hacemos con el este —dice ella—. Encontrar el pasaje es casi imposible a menos que sepas qué estás buscando.

Y, claro, los jinetes delante de nosotros parecen caminar directo contra las piedras conforme se acercan a la fisura. Cuando Bestia está a veinte pasos de distancia, veo que es un truco para los ojos: las paredes de roca están sobrepuestas y parecen ser una, pero el camino se abre entre ellas, un espacio angosto con el ancho suficiente para que un caballo lo atreviese. Pasamos entre la piedra alta y el camino empieza a ascender.

Conforme avanzamos por la columna de la montaña, el follaje empieza a dispersarse y a doblarse en alfombras de fragante hierba. Liqueen naranja y brillante cubre las piedras. El viento sopla fiero, enfriándonos al golpearnos, aunque el sol nos acoge sin piedad.

—Protégete —me dice Matisa—. El sol aquí es más intenso de lo que parece.

Me pongo la capucha; siento el metal frío que penetra en mi piel mientras me abrocho la capa al cuello. Lea me dio un silbato antes de que saliéramos y otro a Tom. Dijo que era para llamar a nuestros caballos si se soltaban y se iban lejos por la noche. Nadie más tiene silbatos, pero ellos pueden silbar de una forma penetrante en distintos tonos; así era como Matisa y los chicos hablaban entre ellos cuando encontraron nuestro asentamiento el otoño pasado.

No puedo silbar, aunque mi vida dependiera de ello. Tom puede, pero Lea debe haber asumido que era como yo: sin el equipamiento suficiente que tienen los otros

cuando necesitan ayuda. Él guardó silencio y aceptó el silbato con amabilidad, aunque no estoy segura de que lo haya traído consigo. Puede que no lo necesite como yo lo necesitaría.

Presiono el metal frío contra mi piel. Me pregunto si también podré entrenar a Hambre para acudir al sonido del silbato. Aún mantiene el paso de Bestia pero, mirando su forma pequeña, me pregunto si en verdad podrá aguantar este viaje.

Atravesamos el paso con las capuchas arriba y bufandas de suave piel cubriendo nuestras narices y bocas. El viento sopla con fuerza y el polvo se levanta hasta cubrir brazos y manos. Las montañas aquí son criaturas amenazantes, peñascos despoblados con grandes caídas. Arriba, veo que uno de los dos cazadores de Lea, Amo, está peleando con su caballo, que está respingando, bailando y agitando la cabeza.

—Lea dijo que esa yegua sería problemática —Eisu remarca detrás de mí.

Asiento. Lea quería que Amo trajera un caballo diferente. Dijo que la bestia era demasiado asustadiza, pero él insistió. Mi pulso se acelera mientras veo al caballo retroceder y resbalarse en el resquicio de la piedra. Amo aprieta las riendas y ladra una orden. La yegua baila un par de pasos más, luego baja la cabeza y se une a la línea de animales. Amo no parece agitado, pero de repente me alegro por el temperamento tranquilo de Bestia. Soy buena cabalgando ahora, pero no estoy segura de poder manejar una yegua como esa.

En lo alto del lado derecho, veo dos puntos que se mueven por un paso empinado.

—¿Cabras? —pregunto a Matisa, señalando a las criaturas. También son nuevas para mí, pero son similares a las ovejas que tenemos en el asentamiento y estas son tontas como palos: siempre vagando hacia los peñascos y tropezando por los barrancos y rompiendo sus patas en el río. Por eso necesitan que alguien las atienda.

Matisa levanta su cuello y asiente.

—¿Cómo sobreviven aquí? —Mis ojos siguen la trayectoria temible de la pared de roca. Trepan en los lugares más inaccesibles.

Ella me sonrío.

—¿Recuerdas lo que dije sobre los venados? Las cabras cambiaron para adaptarse a su entorno. Son felices sobre esos peñascos peligrosos.

—¿Felices o despistadas? —murmuro, volteando mi cabeza contra una ráfaga de viento cargado de gravilla.

Detrás de mí, Eisu ríe.

Volteo hacia él y alcanzo a distinguir la pistola amarrada a su cinto. Puedo ver por los ornamentos en su mango que es la que Tom le dio.

—Ese es un premio codiciado —le digo, señalándola.

—Eso escuché —dice Eisu humilde, pero noto que está complacido.

—Sé cuidadoso con eso, ¿me escuchas? —No estoy hablando de la pistola y ambos lo sabemos.

El rostro de Eisu se torna serio.

—La cuidaré con mi vida —me responde. Y sé que habla en serio.

Altísimo.

Está perdido, justo como Tom.

Volteo al frente para ocultar mi sonrisa.

Atravesamos el paso ventoso durante la mayor parte de la tarde, antes de que el camino descienda. Las paredes de las montañas tienen una pendiente más amable de este lado y el viento deja de alzarse en ráfagas, hasta convertirse en una brisa suave. Es más tibia, pero el estar sentada ante la brisa helada me ha congelado hasta los huesos. Tiemblo mientras pasamos a la sombra de unos pinos altos y descendemos hacia un bosque. El camino está muy trazado, como si hubiera sido usado durante años y años. Atravesamos los bosques en silencio. El paso arrastrado de los caballos solo es interrumpido por el extraño ruido de los pájaros que llaman desde los árboles. Está cayendo la tarde cuando noto que el aire ha cambiado y no en la forma usual del crepúsculo. Es más pesado y tiene un olor peculiar.

Matisa me mira de nuevo, pero está feliz, no preocupada.

—¿Recuerdas el manantial del que te hablé?

Recuerdo que me lo describió. Habló acerca de un lugar secreto, arriba en las montañas, donde agua tibia brota de las piedras. Me dijo que ella y sus amigos se escabullían ahí para estar solos, lejos de las miradas curiosas. Estaba desesperada por verlo, pero en las últimas semanas no tuvimos tiempo.

—Sí.

Señala el camino delante de nosotros.

—¿Es aquí? —pregunto, frunciendo el ceño. No me imaginé que fuera tan lejos de los límites de la aldea.

—Las mismas aguas —me dice.

—¿Es seguro?

—Cruza muchas capas de piedra, como el manantial en la aldea de Genya —me dice—. Y está caliente, demasiado caliente para que la enfermedad la habite.

El olor se torna más cáustico y el camino penetra la parte más empedrada de la línea de la montaña.

Pronto alcanzamos un arroyo, de un paso o poco más de ancho, burbujeando felizmente. Desaparece en la tierra debajo de la hojarasca. Veo al frente y noto que aparece y desaparece conforme corre, asomando delante de las piedras para volver a desaparecer. Donde las rocas han atrapado y detenido el río, grandes pozas en forma de gota se han formado.

Nos acercamos a las pozas, que desprenden vapor en el sol de media tarde.

—¿El agua está demasiado caliente para tocarse? —pregunto.

—Para nada —me dice Matisa—. Es de un calor muy agradable... —Su voz se pierde y mira al frente porque Isi ha detenido nuestra marcha.

—Acamparemos aquí esta noche —dice.

El rostro de Matisa deja escapar una sonrisa. Señala mis manos y capa cubiertas de polvo.

—Última oportunidad de un baño caliente en el futuro cercano —me dice.

—Pero... —Miro a nuestro alrededor; Lea y el resto no dudan. Están asegurando a sus caballos, librándolos de las armaduras y quitándose sus propias capas de ropa también. Mi rostro enrojece conforme los veo desnudarse.

—Ahora es el momento —dice Matisa—. Antes de que el sol se ponga y quedemos vulnerables.

—Pero *¿así?* —pregunto, con mi rostro ardiendo. Miro mis pieles. No puedo imaginarme desnuda frente a ellos.

—¿Por qué? —Matisa frunce el ceño, a forma de broma—. ¿Preferirías estar sola? —Lanza una mirada significativa a Kane, que está parado junto a Tom, con los ojos tan abiertos como los míos.

—¡Claro que no! —protesto, pero mis palabras se ahogan con los gritos de júbilo del grupo.

Lea y sus cazadores han entrado en las pozas profiriendo gritos estridentes, risa y chapoteo. Miro el agua caliente, imagino lo bien que se sentirá el calor en mi piel...

—Haz lo que desees —Matisa se encoge de hombros, se quita el peto por encima de su cabeza y se prepara para desmontar de su caballo. Se quita la camisa y me mira. Voy a meterme.

Dedico una mirada recelosa alrededor, hacia las copas de los árboles que están oscureciéndose, las figuras que nos rodean detrás de las montañas. El crepúsculo se avecina. Si quiero probar esta agua, es ahora o nunca. Desmonto mientras Tom y Kane se acercan. Les lanzo una mirada desvalida.

Tom sonrío y se dirige hacia las pozas.

Kane se detiene junto a mí. Huele a piel y caballos, y eso me hace sentir mariposas en el estómago. Me atrevo a mirarlo, pero la forma en que se yergue, tan casual y firme, ese collar de hueso en su garganta, hace que mis mejillas enrojezcan.

Tonta.

Me obligo a mantener la voz firme y le dirijo las primeras palabras en el día:

—¿Vas a meterte?

Se encoge de hombros. Hace una pausa.

—¿Tú?

—No me siento tan cómoda en el agua —digo—. Ya sabes, no sé nadar.

Pero en cuanto salen las palabras, recuerdo que él intentó enseñarme en la cascada que encontramos en nuestro camino hacia la gente de Matisa, meses atrás. El agua estaba tan fría, pero nuestra piel ardía en la del otro como si fuera fuego.

—No creo que sea necesario nadar —Kane señala a las pozas poco profundas.

Todos los demás hablan con voz fuerte, riendo, relajándose en el agua vaporosa.

—Lo sé —digo—. Es solo que...

¿Qué? ¿Todavía estoy atrapada en el asentamiento? Mis pensamientos están allá, ¿acaso no puedo ver que esto es justamente lo que la gente hace cuando ve agua caliente en tierras salvajes?

Levanto mi barbilla.

—Sí —digo—, voy a entrar.

Y camino hacia adelante, jugando con mis muñequeras de cuero y desabrochando las amarras de mi peto.

Mantengo la mirada en las puntas de los árboles. No me permito mirar de nuevo a Kane hasta que ambos estemos a salvo bajo el agua.

Nos sentamos en las pozas humeantes hasta que está demasiado oscuro para ver con claridad. Isi y Lea y sus cazadores se preparan a montar el campamento. Tom, Eisu, Matisa y Kane se quedan conmigo. Junto a la poza de mi lado, Kane apoya su cabeza contra las piedras y cierra los oscuros ojos bajo la luz crepuscular.

Trato de no hacerlo, pero no puedo evitar estudiar su perfil. El cabello oscuro, la nariz firme, la clavícula y la parte superior de su pecho apenas visibles que sobresalen del agua turbia. Detrás de él, las piedras se alzan como riscos escarpados. Obligo a mis ojos a ver el cielo, donde las estrellas comienzan a salir.

Justo ahora, lo único que deseo es dar gracias por las cosas que tengo. El cielo oscuro brilla con las estrellas y el agua es cálida y todos estamos en paz. Nos sentamos, observamos el vapor alzarse alrededor en grandes fumarolas blancas. Mis amigos aparecen y desaparecen en las nubes.

—Podríamos vivir aquí —dice Tom, rompiendo el silencio—. *Deberíamos* vivir aquí.

Kane voltea su cabeza y abre un ojo.

—¿Quiénes?

—Todos nosotros —responde Tom. Mira a Eisu junto a él.

—¿Por qué no? —dice Eisu con un encogimiento de hombros.

—Por la Hemorragia —recuerdo, pero me siento tan tibia y relajada que suena como si estuviera recordando un piquete de insecto.

Tom mueve una mano.

—Después de eso, quiero decir.

—¿Te refieres a cuando hayamos asegurado la paz? —pregunta Matisa. Pero su voz también suena lánguida, como si estuviéramos discutiendo algo trivial. Ladea su cabeza—. No es una mala idea.

—Es una muy buena idea —la corrige Tom—. Aquí no tenemos que preocuparnos por nadie que nos considere forasteros. Ni en tu aldea ni en nuestro asentamiento. Cualquiera que se nos una *querrá* estar aquí —voltea hacia Eisu—. Podríamos construir una casa aquí —su voz está tan llena de esperanza.

Me siento.

—Lo dices en serio.

Tom frunce el ceño.

—Claro que lo digo en serio.

—Tom...

—Tiene sentido —insiste—. Piénsalo, Em. Podríamos iniciar algo nuevo aquí ¿no

es lo que siempre has querido?

Asiento, con la mirada fija en su rostro. No puedo soportar ver a Kane en este momento. Porque claro que es lo que siempre he querido. Es justo lo que solía estar segura de que Kane deseaba también.

—Está protegido aquí —continúa Tom—. Tendríamos estos manantiales. Podríamos cazar. Matisa podría sembrar un jardín...

—Isi puede encargarse del jardín —interrumpe Matisa—. Yo preferiría pescar —me sonrío—. Y por fin podríamos enseñarle a Em a nadar.

—Tus hermanitos podrían aprender a montar —dice Tom a Kane. No miro a Kane para ver cómo toma todo esto—. Em puede enseñarles...

Silencio.

Me apresuro a llenarlo.

—Creo que estaría demasiado ocupada curando sus heridas de caza.

—¿Quién dice que tendría heridas? —Tom frunce el ceño y me salpica.

Eisu lo observa con una sonrisa.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —pregunta Tom.

Y no puedo evitarlo. Miro a Kane.

Sus ojos oscuros. Guarda silencio. No dice sí. Ni no. Nada. Mira a otro lado.

Matisa habla.

—Podría suceder —su voz es ligera y no corresponde con los sentimientos de mi pecho, mi corazón hundido más y más profundo en mi estómago.

—Debería —responde Tom—. Cuando todo esto termine —habla con tal convicción. Como si supiera de antemano lo que va a ocurrir.

Y la verdad es que no me permito pensar en lo que va a ocurrir si fallamos. Justo ahora, no hay evidencia que afirme una posible derrota. Pero no me permito pensar en lo que pasará después. No puedo pensar en lo que pasará si conseguimos el remedio y volvemos con la gente de Matisa. Si regresamos a la aldea de Genya para ayudar.

No me permito pensar qué pasará con lo que decida Kane en ese momento.

Dejo caer mi cabeza hacia atrás y cierro los ojos con fuerza para alejar las lágrimas.



**P**ara la media tarde del día siguiente, ya hemos llegado a las laderas. Las montañas se yerguen en la parte trasera del paisaje, aparentando estar suficientemente cerca para tocarlas, pero el aire es más caliente y los árboles, más numerosos. Por horas pasamos a través del bosque donde las agujas de los pinos ensucian el suelo y el musgo cubre la hojarasca y, con dedos rastreros, trepa por los troncos de los árboles.

Anoche, el calor de los manantiales se quedó en mi cuerpo y me arrulló hacia un descanso sin sueños, al lado de Matisa. Estuve agradecida de no tener que estar en el piso, despierta, dando vueltas a las mismas cosas en mi mente. Resultó ser que no había soñado nada desde que descubrí lo del remedio y me pregunté si era una buena señal.

Muerdo el interior de mi mejilla mientras Kane se arrastra dentro de mis pensamientos de nuevo. Lo evité en la mañana cuando comimos y elegí un lugar en la línea lejos de él cuando nos pusimos en marcha. Es cobarde, lo sé, pero estoy guardando mi valentía para algo más.

Al menos, eso me digo.

Noto que Hambre se escabulle entre las sombras y sonrío. Justo como lo hacía en la aldea de Matisa, anoche desapareció para buscar un sitio donde dormir. No parece que quiera quedarse cerca de noche, pero siempre regresa con la luz del día en busca de su desayuno. La he nombrado de forma perfecta.

Frente a nosotros, el sol brilla radiante. Los árboles se separan y crean un camino más amplio. Conforme avanzamos, escucho el murmullo de un río.

Bly está en las orillas, conversando con Isi. Alentamos a los caballos a ir a través de los árboles y nos reunimos en la orilla.

—Este es el río que lleva al fuerte —dice Isi cuando nos acercamos.

—¿Seguro? —le pregunto.

Asiente.

—Es el río Veloz.

—Aquí es donde nos separamos, entonces —dice Matisa. Mira a Isi y un dejo de preocupación aparece en su rostro—. ¿Tendrán cuidado?

—Siempre —responde Isi con una extraña sonrisa.

—¿Qué tan lejos está?

—Un día de camino. No más.

Bly señala las corrientes veloces del río.

—Este cruce es complicado. Encontraremos algo mejor al este.

Miro el río y me pregunto cómo planeamos cruzarlo sin seguirlos y sin alejarnos de nuestro camino.

—Complicado, pero no imposible —dice Isi, como si estuviera leyendo mis pensamientos—. Es mejor que crucen aquí y eviten el fuerte. Continuarán por el camino más rápido hacia el asentamiento.

Kane detiene su caballo junto a Bestia y mira arriba y abajo del cauce del río, buscando las orillas en el extremo lejano.

—Tendremos que hacerlo rápido —dice Matisa—. No deseo estar cerca de la corriente mucho tiempo. Con el calor de estos días, la nieve de las montañas puede derretirse rápidamente y provocar una inundación.

Una astilla de temor pincha mi pecho. He quedado atrapada en un río antes y no deseo volver a sentir esa helada muerte otra vez.

Observo a Isi.

—¿Vendrán a mi asentamiento? —le pregunto—. ¿Después?

Isi asiente.

—Bly llevará la información que consigamos de vuelta a Huritt. Yo los alcanzaré en los bosques prohibidos en tres días.

Un bulto sube a mi garganta mientras Matisa se adelanta para decir adiós. Isi acerca su caballo. Ella habla en palabras de su lengua. Suena como una bendición.

—*Âmopiyésîs* —dice él, acercándose a tocar su rostro.

Miro para otro lado.

Cuando Matisa e Isi se separan, Bly habla.

—Nos quedaremos a verlos cruzar.

—No hay necesidad —dice Matisa—. Deben aprovechar lo más que puedan la luz del día.

Se van. Isi levanta una mano a modo de despedida y pronto son tragados por los árboles corriente abajo.

Carraspeo cuando ya han desaparecido.

—Entonces, sobre este río... —digo— yo... yo no se nadar.

—No habrá necesidad —dice Matisa, observando la veloz corriente—. Bestia nadará por ti.

Mis manos se resbalan de las riendas a causa del sudor mientras Bestia da sus primeros pasos hacia el agua.

—Está bien, Em —dice Matisa.

Miro río arriba. Matisa nos guio más allá de un conjunto de leños que gira a lo ancho del agua; nos dijo que es más seguro cruzar contra corriente. Las corrientes son intensas aquí y dice que de haber intentado cruzar por encima del conjunto, la fuerza

del agua podría habernos hundido bajo los leños, y ahogarnos.

Tom y Lea van al frente, con Eisu en la montura de Kane, y detrás de ellos los caballos que Eisu y Matisa estaban cabalgando, pues ambos resultaron demasiado temerosos para cruzar el agua con una persona a lomo. Los caballos seguirían la guía de los otros, pero Matisa dijo que deberían ser libres de hacerlo ellos solos. Amo va al final, en su yegua de pésimo temperamento.

Kane y Matisa irán solos, dado que son los que mejor nadan de todos nosotros.

—¿Y si Hambre no puede nadar? —pregunto por tercera ocasión.

La pequeña perra está en la orilla, con las orejas echadas al frente y sus ojos fijos en mí.

—Bueno, no puede cabalgar muy bien que digamos —bromea Tom, mirándome—. No te preocupes, Amo dice que todos los perros pueden nadar.

Paso mi mano por el cuello de Bestia. Hunde su cabeza y resopla al agua.

—Dale tiempo, Em —dice Lea, mirándome desde su caballo, que avanza bien dentro de la veloz corriente—. Deja que él se haga cargo.

Chasqueo mi lengua. Bestia da otro paso al frente y se tambalea y tengo que agarrar su crin para evitar caerme. El pánico me atraviesa, brillante y cálido. Pierdo mi temple y lo obligo a detenerse.

—¡No puedo hacerlo! —grito, con el corazón agitado mientras las aguas se arremolinan al paso.

—Sí puedes —responde Matisa.

—No. No yo sola —el miedo se dispara por mi ser como astillas de hielo. Estoy demasiado desesperada para ser orgullosa. Me arriesgo a mirar a los tres en la orilla. Kane se queda en pie con los brazos cruzados por encima de su pecho desnudo, observándome con preocupación. Sus cejas se suavizan.

—Necesito a alguien a mi lado —no puedo decir su nombre, pero mi mirada va hacia él y delata mis pensamientos.

Las cejas de Matisa se alzan. Kane simplemente deja la orilla y entra al agua.

—Kane no puede quedarse contigo todo el camino —me advierte Matisa mientras él camina a mi lado.

—Lo sé —digo.

Kane no puede arriesgarse a estar demasiado cerca de Bestia cuando nade, no puede arriesgarse a ser pateado bajo el agua.

—Solo lo necesito aquí para la primera parte.

Kane pone su mano en mi pierna.

—Estarás bien, Em —dice. Está metido hasta las rodillas, igual que Bestia. Alcanza la brida de Bestia, chasqueando su lengua.

—Tranquilo, muchacho —murmuro mientras Bestia avanza. Mantiene su cabeza gacha, mirando el agua y patea con sus pezuñas en busca del fondo del río. Camina lentamente.

Delante de mí, el caballo de Lea da otros dos pasos y se lanza al frente dentro del

agua profunda. Y ahora está peleando, siendo jalado por la corriente y empujando con fuerza para llegar a la orilla. Para aligerar la carga, Lea se baja de la montura dentro del agua. Se balancea junto a su caballo mientras este se esfuerza.

El caballo de Tom es el siguiente, sumergido en el helado torrente. Observo mientras Tom jala su pierna hacia arriba y se agarra del otro lado del mismo modo que hizo Lea. El caballo sin jinete sigue. Eisu va tras ellos.

Mi atención es atraída a otro lado, porque Bestia ya está sumergido hasta la barriga y Kane se ha quedado detrás. Echo una mirada rápida hacia atrás, sintiendo la alarma crecer en mí, pero Kane me concede una sonrisa de ánimo.

Bestia avanza unos pasos más, hasta que el agua llega a mis mocasines. Mi corazón está latiendo tan rápido que él trastabilla un poco, tratando de encontrar apoyo en el fondo rocoso. Resopla con fuerza y lanza su cabeza hacia atrás, lejos del agua.

—Vas bien, Em —grita Kane.

Asiento, con mi mirada fija en el lado opuesto de la orilla. Bestia reúne su fuerza y me obligo a relajarme. Nos sumergimos en el agua helada. La conmoción roba mi aliento y mis pensamientos por un instante. Pero me obligo a desmontar hacia un lado y me agarro de la montura con las manos. Rezo porque mis piernas queden fuera del alcance de las de Bestia y cierro los ojos mientras él pelea contra la corriente.

La sensación es extraña: carente de peso y llena de fuerza al mismo tiempo. Puedo sentir a Bestia esforzándose, su cabeza en alto, sus músculos luchando contra las aguas, y sé que los dos estamos siendo arrastrados corriente abajo.

Levanto mi cabeza y me arriesgo a lanzar una mirada tras de mí pero solo alcanzo a ver a la asustadiza yegua de Amo danzando en la orilla, quejándose. Él le clava el talón con fuerza, ordenándole algo, y ella brinca al frente dentro del agua con los ojos entornados.

Me aferro a Bestia, empapada y congelada, apretando mi mandíbula contra el frío y rezando para que esto termine pronto. Conforme veo la orilla pasar ante nosotros a alarmante velocidad, estoy convencida de que la corriente nos está arrastrando, que Bestia ha perdido la batalla con el río y que nos haremos polvo contra las rocas...

Bestia se tambalea, sus patas delanteras encuentran sosiego en la tierra y se levanta con un jadeo, me recuerdo que debo levantarme y lanzo mis piernas sobre su espalda.

Me aferro a su crin buscando equilibrio mientras él avanza hacia la orilla.

—¡Bien! —exclamo. Siento que me quedé sin aliento aunque yo no hice el trabajo. Bestia llega a la orilla con esfuerzo y se detiene cuando estamos entre los árboles. Desmonto y lo abrazo por el cuello.

—¡Bien! —le digo de nuevo—. Buen chico.

Resopla como si hubiera sido nada, pero siento que tiembla un poco.

Me agacho bajo su cuello, buscando en las aguas. Amo viene a la orilla, un poco más arriba de nosotros. Tom y su caballo están un poco más abajo, en la corriente.

Tom levanta una mano para dejarme saber que está bien. Está sonriendo.

Claro que lo ha disfrutado.

Kane sigue parado con el agua hasta los muslos. Matisa se le une, intercambian unas cuantas palabras de instrucciones, y se sumerge bajo el agua.

Kane duda. Mira hacia atrás. Hambre no se ha movido. Está parada en la orilla, lloriqueando. Matisa aparece a la mitad del río y se esfuerza por llegar a la orilla; la corriente no se la lleva como a nuestros caballos.

Kane llama a Hambre y aplaude, tratando de animarla a ir hacia él.

De nuestro lado, Matisa emerge, con los pantalones y la camisa empapados y pegados a su cuerpo, respirando profundamente debido al esfuerzo.

En el lado opuesto, Hambre mueve su cola y pasea por la orilla.

Kane vuelve a llamarla.

—Tendrá que dejarla —remarca Lea junto a mí.

—¡Hambre! —La llamo—. ¡Ven, chica!

Lloriquea de nuevo y se aleja del río. La observo con exasperación mientras corre río arriba, lejos de Kane.

—¡Kane! —exclama Matisa. Dibuja una línea con su dedo, indicando el camino que Kane debería tomar a través de la corriente—. Trata de mantenerte sumergido el mayor tiempo que puedas —dice.

Hambre se ha movido más arriba, a un lugar donde los bancos de arena son altos. Kane suspira y se da la vuelta para volver a caminar, pero mis ojos son atraídos por Hambre de nuevo. Ella olfatea la tierra, mirando el río. Voltea a verme. Y brinca.

Su pequeño cuerpo se sumerge en el agua con un gran salpicón. Llega a la superficie, oscilando como un trozo de madera a la deriva. Está pataleando con fuerza, pero no es lo suficientemente fuerte: la corriente la está arrastrando. Grito alarmada.

Kane mira. Brinca hacia el frente y se sumerge. Por un segundo se ha ido y solo queda Hambre luchando con las aguas, siendo arrastrada río abajo.

Kane aparece a la mitad del río al tiempo que Hambre pasa por ahí. Él da dos grandes brazadas hacia ella y la atrapa por el cogote. Se voltea sobre su espalda y empieza a patlear con fuerza para llegar a la orilla, usando su brazo libre para impulsarse con la perra.

Está cerca de la orilla cuando una rama grande de algún árbol pasa junto a él.

Mi sangre se congela. Va a estrellarse con él, lo va a sumergir y lo enviará herido hasta el fondo del río. Mi voz me abandona en un grito de terror. Pero él se jala con fuerza y los escombros pasan de largo, apenas raspándolo. Y entonces encuentra dónde poner los pies en el lecho del río y viene hacia nosotros. Kane empuja a Hambre al frente y ella patalea a través del agua superficial y llega a la orilla. Dejo las riendas de Bestia y corro al lecho del río.

Hambre se detiene y se sacude, cubriéndome en una gran llovizna de agua del río al tiempo que me arrodillo y pongo mis brazos alrededor de ella. Brinco mientras

Kane camina hacia la orilla. Se detiene y pone sus manos en sus rodillas, respirando con agitación.

Voy hacia él, con Hambre detrás de mis talones.

—¡Eso fue tonto! —lo regaño. Mis manos van hacia arriba. No estoy segura de si quiero empujarlo o lanzar mis brazos alrededor de su cuello.

Gira su cabeza hacia arriba y parpadea un ojo para quitarse el agua de río que escurre desde sus cejas.

—Supongo que no *todos* los perros pueden nadar —dice. Inhala profundo—. Pero ella quería intentarlo —inhala otra vez— por ti —el agua de río escurre por él, bajando por su pecho desnudo hasta sus pantalones empapados.

—No debiste hacer eso.

Se levanta y pasa sus manos por su cabello corto, barriendo el agua. Me mira, su pecho agitado.

Un alboroto detrás de mí nos interrumpe. Doy media vuelta.

Amo ha desmontado y grita mientras su yegua cae a sus rodillas.

Doy un paso atrás sorprendida mientras la enorme yegua gris cae de lado.

Matisa grita en su lengua a Amo, quien toma un cuchillo de su cinturón. La yegua se lanza como si quisiera rodar sobre sí misma, con sus patas sacudiéndose. Amo se lanza, rápido como el viento, y corta la tira de cuero de la montura, quitándola al tiempo que su caballo rueda sobre su espalda a un lado y luego al otro. La yegua lo hace de nuevo. Y de nuevo.

Finalmente parece satisfecha y se esfuerza para ponerse en pie. Se sacude, con todo su cuerpo temblando y dejando caer tierra y ramitas.

—¿Qué demonios?

—Quería quitarse el agua de la piel.

—Sabía que esa temperamental nos traería problemas —murmura Lea, que llega a nuestro lado—. ¿Qué tan dañada está tu montura? —le pregunta a Amo.

La levanta por la tira rota.

—Tuvo que quitarla o la yegua se habría lastimado —me explica Matisa. Echa un vistazo a todo el grupo empapado.

—Bien —dice—, fue suficiente aventura por hoy. Acamparemos aquí.



**N**os movemos dentro del bosque hasta que Matisa nos dice que estamos suficientemente lejos de la orilla para estar a salvo de una sorpresiva inundación. Construimos una fogata y nos disponemos a secar nuestra ropa empapada. La bolsa de Matisa cargada con ropa extra se mantuvo seca, así que nos cambiamos rápido. La enrolló por mi parte media, confortada por su calor.

Es casi la hora de la cena, así que preparamos potaje caliente con algunas raíces de vegetales y carne que alguna vez estuvo seca, pero ahora está pastosa por el río. Aunque algo de nuestra comida se mantuvo seca, es mejor usar nuestros suministros comprometidos primero.

Evito mirar a Kane pero no puedo evitar revivir el rescate de Hambre una y otra vez en mi mente. Ahora que el miedo se disipó, ya no estoy enojada. Ni de cerca. Quiero ir hacia él, empujarlo contra la pared y besarlo tan fuertemente como me sea posible. No puedo sacar la idea de mi mente. Y sé que si lo miro a los ojos, él lo sabrá.

Me mantengo cerca de Amo mientras examina la amarra cortada de su montura. Dice que necesita que se seque antes de arreglarla, porque el cuero se estira demasiado cuando está mojado. Pretendo estar interesada en esto porque Kane está mirando hacia acá y no sé hacia adónde más mirar.

Matisa va a enjuagar las ollas en la corriente del río y regresa con expresión seria.

—El río está mucho más alto de lo que estaba en la tarde —dice—. Está creciendo rápido.

—¿Una de esas inundaciones repentinas? —le pregunto.

Sacude la cabeza.

—No, pero la nieve debe estar derritiendo en las montañas.

—¿Estamos seguros aquí? —pregunta Tom.

—Quizá —dice ella—. Pero podríamos movernos a tierras más altas, para dar descanso a nuestras mentes y poder dormir bien. Me preocupa ese montón de leños que cruzamos abajo. Si se suelta, el agua podría acudir demasiado rápido, no podríamos evitarla.

Toma cierto tiempo dismantelar las líneas que detienen nuestras pieles, además del trípode de cocina. Guardamos todo y guiamos a nuestros caballos a tierras aún

más altas. Una vez que montamos nuestro nuevo campamento, con nuestros cobertizos para dormir puestos bajo ramas protectoras, Lea se queda con Amo en la primera guardia. Es media tarde, con horas de luz del sol por delante, pero todos estamos cansados tras cruzar el río y Matisa quiere que sigamos temprano en la mañana.

Paso junto a Kane en mi camino a lavarme rostro y manos.

—Desapareció de nuevo —me dice, mientras sus ojos revisan el campamento.

Me detengo.

—¿Hambre? —Reviso el campamento también, lo hago para tener algo que ver. Mi interior se agita mientras estoy tan cerca de él.

—Hubiera pensado que ella querría quedarse cerca y cuidarnos toda la noche. Devolver el favor por salvarle el desgastado pescuezo —finge que está ofendido.

Escuchándonos desde cerca de la fogata, Matisa interviene.

—¿Quizá prefiere ardilla salvaje a nuestra papilla de raíces? Extraño —dice con una sonrisa.

Sonrío también, contenta por sus palabras, pero lo que ha dicho Kane ha despertado una pequeña preocupación en mí.

—¿Qué pasa si se duerme muy cerca del río esta noche?

—Estará bien —dice Matisa—. Los animales tienen buen sentido sobre estas cosas.

Muerdo mi labio.

—Iré a llamarla. A ver si la atraigo más cerca.

—Iré contigo —se ofrece Kane.

Lo miro. Me pregunto si en verdad está preocupado por Hambre o si quiere hablar conmigo a solas...

—Buena idea —dice Matisa velozmente—. Sí, ve con Em.

La miro de reajo.

—Pensé que dijiste que estaría bien.

Sacude sus manos.

—Solo ve —dice con exasperación. Pero sus ojos brillan—. Estaría bien asegurarse de que no esté cerca del río.

Altísimo.

Nos dirigimos hacia los árboles, de regreso a las aguas profundas, donde me hincó y lavo manos y rostro. Kane se yergue a un lado, mirando el bosque y masticando algún tipo de raíz, como si quisiera actuar de forma casual.

Seco mis manos y mi rostro en mi *ceinture* y me levanto. Recorro con la mirada de arriba a abajo el lecho del río. Ahora yo intento parecer casual.

—¿Crees que esté aquí? —Inicio.

—Si yo fuera un perro que no puede nadar —remarca Kane—, no me acercaría ni un poco al río.

—¿Ya no digamos dormir ahí?

—Exactamente.

No está aquí afuera buscando a Hambre. No en realidad. Envuelvo mis brazos sobre mí y me volteo para caminar por la orilla. Me alcanza, con esa porción de raíz moviéndose en la esquina de su boca. El silencio se estira entre nosotros.

—¿Dormiste bien anoche? —pregunto.

Asiente.

—El mejor descanso que he tenido en meses.

—¿Meses? —Parpadeo, incrédula—. Eso no puede ser verdad.

—Lo es.

—¿Por qué? —pregunto—. Es decir, ¿dónde...? —Pienso en descartar la pregunta, pero decido que no importa—. ¿Dónde dormías cuando estabas en la aldea de Genya?

—En una habitación con mis hermanos.

Siento una punzada infantil de alivio con su respuesta.

—Pero nunca dormí tan bien —me dice.

—¿Son durmientes ruidosos?

—No particularmente. Solo que de noche todo es tan tranquilo que te recuerda lo que estás extrañando.

—Está más tranquilo aquí —le señalo.

—Claro —saca la raíz de su boca y la arroja al río—. Pero no hay qué extrañar aquí.

Contengo el aliento. ¿Se refiere a mí? Quiero voltearme hacia él y ver la respuesta en su rostro. En cambio, carraspeo y sigo adelante.

—¡Hambre! —llamo—. ¡Ven aquí, chica!

Kane me sigue, lanzando un medio silbido a los árboles.

Después de varios pasos me detengo y miro debajo de la orilla.

—No parece que esté por aquí —dice Kane, aunque ambos lo sabemos.

Lo miro.

—No te agradecí —digo—, por salvarle la vida.

—Está bien.

—No, Kane. Realmente fue muy bueno de tu parte. Estoy... estoy muy encariñada con esa perra —suena ridículo, al salir de mi boca. Mis mejillas se sonrojan.

Pero no me observa como si fuera tonta.

—Lo sé —dice—. Sé que lo estás. Y está claro que ella está encariñada contigo también. Te seguiría adonde fuera —su boca se tuerce en esa curiosa sonrisa.

—Pero a ti no te gustan los perros —el río se apresura en mis oídos. Tomo una inhalación profunda—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque sé cómo se siente ella —me dice.

El alivio que me inunda es tan inmediato, tan intenso, que no puedo moverme. Me ha perdonado, de alguna forma. Quiero decirle lo feliz que estoy de que esté aquí.

Quiero decirle que la idea de que estemos juntos hasta el final de esto me importa tanto como la de sobrevivir. Pero hay un nudo en mi garganta que no me permite hablar.

Un grito emerge de los árboles.

Kane voltea bruscamente en dirección al campamento.

—¿Qué fue eso? —pregunta.

—¿Deberíamos ir a ver? —susurro las palabras como si de pronto me faltara el aire.

Di que no.

—Sí —suspira—. Vamos.

Y me ofrece su mano.

La tomo y mientras nos apresuramos por el bosque de regreso a nuestro campamento, la mariposa en mi estómago revolotea con furia. Este sentimiento de su mano sosteniendo la mía, tan fiera y protectora... quiero jalarlo hacia mí, presionarlo contra el árbol más cercano...

Pero ya estamos en el campamento y puedo ver a Matisa a través de los árboles. Dos pasos más y observo que está parada con su cuchillo presto. Nos apresuramos dentro de la arboleda. Tom y Eisu tienen sus armas en las manos. Lea y Amo también. Todos tienen sus armas apuntadas hacia dos hombres parados en la orilla de nuestro campamento.

Uno es alto y fornido, el otro es alto y delgado. No traen nada con ellos: ni mochilas ni armas. Sus ropas están gastadas a causa del viaje.

—No queremos problemas —dice el hombre alto, con las manos arriba en ademán de rendición. No se ve amenazador. Parece apenado, incluso. Pero es conocido. Cabello rubio, un rostro imposiblemente atractivo...

Mi sangre se hiela. Me digo que debo mantener la calma, asegurarme de que estoy viendo lo que creo estar mirando.

Observo de cerca al hombre rubio. No lo miré realmente bien aquel día, el día en que Isi y yo rescatamos a Nico, pero...

Se parece a León.

Lea asiente a Amo junto a ella. Guardan sus armas y se acercan a los hombres. Pasan sus manos por encima de los cuerpos de los hombres y palmean sus ropas en busca de armas ocultas. Amo sacude su cabeza hacia Lea cuando no encuentra nada, pero la mano de Lea se detiene en el lado izquierdo del hombre rubio. Ella levanta la camisa de él, sin gentileza alguna, y expone un malhecho vendaje marrón con sangre seca.

—Como dije —añade el hombre rubio—, no buscamos problemas.

—¿Qué desean? —Exige saber Matisa.

Eisu habla algunas palabras en su lengua. Suena como una advertencia. Ella levanta una mano y espera la respuesta.

—La verdad es que necesitamos ayuda —responde el hombre rubio—. Y estaré

feliz de intercambiar un favor.

—Nosotros no necesitamos ayuda —dice Matisa.

—Bueno, eso no es del todo cierto —señala el equipo roto de Amo—. Malachi aquí es bueno en su oficio. Podría arreglar ese equipo de cuero en poco tiempo.

—¿A cambio de qué?

El hombre sonrío, casi como una disculpa, y su mano va a su lado. Al vendaje ensangrentado.

—¿Cuál es tu nombre? —Exige Matisa.

—Mis disculpas —dice el hombre rubio, inclinando su cabeza. Se acerca la mano al pecho—. Mi nombre es Merritt. Merritt León. Pero la mayor parte de la gente me llama por mi apellido.

Una descarga caliente me atraviesa.

—Matisa —sisea Eisu.

Nos mira. De vuelta a León. Habla palabras en su lengua a Lea y Amo. En respuesta, ellos cambian su postura y vuelven a sacar sus armas. Matisa nos hace señas a los demás para que nos alejemos de los hombres con ella.

—¿Qué haces? —pregunta Tom cuando estamos lejos del alcance de sus oídos—. Es el hombre del que nos contó Em. El hermano del hombre que te tuvo cautiva.

Matisa me observa para que lo confirme.

Asiento.

—La gente lo llama León —digo, manteniendo mi voz baja—. Estoy segura de que es él —se ve justo como su hombre... se veía. Pero no creo que sea sabio dejarlo saber que lo reconocemos.

—Es peligroso —dice Eisu.

—Claro que es peligroso —responde Matisa—. Pero...

—¿Pero?

—Pero será de noche pronto y preferiría saber dónde están esos dos hombres en la oscuridad.

Tom asiente.

—Matisa tiene razón. Es mejor poder echarles ojo.

—Y podríamos obtener respuestas —agrega ella.

—¿Qué clase de respuestas necesitamos de él? —pregunta Eisu.

—Me gustaría saber por qué está aquí, tan lejos del fuerte, sin protección.

Nos miramos los unos a los otros. De nuevo, ella tiene un punto. Saber eso nos daría una idea de a lo que se enfrentan Isi y Bly.

—¿Por qué se acercaría a nosotros así? ¿Sin armas? —pregunta Kane, lanzando una mirada de vuelta adonde Lea y los muchachos están observando a los hombres—. No parece fiable.

—De acuerdo —afirma Matisa—. Pero podemos ser cuidadosos —señala con la cabeza el caballo de Amo—. Y necesitamos reparar esa montura.

—Amo puede repararla solo —replica Eisu.

—Sí —dice Matisa—, pero León lo ignora.

De nuevo, intercambiamos una mirada.

—Incluso si parecemos vulnerables —dice Tom—, incluso si parece que estamos negociando con él, ¿quién nos asegura que nos dirá la verdad?

—Nadie —dice Matisa—. Pero hay formas de obtener la verdad sin preguntarla directamente —me mira—. ¿Puedes ver su herida?

Mi corazón duda al pensar en estar cerca de Merritt León: el hombre que mandó a sus seguidores a quemar esa aldea, llevarse a los niños pequeños, el hermano de Kane incluido. Ese hombre que está capturando a las mujeres...

Trago con dificultad y asiento.

—Si Em lo atiende, yo estaré justo a su lado —dice Kane, con su mano sujetando el mango de su cuchillo.

Matisa sacude su cabeza.

—Es importante dar la sensación de que podríamos confiar en él.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que no podemos darle a entender que vamos a lastimarlo ante la menor provocación —dice Matisa, mirando su cuchillo.

Kane resopla. Suelta el mango con cierto esfuerzo.

—De ahora en adelante —dice Matisa—, estamos ayudando a ti, a Kane y a Tom a encontrar a sus familias.

Nos observo, miro a Lea y Amo. Sin nuestras pieles de batalla, no parecemos tan unidos. Quizá crea que apenas nos conocimos.

—¿Y mañana en la mañana? —pregunta Tom—. ¿Qué haremos?

Nos miramos los unos a los otros. Sabemos lo que en verdad está preguntando: ¿consigamos o no respuestas ¿qué haremos al final?

—Decidiremos una vez que tengamos algo de información —dice Matisa.

—Pero si es quien Em cree, ¿podemos arriesgarnos a dejarlo con vida?

Mi estómago se hunde ante la pregunta de Tom. Los ojos de Matisa se encuentran con los míos. Nunca he matado. No a propósito, al menos. Pero este hombre... si es como su hermano Julian... es un monstruo.

Mis pensamientos vuelan a los viajeros que Isi y yo encontramos, Elizabeth y Ulysses Sharapay. León había cortado el dedo de Ulysses como advertencia. Había querido quedarse con Elizabeth también. Y mató, encadenó...

Pero algo en la pregunta de Tom detiene mis pensamientos.

Si es quien Em cree...

Realmente, lo que creo saber lo he escuchado de otros. Las cosas que he visto... bueno, nunca lo he visto hacer nada más que tomar su arma cuando ha estado bajo ataque.

Lo único que sé en realidad es que se acercó a nosotros desarmado, en busca de ayuda.

No sabe que Isi y yo somos los que sacamos a Nico de su fuerte. Y de seguro

tampoco sabe que somos los que su hermano, Julian, mantuvo presos por un corto tiempo. Ni siquiera estoy segura de que sepa que Julian está muerto, que Tom le disparó. Pero lo que está haciendo aquí afuera...

—Lo descubriré —escupo, mi corazón late con fuerza en mis oídos—. Descubriré quién es realmente.

—Em —Kane frunce el ceño—. Tú sabes quién...

—Dije que *lo descubriré* —repito. El miedo afila mi lengua. Suspiro y suavizo mi tono—. Curaré su herida, así que estaré en la mejor posición para ganar su confianza. Descubriré qué es lo que está pasando.

Kane cruza los brazos, con sus ojos oscuros infelices.

—Puedes quedarte cerca —le dice Matisa a Kane—. No bajaremos la guardia ni un minuto. Dormiremos por turnos.

Un músculo se mueve en su quijada.

Matisa me mira.

—¿Estás lista, Em?

Asiento.

—Estoy lista.



**M**is tontas manos tiemblan mientras retiro la tela que cubre la piel del estómago de Merritt León. Está acurrucado en el suelo, sosteniendo el cuello con las manos y con la cabeza levantada para mirarme. No tiene camisa y estoy usando la ayuda de una linterna, ya que el sol bajó y ahora se esconde detrás de los árboles.

Kane está a unos pasos de mí, fingiendo hacerse cargo de Bestia. Puedo notar por su postura que toda su atención se centra en León y en mí. No puede escuchar lo que decimos desde donde está, pero observa todo con cuidado.

Lea y Amo están a unos pasos de mí, armas en mano. Eisu y Tom vigilan al otro hombre, que nos mira desde la silla de montar. Matisa está sentada en el campo.

—Son un grupo peculiar —recalca León, mirando a los otros—. ¿Qué hacen todos ustedes aquí?

Detengo mis manos y lo miro.

—Podría preguntarte lo mismo —contesto.

—Solo estoy conversando.

Continúo. Mis manos se mueven lentamente, pero la sangre coagulada atora la tela de una esquina y tengo que tirar ligeramente de ella. León toma una bocanada de aire. Miro su rostro, segura de que está enojado, pero solo hace una mueca, como si se disculpara.

—Debes pensar que soy débil —dice. Es más guapo de cerca. Tiene una barbilla fuerte y una nariz recta y perfecta. Su cabello rubio cae en rizos sobre su cuello. Sostiene mi mirada—. Vi cómo te mueves en ese pie que tienes. Debe ser difícil vivir con una condición así. Si no ahí —señala hacia mi pie—, acá —mueve la mano de su nuca y señala su sien.

Mis mejillas se acaloran.

—No me molesta —digo. Y es cierto. Uso una tintura para el dolor desde que conozco a Matisa.

—Eres más fuerte de lo que pareces, entonces —me contesta.

Aclaro mi garganta contra los nervios que revolotean en mi vientre y me enfoco en la herida. Tiene un hoyo en el costado y, sin la tela, sangrará cada que se mueva. Me acerco a ver y siento alivio cuando huelo sangre fresca y no el olor pútrido de

carne en descomposición. Increíblemente, la herida está limpia.

—Necesitaré puntadas —digo, como si hiciera esta clase de cosas todos los días. En realidad, solo he tenido que coser una herida: la de Isi. Pero quiero darle a León la sensación de que está en buenas manos, que puede confiar en mí. Si lograra que mis manos dejaran de temblar...

—Supongo que no tienes algún brebaje, ¿verdad?

—¿Algún qué?

—Brebaje —sonríe—. Algo para adormecer el dolor —mira mi expresión de confusión—. ¿Licor? Ya sabes, ¿*brandy* o vino o algo por el estilo?

Recojo mi cabello detrás de mi oreja y busco una tela limpia en mi bolso.

—No —respondo, aunque nunca había escuchado esa palabra. Sumerjo la tela en el recipiente de agua hervida que yace a mi lado en el suelo y lavo la piel alrededor de la herida. Su piel es pálida, pero tiene un aspecto sano. Además, es fuerte. Mis ojos se sienten atraídos hacia la curva de su pecho y sus anchos hombros.

Inclina la cabeza, sonriendo de nuevo. Si está intentando desconcertarme, lo está logrando.

No dejes que él lo vea.

Con esfuerzo, mantengo su mirada.

—¿Cómo te hiciste esto?

—Mi caballo huyó y me tiró. Caí directamente en una rama, casi me atraviesa.

Sí es lo que parece. Recuerdo a un perro en la colonia de Matisa que se soltó de su agarre e intentó colarse a la madriguera de los conejos. Una pica de la cerca de madera le atravesó el cuello de esta misma forma.

—¿Y tu amigo? —pregunto, regresando a mi tarea—. ¿Su caballo también huyó?

—Así es, pero él es más afortunado que yo. Solo rasguños.

Saco una jarra de pasta de milenrama de mi bolso.

—Esto dolerá en un principio —le advierto, y comienzo a untarlo en la herida. Vuelve a tomar una bocanada de aire—, pero en unos momentos ya no sentirás mucho. La pasta adormece el dolor.

Se muestra impresionado.

—¿Dónde aprendiste eso?

Hurgo nuevamente en mi bolso.

—Me enseñó una curandera —hago que algunos frascos titilen—. ¿Por qué huyeron tus caballos? —pregunto en tono casual. Mi corazón late con tanta fuerza en mi pecho que estoy segura de que puede oírlo.

—Escapábamos de un problema —responde. Levanto mis ojos y miro los suyos. Esos ojos. Cuando lo vi por primera vez, parecían vacíos. Su hermano, Julian, tenía los mismos ojos: así descubrí quién era. Sin embargo, ahora lucen... vulnerables. ¿Serán sinceros?

—¿Qué clase de problema? —Intento mantener mi voz calmada, pero mi interior no entiende por qué habla tan abiertamente conmigo.

—Pues... tengo una propiedad río abajo. Algunas personas quieren despojarme de ella.

—¿Qué personas? ¿Qué clase de propiedad?

—Preguntas mucho, y respondes poco.

Mi estómago da un giro mientras busco una respuesta.

—Es solo que he aprendido a no confiar en demasiadas personas allá afuera. Y hablar es una buena distracción.

—Eso es cierto —León recarga su cabeza y cierra los ojos.

Inhalo y cierro mis manos en puños para tranquilizarlas. Abro una y toco su estómago.

—¿Duele? —presiono con dos dedos cerca de la parte abierta de su herida.

Me mira, incrédulo.

—Diablos —contesta—, no puedo sentir nada.

Saco la aguja. Había planeado tomarme mi tiempo para prepararla, pero no tendré que fingir: mis tontas manos aún tiemblan. Pretendo girar para encontrar algo más en mi bolso para esconderme de su mirada.

Contrólate.

—Entonces, ¿huías de ellos?, ¿de esas personas? —pregunto, aún esquivando su mirada e intentando preparar la aguja con la atención que tengo.

—Así es —responde—, Malachi y yo escapamos.

—¿Quiénes eran?

—El Dominio —dice—. Tontos.

—¿Por qué son tontos? —Giro de vuelta, hago un nudo y corto el hilo con mis dientes.

—Están peleando contra nosotros, la gente libre, para que los bastardos que dominan todo en el este puedan tener esta tierra también. Son un montón de ovejas que no pueden pensar por sí mismas, peleando la guerra de los de sangre azul. Por eso dejé el este, vine y establecí mi territorio. No tienen derecho a quitármelo.

Quiero preguntarle qué derecho tuvo de quemar ese hogar por el río. Qué derecho tuvo de tomar a un niño pequeño, de capturar a las mujeres. Trago el impulso con el recuerdo de cómo perdí el control cuando hablaba con el comandante del Dominio. No puedo volver a cometer ese error. Me enfoco en coser la herida.

—Tu lugar, entonces —digo, manteniendo mis ojos en la aguja mientras perfora su carne. Con esfuerzo, jalo con gentileza por la piel—. ¿Lo perdiste?

—No estoy seguro —hace una mueca cuando perforo una parte de su piel que obviamente no está completamente adormecida. Jalo rápido el hilo.

—Y tú y Malachi, ¿son los únicos que quedan?

Levanta su cabeza y me observa. Estoy haciendo demasiadas preguntas.

—Conocimos algunas personas hace unas semanas —le digo—. Un hombre y una mujer. Cartógrafos —perforo y jalo—. ¿Eran... gente tuya?

Silencio.

Arriesgo una mirada.

—Y bien, ¿por qué lo preguntas?

Su voz es calmada, pero una contracorriente se oculta en ella. Ira.

Sacudo un hombro. Necesito ofrecerle algo, lo que sea, que haga parecer que no sé mucho. Que soy tan vulnerable como él.

—Estos no son gente nuestra —señalo con la cabeza hacia Lea y Amo—, nos conocimos hace un día. Nos separamos de nuestras familias. Solo me preguntaba si ese era también su caso. Si ese hombre y esa mujer...

—Si son los cartógrafos en los que estoy pensando, definitivamente estuvieron en mi fuerte. Fingiendo que necesitaban ayuda. Los alimentamos. Después, intentaron robar nuestros caballos —sus ojos son fríos—. Los dejé ir, pero tomé algo del hombre para que me recordara.

Estudio el hilo mientras perforo y jalo. *¿Intentaron robar sus caballos?* Elizabeth y Ulysses dijeron que León había tomado los suyos. Que él intentó tomar a Elizabeth también, y cortó el dedo de Ulysses cuando se rehusaron. Les dio un recuerdo para que regresaran con mapas del norte.

—No dijeron mucho —contesto—. Solo que estaban trazando mapas. —Terminé con las puntadas. Demasiado pronto—. Y que se dirigían al norte.

Inclina su cabeza para examinarme.

—Mi hermano se dirigía al norte —dice—, pero dejó nuestro fuerte hace más de dos meses y aún no lo he visto.

Obligo a mis manos a dejar de temblar mientras hago un nudo sobre el hilo. Tendré que acercar mi rostro a su piel recién cocida para cortar el hilo. Vuelvo a mirar a Kane, inclino mi cabeza y tomo el hilo entre mis dientes.

—Con cuidado —pide León.

Sostengo el hilo con fuerza y lo muerdo. Con fuerza, pero asegurándome de sostener el hilo de manera que él no sienta el jalón.

—Lo vendaré ahora —le digo—. Siéntate.

Consigo un trozo fresco de tela y lo pongo sobre la herida, y después sostengo un vendaje largo. Levanta sus brazos y lo entrelazo a su centro.

—Estás muy interesada en estos cartógrafos —menciona mientras amarro el final.

—Solo intento entender las cosas. No he estado mucho tiempo aquí afuera.

—Bueno, eso puedo verlo —dice León y ríe. Se detiene con el dolor—. Luces recién bajada de la carroza.

Intento sonreír tristemente.

—Nos separamos de nuestra gente. Estas personas —vuelvo a señalar a Lea y Amo con la cabeza— nos recibieron. Nos ayudan a regresar.

—¿En verdad? —dice León. Voltea a ver a Lea con atención—. ¿Solo están ayudando por la bondad en sus corazones?

Inclino mi cabeza cerca de la suya, quiero que mis palabras solo las escuchen sus oídos.

—Eso espero —le digo.

Sonríe, como si compartiéramos algo.

—Tuve algunos trabajando conmigo en mi fuerte.

—¿Sí?

—Habían dejado a un gran grupo de ellos que había viajado en esta dirección. Dijeron que hay más en algún lugar de las montañas.

Mantengo una expresión impávida.

—Quizá de allá provienen estos tres —sugiero—. Nunca nos dijeron.

Pero me sobrepasan mis pensamientos. La gente de los primeros pueblos que vimos trabajando con León debieron haber sido desertores de *sohkâtisiwak*. Traidores de los traidores.

Me retiro y señalo su vendaje.

—Eso debería ser suficiente.

—Muy agradecido —dice, y alcanza su camisa—. ¿Cuál dijiste que era tu nombre?

De pronto siento un nudo en la garganta. Tengo que forzarme a responder.

—Emmeline.

—Pues, Emmeline —responde—, hiciste un gran trabajo —se coloca cuidadosamente la camisa y asiente hacia Lea y el resto—. Quisiera que entendieran que no estamos aquí para lastimarlos.

—Se mantienen alerta —contesto—. Es su manera de ser. Así fueron con nosotros los primeros días. Cambiarán de parecer —muy tarde me doy cuenta de que contradije mis declaraciones anteriores sobre cómo los acababa de conocer. Tropiezo con mis palabras mientras intento distraerlo, y digo lo único que se me ocurre—: Ellos... ellos vieron a un hombre malvado por aquí, esclaviza a su gente, captura a sus mujeres.

León inclina la cabeza.

—¿Le dieron un nombre a este hombre?

—No —contesto—. Pero dijeron que vive cerca de aquí —me estaba sintiendo descuidada y nerviosa, entonces pregunto—. ¿Sabes algo al respecto?

Cae el silencio.

—Déjame preguntarte algo, Emmeline —dice, desviando la mirada a sus dedos, que estaban abotonando su camisa—. Imagina que encuentras un precioso terreno, lo más cercano que has visto al cielo, y tienes una pequeña comunidad ahí. Digamos que planeabas empezar de nuevo, justo ahí en esa pequeña comunidad, y de pronto alguien aparece e intenta quitarte todo lo que has logrado —entrecierra los ojos para mirarme fijamente—. ¿Qué harías?

Dudo. La manera en la que describe su fuerte... es asombroso: podría estar hablando sobre mi experiencia en el poblado de Matisa. Podría estar hablando sobre Genya en el suyo.

Sacudo mi cabeza.

—No lo sé.

—Creo que sí lo sabes —replica—, porque eres más dura de lo que pareces — dirige su mirada hacia Kane—. Estoy dispuesto a apostar que pelearías con uñas y dientes para proteger lo que sientes que es tuyo.

Se erizan los cabellos de mi nuca. No es un simplón, eso es claro, pero la manera en la que entiende lo que siento por Kane... ¿cómo pudo haber entendido tanto en tan poco tiempo?

Aclaro mi garganta.

—¿Quién dice que es tuyo, para empezar?

Extiende sus manos.

—Llegué primero. ¿Por qué no podría reclamarlo como mío?

Es cierto que la gente de Matisa ya no recorre estas tierras, pero se fueron porque sabían lo que había sucedido en el este y sabían que podría volver a suceder. Tuvieron razón y el Dominio está cerca, dividiendo las tierras. Lo han hecho antes, y les importaron poco las tribus de los primeros pueblos cuando lo hicieron. León... bueno, León solo llegó aquí antes que el Dominio.

Pero la clase de persona que es, la clase de comunidad que busca construir y cómo planea mantenerla...

Mi voz es apenas un susurro.

—¿Estás quedándote con mujeres contra su voluntad?

Inclina su cabeza.

—Lo haces sonar como si no hubieran elegido venir en esta dirección —contesta—. Lo eligieron. Tomaron esa decisión. El que no les haya gustado tanto una vez que llegaron no es mi culpa. No creo que debiera esperarse que arriesgue mi vida en guiarlas de vuelta al este —sostiene mi mirada—. Rondan personas malas por aquí.

Resisto el impulso de buscar el cuchillo oculto bajo mi faja.

—Así que si no las retienes —elijo con cuidado mis palabras, intentando hacerle pensar que creo que es razonable—. Es solo que no pueden irse solas, y tú no favorecerás su marcha.

Asiente.

Hago mi mejor intento por verme aliviada.

—No es una vida fácil allá afuera —dice—. La gente necesita un líder, y un líder debe tomar decisiones —se sienta con mayor firmeza—. Estoy ayudando a la gente a sobrevivir. ¿Me culparás por ello?

Guardo mis utensilios en el bolso, me enderezo y lo cuelgo de mi cuerpo.

—Claro que no —contesto. Señalo su vendaje—. Ten cuidado con eso mientras se fijan las puntadas.

León y Malachi están dormidos mientras Lea y Amo hacen guardia. El resto de nosotros regresa al abeto, lejos de la vista y el oído de los hombres.

Una vez que nos reunimos en círculo, comienzo.

—Le dije que conocimos a esos viajeros: los cartógrafos del este. Le dije que nos

estaban ayudando a encontrar a nuestra gente. Pero nada más. Tampoco siguió preguntando al respecto.

Kane frunce el ceño.

—¿Piensas que te creyó?

—Eso parece.

—¿Por qué sigue aquí? —pregunta Matisa.

—Dijo que su fuerte está bajo ataque. Dijo que él y su compañero, Malachi, fueron los únicos que lograron escapar.

—¿Del Dominio?

Asiento.

—¿Y le creíste? —pregunta Tom.

Dudo.

—No sé qué creer. No entiendo por qué se acercaría de esa manera. Necesitaba ayuda, eso era claro. Esa herida no estaba sucia, pero no hubiera sanado correctamente de continuar así.

Eisu mira a los hombres, su rostro luce preocupado.

—Habló un poco del norte —comento.

—¿Sabe algo sobre tu asentamiento? —pregunta Matisa.

—No lo creo. Solo mencionó que Julian estaba interesado en ir al norte —Tom y yo nos miramos—. Él... —Intento pensar las palabras correctas sin sonar confundida, como si estuviera del lado de León—. Él dijo algunas cosas sobre estar aquí. Sobre cómo solo intenta defenderse contra las personas que intentan tomar lo suyo.

Tom resopla. Matisa me observa, calmada.

—Yo... no creo que sea una buena persona —digo—, pero hace lo que el resto, lo que cualquier recién llegado intenta por estos lares. El Dominio...

—El Dominio tuvo que rescatar al pueblo de Genya de los hombres de León —me recuerda Tom.

—*Asumimos* que fueron los hombres de León —replico—, pero no estamos seguros.

Kane se mueve.

—Es cierto que no me encontré con ninguno de ellos. La lucha se libró fuera de los confines... en realidad lo que sé sobre quién atacó son rumores —frunce el ceño—. Pero eso no significa que podamos confiar en él.

Levanto mis palmas.

—No estoy diciendo que deberíamos confiar en él. No está contando toda la historia, eso es claro. Pero en este momento no es una gran amenaza para nosotros. Y si su fuerte fue tomado, no lo será. Nuestra preocupación debe ser llegar a mi asentamiento.

—De acuerdo —dice Kane—, pero ¿qué haremos con ellos?

Cae un silencio. La expresión de Tom es sombría. Sé lo que piensa. Sé lo que está dispuesto a hacer si se lo pedimos.

Extiendo mis manos. Los ojos de Kane no se desvían de mi rostro.

—No puedo... —suspiro—. No puedo lastimar a dos hombres que no conozco —fijo mi mandíbula para calmar mi labio tembloroso y miro hacia arriba.

Kane desdobra los brazos, con alivio.

—Yo tampoco —respondo.

Miro a Matisa.

—Tampoco estoy interesada en ser violenta, a menos que defendamos nuestras vidas —dice.

—Entonces, ¿qué haremos? —pregunta Tom.

—Podríamos amarrarlos para que no puedan seguirnos —sugiere Kane.

Nos observamos en un silencio absoluto. Es el mejor plan que tenemos por el momento. No podemos arriesgarnos a dejarlos libres, pero no puedo castigar a dos hombres que jamás me han hecho daño.

Ya he hecho suficientes cosas de las que me arrepiento.

Nuestro círculo se rompe y regresamos al campo, pero no puedo dejar de sentir que un espectro me ronda mientras caminamos. Sus hombros delgados, dientes sucios y barba desaliñada. Puedo sentir su peso en mi espalda.

Charlie.



**E**n mi sueño corro por un bosque oscuro. Una edificación, antes la cabaña de un colonizador y ahora un amontonamiento arruinado y lleno de musgo, yace adelante, como un gigante dormido entre *les trembles*. Los árboles se confunden, a un lado y otro reviso la maleza. Las planicies de Los Vigías se avecinan. Vuelo a su lado, rápidamente, muy rápidamente.

Buscando.

Siguiendo.

Persiguiendo.

Deprisa.

Un grito corta mi sueño. Mis ojos se abren rápidamente para ver el suelo lleno de píceas. El brazo de Kane protege mis hombros, con su cuerpo entrelazado al mío por detrás, pero está despierto: lo puedo sentir por cómo se tensa.

Ese grito. Sonó como Matisa.

Un impacto gélido empapa mi rostro. Agua fría.

Lucho por levantarme y me tropiezo con Kane, que ya se encuentra en pie. Sostiene mi brazo para estabilizarme y froto mi otra manga contra mi rostro, parpadeando con fuerza.

Un hombre se encuentra frente a nosotros con una cubeta vacía.

Sonríe.

—¡Hora de levantarse!

Cuando suelta la cubeta, veo que sostiene una pistola.

Kane me jala a su lado, cuchillo en mano. Inspecciono el campamento.

Hay seis hombres alrededor nuestro, con las pistolas desenfundadas. Lea toma una posición firme, con los brazos listos para reaccionar. No tiene un arma a la mano, pero es claro que está preparada para pelear.

Tom está paralizado, mirando a Eisu. Este aferra la pistola que Tom le dio. Apunta con ella.

Dos hombres más rodean mi izquierda. Falta alguien...

Amo.

Falta Amo. Tuvo la última guardia, junto con Lea.

Tenemos desventaja en número y seguramente también en armas, y eso contando

solo a los hombres y armas que podemos ver. ¿Habrá más en el bosque? ¿Cómo nos sorprendieron así? ¿Cómo...? Y de golpe me doy cuenta de que el ambiente está lleno del sonido de agua que corre.

El río creció aún más. Clama con fuerza. Debió ocultar el sonido de los hombres que se avecinaban, incluso de Lea y Amo.

Giro la cabeza y me doy cuenta de que los dos hombres a mi izquierda son León y Malachi. Están en pie con aire casual, observando.

Los hombres que nos rodean no les apuntan a ellos.

Alguien surge de los árboles del otro lado del claro y atrae la mirada de todos. Es Amo, con las manos tras la espalda, empujado por un hombre que sostiene un cuchillo contra su cuello.

—Coloca eso en el suelo, lentamente —ordena León a Eisu—. O haré que Janz le rebane el cuello —el hombre presiona la hoja del cuchillo contra el cuello de Amo, quien levanta la barbilla con los ojos llenos de furia. León asiente hacia Kane—. Tú también.

Eisu baja la pistola de Tom lentamente, y deja que caiga de sus manos a la tierra. Kane suelta el cuchillo con la quijada apretada.

—Únanse a los otros —nos ordena el hombre frente a nosotros. Kane y yo cruzamos el espacio, y pronto somos rodeados por los hombres con las armas apuntadas a nuestros pechos.

León avanza a zancadas y coloca el pie sobre la pistola de Eisu, la acerca y la levanta, sus ojos nos rondan mientras inclina la cabeza, como si estuviera decidiendo.

—Merritt —comienzo.

—Silencio —dice en voz baja. Se acerca a nosotros con calma—. Ahora es mi turno de hacer preguntas —habla como si fuéramos amigos teniendo una conversación, pero su expresión y movimientos demuestran toda clase de violencia—. Ahora, ¿qué hacen ustedes aquí? ¿Adónde se dirigen?

Nadie habla. Me arriesgo a mirar a Matisa. Su rostro es una máscara de calma y control.

—¿Qué es lo que quieres de nosotros? —pregunta.

—No —León sacude la cabeza—. No, ahora yo hago las preguntas. Están en mi tierra, después de todo. Y quiero saber qué es lo que hacen ustedes aquí.

—Esta no es tu tierra —contesta Tom.

León mira a Tom, divertido.

—Lo es si yo lo digo —contesta. Su tono se torna mortífero—. Y no volveré a preguntar. ¿Qué hacen todos ustedes en mi tierra?

—Lo sabes, estamos perdidos —logro decir—. Intentamos encontrar a nuestras familias. Ellos —hago un gesto hacia Matisa e Isi— nos estaban ayudando.

—Dijiste eso —afirma León—. El problema es que no lo creo —me mira con sus ojos muertos.

Trago saliva.

Sonríe.

—No hay problema. Sé que ustedes tampoco me creyeron. No somos del tipo que confía —cambia de posición—. Pero quisiera creerles. Pueden comenzar por darme respuestas claras.

Mis ojos vuelan a Matisa.

—¿Ves? Justo eso —dice León—, ¿estás buscando indicaciones de una muchacha a la que apenas conoces? No lo creo —levanta la pistola en su mano—. Así que díganme quiénes son y qué están haciendo aquí.

Silencio.

Un atisbo de impaciencia se muestra en el rostro de León.

—Pueden decirme, o pueden observar cómo lastimo a su gente —le hace una seña con la cabeza al hombre que sostiene a Amo. El hombre gira el cuchillo de manera que el filo apunte a su cuello. Un delgado hilo de sangre brota de su cuerpo. El desafío en sus ojos se convierte en miedo.

Mis pensamientos giran. Piensa en algo, lo que sea...

—Estamos intentando regresar con mi gente —digo—, al norte. Es por eso que me interesaban esos cartógrafos. Por eso quería saber si también te dirigías hacia allá.

León asiente hacia el hombre, quien relaja ligeramente el cuchillo.

Inclina su cabeza, estudiándome.

—Eres del norte —pasea su mano libre sobre su quijada—. Eso es difícil de creer. No he visto que grupos grandes de gente tomen esa dirección desde que llegamos. Y, créeme, hemos estado vigilando.

—Mi gente ha vivido ahí durante mucho tiempo. Mucho más del que imaginas.

Levanta las cejas.

—Décadas —afirmo, mi voz toma más fuerza con la verdad de mis palabras—. Escuchamos que la gente del este por fin está mudándose en esta dirección. Nosotros —señalo a Tom y a Kane— vinimos a ver. Queríamos aventuras. Pero nos perdimos y... y Matisa nos encontró —suena tonto, hasta para mis oídos.

La mirada de León nos analiza como si estuviera pensando con detenimiento. Su rostro muestra una sonrisa.

—Qué tal eso —dice, fijando su vista en mí—. Tenía razón —sacude la cabeza—. Sabes, cuando los vi a todos ahí supe que no podía ser coincidencia.

Sonríe.

—Es una fortuna que pasaran por aquí, y todavía más que se quedaran un rato. Malachi y yo no hubiéramos podido solos. Necesitábamos a los chicos.

Matisa murmura una maldición. *Los chicos*. Sus hombres. Fingió ser inofensivo, no tener armas. Ella pensaba que yo le había dado información pero, en realidad, lo único que hicimos fue darle tiempo a León de tomar la delantera.

—¿Qué quieres hacer con nosotros? —pregunto.

—Los he estado buscando desde hace tiempo —contesta.

¿A nosotros?

No puede ser.

—Desde que uno de nuestros hombres regreso con una chica delgada y embarazada hace un par de meses.

Rebecca.

—Ella era parte de un grupo bastante extraño: una mezcla de pieles, se podría decir. Pálidos, rojos, mestizos. Estos tontos se encontraron a mis hombres enseñándole a un recién llegado cómo eran las cosas por aquí —recuerdo el ataque al río, el hogar en llamas—. Mis hombres atraparon a algunos: dos pálidos y un rojo. Pero no podían ponerse de acuerdo sobre qué hacer con ellos. Verás, mi hermano estaba seguro de que necesitaba usarlos para negociar información, pero mi hombre no tenía la misma inclinación. Se separaron, mi hombre llevó a la chica embarazada de vuelta a mi fuerte y Julian tomó a la chica roja y al chico blanco, con planes de intercambiar a la chica por información —nos inspecciona con su mirada—. Información que, supongo, ustedes poseen.

—¿Y qué información es esa?

Sonríe terriblemente.

—Sobre un lugar al norte que cura la Hemorragia.

Mantengo firme mi voz.

—No sabemos de qué estás hablando.

—¿No? Bueno, eso es una pena. Verás, estuvimos en un pleito recientemente contra el Dominio, peleando por un pueblo al sur.

Kane se tensa. Tenía razón: los hombres de León atacaron el pueblo de Genya.

—Y cuando entendí que esos bastardos no iban a rendirse y dejarme obtener lo que es mío por derecho, decidí que tenía que negociar. Mandé el mensaje con un prisionero que liberé como señal de buena fe: les entrego la cura si me dejan en paz. El único problema es que no puedo encontrar el lugar que la tiene, así que decidí encontrar primero a alguien que pudiera ayudarme —finge estar decepcionado—. Estaba tan seguro de que eran ustedes, tan seguro de que sabrían dónde es.

Guardamos silencio.

León voltea hacia el hombre que tiene a Amo.

—¿Tal vez solo necesitan el incentivo correcto para compartirlo? —El hombre presiona nuevamente el filo del cuchillo contra el cuello de Amo. El temor inunda mi cuerpo, helado.

Lo calma un ruido súbito. Un gruñido. Un ladrido salvaje. Y el hombre que tiene a Amo lo suelta y se retira, sosteniendo su pierna.

—¡Hey!

Amo está libre por un instante. Malachi, rápido como un parpadeo, hace un disparo de advertencia al árbol detrás de él, indicándole que no se mueva.

El hombre que lo sostenía huye de una figura negra y marrón, peluda, que gruñe con fiereza.

Hambre.

El hombre con el cuchillo se oculta tras los hombres que nos apuntan con las armas. Hambre se detiene, ladrando como loca.

—¡La maldita me mordió! —grita.

Mantiene su posición, meneando la cabeza y ladrando a todos los intrusos por turnos.

Por un momento pienso que es nuestra oportunidad, tenemos la distracción que necesitamos...

Pero los hombres frente a nosotros apenas mueven un músculo, no les molesta su presencia ni un poco.

—¡Maldita sea! —grita el hombre, sosteniendo su pierna aún. Hambre ladra y ladra.

—Silencia esa cosa —ordena León a Malachi.

Malachi asiente y gira el mango de su pistola, blandiéndola como un mazo, y se aproxima por el costado de Hambre.

—¡No! —grito, al momento que Hambre esquivo el primer golpe. Salta hacia atrás, más rápido que Malachi, quien gruñe frustrado. Gira nuevamente el mango de su pistola y le apunta.

—¡Vete! —grito. Malachi dispara, y la tierra bajo la pata de Hambre explota.

Y ella desaparece, corriendo tras los árboles.

León entrecierra los ojos para verme.

—¿Esa es tu perra?

No contesto, pero no puedo evitarlo: mis ojos buscan entre los árboles.

—Desafortunada —mira al joven hombre que aún se aprieta la pierna—. Janz, cuando regrese, dispárale —su voz es suave. Se dirige al hombre más cercano a nosotros. Se parece mucho a León, podría ser su hijo—. Llévalos hacia el río —apunta con su arma a Lea—. Remy, encárgate de los suministros. Trae todas las armas.

Bajo el ojo cauteloso de siete hombres, uno caminando hacia atrás mientras nos apunta con su pistola, dos a nuestros lados, y dos detrás, caminamos por los árboles hacia el río. Kane se mantiene cerca de mí, y veo a Tom haciendo lo mismo con Eisu. León nos sigue, gritando órdenes a los hombres que se quedaron con nuestras cosas.

Abandonamos los árboles y avanzamos hacia las repisas de roca junto al río crecido. Hay dos hombres más por aquí; uno sostiene el corcel color humo de Eisu y el otro el de Matisa. No veo a Bestia por ningún lado.

León avanza al frente del grupo.

—Ponlos junto a esa caída —instruye, pasando el arma de Eisu de una mano a la otra—. Así solo vigilarémos un lado.

Hay un tramo de roca suave en donde el río fluye en una pequeña plataforma. El agua cae en torrente, y el otro lado está a una distancia considerable. Entiendo a qué se refiere. Ninguno de nosotros sería lo suficientemente tonto para aventurarse al río como medio de escape. Nos destrozaría en un instante.

—No es seguro mantenernos cerca del río —advierte Matisa.

León la calla amartillando su pistola.

El joven, el que se parece a León, me indica con la cabeza que me mueva. Lo hago, pero no lo suficientemente rápido. Me empuja por detrás con la culata de su arma y se me escapa un gemido.

Kane gira y toma el rifle, empujando al niño dos pasos hacia atrás. Antes de que el chico consiga enderezarse, tres rifles apuntan a la cabeza de Kane. Él levanta sus manos y retrocede. Malachi mira en la dirección del joven al que Kane empujó y sonríe, como entretenido.

El rostro del chico se retuerce de ira. Avanza rápidamente y hunde el barril de su rifle en el vientre de Kane, quien se dobla por el impacto.

Grito mientras el joven golpea la nuca de Kane con un extremo del rifle y este cae. Avanzo en su dirección, pero una pistola chasquea en mi oído y me congelo en donde estoy. Malachi apunta la pistola justo a mi sien.

—¡Suficiente! —grita León—. No tengo tiempo para esto.

—Avanza con el resto —ordena Malachi, empujando el barril contra mi cabeza una vez y retirando su brazo. Me tambaleo lejos de Kane.

Matisa toma mi mano mientras nos empujan hacia las rocas.

—Siéntense —ordena León. Lo hacemos. León apunta a Kane, quien está unos pasos atrás, en los árboles—. Únete cuando te sientas listo —le dice. La rabia me quema por dentro.

—¿Deberíamos revisar el bosque, en caso de rezagados?

León sacude la cabeza.

—Estos son todos. Pero mantente alerta. Parecen niños, pero saben lo que hacen.

Los tres hombres toman posición en un semicírculo con sus pistolas apuntándonos. Acorralándonos contra el violento río.

León sonríe.

—Ahora, algunos de ustedes vendrán conmigo y otros serán transportados al fuerte. Como sabrán, fue dañado recientemente por su gente —se dirige a Matisa—, así que necesitaré ayuda con las reparaciones. Me parece apenas justo que ustedes hagan la labor.

—Me dijiste que el Dominio atacó tu lugar —replico.

—¿Eso dije? —añade León—. Pues te veías tan cómoda con estos rojos que hubiera odiado desatar culpas. Hubiera sido una noche incómoda, ¿no lo crees?

El río ruge a nuestras espaldas.

—Esto no es seguro —Matisa intenta de nuevo, elevando su voz sobre el clamor—. Para ustedes o nosotros. Debemos subir a tierras más altas.

—Silencio —le ordena uno de los hombres—, o te obligaré a hacerlo.

León los ignora. Pasea su mano sobre la pistola de Tom, la que le quitó a Eisu. La observa. Nota la inscripción en la culata. *Altísimo*. Las iniciales. Tom las cruzó con una línea, pero aún están ahí si la observas con detenimiento.

Gira, observando detenidamente a Eisu.

—¿Dónde conseguiste esto? —pregunta. Su voz está tranquila, como si solo tuviera curiosidad, pero hay peligro en sus ojos.

Tom se para más erguido. Eisu no abre la boca.

León ladea la cabeza.

—Lo que sucede es que mi hermano solía tener una pistola como esta. Marcó sus iniciales en la culata —dice y avanza dos pasos.

Intento mantener el rostro impávido, pero mi corazón se acelera.

—Esta se le parece mucho —dice León, como si estuviera pensando con detenimiento. Levanta la voz—. Y él nunca se habría desprendido de ella voluntariamente —vuelve a observar la pistola, trazando sus dedos sobre la inscripción—. Encontramos su cuerpo a unos días de viaje del fuerte. Le dispararon —levanta la cabeza para mirar a Eisu—. Claro, tú ya sabías eso —levanta la pistola y observa el cañón—. He querido saber quién...

—¡Él no lo hizo! —exclama Tom, colocándose frente a Eisu.

León baja el arma, con el rostro completamente calmado.

—Vaya —dice—, suenas muy convencido de ello. Parece que estás seguro —sus ojos son dos carbones calientes—. Malachi —dice—, acércame a esos dos.

Hago un sonido de protesta. Matisa me silencia con un apretón en el brazo.

Malachi apunta su pistola a Tom y Eisu. Eisu se pone en pie y obedece.

Mi corazón está en mi garganta al verlos abandonar la seguridad de nuestro grupo.

—Por allá —indica León, apuntando la pistola hacia los árboles. Tom y Eisu están parados uno junto al otro, a varios pasos de Kane.

—¿Estás seguro? —León mira fijamente a Tom—, ¿estás seguro de que este niño no le disparó a mi hermano?

Tom guarda silencio. Asiente con la cabeza. Una vez.

—Pero tienen su pistola —argumenta León—. Así que me resulta difícil de creer. Y si este niño no le disparó —fija su mirada de muerte en Tom—, ¿quién lo hizo?

Tom levanta su barbilla.

No. No le digas.

Toma un respiro y abre su boca.

—¡Te lo mostraré! —exclamo—. Te mostraré el lugar que cura la enfermedad.

Escucho que Matisa respira con fuerza.

León gira hacia mí.

—Sabía que eras más de lo que aparentas. Eres muy buena mentirosa, te lo concedo —hace una pausa—. Claro, podrías estar mintiendo en este momento.

—No lo hago. Mi gente ha vivido ahí por generaciones.

—Tu gente.

—Te llevaremos ahí, pero necesitas liberar a mis amigos.

—¿Qué tal si no lo hago y me muestras de todos modos?

—No te sirvo de nada muerta.

Me estudia un largo tiempo. Una vida entera.

—Esta cura —pregunta—, ¿qué es?

—Te dije que te llevaré a ella.

—Tendrás que revelarme más si quieres probar que no estás mintiendo.

Mis pensamientos fluyen. Julian y él probablemente supieron del lugar por sus trabajadores, los que traicionaron a los *sohkâtisiwak*. Sus trabajadores no están buscando el lugar, así que o no creen en la cura o... aún tienen miedo de ese tramo del bosque. Abandonaron el valle de Matisa antes de que llegáramos, antes de que trajéramos noticias sobre lo que verdaderamente les sucedió a sus exploradores en ese lugar...

Levanto la cabeza.

—Tus trabajadores tienen miedo del lugar, ¿verdad?

Levanta las cejas, ya tengo mi respuesta.

—Gente suya desapareció ahí, hace años.

Me mide.

—Eso fue cosa nuestra.

—¿Ustedes los mataron?

Miento con facilidad porque está muy cerca de la verdad.

—Protegíamos nuestra cura.

Sus ojos brillan.

—Y por eso me necesitas contigo —digo—. Necesitas conocer el bosque para sobrevivir a él.

Lame sus dientes, su fría mirada examina mi rostro.

—De acuerdo —responde. Asiente y guarda la pistola en su cinturón—. De acuerdo. Los dejaré vivir.

Me lleno de alivio.

—*Em* —el susurro viene de Matisa.

León vuelve su atención a Tom y Eisu.

—Pero, por supuesto, aún queda entender qué pasó con mi hermano —dice.

Da un paso hacia Eisu, tocando nuevamente la pistola en su cintura.

Otra vez, Tom se coloca frente a Eisu.

—¡Él no estuvo ahí! —dice.

Los ojos de León muestran satisfacción ante la confesión de Tom.

Tom sabe que ha dicho demasiado, pero prosigue.

—Él no tuvo nada que ver —levanta su barbilla—. Si buscas a quién castigar, castígame a mí.

Un viento cálido se precipita a través de mi cabeza.

León entrecierra los ojos.

—¿Castigar? Oh, no —relaja su posición—. No hay necesidad de eso.

—*Em*.

Volteo. Matisa está mirando río arriba, con preocupación.

Y lo escucho.

Un rumor profundo, como si la tierra estuviera protestando, como si las montañas estuvieran respondiendo. Es débil, lejano. Pero está ahí.

Kane también lo escucha. Y Lea. Los hombres de León no parecen percibirlo, están viendo a León con interés. Miro hacia Tom, quien está frente a Eisu con expresión desconcertada.

—No hay necesidad —repite León, masajeando su barbilla—. Solo necesito una compensación.

—¿Compensación? —Los ojos de Tom miran a los hombres detrás de León. Eisu extiende su mano y toca la espalda de Tom. Aumenta el sonido del rumor. Más cerca.

—Sí —dice León, retirando la pistola de su cinturón—. Ojo por ojo —levanta la pistola y dispara.

¡NO!

Tom se sacude hacia atrás y hacia un lado, con una mano apretando su pecho. Tropieza un paso y gira, sus grandes ojos se encuentran con los míos. Sus piernas se tambalean y cae de espaldas.

A los brazos de Eisu.

Un alarido hace eco en mi cabeza, frío como el viento de invierno.

Las manos de Eisu toman las de Tom con desesperación; intenta mantenerlo erguido. Tom mira hacia abajo, abajo, a la mancha roja que está formándose en su camisa, bajo sus dedos. No puedo respirar, no puedo... Tom levanta su mirada otra vez. Al principio creo que me busca, pero no, observa algo detrás de mí. Necesito voltear, necesito saber qué ve, pero no puedo moverme. Lo único que puedo hacer es verlo colapsado en los brazos de Eisu, con una mano en el corazón, sus grandes ojos azules, el rosa de sus mejillas escapándose a esa mancha carmesí que crece y crece...

Y el rugido viene, sacudiendo la tierra, destruyendo el mundo.

Kane salta hacia enfrente, gritando y agarrando mi brazo, poniéndome en pie. Mi cabeza se mueve por voluntad propia, cambiando de la mirada en el rostro de Tom hacia el río, camino a las montañas.

Un muro de agua corre directo hacia nosotros, tumbando, batiendo y destrozando todo en su camino.

Kane me pone en pie, pero estoy atorada en una confusión de extremidades mientras todos luchan por levantarse al mismo instante. Los gritos de los hombres de León son ahogados por el rugido. Avanzamos hacia adelante, intentando trepar por encima de la inclinación, pero no tenemos tiempo, no tenemos tiempo...

El río nos envuelve como la muerte fría.

El agua arranca la mano de Kane de la mía y me levanta, jala mis piernas por encima de mi cabeza, y me arroja como una pluma. Me jala por debajo, me rueda, me golpea contra algo firme, duro.

Y todo está oscuro.





**H**e estado aquí antes. Este estruendoso hueco de oscuridad. Este interminable torrente de hielo y dolor y rugido abrumador.

Esta vez, no hay Gente Perdida que me salve. Me están rodando, volteando y desgarrando en pedazos. El río está en mis oídos y en mis pulmones, y no hay qué pueda hacer más que dejar que se salga con la suya, dejar que me lleve en su doloroso abrazo, que corra conmigo hacia mi muerte.

Y ahora, quietud. Como si estuviera flotando justo bajo la superficie de esta furiosa, salvaje agua, todo lo demás que se mueve a mi alrededor: rebaso el cielo y los árboles encima de mí, mientras ramas y rocas me aprisionan a cada lado.

Un rostro aparece sobre mí, buscando en el agua. Sus facciones están borrosas, pero su cabello, blanco como la nieve, la delata.

*Sæur Manon.*

La vieja curandera, muerta hace ya una temporada, me alcanza en el agua con una frágil mano y sus dedos debiluchos intentan agarrarme. Se pasean por mi cabello en un movimiento lento y determinado y lo atrapan. Me levanta hacia ella. La intento alcanzar, mi cuerpo se mueve lentamente como una renuente semilla atrapada en la brisa.

Su mano me suelta.

El agua violenta me envuelve. El cielo y las nubes y los árboles se confunden.

Algo muerde mi rostro y expulsa el aire de mi pecho, y rueda por debajo de la corriente y por el cauce del río.

Pero muy dentro siento que mi corazón late a un ritmo específico, y escucho voces altas y melancólicas, que se elevan en una canción. Me rodean, me atraviesan. Me llenan con un fuego.

Me estiro y empujo y pateo para llegar a la superficie del agua, abriéndome camino para conseguir aire. No estoy luchando por alcanzar a nadie, pero la canción me lleva a lo alto y el latido de mi corazón es fuerte.

Me dice que no estoy sola.

Estas no son mis Aguas Purificadoras.

Y esta tumba acuosa no puede retenerme.

Mis ojos se abren. La luz blanca es como fuego abrasador. Los cierro

nuevamente.

Mi boca y garganta están llenas de arena. Me atraganto, intentando abrir un pequeño espacio para poder respirar, pero no hay lugar. Levanto mi cabeza. Un dolor agudo invade mi frente. Dejo caer mi cabeza de lado y vomito agua y lodo. El bendito aire llena mis pulmones, y mi respiración regresa con un jadeo irregular.

Respiro hondo, parpadeando y entrecerrando los ojos, hasta que la mezcla de color y luz que me rodea toma forma. Tengo arena mojada en la mitad del rostro; mi brazo derecho está doblado en un ángulo extraño detrás de mí. Estoy acostada en la ribera, mirando un árbol caído a la mitad del agua. Es blanco como un hueso: parece la costilla de un animal gigante, desprendida y condenadamente limpia.

Desprendida.

Condenada.

Vomito una vez más. Alejo mi cabeza de la bilis y presiono mi frente contra la arena; respiro hondo, tratando de calmar mi mente. Trato de enfocarme en mover mi cuerpo. No puedo sentir las piernas. Y mi brazo...

Me armo de valor y lo saco de debajo de mí, apretando los dientes para no gritar. Tomo un respiro hondo y muevo mis piernas de un lado a otro. Siento un gran alivio cuando me doy cuenta de que no están rotas, solo adormecidas por el frío y las rocas y ramas contra las que golpearon. Mi mejilla arde. Usando un brazo, me levanto y me siento contra los escombros que fueron arrastrados a la orilla. Estiro la mano detrás de mí para estabilizarme y toco algo suave. Tela. Cabello.

No son escombros.

Me volteo, me arrastro hacia atrás, ignorando el pulsante dolor en mi cabeza, mi hombro.

Malachi está boca abajo en la arena, con su cabeza de lado y un ojo sangriento vigilándome. Su cuerpo no está en una posición extraña: parece que descansa. Espera.

Retrocedo presa del pánico, esperando que se yerga e intente alcanzar mi pierna. Me esfuerzo por levantarme, busco una rama o roca. Lo que sea para defenderme.

No se mueve.

Parada sobre él, puedo entender por qué. La parte trasera de su cabeza no está. Se dobló sobre sí misma, como una calabaza podrida. Sin sangre. Sin nada. Solo un pedazo de carne que cedió a la presión del agua y un ojo vacío que me mira. No vendrá por mí. Nunca más volverá a moverse.

Me alejo y vuelvo a vomitar, pero ya nada queda en mi estómago. Un hilo de sangre cae por mi barbilla. Presiono dos dedos contra el pómulo, siento una rasgadura en mi piel. Con una mano en la rodilla y un brazo colgando, me mantengo doblada durante un largo rato, escuchando el bosque junto al río. Está inquietantemente callado. La inundación repentina de la que nos advirtió Matisa ya no está. El río ha vuelto a su tamaño de la noche anterior. Aquí es tan ancho y profundo como su silencio. Me enderezo, sintiendo un dolor agudo cuando respiro, y sostengo mi brazo derecho, acunándolo a mi lado.

Estoy sola.

Giro y reviso la orilla. Un destello de azul está atrapado en una rama que sobresale del río. Un trozo de ropa. Mi visión sigue el camino de la ribera mientras mi corazón tartamudea cuando veo el cadáver de un caballo blanco. Entiendo por las marcas grises en su melena que es el de Eisu. *Era* el caballo de Eisu.

Eisu.

Tom.

La respiración me deja.

Tom, parado ahí, conmocionado, con su mano sujetando su camisa, y sangre. Sus ojos buscando los míos... prometí que lo protegería. Pero no lo hice. No pude. Yo...

Me tambaleo y caigo de rodillas, ignoro la ola de dolor en mi hombro mientras me inclino y presiono mi cabeza contra la tierra. Un quejido silencioso nace en lo profundo de mi pecho y comienza a subir, jalando algo tan profundo dentro de mí y expulsándolo tan rápidamente que cuando finalmente se convierte en voz, suena como un animal.

Los sollozos llenan mi cuerpo, me dificultan respirar. Resuello, sofocada en una desesperanza tan profunda, que es como si estuviera de vuelta en el río. Se siente como si no pudiera salir a la superficie esta vez. Y no me importa quién más esté por aquí, ni quién me escuche. Cualquier cosa que me saque de la agonía en mi corazón, en este momento, sería un alivio.

Tom. Matisa.

Kane...

Nunca le dije. Nunca le dije que aún lo amo.

Un dolor distinto me invade. Me envía una náusea tremenda al estómago. Mi brazo. Lo miro y sacudo los dedos, luego lo muevo de un lado al otro... el dolor es como fuego en mi hombro, pero se mueve por sí solo. No es inútil ni cuelga, solo pulsa con profundo y constante dolor...

La ira me invade. Quiero detener las pulsaciones.

Y no importa lo que necesite hacer.

Me incorporo y me tambaleo hasta el árbol más cercano, agarrándolo con mi mano buena. Inspecciono mi cerebro para recordar lo que *sœur* Manon me enseñó sobre esta clase de lesión: cómo saber si el hueso está roto por dentro. No puedo moverme sin sentir dolor, pero nada parece fuera de lugar.

Tomo una inhalación profunda y sostengo el codo de mi brazo lastimado, aprisionándolo contra mi costado. Me acerco al tronco, cierro los ojos, vuelvo a respirar hondo y comienzo a contar hasta tres.

Dejo caer todo mi peso a la cuenta de dos y mi hombro pega con fuerza contra el tronco. Me lleno de un dolor y náusea indescribibles.

Algo suena al acomodarse.

Y ahora: alivio.

Levanto los hombros, muevo mi brazo de un lado al otro, incitándolo a protestar.

El dolor ha desaparecido.

Me siento y lloro.

Estoy sentada en la mesa de nuestra cocina, vigilando mi pequeña jarra de abandonos. Mi favorito, un pequeño animal de arcilla, se sienta justo en el centro de la mesa. Veo cómo mis manos estrechan las puntas de flecha, acomodándolas en línea, una tras otra.

—Les quitarás el filo —la voz es baja, familiar. Levanto mi cabeza. Papá se sienta del otro lado de la mesa, con su barba desaliñada y sus hombros delgados.

Mis manos sueltan las puntas.

—Pa —musito.

Asiente a mis manos.

—Pasas mucho tiempo coleccionando esos objetos, pensando que te cuentan algo. ¿Quién hubiera adivinado lo que significa todo esto?

Tengo el corazón en la garganta. Es mi oportunidad de decirle. Le puedo decir.

—T-t-te extraño, pa —tartamudeo—. Y siento... siento mucho lo que pasó, lamento...

—Shh —me contesta—. Calla ahora.

Pero no puedo hacerlo. Necesito que lo sepa.

—Comencé este camino pensando que era mi destino. Me aferré a la idea de que si confiaba lo suficiente en ello, todo estaría bien. Pero si hubiera sabido lo que iba a suceder, a ti, a... —Mis palabras son silenciadas por un sollozo.

—Mi niña —suspira—. Solo pudo haber sucedido de una manera. Siempre hubo una sola manera.

El sol se siente caliente en mi nuca. Levanto la cabeza y miro alrededor.

El cuerpo de Malachi yace en la ribera como el desecho de un escarabajo. El río avanza, silencioso. Río abajo, el trozo de tela revolotea en la brisa gentil.

Mis ropas están secas. Estuve sentada aquí (¿durmiendo?) durante más de una hora.

Me paro, siento lo maltrecho que está mi cuerpo ahora que no está adormecido. Llevo los dedos de mi mano a mi rostro y noto que la herida se selló con una costra de sangre.

Miro río arriba, donde está el caballo de Eisu. No puedo ver nada, a nadie, en el camino.

Río abajo... lo mismo.

Trago el pánico que se acumula en mi pecho. No tengo nada. No tengo comida. No tengo mi bolso con medicinas. Mi cuchillo sigue atorado en mi faja, de alguna manera, pero fuera de eso carezco de armas. Miro mi pie malo: no tengo a Bestia.

Pienso detenidamente qué hacer. Isi y Bly siguieron este río al oeste del fuerte. Tal vez mi mejor apuesta sea aventurarme río abajo y encontrarlos. El resto también podría pensarlo. Podrían estar un poco más adelante.

Contemplo el río y me doy cuenta de que el caballo de Eisu aún tiene su equipo,

lo que significa que aún conserva sus alforjas.

Me dirijo hacia él, con el estómago dando vueltas. Moscas vuelan alrededor de sus ojos y nariz. Su cuello está doblado en una curva antinatural. Me quedo cerca de su trasero y mantengo fija la mirada en mis dedos, atareada con el paquete. Me apresuro río abajo, lejos del animal, antes de inspeccionar las alforjas.

Una de ellas se abrió en el río, está vacía.

La otra tiene una capa, un tazón, y varias cajas con balas. Sin pistola.

Las alforjas son muy pesadas para que las cargue, así que extiendo la capa en el suelo, deposito las balas y el tazón dentro, y la amarro de cada esquina, dejando un lado largo para que cuelgue de mi brazo.

Inspecciono la ribera un rato, buscando un palo que me ayude a mantener el equilibrio. Finalmente encuentro uno, un pedazo de madera de deriva blanqueado por el sol, que cabe en mi mano y es casi tan alto como yo. No seré veloz, pero es lo mejor que tengo.

Vuelvo a mirar el caballo herido de Eisu. Retiro de mi mente el pensamiento de que la siguiente persona que me encuentre se verá así. Aquel que me encuentre puede necesitar mi ayuda. Necesito recobrar mis pensamientos, mantenerme tranquila.

Presiono con fuerza mi pie lastimado. Siento una punzada de decepción cuando no siento dolor. Giro y comienzo a caminar por la ladera.



**E**ncuentro a otro de los hombres de León. Sus extremidades están dobladas en ángulos forzados, atrapadas contra una gran piedra del lado más lejano de la ribera del río. Sus ojos se encuentran abiertos y congelados, su piel muy pálida. Cuelga como si fuera una especie de espantapájaros salido de una pesadilla, mirándome fijamente. Acusándome.

El pánico vuelve y se agolpa en mi pecho como un panal de abejas.

Me alejo y respiro profundamente varias veces, intentando combatir la sensación de enfermedad en mis entrañas.

Solo concéntrate en lo que está frente a ti.

Cuando me enderezo, siento algo frío contra mi garganta. Busco dentro de mi camiseta y saco una cuerda. Unida a ella se encuentra un objeto de hueso y metal del tamaño de mi pulgar: el silbato que me dio Lea. Recuerdo lo contenta que estaba de entregárnoslo. A mí y a Tom.

Tom.

Saco su pensamiento de mi mente, llevo mis labios al silbato y soplo. Nada. Ni siquiera el más pequeño sonido.

Vuelvo a soplar, con más fuerza. Nada.

Froto mi rostro con la mano y vuelvo a meter el silbato debajo de mi camiseta. Quizá le haya entrado fango del río.

O quizá nunca haya funcionado.

Un cuervo canta desde lo alto de un abeto cerca del río y su pareja contesta a lo lejos, en el bosque.

Continúo bajando por la orilla del río, ignorando el dolor en mi estómago provocado por el hambre.

Encuentro dos caballos más, sus aditamentos les han sido arrancados de la espalda. Deben haber sido de León, sus costillas sobresalen y sus pelajes están mugrientos. Están muy delgados, desnutridos. Solamente alguien como Merritt León trataría a sus bestias de esta manera.

Su imagen enfrentando un destino similar, estrellado contra una roca o atrapado entre la maleza, sin poder salir, ahogado, invade mi mente, pero debo alejar el

pensamiento.

No puedo permitirme pensar en León porque entonces pensaré en Tom.

Pensaré en Tom riendo, pensaré en Tom practicando su puntería, pensaré en Tom viendo a Eisu como si contemplara el mismo sol...

Entierro mi pie lastimado en la arena, el alivio es inmediato hasta que siento un agujonazo de dolor. El efecto de mi tintura se está terminando. Pero no lo suficientemente rápido. Miro alrededor. Necesito algo en qué enfocar el dolor, necesito ponerlo en algún lugar.

Mis ojos captan un destello de azul.

Mi estómago se encoje.

Hay otro cuerpo en la orilla más lejana del río.

Es uno de los nuestros. ¿Una chica? No puedo distinguir. Está atrapado entre los escombros que sobresalen del agua. Atrapado e inmóvil, su torso es apenas visible, su espalda se encuentra de frente a mí, su cabeza cuelga en un ángulo extraño. Como si el cuello estuviera roto. El cabello oscuro de su cabeza está peinado en dos trenzas. Lea se peinaba así. Amo también.

Y Matisa.

El miedo me atenaza.

Miro al río. El agua se mueve con rapidez y es muy profunda, no hay manera de que logre cruzar. Podría tratar de encontrar un lugar en donde el agua no sea tan profunda, pero...

¿Para qué?

No es Matisa.

Mi corazón martilla mi pecho con fuerza.

Miro de nuevo. La forma en que tiene las manos, la forma en que están enredadas... parece que están amarradas.

Amo.

Sigo caminado, dejándolo atrás. Tropezando por la orilla, resbalando con las rocas y la madera, me apresuro, tratando de poner la mayor distancia entre eso y yo...

Regresa.

Amo está llamándome. Llamándome para que no lo deje ahí. Llamándome para que de vuelta y lo libere de su prisión acuosa.

Pongo las manos sobre mis oídos, luchando contra las lágrimas que me llenan los ojos. Tropiezo al golpearme el dedo del pie contra una gran roca y suelto mi bastón.

Regresa.

Me levanto y hago presión con mi pie lastimado pero ese dolor tan familiar que logra calmarme no aparece. Desesperada, miro alrededor y veo una vara, es pequeña, como del tamaño de mi dedo, el fragmento de un enorme trozo de madera. La alcanzo con la mano y la meto dentro de mi manga, empujándola hacia mi codo. Pongo la punta más afilada de la vara contra mi brazo izquierdo.

Cierro mis ojos y trazo una línea con la vara sobre mi piel, lo suficientemente

fuerte para sentir dolor en la punta de mis dedos, pero no tanto para rasgar la piel. Las sensaciones ahogan la voz de Amo, pero ahora la imagen de Tom, presionando su mano contra su corazón, comienza a invadirme...

Vuelvo a hacerlo, con más fuerza.

En esta ocasión, todo se desvanece. El punzante dolor es lo único que queda entre los latidos de mi corazón. Mi respiración se agita con alivio.

Suelto la vara, trago con dificultad y miro hacia arriba.

Está atardeciendo. El cielo se tiñe de rojo sangre entre las copas de los árboles y la noche acecha como un espíritu sombrío.

No puedo dormir cerca del río esta noche. Hace más frío cerca de la orilla y aún es peligroso, ¿quién sabe cuántas repentinas crecientes guardan las montañas? Pero estar en el bosque, sin poder ver lo que se aproxima...

Hambre podría ayudarme ahora. Ella siempre escuchaba las cosas antes que yo.

Y Bestia también.

Solo concéntrate en lo que está frente a ti.

Me adentro entre los árboles, en busca de un lugar donde recostarme.

Antes, cuando estaba perdida en la naturaleza, estaba con Isi y Daniel. Isi lo sabía todo, pero Daniel era joven, estaba asustado y necesitaba ayuda para mantenerse tranquilo.

Le enseñé a que cantara cuando sentía miedo, a pesar de que en esos momentos yo también lo necesitaba. Justo como ahora. No quiero arriesgarme a hacer más ruido del necesario, por lo que saco el silbato de debajo de mi camiseta. Soplo, tocando una melodía silenciosa.

Es más oscuro debajo de los árboles, sin embargo, mientras más me alejo del río se siente una mayor calidez, por lo que me adentro en el bosque. La capa de Eisu todavía sigue húmeda y no tengo nada que me ayude a encender una fogata. Recogeré algunas ramas de abeto para cubrirme con ellas por la noche. No tendrán el mismo efecto que el fuego, pero servirán. Inhalo por la nariz y exhalo a través del silbato mientras voy buscando árboles que tengan ramas bajas.

Estoy casi por terminar de cortar una tercera rama con mi cuchillo cuando escucho algo en el bosque, justo a mis espaldas. Me escondo tras el árbol y me agacho.

Es difícil distinguir algo al anochecer, pero lo que sea que se está acercando, es grande y parece tener un objetivo claro. Volteo hacia arriba, al abeto, para calcular si puedo escalarlo lo suficientemente rápido. Una figura emerge entre los arbustos frente a mí y se detiene. Es una enorme sombra en la penumbra, con un resplandor blanco en su cabeza que brilla en el crepúsculo. Un rastro de sudor espumoso se distingue en su reluciente pelaje.

—¡Bestia!

Una sensación de alivio se apodera de mí tan intensamente que casi colapso.

Salto de detrás del árbol y me dirijo con torpeza hacia él, con las manos

extendidas. No se aleja, ni sale corriendo. Baja la cabeza hacia mis manos. Recorro con ellas desde su mandíbula hasta su sien y después lo rodeo con mis brazos, presionando mi rostro en su lomo lleno de sudor, inhalando su olor tan familiar. Todavía tiene la silla puesta. También la brida y las riendas están enlazadas alrededor de su cuello. Siento el silbato frío contra mi esternón.

Puedes llamarlo con esto.

Debe emitir un sonido que solamente los caballos pueden oír.

Lea tenía razón.

Cuando toco a Bestia y siento su calidez... rompo en llanto.

Bestia estira el cuello y acaricia mi espalda con su hocico, sus labios muerden los flecos de mi *ceinture*.

Me aferro a él como si me estuviera aferrando a la vida misma.

—Buen caballo —le digo, abrazándolo firmemente—. Buena Bestia.

Él mueve la cabeza como si ya hubiera tenido suficiente y yo lo suelto, sonrío y paso la palma de mi mano por mis ojos.

—Está bien, muchacho —le digo y lo acaricio una vez más—. Todo va a estar bien.

La cabaña en ruinas me mira, sus ventanas cuelgan como ojos en un rostro triste en descomposición. *Les trembles* se mueven como si un fuerte viento soplara, pero yo sé que es por algo más que los perturba.

Y ahora, un rápido movimiento. Sale disparado por entre los árboles de sueños. Pasa por los troncos derruidos. Se dirige hacia las planicies de Los Vigías.

Apresúrate.

Las ramas golpean mi rostro y brazos mientras avanzo, ganando velocidad.

Siguiendo.

Persiguiendo.

Deprisa.



**M**e retuerzo y me estiro en la silla de montar, tiesa después de haber dormido bajo las ramas de un abeto, pero mucho más descansada de lo que había imaginado.

Me ayudó tener a Bestia cerca de mí. No estoy segura de que me hubiera alertado en caso de peligro, pero saber que él estaba ahí me permitió caer dormida, algo que necesitaba con desesperación. El sol se filtra entre las ramas del abeto sobre nosotros, calentándonos.

Cuando desperté, me sorprendió sentir que mi brazo pulsaba con una irritada línea roja. Entonces recordé haber recogido la vara.

La froté con fuerza, un poco avergonzada, pero no hubo manera de borrarla.

Ahora que sé que Bestia sobrevivió, parece más posible que los otros también lo hayan hecho. Y sin un miedo paralizante atrofiando mis pensamientos, no necesito recurrir al dolor para controlarlos.

Lo que necesito es comida. Mi estómago está retorciéndose de hambre.

He estado siguiendo el río con dirección al este al menos durante una hora y no he encontrado una sola baya u hongo comestible. Los pocos objetos de nuestro grupo que he encontrado desperdigados por la costa, son prácticamente inútiles: jirones de ropa, una bota y un sombrero, una brida, una linterna rota. Nada que pueda usarse como herramienta o arma. O alimento.

Saco el cuchillo de mi faja y lo examino, probando el filo con mi pulgar. Está lo suficientemente afilado: si lo presionara un poco más fuerte, acabaría con la mano ensangrentada. Sin embargo, soy inútil en lo que se refiere a cazar con el cuchillo. No tengo la puntería de Kane. Perdería el cuchillo en la maleza y pasaría medio día intentando recuperarlo.

Estoy acostumbrada al dolor en mi estómago por la vida en el asentamiento. Era molesto, pero sabía que siempre habría algo que pudiera comer en algún punto del día. Aquí afuera, si quiero alimentarme, tendré que encontrar algo que crezca en el bosque. Eso o descubrir un árbol del que brote algún estofado.

Mis pensamientos se detienen.

Matisa me dijo algo similar en una ocasión. Me habló de un árbol que tenía una parte inferior carnosa llena de azúcares que podía comerse. Como un dulce. Me dijo

que a principios del verano era el mejor momento, cuando la salvia del árbol circula. Ya no estamos a principios del verano, pero todavía podría encontrarlo.

*Mitosuc*. Así lo llamaba. Dijo que podía usar esa palabra y todos sabrían que los estaba invitando a recolectar la carne del árbol. *Mitosuc*.

Y esa arboleda con la que soñé y que encontramos en nuestro viaje hacia su pueblo, Isi la llamó *mâyamito*. *Mito*: árbol.

Hago que Bestia se detenga y desmonto. El tipo de árboles con los que soñé ya no están germinando, lucen distintos ahora. Pero si logro recordar sus troncos...

Camino hacia el bosque, mirando primero la parte superior de los árboles para encontrar los más frondosos y cuando encuentro varios de ellos creciendo juntos, me acerco a examinar su corteza. Se ve igual, ¿quizá?

Mi estómago se retuerce de nuevo. Me siento mareada.

Tendré que arriesgarme. Dejo caer la capa en el piso del bosque y tomo mi cuchillo con ambas manos.

Cortar un pedazo de corteza me lleva algo de tiempo. Cuando finalmente logro obtener una parte, se desprende entre protestas. Debajo, la carne del árbol es blanca y reluce, como si fuera hueso. Tomo mi cuchillo y empiezo a raspar el tronco, sacando largas tiras, de la forma en que Matisa me dijo que lo hiciera. Necesito ambas manos para hacerlo, de la carne pulposa escurre líquido. Me detengo y saco el tazón que estaba guardado en la capa y lo coloco en la base del árbol para reunir la ralladura. En cuanto tengo una buena cantidad, me siento con la espalda recargada en el árbol y con las manos levanto la pasta.

Es dulce, no tanto como la miel, pero me recuerda a los tallos de trébol que solíamos masticar cuando éramos niños, y sentir algo caer en mi estómago es un alivio.

Para cuando termino el tazón, ya no tiemblo de hambre.

Recojo mis cosas y camino de vuelta hacia Bestia, el azúcar del *mitosuc* ha dado nueva fuerza a mis pasos. Darme cuenta de que no estoy indefensa y de que puedo mantenerme con vida aquí afuera, hace que levante la barbilla y mire hacia el frente.

Y mientras monto en Bestia, encuentro una gran determinación en algún lugar dentro de mí. No importa a quién encuentre o no, puedo seguir el río hacia el este hasta adonde se encuentra mi asentamiento. Me tomará más días, pero es mi mejor oportunidad para completar el viaje.

He llegado hasta aquí.

Me detendré cuando muera.

La tarde está cayendo cuando dejo que Bestia se detenga y beba agua. Dudo sobre si yo debo beber también. Tengo que asumir que este río está a salvo de la Hemorragia; esa es la razón por la cual los hombres de León han sobrevivido. Aun así, estoy nerviosa. Probablemente debería hervirla para estar a salvo, pero no tengo manera de encender un fuego.

El río es mucho menos profundo aquí y mientras mis ojos recorren sus orillas,

noto un sendero en la más lejana. Se aparta de los árboles y se ensancha, una boca de tierra pisoteada que desciende hacia el agua. De nuestro lado, un sendero similar emerge y desaparece en la orilla.

Mi corazón se acelera.

Isi mencionó un cruce fácil que se encontraba a un día de viaje en dirección al este. Debe ser este.

Debo estar cerca del fuerte.

Vuelvo a montarme en Bestia y me dirijo hacia los árboles. No quiero usar el sendero cerca de la orilla en caso de que pueda encontrarme con los hombres de León, es mejor permanecer oculta entre los árboles. Apresuro a Bestia y me mantengo alerta ante cualquier señal de movimiento, pero pronto la maleza se vuelve impenetrable. Recuerdo la última vez que nos acercamos al fuerte, había partes del bosque consumidas por el fuego. Aquí, los árboles son nuevos y la maleza muy crecida. Bestia se tambalea tanto por los troncos caídos y los montículos de hierba que me preocupa acabe por tirarme.

Más adelante puedo distinguir un claro, el nuevo bosque se convierte en una pradera. Será fácil de atravesar si podemos llegar a ella.

Desmonto y guío a Bestia, pero los árboles caídos descansan en ángulos extraños y hacen muy difícil poder caminar entre ellos. Pronto es evidente que tendremos que regresar y seguir por la orilla del río o intentar cortar por el noroeste para poder atravesar esta sección de bosque. Estoy a punto de dar media vuelta para volver sobre nuestro rastro cuando detecto movimiento. Adelante, en los árboles, aproximadamente a unos veinte pasos o más, justo antes de llegar al claro. Hay una persona. ¿Dos?

Una.

De azul.

Mi pulso se acelera.

Veo a la persona que se mueve, parece estar paseando. Un niño, seguramente.

Pongo mi mano sobre Bestia.

—Quédate aquí —murmuro, tocando el silbato debajo de mi camiseta para asegurarme de que sigue ahí. Me agacho y comienzo a acercarme entre la maleza, arrastrándome entre los troncos y tratando de mantener los árboles entre el niño y yo. Mi garganta se cierra. Ese color azul es propio del pueblo de Matisa. Todos lo usamos allí. Incluso Kane.

Estoy tan cerca ahora. Me coloco detrás del último árbol que nos separa.

Está de espaldas hacia mí, pero desde aquí puedo ver su cabello rubio y su pálida piel.

No es Kane, pero...

Tiene un rifle.

Ahogo un grito y dejo la seguridad de los álamos, mi corazón está a punto de estallar y todos mis pensamientos están de cabeza. ¿Cómo sobrevivió? ¿Cómo llegó

aquí?

Toma el rifle y da media vuelta.

Sus ojos azules como el hielo me detienen.

—¿Charlie?

Levanta su arma y se coloca frente a mí, en azul *osanaskisiwak*, su rostro es una máscara de incredulidad.

—Emmeline, ¿qué...?

Un estallido de pisadas de caballo lo interrumpen. Mis ojos vuelan hacia la pradera detrás de la maleza en la que Charlie estaba agazapado.

Cuatro jinetes entran en el claro, provenientes del bosque. Vestidos con cuero, de largo cabello oscuro...

Isi. Bly.

Cada uno lleva a un hombre en su caballo. Detrás de ellos, dos personas más cabalgan y más atrás, intentando mantener el paso otra docena de *osanaskisiwak* avanzan a pie.

El primer grupo de exploradores. Me hago a un lado a toda velocidad, intentando llegar al claro para ser vista, pero el dolor en mi pierna me retrasa.

Charlie es más rápido.

Me atrapa de un brazo y me atrae hacia él, deteniéndome contra su pecho y sosteniendo mis muñecas con una mano, pone la otra sobre mi boca. Me retuerzo, intentando liberarme, pero me tiene bien sujeta. Es fuerte. Mucho más de lo que recuerdo.

Los jinetes entran al claro, su movimiento hace eco en mi corazón, en mi cabeza y todo mi cuerpo los llama.

¡Aquí estoy!

Ya están dentro del espacio abierto. Lucho y me esfuerzo por liberarme, pero Charlie me tiene detenida entre sus brazos y con su mano presionada sobre mi boca, no puedo morderlo. Mis gritos suenan como patéticos maullidos, débiles lamentos, y mi cuerpo se está agotando. Pero... no. No puedo permitir que Charlie sea la razón por la cual me dejen. Tengo que pelear, necesito...

Se escuchan fuertes explosiones y los dos nos congelamos. Disparos.

Mi corazón se detiene cuando dos de los jinetes caen de sus caballos.

Uno de ellos es Bly. El explorador que monta con ella sostiene las riendas, intentando controlar al caballo.

Más disparos.

Tres de los hombres a pie caen hacia adelante, con los brazos extendidos por el impacto de las balas que los hace volar.

Isi grita y detiene a su caballo. La tormenta de balas vuelve a empezar. Los están atacando desde el extremo más lejano del claro, del lado opuesto del río. Hay tiradores en los árboles con armas que no paran de estallar, e Isi y los otros exploradores están desprotegidos.

Los veo sin poder hacer nada, mientras el hombre detrás de Isi se resbala y su caballo se encabrita y grita. Isi jala a su caballo, haciéndolo girar mientras mira a su alrededor.

Están atrapados: lo que sea o quien sea de quien están huyendo se encuentra al este y los tiradores están al noroeste. Su mejor oportunidad está en escapar al sur del río, pero el cruce se encuentra río arriba, detrás del bosque impenetrable. Correr entre estos árboles es complicado, montar un caballo, imposible. Isi grita a los hombres que están pecho a tierra y espolea su caballo, dirigiéndose hacia nosotros. Charlie usa todo su peso para tirarnos a ambos al suelo.

Siento su peso sobre mí. No puedo ver, pero el suelo tiembla con las pisadas. Se detienen abruptamente; Isi se ha dado cuenta de que los caballos no pueden avanzar entre los troncos caídos y la maleza. Da un grito.

Puedo escucharlos retirándose.

Charlie relaja su agarre y me permite ponerme de rodillas. Los exploradores han huido hacia la orilla del río. Otro estallido de disparos proviene desde los árboles.

Ahora puedo ver a Isi apresurando a su caballo, guiándolos hacia el río.

Se escucha una fuerte salpicadura. El caballo de Isi grita.

Silencio. No puedo ver lo que sucede a continuación, si todos son arrastrados río abajo o si están ganando la batalla en el río. Me congelo, intentando respirar por la nariz. El llanto se atora en mi garganta.

Charlie me tiene aún detenida. El miedo aminora mi pena. Cuando los brazos de Charlie se relajan y me empuja para que me incorpore, me apresuro y doy vuelta para ver si está apuntándome con su rifle. Pierdo el equilibrio con mi pie lastimado y me tropiezo, quedando de rodillas.

Él está en pie frente a mí, inmóvil. El rifle se encuentra en el piso del bosque, detrás de él. Considero mis opciones. Podría correr, pero entonces él tendría el rifle en sus manos en un segundo. Aun cuando no quisiera llamar la atención hacia nosotros disparándome, podría atraparme de inmediato. No puedo correr hacia el claro, no con todos esos tiradores... Miro hacia la orilla del río, pensando en sus rápidas aguas.

Él suspira.

—Te ahogarás.

Todavía estoy respirando con dificultad por haber estado atrapada en sus brazos.

Frunce el ceño.

—¿Crees que te salvé de ese enfrentamiento para poder matarte yo mismo?

Lo miro fijamente, intentando encontrarle sentido a lo que veo.

Está usando azul *osanaskisiwak*. ¿Por qué está vestido así? ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me salvaría?

Me incorporo y doy varios pasos atrás, poniendo distancia entre los dos.

—Em —dice, como si estuviera cansado. Levanta sus manos, con las palmas hacia mí—. No voy a lastimarte.

Me apoyo en el otro pie, cautelosa.

—¿No te das cuenta de que acabo de salvarte la vida?

—¿C-c-cómo? —tartamudeo—. ¿Cómo sabías de los tiradores?

—He estado vigilando este lugar por días. Los hombres de León han estado esperando a que regresen las tribus de los primeros pueblos desde la última incursión. Les tendieron una emboscada.

Los caballos chillando, los hombres cayendo... ¿Se habrá salvado Isi? ¿Su caballo nadaría como los nuestros?

—¿P-p-por qué estás vigilando el fuerte? —pregunto.

—Rebecca —dice—. Ella está ahí.

Por supuesto. Aunque eso no explica por qué está vestido de ese azul. Lo confundí con uno de los nuestros. Con...

—¿En dónde obtuviste esa ropa?

—No robé, si es lo que estás pensando.

—Entonces, ¿dónde?

—¿Qué tal si mejor me cuentas qué estás haciendo tú aquí? La última vez que te vi, te dirigías al oeste con esa chica.

Mis pensamientos se congelan. ¿Le digo? ¿Debo pretender que el resto de nosotros está en algún lugar entre los árboles hasta saber qué es lo que en verdad planea?

—Te ves bastante golpeada —dice, observando mi rostro.

Mis manos van hacia mi mejilla, en donde todavía queda una costra sellando mi herida.

—Hubo una inundación y... —Cierro los ojos ante los recuerdos y sacudo la cabeza, recordando a los exploradores que se dirigían hacia la orilla del río—. Tengo que irme. Tengo que ir a ver...

Doy un paso en dirección al claro.

—Yo no haría eso —dice Charlie—. Los hombres de León vendrán por los cuerpos en cualquier momento. En cuanto se aseguren de que todo está despejado.

Me detengo. Tiene razón.

Sin embargo, no me gusta la forma en la que me mira. Como si estuviera tratando de decidir algo. De la misma manera en que lo hacía cuando lo encontramos: un desterrado.

Cuando nos traicionó.

Siento un hormigueo en la piel.

—Tengo que ir por mi caballo —digo mientras me alejo—. Lo dejé allá atrás, entre los árboles.

—Te acompaño —dice Charlie, dando un paso hacia el frente.

—¡No!

Se detiene.

—Em, por favor.

—¿Por qué?

Voltea hacia el claro. Después hacia mí. Hace una mueca, como si lo que está a punto de decir le causara dolor.

—Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

Su boca se curva con una sonrisa carente de humor.

—En realidad, no tengo a nadie más a quién pedírselo.

Busco en su rostro. Charlie me ha mentido antes: fingió ser digno de confianza, que dejaba atrás nuestros problemas del pasado, todo para su propio beneficio. No cometeré el mismo error de nuevo.

—Necesitaste mi ayuda la última vez —le digo—. Y las cosas no salieron bien para nosotros.

—Ni para mí —responde.

La imagen de él atado en la arboleda me visita. Él suplicando que no lo dejáramos. Al mirar sus ojos azules, me queda claro que lo recuerda como si hubiera sido ayer.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto.

—Necesito tu ayuda para rescatar a Rebecca.

—¿O qué? —Mis ojos se posan en su rifle.

Él sigue mi mirada.

—No voy a obligarte a hacerlo.

—¿Me estás diciendo que si no quiero ayudarte, simplemente puedo dar media vuelta e irme de aquí en este instante? —Pero en cuanto las palabras salen de mi boca, siento cómo la culpa me corroe. Él nos traicionó, pero también salvó a Kane.

—Acabo de salvar tu vida —su voz transmite ahora una especie de fuego.

—¿En verdad lo hiciste? —le pregunto—. ¿Y cómo podría saberlo, Charlie? ¿Cómo podría saber que en verdad eso fue lo que hiciste? Cuando tú...

—¡Toma! —Retrocede, se agacha y toma el rifle por el cañón. Empuja el arma con el mango hacia mí—. ¡Tómalo! Así estarás segura.

Retrocedo, dando más pasos hacia atrás.

Una sombra cruza su rostro. Cae sobre sus rodillas.

—O asegúrate de que nunca más te lo vuelva a pedir —se apunta con el cañón del arma en la frente. Sus manos no alcanzan el gatillo, pero de pronto, una visión del hermano Stockham poniéndose un arma bajo la barbilla me invade.

—¡Charlie! —digo con un grito ahogado—. ¡Detente! —Le quito el rifle de las manos y cae en el piso del bosque—. ¡Deja de ser tan dramático!

Lo veo fijamente, mientras mi corazón palpita con rapidez.

Deja caer su cabeza.

—No podré estar en paz si no logro sacar a Rebecca de ese fuerte —dice con la voz entrecortada—. Y no puedo hacerlo yo solo.

Miro sus ojos azules como el hielo, llenos de remordimiento y desesperación. Mi

corazón da un vuelco.

—Pensé que estabas muerto —le digo en voz baja.

—Eso no cambia el hecho de que te necesito.

Pienso en él atado a un árbol.

No tengo tiempo para esto. Necesito...

¿Qué? Me dije que volvería hacia el gran río sola y que lo seguiría en dirección norte hacia mi asentamiento, pero en verdad nunca pensé que tendría que hacerlo. Estaba tan segura de que encontraría a Kane o a Matisa si seguía el río, o que al menos encontraría a los exploradores. No los encontré y ahora Bly está muerta e Isi... Me invade la desesperación.

Y esa mirada en el rostro de Charlie...

Asiento en dirección a su bolso.

—¿Tienes comida ahí? Pareces confundido, comamos algo y hablemos —echo una mirada hacia el claro. Los hombres de León comienzan a emerger de entre los árboles más alejados para examinar los cuerpos—. Pero no aquí.

Charlie se incorpora con la mirada llena de gratitud y mi sensación de alivio se ve opacada por la vergüenza. Mientras lo veo inclinarse y recoger su bolso, sé que piensa que acaba de salvarle la vida a Rebecca. Partimos hacia los árboles, en donde dejé a Bestia. Es entonces cuando entiendo algo.

De algún modo, sabía que este día estaba por venir.



**N**os sentamos bajo los árboles, mordiendo el sebo con bayas que Charlie sacó de un trapo.

El fuerte sabor de las bayas domina sobre la nauseabunda grasa y aunque estoy muy hambrienta, tengo que obligarme a comer. Otra vez estamos cerca de Bestia y fuera del alcance de otros oídos, pero me imagino a los hombres de León apilando cuerpos en medio del campo. Lanzándolos al río. No puedo sacarme de la mente esa emboscada, y si no dejo de pensar en eso me dará un ataque de pánico.

Trato de pensar en otra cosa y me pongo a estudiar a Charlie. Ha cambiado. Es menos arrogante. Estar aquí, solo... ha visto cosas. Probablemente, también las ha hecho. Todavía no sé de dónde sacó esas ropas.

—Pronto regresarán a las mujeres dentro de la muralla —dice—. Es nuestra mejor oportunidad para rescatar a Rebecca.

Siento un calambre de culpa.

—¿Qué quieres decir?

—Se fueron hace dos noches, parecía que iban a otro lado. Justo como pasó con el hombre rubio, su líder, unos días antes. Pero solo acamparon en el bosque, esperando por la tribu de los primeros pueblos.

—¿Cómo sabían ellos que vendrían a atacarlos?

—No sé bien si conocían a esos dos —dice Charlie, refiriéndose a Isi y Bly—. Creo que esperaban vengarse de los otros. Sacrificaron como carnada a algunos trabajadores, seguro esperaban un mayor conteo de cabezas.

Los otros. León dijo que los primeros pueblos habían atacado su fuerte y se habían llevado a algunos de sus trabajadores.

—¿Tú viste el primer ataque? —le pregunto.

Charlie asiente sin dejar de masticar.

—¿Pudiste ver cuál era el aspecto de los atacantes?

—Claro como el día. Primero me encontraron a mí, entre los árboles —traga un bocado y continúa—. Eran esos que te dije que encontraron mi campamento hace unos meses.

*Sohkâtisiwak*. Deben ser aquellos de los que León hablaba, que atacaron su fuerte y liberaron a algunos de los cautivos. Y los hombres de León fingían estar en más

apuros de los que en realidad estaban para atraerlos a intentar rescatar al resto. Isi llegó directo a una disputa entre León y los *sohkâtsiwak*.

—Lo recuerdo —digo—, trataste de raptar a Matisa para ellos.

Asiente, incómodo.

—Sí, ellos. En todo caso, me reconocieron. Compartieron comida conmigo. Hasta me dieron ropa nueva.

Así que aún usan la ropa azul de la gente de Matisa. Examino la camisa de Charlie. Antes estaba muy preocupada, pero ahora puedo poner atención y veo la pequeña cresta en su hombro derecho. Un halcón. Está diciendo la verdad.

—¿Y les dijiste lo que pasó? ¿Que encontraste a Matisa pero escapó?

Niega con la cabeza.

—Me intriga que sigan siendo amistosos contigo luego de que no conseguiste lo que querían —remarco.

Sostiene mi mirada.

—No estoy mintiendo, Em. Me dijeron que también tratarían de rescatar a Rebecca, pero no funcionó. Solo pudieron liberar a unos cuantos.

Me quedo pensando en eso. ¿De qué podría servirle Charlie a los *sohkâtsiwak* ahora? A menos...

—¿Les dijiste que sabías cómo llegar al lugar donde se cura la Hemorragia? — Uso los términos que utilizaron los hombres de León cuando tenían a Charlie con ellos, ya que él no sabe cómo es que realmente funciona el remedio.

Charlie, confundido, frunce el ceño.

—¿Cómo?

—Cuando te dejé en el claro, te dije que ese lugar era nuestro asentamiento.

Su ceño se frunce aún más.

—¿Y?

—Y podrías haber usado esa información para asegurar que te siguieran ayudando.

—Eso no me serviría de nada. Ellos ya habían encontrado el sitio.

Me sobresalto.

—¿En serio?

—Claro, pero no irán solos. Estaban tan ansiosos de conseguir a Matisa porque necesitaban llevarla con ellos.

—¿Por qué?

—Dijeron que soñaron que hay algo muy poderoso ahí que solo ella puede mostrarles.

Miro a Charlie con sorpresa. Ellos lo *soñaron*. Exactamente lo que Matisa se preguntaba. Intento concentrarme en lo que sé con certeza.

—Pero tú sabías que León también lo está buscando. Podrías haber usado la información para recuperar a Rebecca. ¿Por qué no lo hiciste?

—¿Quieres decir que podría haber hecho un trato con un hombre que retiene a las

mujeres contra su voluntad y que esclaviza a la gente? —Y me mira, indignado—. He hecho cosas estúpidas, pero no tanto.

No dice que no estaría dispuesto a hacer un trato con León, sino que no confía en él para hacerlo. No es exactamente lo mismo que hacer lo correcto, pero supongo que es suficiente. ¿Qué podré hacer para recuperar a Kane? ¿A Matisa? A Tom...

Ahuyento el pensamiento e intento concentrarme en la tarea que tengo enfrente. No debo desperdiciar más tiempo.

—Charlie —digo—, necesito seguir adelante. Todavía hay algo que debo hacer.

Su semblante se oscurece.

—Pero...

—Realmente siento lo de Rebecca, pero seamos honestos: ¿qué posibilidades tenemos tú y yo contra ellos?

—¡Ella está fuera del muro! Tomaron algunas de las mujeres con ellos cuando se fueron al bosque. Son unas doce, que no están ligadas a ningún hombre en particular. Son... para los hombres que no tienen pareja.

Su rostro enrojece, y me doy cuenta de lo que calla. Mi piel se eriza. Recuerdo a Kane rescatando a Genya de los hombres del Dominio, asegurándose de que ella no fuera parte de eso.

Trato de ignorar el súbito dolor de mi corazón, pero sigue ahí, más intenso que cualquier otra cosa.

—Los hombres están ocupados con la mudanza, han bajado la guardia.

—Pero nosotros no tenemos armas.

—Yo tengo este rifle —dice, con una nota de desesperación en la voz—. Y un cuchillo, una cuerda y... —Mira mi expresión—. Por favor, Em. ¿Podríamos pensar siquiera si tenemos una oportunidad?

Sus ojos azules se fijan en mí con tal desesperación que tengo que desviar la mirada. Ayudar a Charlie solo va a retrasarme, y significa arriesgarme por Rebecca, quien ya una vez nos traicionó y nos abandonó al darnos por muertos.

Es tonto siquiera pensarlo.

—He estado vigilando el fuerte durante días, Em. Planeaba intentar rescatar a Rebecca luego de que tuvieron su pequeña emboscada. Que hayas aparecido me hace estar seguro...

No. No, esto es estúpido. Podríamos caminar directo a los hombres de León, justo como le pasó a Isi, y nunca volver a casa. Y si el resto de mis amigos tampoco vuelve, la gente de Matisa no tendrá a tiempo un arma para negociar. El Dominio podría avanzar haciendo uso de la fuerza, empezar una guerra, y todo lo que Matisa y yo hemos hecho para evitar el desastre no habría servido para nada.

Pero...

Abandonar a Charlie no me parece correcto. Dejar a Rebecca en manos de esos hombres es incluso peor.

Charlie no parece tener un plan. Es del tipo impulsivo, lo que hace menos

probable que rescatemos a Rebecca. Pero ¿podría vivir conmigo misma si ni siquiera lo intento?

—¿Em?

La expresión de su rostro es tan esperanzada que la culpa en mí se agrava.

Todos hemos cometido errores. Algunos de nosotros hemos salido de ellos con gracia, otros no. Mis propios errores me han costado algo tan importante que no podré vivir sin ello.

Pero eso no significa que Charlie deba hacerlo.

—Está bien —digo—, veamos.

Charlie dice que el campamento se encuentra al este del fuerte, pero ir por la ribera es muy arriesgado porque no hay dónde escondernos, así que bordeamos por el norte a caballo. Cuando Charlie está convencido de que estamos cerca del campamento, tiro de las riendas y nos bajamos de Bestia.

—¿Vas a atarlo? —pregunta Charlie.

Niego con la cabeza.

—Es mejor dejarlo libre. Así puedo llamarlo si se necesita.

No contar con la fuerza y velocidad de Bestia me pone nerviosa, pero si queremos movernos en silencio, tenemos que seguir a pie.

Avanzamos por el bosque tan rápido como podemos. A la distancia veo la parte de la foresta que no ha sido consumida por el fuego. Recuerdo un arroyo cerca, uno que Isi y yo seguimos hacia el fuerte aquella vez, hace meses.

Ese arroyo tenía la Hemorragia.

Supongo que los hombres de León no acamparon junto a él...

Trepamos sobre árboles caídos y andamos sobre hojarasca, cuidando de no quebrar ramas al pasar. Nos acercamos de nuevo al río, incluso puedo escuchar el rugido del agua, cuando vemos movimiento delante de nosotros. Es el campamento, o, por lo menos, lo que queda de él. Varios caballos están amarrados a los árboles que están fuera del claro. Conforme nos aproximamos, veo siluetas de gente ocupada con diversas tareas. Los hombres están levantando las tiendas y las mujeres están empacando canastas con ropa y comida. Una de ellas tiene un bulto atado a la espalda y se esfuerza un poco con la carga.

Es Rebecca.

Nos agazapamos entre los matorrales. Puedo ver seis hombres, dos de ellos están armados, pero no están prestando mucha atención al bosque que los rodea.

Charlie se acerca a mí y me habla al oído.

—Voy a rodear hacia el otro lado —dice.

—¿Por qué? —susurro.

—Para ver si logro llamar la atención de Rebecca. Que sepa que estoy aquí.

No me gusta su expresión.

—No lo hagas todavía —le suplico—. Necesitamos esperar a que esté sola.

Charlie me prometió que solo veríamos la situación y que luego haríamos un

plan; encontrar la manera en que uno de nosotros provoque una distracción mientras el otro saca de ahí a Rebecca. Si lo logramos, iremos al este, ya que es el camino que debo tomar para llegar al gran río. Haber visto lo que ha tenido que vivir Charlie hizo que recuperara mi resolución. Seguiré el río hacia el norte hasta mi asentamiento y trataré de continuar desde ahí el viaje.

No sé qué harán Charlie y Rebecca. Le echo una mirada a Charlie. Parece entusiasmado.

—Regreso enseguida —susurra, y se marcha antes de que pueda responderle.

¡Cuánta sangre!

Debería seguirlo, asegurarme de que no haga nada estúpido. Pero si lo hace, estar a su lado solo sería peor para mí. No podría librarme de estos hombres, no sin Bestia.

Dudo, tratando de decidir mi siguiente acción. Uno de los hombres mira hacia los árboles de la orilla del río, lejos de mi escondite, lejos de la trayectoria de Charlie. Algo ha llamado su atención. Le dice algo a los otros hombres, rasca su barba, y camina en dirección a la ribera.

Trato de examinar los árboles alrededor del campo. No puedo ver a Charlie. Por lo menos es bueno para ocultarse. Me acerco para ver mejor a las mujeres. Los hombres continúan su trabajo: las tiendas ya están abajo, y ahora se ocupan de las cuerdas y estacas.

Un pájaro trina a lo lejos. Su canto suena triste.

La cabeza de Rebecca se mueve, veloz, en esa dirección. Se detiene. El ave vuelve a trinar. Ella deja su canasta en el piso y acomoda al bebé en su espalda, mirando a su alrededor. Sus ojos miran a los hombres, pero ellos están en otra cosa.

El silbido de Charlie suena por tercera vez. Rebecca da un paso hacia atrás, hacia los árboles, pero una mujer señala la canasta y le pregunta algo. Rebecca mantiene el rostro sin expresión y se inclina para recoger el bulto de nuevo.

Todavía no.

Y de pronto, un grito, en la ribera.

Los hombres tiran las cuerdas y las estacas, se yerguen. Uno de ellos toma su rifle y desaparece entre los árboles, por el mismo camino que se fue el primero.

Los demás se acercan a los árboles. Las mujeres estiran el cuello para ver.

Y nadie mira a Rebecca.

Me quedo sin aliento. Esta es la oportunidad de Charlie. No podría encontrar una mejor.

Un alboroto llama mi atención hacia otro lado. El hombre que se fue primero, el de la barba, y el que fue tras él sacan a jalones a alguien de entre los árboles.

Quienquiera que sea está dando buena pelea, y los hombres están prácticamente encima suyo, así que no puedo ver quién es. Ellos derriban a su adversario y lo someten bocabajo. Alcanzo a ver las mangas azules de su camisa cuando levantan sus brazos para atárselos a la espalda. Debe ser un muchacho, considerando la forma en que los hombres lo están tratando.

Pero Charlie está del otro lado del campamento, ¿no es así? Estoy segura de que el trino era una señal para Rebecca.

El primer hombre jala al muchacho por las muñecas y hace que se ponga sobre sus rodillas.

Mi corazón tiembla.

No es Charlie.

Kane.

Se me escapa un grito. Los hombres miran en mi dirección.

Hay una pausa.

Y dos de ellos comienzan a cruzar el campo hacia adonde estoy.

Kane cuelga de entre las manos de los hombres que lo sujetan. Parece aturdido. De nuevo me quedo sin voz.

Y ahora los hombres vienen directo hacia mi escondite.

Estoy inmóvil, congelada, mirando la escena, viendo cómo caminan en mi dirección... y entonces percibo algo que se mueve en el campamento. Mi mirada se desvía hacia las mujeres.

Rebecca no está.

Muchos pensamientos cruzan a la vez por mi cabeza: no puedo dejar a Kane y mis posibilidades de evitar a los hombres son mínimas, Charlie y Rebecca necesitarán tiempo para alejarse... Me pongo en pie y salgo de mi escondite, con las manos arriba.

—¡No estoy armada! —grito.

Los hombres se acercan aún más.

—¡Ven aquí! —grita el primero, haciéndome señas con su pistola.

Avanzo despacio, cojeando, entre los matorrales y los arbustos hasta llegar al claro. Veo cómo obligan a Kane a ponerse en pie. Sus brazos están atados a su espalda y sus ojos desenfocados, turbios.

Las mujeres están quietas, mirando.

—No estoy armada —digo de nuevo, manteniendo las manos en alto.

—¿Quién eres? —pregunta el hombre frente a mí—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy perdida —digo—. Estaba viajando con mi... mi hermano —y señalo a Kane con la cabeza.

Los ojos de Kane se aclaran y se abren muy grandes cuando me ve. Trata de dar un paso, pero el hombre que lo detiene se lo impide.

—¿Con que hermanos, eh?

—No queremos problemas —sigo, ignorando la pregunta—. Nosotros solo... —Quiero mantener su mirada sobre mí tanto como se pueda, y la verdad es que no sé qué decir, así que vuelvo a la historia que le dijimos a León—: Nos separamos de nuestra familia. Estamos perdidos.

Los hombres intercambian una mirada.

—Bueno, ahora ya no lo están —dice el que se encuentra más cerca de mí,

obsequiándome una horrible sonrisa. Es un hombre robusto que empieza a quedarse calvo—. ¿Qué les parece muchachos? —pregunta, dirigiéndose al resto.

—No sé si sea algo bueno para nosotros —dice el rubio que está a su lado.

—Podría ser —le responde otro que está cerca de las estacas—. Hay que reconstruir la barda y acabamos de perder mano de obra —señala entonces a Kane con un gesto—. Y este mestizo parece fuerte.

El hombre robusto sonríe.

—¿Y esta otra? ¿A alguno de ustedes le gustan las perdedoras? —Mueve su cabeza hacia el hombre de cabello oscuro que está junto a él—. ¿A ti, St. Croix?

—Calla —le contesta el de cabello oscuro.

—¡Silencio, todos! —grita el hombre de barba que detiene a Kane—. Estoy a cargo en lo que regresa León. Vamos a retener a estos dos hasta que él vuelva y decida algo —mira alrededor—. Acaben de empacar todo, necesitamos regresar al fuerte antes de que llegue algún otro visitante sorpresa.

Pero el hombre de cabello oscuro camina hacia las mujeres ahora, y las mira con atención. Se vuelve.

—Solo hay nueve —dice—. Falta una.

Las mujeres se miran unas a otras como si no lo hubieran notado, aunque no estoy segura de si su sorpresa es genuina.

—¿Quién?

—Esa Rebecca.

—Bueno, pues alcáncenla —dice el líder—. No puede estar muy lejos.

—¿Por dónde vamos?

Miran alrededor entre los árboles. Pienso rápido. ¿Cuáles serán las posibilidades de que Charlie se mantenga apegado a nuestro plan?

—¿Hablan de una chica con un bebé? —pregunto, con la mayor inocencia que puedo fingir.

El hombre de cabello oscuro me mira fijamente.

—La vi hace rato. Iba en aquella dirección —digo y señalo al norte.

El hombre maldice y se apresura a su caballo, que está atado afuera del claro.

—Rápido —dice el hombre de barba—, va a oscurecer pronto.

Miro al hombre que acicatea a su caballo hacia los árboles, en lo que espero que sea la dirección errónea.

—Acaben de empacar —dice al resto—. Y volvamos al fuerte.



**M**i corazón late deprisa, en una extraña mezcla de miedo y gozo. Kane está a un metro de mí. Sus manos están atadas, pero las mías no. Es obvio que los hombres no creen que yo sea una amenaza. Mis pensamientos van al cuchillo que está escondido en mi cinturón. No es mucho, pero es algo.

Me atrevo a mirar a Kane de nuevo. Le quitaron la camisa para asegurarse de que no traía armas. Sus pantalones están tiesos por el lodo del río. Aparte de un ojo morado, un feo raspón en el costado y una docena de pequeñas cortadas en el pecho, está en perfecto estado.

Y vivo.

Me duele el cuerpo del deseo que siento de abrazarlo.

Sus ojos están fijos al frente, arriesgando una ocasional mirada en mi dirección, quizá para asegurarse de que soy real.

Nos llevan hacia el fuerte.

Los hombres deben haber terminado con los cuerpos del claro. Sobre nosotros, dos hombres patrullan la muralla con armas del doble de tamaño de cualquiera que yo haya visto antes. Pasamos bajo su mirada escrutadora y a través de la puerta. El fuerte es más pequeño de lo que parece desde fuera de las murallas. Su patio debe medir unos doscientos trancos, con una hilera de edificios en la pared del sur y varios más al oeste.

Miro a mi espalda. El daño que hicieron los *sohkâtisiwak* es importante. La pared al sur está quemada, con partes completamente ausentes, en las que trozos de madera carbonizada yace en pilas. Dos hombres están cavando agujeros cerca de la muralla. Son exploradores de la aldea de Matisa o *sohkâtisiwak*, y son vigilados por uno de los hombres de León, armado: no son voluntarios. Sean quienes sean, no lograron escapar con el resto durante el ataque de Isi.

—Envíenla con las mujeres —dice el hombre barbado al rubio que camina a mi lado.

Miro alrededor. Los hombres hacen gestos con sus armas, y las mujeres van a la esquina noreste del fuerte, a una casa grande de madera con muchas puertas: se parece a nuestros aposentos en el asentamiento.

Pero aquí no hay nada como nuestros aposentos. Y la idea de en qué sentido es

diferente hace que se me ericen los vellos de la nuca. El hombre rubio me toma del brazo.

Clavo el talón de mi pie bueno en el piso y de un jalón me desprendo de él.

Sus ojos se entrecierran y vuelve a jalarme, esta vez por el codo. Yo vuelvo a zafarme. Sus ojos echan chispas y su mano va hacia la funda de su arma, luego hacia mí, y termina por agarrarme por los brazos.

—Tranquila, fiera —me dice.

Pierdo la cabeza. Me echo hacia atrás, haciendo que pierda el equilibrio. Él se esfuerza por mantenerme inmovilizada, pero yo comienzo a patearlo y rasguñarlo, golpeando cada parte de él que logro encontrar. Mi voz es un grito de furia y miedo, y cuando mi puño conecta con su mandíbula, él tropieza y afloja el abrazo. Yo caigo de espaldas al piso con un golpe.

—¡No la toques! —grita Kane y salta para ponerse entre él y yo, pero el hombre de la barba lo pateo por detrás de la rodilla, haciéndolo caer a mi lado. Al instante, Kane tiene a otro hombre encima, que lo mantiene con el rostro en el suelo.

Yo trato de zafarme, pero unas manos fuertes me detienen de inmediato, anclándome al piso.

—¡Maldita sea!

Me dan la vuelta, en el aire, y mis hombros golpean contra el suelo.

El hombre rubio me mira, con todo su peso sobre mi estómago.

—Vas a pagar por esto —dice.

—¡Basta! —Ladra el hombre de la barba—. Ponla en el sótano y ya veremos.

—Pero...

—Tenemos que encerrarla aparte. No podemos dejar que les meta ideas a las otras.

El rubio se me queda viendo, con la expresión desfigurada por el odio. Jala aire, se truena el cuello y me suelta. El otro, el robusto, me obliga a ponerme en pie, sin soltar su rifle. Levantan a Kane del piso y nos obligan a avanzar, alejándonos de las habitaciones de las mujeres. Nos llevan a un edificio largo que tiene muchas puertas. Cavado en la tierra a su lado está lo que, supongo, llaman *sótano*.

—Ponlos con el otro —dice el de la barba.

¿Otro?

El musculoso retira una tabla de madera de las puertas, que se abren. La oscuridad se muestra ante nosotros y, cuando nos empujan dentro, nos devora por completo. Tropiezo, a ciegas, y el olor a podrido y a comida mal preservada alcanza mi nariz. Contengo las ganas de vomitar, pierdo el último escalón y caigo sobre mis rodillas. Escucho a Kane bajar la escalera a tropezones detrás de mí.

Las puertas se cierran de golpe y escuchamos cómo vuelven a atrancar con la tabla.

Silencio.

Kane cae sobre sus rodillas a mi lado, y me muevo hacia él. Sus manos siguen

amarradas, así que yo lo abrazo, presiono mi frente contra su cuello y su pecho, inhalo su aroma tan familiar, a menta y humo de leña ahora mezclado con sudor y miedo. Su piel está caliente y húmeda por haber luchado con los hombres. Sentirlo ahí, real, en mis brazos, hace que me broten las lágrimas.

—Gracias al Altísimo —musito, apretándolo contra mí.

—Em —susurra. Lo suelto para mirarlo. Pequeños haces de luz entran a través de las rendijas de la puerta, cortando líneas sobre su rostro y hombros—. Mis muñecas...

—Claro.

Se vuelve para permitir que mis manos tomen sus ataduras. Los nudos están apretados, yo trato de deshacerlos con los dientes, pero no lo consigo. Entonces saco mi cuchillo de mi *ceinture* y corto con cuidado la cuerda. Cuando esta cae, él estira los brazos y se queda ahí, con la cabeza gacha, sobándose las muñecas.

Luego se vuelve hacia mí y sus manos me acarician con torpeza las mejillas y el cabello. Me toma de la nuca y yo colapso sobre él, presa de las lágrimas.

Su voz es ronca.

—Pensé que habías...

—Shhh —lo interrumpo—. Lo sé.

Su corazón late deprisa, golpeando en mi oído, mientras acaricia mi nuca con una mano.

—¿Qué hacías en el río? —susurro.

—Seguí su curso tras la inundación —dice—. Encontré huellas de cascos anoche y pensé que estaba cerca de alguien o de algo... Vi el fuerte y traté de evitarlo. No imaginé que estarían acampando ahí.

Huellas de cascos. Nos estaba siguiendo, a Bestia y a mí, sin duda.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—Es una larga historia...

Estoy demasiado cansada para explicarle y, en este momento, lo único que quiero es esto: sus latidos en mi oído.

Cuando él comienza a liberar sus manos, lo abrazo con más fuerza. Me doy cuenta de que realmente no esperaba volver a verlo. No pensaba que volvería a tocarlo. ¿Y si esta es la última vez? ¿Y si...?

Giro mi rostro para rozar su clavícula con mis labios. Él se congela. Mi boca está a un suspiro de distancia de su piel cuando presiono mi mejilla contra su cuello.

Él contiene la respiración. Sus manos bajan a mi cintura y la sujetan con fuerza.

Y entonces escucho una tos, que proviene de un rincón.

Nos separamos de un salto. Kane se incorpora.

—¿Quién está ahí?

—Por mí no se preocupen —dice una voz de hombre—, de todos modos no puedo ver.

Algo se mueve. Como si la persona estuviera en pie, o avanzando...

Ponlos con el otro.

—Ustedes sigan... consolándose.

Pero esa voz. Conozco esa voz. La he escuchado antes.

—Aunque podríamos presentarnos, dado que vamos a pasar tiempo juntos.

Kane retrocede, interponiéndose entre mí y quienquiera que sea. La forma en que el hombre habla, con tanta calma a pesar de la situación, hace parecer que ha perdido la razón. Eso es lo que lo hace conocido. Eso es...

Los haces de luz alcanzan su rostro. Cabello y barba hirsutos, mejillas enrojecidas por el sol.

—Robert P. Henderson —dice—. Cartógrafo.

—Entonces ha estado aquí tres días —aclaro con Henderson, apretándome contra Kane, lejos del hacedor de mapas. Ese momento con Kane se fue, y ahora solo busco un poco de aire. Nos movemos tan lejos como podemos de las provisiones podridas, pero el olor no mejora mucho. Es obvio que Henderson no se ha bañado en semanas, quizá desde nuestro primer encuentro, al inicio del Deshielo, en mi asentamiento. Estamos en la parte más oscura del sótano, pero mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad y puedo ver su cabello despeinado, su barba espesa.

Justo como lo recuerdo.

—Eso creo —dice—. Llegué justo antes del ataque, y acá abajo no hay mucho que hacer aparte de dormir y tratar de llevar la cuenta del tiempo —nos mira un instante—. ¿Adónde iban?

—De vuelta a nuestro asentamiento —digo. No ofrezco más explicaciones.

—¿Cómo terminó usted aquí? —pregunta Kane. Parece agradecido de que me mantenga pegada a él; su cuerpo se ha enfriado y la piel de su torso está erizada.

—Me encontré a estos hace unos días en el norte. Fingieron estar interesados en mis mapas, dijeron que su jefe podría pagar bien por ellos —sacude la cabeza—, todavía estoy esperando eso.

—Cuando estuvo usted en nuestro asentamiento nos advirtió acerca de estos hombres que tratan de hacer su propia ley —le digo—. ¿Por qué los acompañó?

—No me preguntaron si quería —dice Henderson—. Y me pareció que era mejor no darles oportunidad de insistir —se encoge de hombros—. Además, soy un hombre de negocios. Y el dinero manda.

*El dinero manda.* Quiere decir que él haría tratos con quien le hiciera la mejor oferta. Puede parecer un tonto, pero sé que no lo es. Se cuida, sin importarle lo que eso implique para el resto.

—He estado esperando que regrese su jefe. Dicen que él decidirá si mis mapas valen la pena o no.

—Su jefe —repite Kane—. ¿Merritt León?

—El mismo —asiente Henderson—. No lo he conocido aún. Dicen que tomó a algunos hombres y partió hace un par de días —nos mira con curiosidad—. ¿Ustedes lo conocen?

—Sí —digo yo. Intercambio una mirada con Kane, preguntándome qué tanta información deberíamos compartir con Henderson.

—Podría ser que no vuelva —dice Kane—. Y si yo fuera usted, esperaría que no lo hiciera.

Cuento a Henderson una versión corta de lo que pasó hasta la inundación. Dejo fuera la parte sobre Tom: mantengo eso enterrado muy dentro de mí.

Henderson se sienta y emite un silbido. Piensa un momento.

—Me pregunto cómo influirá eso en mi negocio —murmura—. Me pregunto quién será el segundo al mando aquí.

—Debería intentar escapar —le dice Kane—, y no tratar de vender mapas.

—Habla por ti, hijo —dice Henderson—. Yo necesito mis mapas o que me paguen por ellos. No voy a irme sin una de las dos cosas.

—Estos hombres son malos —le insisto—. No van a querer darle ni una ni otra cosa.

—Subestiman mi espíritu de negociante —dice Henderson—. No he llegado hasta aquí por ser un mal negociador.

Kane mira a nuestro alrededor.

—¿Negoció usted este hospedaje?

Henderson hace una pausa y mira a Kane. Luego se encoge de hombros.

—Dijeron que no tenían un mejor espacio a causa de la destrucción del muro. Y todavía no confían en mí. Eso está bien, puede cambiar. Tengo don de gente. Y su problema no es conmigo, es con el Dominio.

Lo miro fijamente. En verdad cree que puede salir de esta razonando con ellos. Y si está dispuesto a negociar...

El miedo me atenaza. Si alguno de los hombres de León sobrevivió a la inundación, deben estar buscando el lugar que cura la Hemorragia, como les dije. Y no me necesitan a mí para mostrárselos si...

—Henderson, nuestro asentamiento está en su mapa, ¿verdad?

—Por supuesto —dice—. Ha sido uno de mis hallazgos más valiosos.

—¿Por qué? —pregunta Kane, tenso.

—Pues es muy inusual —responde—. Todos ustedes, ahí metidos entre esas paredes por tanto, tanto tiempo. Resultan una verdadera curiosidad.

—Por favor —le digo—. Es importante que no hable a estos hombres acerca de nosotros. Dígales que por allá no hay nada. Dígales que...

Me detengo, sin saber qué más decir, insegura de la manera en que Henderson podría explicar sus marcas en el mapa como *nada*.

—¿Por qué? —pregunta.

—Son malos —le digo—. Queremos volver a casa para advertir a nuestra gente sobre ellos —no es toda la verdad, pero se acerca, y solo de pensarlo me tiembla la voz—. No puede confiar en ellos. León...

Pero no puedo seguir. No puedo decir en voz alta lo que hizo. Kane pone sus

manos sobre mis hombros y aprieta con suavidad.

Nos quedamos en silencio.

—¿Henderson? —pregunta Kane, como si quisiera animarlo a una respuesta.

Henderson deja escapar un largo suspiro.

Y lo que sigue es el sonido de la tranca deslizándose para abrir las puertas.

Nos ponemos en pie cuando las puertas se abren de golpe y la luz entra, cegándonos. Por un instante, el hombre de pie a contraluz es solo una silueta.

Y cuando podemos verlo con claridad, mi corazón se hunde, a la vez que la ira emerge.

—Me dijeron que encontraron un gato salvaje en el bosque. Debí adivinar que eras tú, Emmeline.

León.



**A** la luz de la linterna que trae al interior del sótano, León es un horror. Su hermoso rostro fue golpeado en el río caudaloso: su ojo izquierdo está ensangrentado e hinchado, como si casi se lo hubieran sacado, y una herida enorme se extiende de su sien derecha a su barbilla. Uno de sus brazos cuelga de un cabestrillo.

Es satisfactorio verlo así y me cuesta un gran esfuerzo no correr hacia él, acabar de arrancarle el ojo lastimado, golpear su cuerpo roto. Los dos hombres a su lado mantienen sus armas apuntando hacia nosotros.

León tira una camisa a Kane, quien la atrapa con una mano y lo mira con rabia.

—Póntela —dice León.

Uno de los hombres agita su arma para enfatizar lo dicho. Kane se mete en la camisa con un movimiento violento. Sus dedos abrochan los botones mientras sus ojos perforan a León, y la furia les confiere un brillo negro.

León me echa un vistazo.

A los dos hombres que están con él los recuerdo de antes, y los dos se ven igual de maltrechos. Me pregunto si solo ellos tres sobrevivieron.

Ese momento que enterré en mi corazón en la ribera del río me empuja, deseoso de salir a la superficie. No lo puedo permitir. Si lo hago, estoy perdida: haré algo de lo que luego me arrepentiré. Ahora mismo necesito mantener la calma.

Uno de los hombres tiene una gran jarra de agua con un cucharón colgado de su borde. Mi garganta arde, clamando por ella, pero no le daré a León la satisfacción de saberlo.

—¿Agua? —pregunta el hombre, haciendo un gesto hacia la jarra.

Henderson da un paso adelante: no hace falta una segunda invitación.

—¿Emmeline?

Obligo a mi mirada a encontrar la de León.

—Debes tener sed.

—No —pero sí tengo, y mis ojos se fijan en Henderson mientras este toma un gran trago. León me observa.

—Por favor —dice, haciendo otro gesto—, como compensación por tu encierro.

Henderson está en el segundo trago, bebiendo con codicia. Pero si el agua no es

segura, tardaremos horas en saberlo. Sacudo la cabeza.

León parece divertido. Le quita a Henderson el cucharón, toma algo de agua y le da un gran trago. Luego lo deja y se limpia la boca con el dorso de la mano.

—¿Ves? —dice—. No tiene la Hemorragia.

Lucho por evitar que la sorpresa se vea en mi rostro. ¿Cómo puede leer así mis pensamientos? Levanto la barbilla y voy hacia la jarra. Estoy a medio metro de él. Puedo sentir el cuchillo en mi *ceinture*, como un hierro que quemara mi costado. Mi mano se adelanta y toma el cucharón. Tomo algo de agua, me doy vuelta y camino de regreso a Kane con una mirada suplicante. *Bébela*. Su rostro es oscuro, pero obedece.

Vuelvo a la jarra, tomo un trago tratando de no pasarlo demasiado aprisa, y me alejo de los hombres, con mis brazos alrededor de mi torso.

—Bueno —dice León, con expresión de satisfacción—, entiendo que hay un cartógrafo entre nosotros.

—Soy yo —dice Henderson—. Robert P. Henderson, a sus órdenes.

León sonrío.

—Excelente. Mis hombres tienen tus pergaminos. Me gustaría que me los explicaras. Entonces podremos acordar un pago.

—¿Qué clase de acuerdo? —me burlo—. ¿Su vida a cambio de sus mapas?

León alza una ceja.

—Emmeline, he sido un anfitrión amable. No me hagas lamentar mi cortesía —su voz tiene ese tono suave y violento que usó en el río, justo antes de disparar... Trato de apartar ese pensamiento, pero la ira toma su sitio, ardiente y brillante.

Él mira a Henderson.

—Emmeline y yo tenemos algo de historia en común —explica—. Ambos hemos sufrido pérdidas —y la mirada que me dedica es tan hipócrita que debo mirar a otro lado para no intentar matarlo—. Pero veo que tu galán no es una de ellas —agrega. Me arriesgo a devolver la mirada. Los ojos de León están sobre Kane—. Obviamente tú eres fuerte —dice a Kane—. Útil —me mira—. Y tengo hombres que disfrutan de los gatos salvajes.

Kane da un paso adelante. Los músculos se tensan en su mandíbula. La mano de León apunta su arma hacia el pecho de Kane y tira hacia atrás el mecanismo.

León sonrío.

—¿Serías tan amable? —dice a Henderson, moviendo su brazo bueno y señalando las escaleras.

La desesperación anima mi lengua.

—No va a pagarte, Henderson. Hará que le expliques tus mapas y luego te echará o te matará. Así es él.

León se gira con un suspiro exagerado.

—¿Por qué te esfuerzas tanto en sabotear esta negociación? —Inclina la cabeza—. Ah —sonríe a Henderson—, creo que Emmeline está preocupada de que se le esté dejando fuera de un acuerdo. ¿Sabes?, me interesa un lugar particular en el norte. Ella

ofreció enseñarnoslo, pero tal vez con tu mapa su información ya no sea tan valiosa —hace chasquear la lengua—. Pero no te preocupes, Emmeline. Como dije antes, todavía puedes servirme —hace otra vez un gesto hacia las puertas del sótano—. ¿Henderson?

Henderson nos mira. Da un paso hacia las escaleras. Se detiene. Se aclara la garganta.

—Estás buscando los bosques prohibidos —afirma.

Kane hace un sonido como si se ahogara. León me mira, triunfante.

—Tú conoces el lugar.

—He estado allí —responde Henderson—. Pero no pude acercarme demasiado. Esos bosques son... —Sacude la cabeza—. Es como si estuvieran poseídos por algo...

Me vuelvo bruscamente a mirarlo. ¿Poseídos?

—Demasiado peligrosos para que yo entrara —continúa—. Me dio gusto salir de allí con vida —me quedo mirándolo, tratando de entender de qué está hablando—. Hay una especie de..., de espíritu, o algo, en esos árboles. Un monstruo demoniaco.

Suena... suena como si estuviera hablando del *malmaci*. Veo su rostro, tratando de mantener el mío inexpresivo. Por años guardamos nuestro asentamiento contra un *espíritu monstruoso* porque no entendíamos la Hemorragia. Él debe haber oído esa historia en mi asentamiento, y ahora trata de usar el mito para disuadir a León, para asustarlo.

León lo mira con rostro grave. Los hombres tras él se mueven y se miran uno al otro.

Contengo el aliento.

Pero la expresión de León se quiebra y una risa sale de su boca. Echa la cabeza hacia atrás en una carcajada.

—¡Un espíritu! —grita, alegre.

Mi corazón se hunde.

Él grita y ulula, riendo con genuina alegría. Los dos hombres a su lado pierden la compostura y comienzan a reír por lo bajo.

—Parece que las tácticas de tu gente para desanimar visitas funcionan bien, Emmeline. Esa cura debe ser algo especial —León sonrío con ojos muertos—. Pero estoy seguro de que puedo convencerlos de compartir.

—No lo harán —digo. No pueden. Ni siquiera saben de la existencia del remedio.

—¿No? Bueno, supongo que simplemente podría seguir el rastro de los fantasmas —mira a Henderson, divertido, y luego a mí—. No te preocupes. Los convenceré —y la malicia en su tono congela mis entrañas.

No sé qué más hacer así que retomo lo que Henderson comenzó. Levanto la barbilla.

—¿Crees que puedes simplemente llegar y llevarte nuestra cura? Estarás muerto antes de haber atravesado el bosque —me inclino hacia adelante y hablo con lentitud

—. No tienes idea de qué hay ahí.

León estudia mi rostro.

Sostengo su mirada. No parpadeo. No respiro.

Henderson se aclara la garganta.

—¿Qué me das a cambio de mis mapas?

Cuánta sangre.

León se endereza y sonrío a Henderson.

—Eres un negociante —dice—. Por supuesto que serás recompensado. Podemos acordar los detalles en un lugar más agradable.

Henderson pasa una mano por su barba desarreglada y hasta su cabello, y solo consigue despeinarlo más.

—¿Y cómo sé que cumplirás con tu parte del trato? —pregunta—. Tus hombres me dijeron que yo sería bienvenido, y me trajeron a un sótano frío.

León sonrío. Sus dientes blancos resplandecen.

—Dime, Robert —habla—, ¿tienes una mejor oferta?

—¡No lo hagas! —digo a Henderson, con voz áspera—. Igual va a matarte. Asesinó a mi amigo. Le disparó...

—Eso fue venganza —León alza su voz por encima de la mía—. Sangre por...

—... A sangre fría —termino.

Henderson mira a León, indeciso. Me dedica una mirada contrita, como si estuviera avergonzado de lo que está a punto de hacer.

La ira arde en mí mientras lo veo pasar al lado de los hombres de León para subir las escaleras.

León se da vuelta para seguirlo. Se detiene y me mira.

—Tú sabes que le hice un favor a Tom —dice, reflexivo—. Un tiro limpio como aquel es mucho mejor que ahogarse.

Y eso es como echar aceite en el fuego de mi interior. Las palabras estallan.

—Tu hermano se ahogó —digo.

León se congela.

Kane se agita.

—Em.

—Se ahogó lentamente —digo. La rabia está al rojo vivo ahora, y está por todas partes, en mi garganta y mi cabeza. Como ese momento ha vuelto, todo lo que puedo ver es a León tirando de aquel gatillo, a Tom mirándolo—. En su propia sangre.

El rostro de León palidece.

—Tú estabas allí.

—Estaba allí —digo—. Y podría haber aliviado su sufrimiento —dejo que mi rostro se retuerza en una sonrisa terrible—, pero no lo hice.

La ira tiembla ahora a través del cuerpo de León y se ve por todo su rostro lastimado. Trago con fuerza. Puedo ver su intención: va a matarme.

Kane se pone delante de mí con las manos levantadas, listo.

Pero León no se mueve. Despacio, muy despacio, recupera el control. Se relaja e inhala profundamente. Sonríe.

—No soy de los que castigan sin sentido —dice—. Pero tendré mi venganza — sostiene mi mirada—. No sé cómo vas a vivir sabiendo que eres la razón por la que no tuve piedad de tu gente.

Se marcha. Sus hombres lo siguen, subiendo las escaleras hacia atrás, con sus armas apuntando hacia nosotros y una grotesca satisfacción en sus rostros.

Las puertas se cierran de golpe.

Los pasos y voces de los hombres se desvanecen. Me quedo en pie mirando las escaleras mientras un oscuro pánico se estremece en mis entrañas.

¿Por qué dije eso?

León, cabalgando con sus hombres y armas... El asentamiento no sabrá ni qué lo golpeó.

Debí haberme callado.

Sin embargo, no pude. León hablaba de Tom como si hubiera sido nadie. Decía su nombre como si fuera nada.

Siento una opresión en el pecho, mi aliento sale entrecortado. No puedo respirar. No puedo...

—Kane —digo—. Tom...

—Shhh —dice, y sus manos me encuentran y me atraen hacia él.

Pero ese momento regresa: la mano de Tom aferrada a su pecho, la sangre brotando por todas partes. La culpa me aplasta con olas sofocantes y el pánico se apodera de mi. Aprieto los brazos de Kane y me alejo de él.

—No quería que Tom viniera. Quería que se quedara, ¡pero me dije que lo protegería! ¡No lo protegí, Kane!

—No había nada que pudieras...

—¡Debí haber matado a León cuando tuve oportunidad! Cuando estaba curándole la herida podría haberlo hecho pedazos. ¡Pero no lo hice porque soy débil! Maldita sea, soy tan débil...

Kane trata de atraerme hacia él otra vez, pero me aparto con un paso trastabillante. Él baja las manos, indefenso.

—Em, tú no sabías.

—¡Debí saber! —grito—. Y ahora es demasiado tarde. León va a matar a todos en el asentamiento. Ni siquiera entenderán por qué está allí.

—Pensaremos en algo.

—¡No hay nada que podamos hacer! —Camino de un lado a otro en ese espacio sucio—. Él destruirá el asentamiento y yo no llevaré el remedio a la gente de Matisa a tiempo. Matisa está perdida. Tom está muerto. ¡Todo esto fue por nada!

—¡Esto no se ha acabado todavía! —Su voz es fuego—. Em, no puedes rendirte.

Me detengo y lo miro. Me ahogo en la angustia y estoy desesperada porque él me acerque una cuerda de salvación.

—¿Por qué no? —murmuro—. Es inútil...

—No es inútil.

Pero sí lo es. Tom no vivirá la vida que debía haber vivido. Ninguno de nosotros lo hará. Me alejo de él.

—No puede ser inútil —camina hasta mí y pone una mano en mi espalda—. Por favor. Has hablado por mucho tiempo de tu nueva vida aquí. Me hiciste creer en ella también —su voz es áspera, toda humo y filo de cuchillos. Me abre la carne con su honestidad, me fuerza a dar vuelta y verlo de frente—. Necesito saber que todavía vas a pelear por eso.

—¿Por qué?

—Porque te necesito. Sin ti las cosas no estaban bien. Estar ahí afuera —su mano me aprieta—. Tampoco habría estado bien quedarme en el asentamiento sin ti. Fui con la gente de Matisa por ti. Y vine contigo en este viaje porque... —Se detiene, duda— porque aun cuando no te entiendo, Em, quiero estar contigo —mi corazón galopa. Mi respiración se acelera—. Porque tal vez entenderlo todo de una persona no es tan importante. El otoño pasado me enamoré de una muchacha que soñaba despierta y a la que no entendía del todo. Siempre estabas mirando hacia otro lado, pensando en otra cosa, con la esperanza de algo más. Pero yo amaba eso de ti —su mano aprieta con fuerza mi cadera—. Aún lo hago. Te amo. Y tú no puedes darte por vencida.

Mi interior se derrite como el Deshielo, y un fuego que se propaga por debajo de mi piel es todo lo que queda.

—Yo también te amo —susurro.

Su aliento escapa despacio de su interior, como si lo hubiera estado conteniendo durante días. Semanas. Sus manos se mueven hacia la base de mi espalda, y me acerca hacia él. Mis manos estrujan su camisa cuando estoy cerca, tan desesperada por él que sé que no volveré a respirar nunca más si no...

Nos besamos.

Su boca es exactamente como la recuerdo. Suave, vacilante, lenta.

Y luego, insistente, ansiosa. Quiere estar segura del presente. De nosotros. Tira de mí y mis manos corren de su pecho a su nuca, y la sensación de su cuerpo es perfecta y familiar...

Kane se separa con un suspiro rasposo, cierra sus ojos y apoya su frente en la mía. Me toma por la nuca y yo me sostengo de sus antebrazos con manos temblorosas.

—Te dije que no volvieras por mí —su voz es áspera—. Pero no sabía cómo iba a vivir sin ti. Preguntar dónde estabas, con quién...

—Siempre estaba contigo —le digo, y me acerco una vez más.

Un sonido como un trueno nos interrumpe.



Otro estallido rompe el aire, haciendo temblar al edificio que está sobre nosotros. Nos agachamos y cubrimos nuestros oídos con las manos. Lluvia polvo de la duela sobre nuestras cabezas.

Se detiene.

Levanto la cabeza. Hay un tumulto que ha comenzado más allá de las puertas del sótano. Gritos y pasos que corren.

Miro a Kane.

—¿Qué pasa?

—No lo sé —dice—, pero quien haya estado cuidando el sótano debe estar ocupado —mira a su alrededor—. Ve si puedes encontrar algo que podamos usar para escapar de aquí.

Está oscuro, pero nuestros ojos se han ajustado lo suficiente para poder revisar el espacio. Luego de unos momentos, queda claro que aquí no hay nada más que unas pocas cajas de comida descompuesta.

Otro estallido resuena desde el patio. Más gritos. Kane y yo nos miramos. Vamos a tener que esperar y rezar que lo que sea que esté pasando funcione a nuestro favor. Busco su mano.

Y ahora se oyen ruidos en las puertas del sótano. Las bisagras rechinan cuando una de las puertas se abre de par en par. Me llevo la mano a la frente para reconocer la silueta en el umbral. El cabello revuelto lo identifica antes que su voz.

—Deprisa —dice Henderson, haciendo señales para que salgamos. Corremos a la puerta abierta, subimos tropezando y emergemos a la luz del crepúsculo.

Afuera hay hombres que corren hacia los caballos atados a postes en el centro del patio. Oigo la voz de León desde el muro oriental, grita órdenes.

Otro estallido. Me cubro los oídos con las manos y nos escurrimos hacia la parte trasera del edificio, lejos de la vista de los demás.

—¿Qué está pasando?

—El Dominio —dice Henderson—. Vienen a encargarse de los rebeldes. Tienen algo de verdadero largo alcance.

El Dominio. Están aquí para atacar a León. Supongo que no aceptaron su oferta, después de todo.

—No vienen tras nosotros —dice Henderson—. Pero en una batalla como esta, van a disparar primero y averiguar después. Huyan al bosque y quédense ahí hasta que esto termine.

El aire alrededor de nosotros se enciende con una luz brillante, antinatural. Otro estallido.

—Creo que será mejor separarnos —dice él, escudriñando el patio. Busca en su chaqueta—. Pero toma —aprieta un pergamino en mis manos—, es mi única copia.

Mis ojos se agrandan.

—Pero...

—Tengo mapas de otros lugares —dice—. Si salgo vivo de aquí, ese no me hará falta.

Pero yo sé que sí. Él mismo lo dijo: es su bosquejo más valioso.

—Gracias —digo mientras guardo el pergamino en mi *ceinture* junto con mi cuchillo—. ¿León... te preguntó acerca de él?

Asiente.

—Era el único que le interesaba. Y no sé mentir muy bien.

—Está bien —digo—. Gracias... por soltarnos.

—León podría haberme matado en vez de pagarme. Y sé que ustedes podrán usar el mapa para llegar a casa. Yo... —Agacha la cabeza— lamento lo de su amigo —mira alrededor—. En todo caso, buena suerte.

Kane me mira con la boca abierta, incrédulo.

Llegan más gritos. No hay tiempo para pensar en Henderson.

Nos agachamos y miramos desde la esquina hacia el patio. León y varias docenas de sus hombres han montado sus caballos y salen por las puertas del este. Otros hombres están dispersos aquí y allá, sobre los muros, en las esquinas del fuerte.

Retrocedemos a la parte de atrás del edificio y avanzamos entre él y la pared occidental, apuntando al norte. El lado sur está demasiado abierto para que lo crucemos con seguridad; este tiene edificios y tiendas tras los que podemos ocultarnos mientras vamos acercándonos a la única entrada de la pared oriental. Al dar la vuelta a la esquina, casi nos encontramos, por detrás, con los hombres de León.

Están en pie, dándonos la espalda, con las armas en las manos, afuera del largo edificio de la esquina nororiental. Vigilan a las mujeres. No las dejarán ir.

Un movimiento llama mi atención a mi derecha. Más cerca de nosotros, un caballo sin ensillar está atado a un poste. Está danzando, se hace a un lado y al otro, tira de sus riendas.

¡Bestia! Deben haberlo encontrado en el bosque mientras buscaban a Rebecca.

Kane pone una mano en mi brazo, para indicarme que me quede allí, y se acerca sigilosamente a quitar las riendas del poste. Miro alrededor. Nuestra mejor oportunidad es cabalgar directamente hacia el agujero en el muro oriental.

Pero ahora veo, cerca de la mitad del patio y sin protección, a dos hombres en pie, juntos, con sus manos sobre un riel. Son los dos que vi antes, trabajando en el muro.

Sus manos están esposadas al riel.

Atados como caballos.

Kane los ve también. Los dos voltean hacia Kane, en silencio.

Y Bestia queda libre. Kane lo dirige hacia mí, tirando de él de una forma dolorosamente lenta, para que no haga ruido y atraiga la mirada de los hombres de León. Nos volvemos a ocultar tras el edificio, fuera de su vista.

—Kane —digo—. Esos prisioneros —no sé si son gente de Matisa, o si los abandonaron, pero no importa: no podemos dejarlos. No quiero dejar tampoco a las mujeres, pero ellas están muy bien protegidas. Tratar de rescatarlas será imposible.

Asiente.

—Espera aquí. Cuando los libere, cabalga a toda velocidad y ve por mí —me ayuda a montar y me acerca las riendas. Yo arreo a Bestia y lo llevo a la esquina del edificio, para mirar mientras Kane corre hacia los dos cautivos. Otra vez está a la vista de los hombres que cuidan las tiendas. Si uno de ellos da la vuelta...

Una barra de hierro está puesta sobre el poste y afianzada en cada lado por una tuerca. Mi corazón retumba mientras veo a Kane examinarla, atento a los hombres de León. Esperaré mientras Kane hace su mejor esfuerzo para liberar a esos dos, pero si los hombres de León se giran no lo pensaré dos veces. Iré hasta Kane y saldremos de aquí.

No volteen.

Aprieto las riendas de Bestia con una mano y mantengo libre la otra. Respiro con rapidez mientras Kane corre la barra de hierro para soltarla del poste. Me preparo para espolear a Bestia, para correr hacia Kane y recogerlo.

Un grito penetrante me detiene.

Es un silbido, un largo y agudo silbido que crece en volumen y se convierte en...

La tierra cerca del lado lejano del muro sur del fuerte explota y se convierte en una lluvia de terrones. Los hombres junto a las tiendas dan media vuelta. Nos ven, deben vernos, pero no parece importarles. Gritan y señalan el muro. Humo extraño emerge de la tierra golpeada. Una nube. Es de color marrón espeso, se eleva sobre el suelo y comienza a desplazarse hacia el patio.

El silbido vuelve a escucharse, y atenaza mi corazón y lo aprieta con fuerza en su tono agudo. El proyectil estalla en el muro occidental, a mi derecha, y deja escapar otra nube.

Los hombres de León entran en acción, abren puertas y ordenan salir a las mujeres. Empujan y tropiezan mientras las guían hacia la puerta oriental, lejos de la niebla. Los hombres a los que Kane ha liberado se les unen, huyendo del muro dañado sin mirar atrás.

Yo espoleo a Bestia y él empieza a correr. Kane gira, me busca. Con una mano en las riendas y la crin para equilibrarme, ayudo a Kane a montar detrás de mí.

—¿Listo? —pregunto por encima de mi hombro.

—¡Vamos!

Miro hacia atrás, a la nube que se acerca hacia nosotros, y espoleo a Bestia con fuerza. Kane pone su cabeza en mi espalda. Galopamos hacia las puertas y Bestia alarga su carrera cuando las hemos sobrepasado y nos dirigimos hacia el bosque. Un resplandor brillante atrae mi mirada hacia el río y me quedo sin aliento.

Es imposible.

Está en llamas.

Las aguas brillan, cubiertas por una especie de brea negra que alimenta llamas que tiemblan y bailan, elevándose a lo alto del cielo nocturno.

Río en llamas. Huesos rotos.

Justo como en el sueño de Matisa durante el invierno asesino. Miro hacia otra parte mientras nos acercamos a los árboles.

Uno de los hombres de León está delante de nosotros, huye con la multitud. Un tiro suena desde el bosque. Él gira bruscamente, con los brazos abiertos, y cae. Ahora hay disparos explotando a nuestro alrededor. Y no puedo hacer nada más que bajar la cabeza y rezar por que Bestia corra rápido como el viento.

Vamos, muchacho.

Él estira su largo cuello y se lanza, galopando con todas sus fuerzas, abriéndose paso entre los bosques y aplastando arbustos.

Los árboles nos envuelven con sus ramas oscuras. Tengo un momento de alivio antes de darme cuenta de que estamos yendo directamente hacia la batalla. Siluetas, sombras de caballos y hombres, están por todas partes. Hay caballos sin jinete que corren desbocados, disparos, gritos. Y hombres que aparecen de entre la espesura...

Me quedo sin aliento.

Ojos bulbosos, largas trompas.

Un homme comme l'éléphant.

Un hombre como un elefante.

Esas máscaras. Las máscaras que Isi y Nishwa llevaban el otoño pasado, cuando les preocupaba el gas venenoso. El gas que descompone las entrañas y convierte a las personas en ríos de sangre.

Y ahora la veo, flotando por el bosque, serpenteando alrededor de los troncos de los árboles: una niebla de muerte. Tiro con fuerza de las riendas hacia la izquierda, dirigiendo a Bestia hacia el norte. Corre a través de los arbustos, pisoteando las hojas y ramas caídas y dejando atrás la nube de veneno. A medida que avanzamos hacia el norte, el fuego se vuelve más lejano pero el bosque más denso. Una zarza lo golpea en el pecho. Se tambalea y se detiene.

Kane desmonta y mira alrededor. Desmonto y voy a su lado.

—¿Crees...?

Cruza un dedo sobre sus labios e inclina la cabeza. Hago una pausa y escucho. Allí está.

Algo se mueve entre los árboles al noroeste. ¿A veinte trancos de distancia? ¿Menos? No estamos solos.

Nos agachamos cuando quienquiera que sea se acerca. A medida que las nubes se apartan y despejan la luna, me doy cuenta de que no estamos ocultos. Las zarzas son densas, pero los árboles pocos, y la luna nos alumbraba directamente.

—Em —es un murmullo.

La figura se acerca.

—¿Charlie?

Aparece ante nosotros.

—Pensé que serían ustedes. Vi la cabeza blanca de tu caballo.

Kane se tensa cuando Charlie se acerca y levanta un brazo para mantenerlo a distancia.

—Está bien, Kane —digo—. ¿Qué haces aquí?

—No podía dejarlos atrapados.

Lo miro.

—Debiste haberte ido con Rebecca. Pensé... —Pero no digo el resto de la frase. *Pensé que lo habías hecho*— ¿Viniste por nosotros?

—No estaba seguro de qué hacer. Entonces comenzó la pelea, vine a ver y los reconocí —mantiene su voz como un murmullo.

—¿Dónde está Rebecca?

—Ella está a salvo en los bosques al este de aquí. Detrás de todo esto. Vamos a necesitar dar vuelta alrededor del fuerte, a través del río. Vengan —hace un gesto para que lo sigamos.

—Vamos en esta dirección —Kane hace un gesto hacia el norte.

—¿Seguro de que quieren hacerlo?

—Tenemos que regresar al asentamiento —digo yo—. No hay tiempo para explicar.

Kane tira de mi mano.

—Esperen —murmura Charlie—. El lecho de un arroyo seco está a unos cien trancos en esa dirección —apunta a través de los arbustos espesos—. Los llevará al norte. Podrían hacerlo, pero llegando allá será difícil —y voltea hacia mi enorme caballo.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunta Kane.

—He estado observando este fuerte. Conozco bastante bien el bosque que lo rodea.

—Es verdad —digo—. Nos está ayudando, Kane —miro a Bestia—. Y tiene razón. Montados hacemos demasiado ruido y avanzamos muy lento.

—No hay modo de que lleguemos a pie al asentamiento.

—Lo sé —respondo—. Pero necesitamos pasar a esos hombres de alguna manera —toco el silbato debajo de mi camisa.

Se oyen disparos. Y ahora por el oriente, lejos, siluetas oscuras se mueven en el bosque.

—Debemos irnos —murmura Kane.

—Tú ve también —le digo a Charlie. Pero mi corazón se retuerce—. No podemos esperarte ahora, pero tú podrías... regresar. Al asentamiento, quiero decir.

Él sacude la cabeza.

—Estoy harto de ese lugar. Y sé que no sería bienvenido.

No me molesto en discutir.

—Entonces debes ir hacia el oeste de los álamos donde nos separamos hace meses —digo—. Allá hay una aldea. Gente buena. Estarás a salvo.

Charlie asiente.

—Gracias —mira a Kane—. Tengan cuidado con los hombres de León... Estos bosques están llenos de ellos.

—Del Dominio también —digo.

—No —él sacude la cabeza—. Tienen armas grandes pero los he visto en movimiento. Apenas son dos docenas. León tiene la ventaja aquí —me pasa su rifle—. Toma.

Trato de devolvérselo.

—Pero...

Lo aprieta en mis manos.

—Estamos a mano —dice con firmeza. Se da vuelta y los árboles oscuros se lo tragan.

Entrego el rifle a Kane, quien lo acepta con expresión incrédula.

—Creo que quiero saber esa historia —dice.

—Después —rompo un trozo de una ramita en los arbustos a mis pies y tomo las riendas de Bestia para guiarlo lejos del zarzal.

Otra vez disparos. Más cerca.

—Em...

Pego a Bestia en la grupa con fuerza. Sobresaltado, se lanza hacia adelante, y desaparece entre los arbustos. Kane me mira.

—Nos encontrará —digo, aunque no puedo estar segura, y mi estómago se siente enfermo de saber que acabo de dejarlo solo.

Tomo la mano de Kane y tiro de ella, avanzando hacia el lecho del arroyo.



**A**vanzamos por el bosque, fantasmas entre fantasmas. Las sombras al este están cada vez más cerca y aparecen más por el noreste. Aparecen y desaparecen detrás de los árboles, sus sombras se lanzan hacia adelante. Silenciosas. Veloces.

Un tiro o una explosión ocasional sugiere una mezcla de los hombres del Dominio y los de León. Todos avanzan poco a poco por el bosque. Sin duda están usando rifles y esas granadas de mano, intentando matarse unos a otros en la oscuridad.

Los bosques alternan entre ofrecer una cobertura perfecta y no ofrecer ninguna. Las píceas crecen muy juntas y sus ramas bajas proveen protección. Pero hay zonas baldías y arbustos bajos también, y atravesarlos es peligroso.

Nos arrastramos para abrirnos paso a través de esos espacios bajos y nos ponemos a cubierto bajo los álamos grandes para descansar. No soy tan rápida como Kane y de seguro reduzco su velocidad, pero soy mucho más silenciosa de lo que solía ser. Mientras hacemos una pausa, ocultos, entre los árboles, observo a un caballo sin jinete corriendo a través del bosque, a nuestra derecha. ¿Será Bestia?

Kane tira de mí hacia adelante, al siguiente grupo de árboles.

Una vida entera después, los árboles y hierbajos dejan paso a montículos de hierba y sauces de amplia copa, y entiendo que estamos cerca del lecho del arroyo. Siento un destello de alivio por haber mantenido el curso sin desviarnos. Me llevo el silbato a los labios, esperando que funcione y que Bestia no esté demasiado lejos.

Oigo algo tras nosotros, que se mueve con poco cuidado.

Al contrario de nosotros.

Me doy vuelta, sorprendida de que Bestia nos haya encontrado tan pronto.

Pero no es Bestia.

Son dos figuras oscuras. Hombres del Dominio. Vienen directamente hacia nosotros.

Abandonamos nuestro intento de silencio y echamos a correr, directamente a través de los sauces y tras un árbol caído. Tropiezo y trato de equilibrarme con una mano, pero siento dolor cuando mi mano roza algo afilado. Kane levanta el rifle y prepara el percutor, lento y silencioso, listo para disparar.

Detrás de nosotros, la roca pulida del lecho del arroyo seco brilla a la luz de la luna.

Estamos muy cerca, pero tratar de llegar ahora nos pondría a la vista de los hombres. Mejor quedarse aquí donde hay algo de cobertura. Veo a Kane equilibrar su arma sobre el árbol caído. Revisa los arbustos en busca de las figuras oscuras. Se están acercando.

Se oyen disparos al oriente una vez más. Las figuras están más cerca. Kane es mejor con los cuchillos. Si no da en el blanco con el rifle, estaremos atrapados entre esos hombres y los que disparan al oriente. Nos matarán en donde estamos.

Pero los hombres que aparecen ante nuestra vista, tropezando hacia nosotros, parecen medio muertos. El primero de los hombres elefante está respirando ruidosamente, ahogándose, como si no pudiera llevar aire hasta su boca. Se detiene para apoyarse en un árbol y se arranca la máscara. Cuando las nubes se apartan, veo sangre roja que brota de su nariz, muy visible contra su rostro blanco. Tose y escupe una saliva negruzca que cae por el frente de su abrigo, sobre sus botones brillantes. Sus ojos parecen por entero negros en la sombra.

El segundo hombre se tambalea hacia adelante, con una mano sobre el estómago. Su hombro golpea un árbol y cae al suelo. Un grito suyo queda ahogado por su máscara. También se la quita y revela un rostro hinchado, cubierto de heridas. Sus oídos sangran a borbotones.

Me quedo sin aliento.

Tienen la Hemorragia.

Kane se levanta y me jala hacia el lecho del arroyo. Estamos en campo abierto, pero es claro que estos dos hombres no están en condiciones de hacer algo.

El primero nos mira y levanta una mano en gesto suplicante. Nosotros nos alejamos, nos internamos en el lecho del arroyo y nos apoyamos en su pared de tierra. Me quedo congelada, mirando hacia los árboles donde aquellos hombres descansan.

Donde aquellos hombres mueren.

Siento la mano de Kane sobre la mía. Me jala hacia el norte por el arroyo y me hace correr. Mientras nos movemos sobre las rocas, recuerdo mi silbato. Lo busco y soplo con todas mis fuerzas. Mi mano está pegajosa, gotea...

Ahora recuerdo que me herí con un árbol. Estoy sangrando.

Tomo un extremo de mi *ceinture* y aprieto la tela sobre la herida. Un dolor agudo me recorre la mano y aprieto los dientes.

Un disparo se escucha entre los árboles.

Nos agachamos. Kane me arrastra a través del lecho del arroyo hacia algo oscuro y grande. Un gran árbol caído, arrancado de raíz por la fuerza del agua que alguna vez corrió por aquí. Nos ocultamos tras el tronco. Se oye otro disparo. Rebota en una roca a algunos trancos de nosotros.

Quien dispara se encuentra en el extremo lejano del arroyo, en el bosque.

Pero ¿cómo nos vieron?

Mi corazón late con fuerza mientras esperamos allí, con la espalda contra el muro de tierra y las raíces retorcidas del árbol. Los ojos de Kane se agrandan. Señala con la cabeza hacia un punto más arriba de nosotros. Miro también. Hay un hombre agachado junto a una roca en nuestro lado de la pequeña quebrada, se oculta de los disparos al igual que nosotros.

Cambia de postura. Su movimiento es torpe, doloroso, y ahora veo que se debe a que solo puede usar un brazo. Su mano libre sostiene una pistola. El otro brazo está en un cabestrillo. No puede estar a más de diez trancos. Sus ojos se encuentran con los míos.

León.

Vuelvo a apoyarme en el árbol caído. Nos hemos refugiado paralelos a él; no está en posición para dispararnos, pero si quisiera podría retirarse unos pasos y tenernos en la mira. Nosotros contamos con el rifle de Charlie; Kane podría dejar el refugio que nos da este árbol para dispararle.

Pero no puede hacerlo sin revelar nuestra posición y ponernos en la mira del Dominio.

Y León está en el mismo predicamento.

Me arriesgo a mirarlo una vez más.

Sonríe.

Lo sabe.

Estalla otro disparo. Cae un poco más lejos.

Están sintiendo más frío o se están enfermando más.

¿Todos estos soldados tendrán el mal? De ser así, no hay modo de que puedan tomar el fuerte.

Hay un golpe en el lado lejano de la pequeña quebrada. Un hombre cae de los árboles y va a dar al lecho del arroyo, con el rostro por delante. Aterrizo en una roca y se rompe uno de sus ojos de pesadilla. Su máscara brilla a la luz de la luna, un rostro de elefante que mira hacia ninguna parte.

Mis entrañas se agitan presa del miedo. Ni siquiera supimos que estaba allí.

Kane señala con su cabeza para que mire hacia el fondo del arroyo.

Un animal avanza por el lecho de roca, poco a poco, saltando bajo la luz de la luna.

Un torrente de incredulidad y de alegría se abre paso a través de mi miedo. Reconocería esa silueta pequeña y tímida en cualquier parte.

Hambre. Sobre el lecho del arroyo, con las orejas levantadas y la nariz contra las rocas de tanto en tanto, sigue la ruta que Kane y yo acabamos de atravesar.

Tengo que morderme los labios para no llamarla. Viene directo hacia nosotros. Toco el silbato en mi cuello. ¿Podría haberlo oído? ¿O nos rastreó solo mediante el olfato?

Buena perrita.

Ahora está en terreno abierto. Deseo que se acerque a los costados del lecho del

arroyo, pero está demasiado ocupada con su nariz. Se detiene de tanto en tanto, recupera nuestro rastro. Avanza.

¿Pero cómo...?

¿Mi sangre? Podría haber dejado caer un rastro de gotas.

Oh, apresúrate, Hambre.

Pero ahora ha llegado al lugar donde conseguí vendar mi herida. Levanta bruscamente la cabeza, con sus ojos y orejas buscando el árbol arrancado, en busca de nuestro refugio. Sabe que estamos aquí.

Toma impulso y salta hacia adelante. Puedo ver la alegría en sus movimientos mientras estira sus patas delanteras y corre hacia nosotros...

Un disparo estalla de entre los árboles. Hambre se detiene y mira alrededor.

—Ham...

Kane cubre con su mano mi boca, ahogando mi grito, y pasa su otro brazo sobre mí para devolverme a las sombras.

Otro disparo.

Hay un silencio.

Un roce en los arbustos.

Me siento mareada.

Una voz de hombre perfora el aire.

—¿Le diste? —La voz se oye ahogada pero cercana. Demasiado.

Me retuerzo entre los brazos de Kane, intentando mirar, pero él aprieta más su abrazo y me mantiene cerca. Su voz es un murmullo áspero.

—No lo hagas —dice.

Me obliga a retroceder aún más, por lo que no hay modo de que pueda buscar a Hambre. Me doy cuenta de que los hombres que hablan deben estar en campo abierto. León debería poder dispararles. ¿Por qué no lo hace?

Una tos.

—No —la otra voz es clara y aún más cercana—, pero creo que lo vi.

—¿Crees que el resto haya huido?

—No estoy seguro —otra tos—. Hay más de los que creíamos.

—No luces bien.

—No me siento bien.

Y ahora sé por qué León no está disparando. No necesita hacerlo. Sabe que tienen la Hemorragia. Esperará a que se alejen.

—Ponte la máscara. Vamos.

Los escuchamos retirarse. Hay ramas que se quiebran de tanto en tanto.

Esperamos. Disparos otra vez, más lejanos.

Kane levanta el cuello, con el rifle en ambas manos. Se pone en pie y mira hacia arriba de la quebrada. Maldice. Yo también me asomo.

León se ha ido.

Y ahora hay más sombras oscuras moviéndose por la quebrada.

Nos acuclillamos otra vez tras el árbol, apretándonos contra el tronco.

—Ve por St. Croix y los demás y vayan al claro occidental —se oyen pasos en el lecho del arroyo—. Vamos a reagruparnos —me asomo y veo cuatro hombres pasar a nuestro lado.

Uno es el rubio que me atrapó en el patio.

—¿Por qué no simplemente los matamos? Tenemos cuatro hombres por cada uno de ellos.

—Están muriendo. ¿No viste? Solo tenemos que esperar. Y van a dejarnos un buen arsenal.

Los hombres desaparecen más allá de una cuerva. Esperamos otro largo momento.

—Vamos al bosque —murmura Kane.

Me ayuda a levantarme y reviso el lecho del río. No hay señales de Hambre. Salimos de nuestro refugio y subimos por la ribera hacia la cobertura de los árboles. Una vez que estamos allí, peleo contra la urgencia de llamarla.

Y ahora, un nuevo sonido, martillando sobre las piedras de la quebrada.

Kane toma el silbato colgado de mi cuello, acercando su cabeza a mi garganta, y sopla. Se apresura a los arbustos en el borde de la quebrada y los aparta para ver.

La mancha blanca de Bestia brilla ante nosotros.

Montados en Bestia, corremos al lado del lecho del arroyo hasta que este desaparece, dejándonos en un bosque de álamos. Nos conduce al norte, hacia mi asentamiento, así que seguimos adelante, poniendo tanta distancia entre nosotros y León como podemos. Miro al suelo que corre bajo nosotros, veo el lecho pedregoso convertirse en suelo suave del bosque. La luna está alta en el cielo cuando Bestia se cansa y disminuye la velocidad.

Lo detengo.

—Necesitamos descansar —digo.

Kane desmonta y me ofrece una mano. Mis piernas tiemblan tras el esfuerzo de mantenerme sobre Bestia, y cuando llego al piso me tropiezo. Kane me atrapa en sus brazos y me sostiene. No hay nada más que viento suave en las copas de los árboles, y un arrendajo grazna desde algún lugar en lo profundo del bosque. Bestia relincha y agacha la cabeza para comer algo de hierba de la base de un árbol.

Aprieto mi cabeza contra el hombro de Kane y respiro profundamente. Apoyo mi frente en su camisa.

—Lo... lo siento, Em —dice—. Hambre todavía podría encontrarnos.

Levanto la cabeza. Examina mi rostro.

—Sí —digo—. Todavía puede hacerlo.

—Lo siento —dice otra vez.

—No. Hiciste lo correcto.

—¿No deberíamos echar un vistazo a esto? —pregunta suavemente, señalando mi costado.

El mapa. Aún está metido al lado de mi *ceinture*. Ahora que lo tenemos no perderemos más tiempo, pero León lo ha visto también. Él sabe que mi asentamiento está al norte, al lado del gran río. Está claro que aquella facción del Dominio no sabía cómo evitar la Hemorragia, pero el conocimiento que yo compartí con el grupo de McKern en el valle se extenderá. El Dominio volverá con más hombres y más armas. Si León sobrevivió aquella escaramuza, y ciertamente parecía que iba a lograrlo, estará ansioso por llegar a nuestro asentamiento y encontrar su *cura*. Necesitamos advertirles.

Pero ya no puedo dar un paso más.

—Está demasiado oscuro —digo—. Y debemos descansar.

—En la mañana, entonces —dice Kane. Me acerca a la base de un árbol, hacia un tapete de musgo húmedo pero suave. Me dejo caer a su lado, hambrienta y sedienta y con cansancio hasta en los huesos, pero muy feliz por su presencia. Inhalo profundamente cuando él me toma entre sus brazos y envuelve mi cuerpo con el suyo. Y, sintiéndome segura al fin por un momento, dejo que el sueño me arrebate de él.

Estoy en los bosques prohibidos. Corro, corro, pero mi cuerpo es ligero como una pluma, mi aliento exhala rápido y sin miedo, sin esfuerzo.

La cabaña me mira: sus ventanas ruinosas son ojos tristes en un rostro que se descompone. *Les trembles* se mueven como por un gran viento, pero sé que es otra cosa lo que las perturba.

Él está frente a mí, corre a través de los árboles soñados, el brazo pegado a su costado como si estuviera roto.

Deprisa.

Me apresuro a través de los troncos caídos, ganando velocidad.

Siguiéndolo.

Persiguiéndolo.

*Deprisa.*



**E**l mapa es como el que Tom tenía cuando nos encontró, pero cubre más territorio. La tierra entre el Fuerte de León y nuestro asentamiento está cubierta de una variedad de signos y garabatos. Y palabras que Kane es capaz de leer, bendito sea.

Decidimos que estamos a tres días del asentamiento: dos más de los que podemos sobrevivir sin agua. Pero no hay nada que podamos usar para hervirla, y regresar al río grande significa perder cualquier ventaja que tengamos sobre León. Decidimos arriesgarnos a ir por el bosque, bebiendo el rocío de las hojas hasta mitigar la sed ardiente en nuestras gargantas, y dejando que Bestia beba de los pequeños arroyos que encontremos.

Seguimos adelante, usando el sol para orientarnos, siguiendo la ruta que se suponía que seguiríamos cuando salimos hace meses a ver a la gente de Matisa. Cuento las noches mentalmente y calculo que hace cinco días que nos fuimos de la aldea de Matisa. Mientras estemos en lo cierto sobre la distancia a nuestro asentamiento, aún podremos llevar el remedio a la aldea a tiempo. Sin embargo, mi sueño me inquieta cuando pienso en él. Como si intentara recordarme algo.

De noche, Kane monta guardia hasta que ya no puede mantenerse despierto; entonces, de mala gana, me despierta para que lo releve. Buscamos hongos y bayas entre los árboles y masticamos despacio nuestra ración, tratando de hacer que rinda. Kane puede cazar algunos animales pequeños con su cuchillo, pero no quiere hacerlo con el rifle; no tiene tan buena puntería y no queremos correr el riesgo de alertar a merodeadores sobre nuestra posición. No tenemos idea de quién ande por aquí ni quién sea amistoso. Además, no tenemos tiempo de lidiar con grandes presas.

De acuerdo con el mapa de Henderson, deberíamos llegar a otra quebrada al noreste del fuerte. Si nos mantenemos cerca de ella hasta alcanzar un lago, y volvemos a avanzar hacia el norte, encontraremos el bosque que está junto al asentamiento.

Kilómetro tras kilómetro, los árboles se confunden unos con otros.

A la tercera mañana encontramos la quebrada que está dibujada en el mapa, y que corre por la mitad del bosque como una cicatriz.

Estamos cerca.

Bestia está agotado y su pelaje se siente resbaloso. Su cabeza se balancea con el esfuerzo por cargarnos. Las paredes de la quebrada no son altas, y me doy cuenta de que somos vulnerables, pero tampoco quiero obligar a Bestia a que se esfuerce a subir por la pendiente.

Justo cuando estoy a punto de sugerir un descanso, un destello de luz llama mi atención adelante. Los árboles a cada lado de la quebrada comienzan a escasear, y el arroyo seco se vacía en un pequeño lago. Brilla con el sol de la tarde.

Espoleo a Bestia. Él levanta las orejas y acelera el paso.

El lago es pequeño y está limitado por pequeñas colinas al norte. Se ven como las que se extendían por muchos kilómetros más allá de nuestro bosque: las que apenas podrían distinguirse a la distancia antes de las montañas, desde lo alto del muro de la fortificación. Mis ojos se fijan en las aguas resplandecientes.

Kane desmonta de un salto y toma a bestia de las riendas, para llevarnos al borde del agua.

—¡Kane, no! —digo—. No podemos beber.

Él se da la vuelta.

—Pensé que las aguas pequeñas eran el peligro.

—Y lo son —asiento.

—Entonces esta debe ser segura.

—¿Y qué tal que no?

Kane duda, mirando al agua brillante. Puedo ver su desesperación. Bebimos el rocío hace horas, y mi propia sed es tan intensa que me siento aturdida.

Pero no puedo soportar la idea de haber llegado hasta aquí y cometer un error.

—Ya solo estamos a medio día de camino —digo—. Tal vez menos —mi voz se atora—. Kane, somos los únicos que pueden encargarse de esto.

Sus ojos se endurecen con determinación.

—Bien —dice.

Mi boca está tan seca que mi lengua se siente del doble de su tamaño. Bestia está tropezando: ya no levanta la cabeza al avanzar. Necesita agua, pero el lago está ya muy atrás. Y estamos casi en los bosques prohibidos. Ya casi llegamos.

Cruzamos a través de arbustos, con *les trembles* sonando furiosos a nuestro alrededor. El viento se ha levantado, secando mis ojos, serpenteando por mi cabello. Levanto mi cabeza pesada para mirar las hojas, que destellan de verde y plata mientras tiemblan.

Recuerdo muy bien estos árboles. Recuerdo cómo solían llamarme, pedirme que viniera por este camino...

Por aquí.

Fue hace mucho tiempo. Los sueños que me trajeron hasta aquí, persiguiendo una aparición que resultó ser real. Lo recuerdo como si fuera ayer. Encontrar a Matisa al otro lado del bosque, perseguirla hacia los matorrales, a través de la Encrucijada. Y entonces ella me salvó, me sacó del río. Me dio esperanza cuando la había perdido.

Me concedió un propósito. Mis ojos se nublan y parpadeo para evitar las lágrimas. Miro hacia adelante. Una muchacha aparece entre los árboles.

Parpadeo. No puede ser.

Son mis recuerdos jugando con mi mente.

Ella sonríe, con algarabía en los ojos oscuros, y desaparece.

*Espera.*

Kane está tumbado hacia adelante, con la frente apretada contra mi nuca. No tengo la fuerza para espolear a Bestia y la lengua no me obedece. Un destello azul y cabello oscuro aparece en los árboles, adelante.

Por favor, espera.

Sé que no es real. No puede serlo. Pero no puedo evitar llamarla en mi mente. Ella es un rayo de luz que destella a través de *les trembles* y todo en mí desea seguirla. Quiere alcanzarla.

Pero todo lo que puedo hacer es mirar, mientras me balanceo a lomos de Bestia. Mis dedos están enredados en su crin: los entretejí hace horas para no caer.

Kane pesa en mi espalda, y mi cuerpo está cansado, tan cansado...

Ella aparece otra vez. Desaparece.

Y yo estoy fuera de mí misma, observando a dos personas harapientas apretujadas, juntas a lomos de un caballo cansado que echa espuma por el hocico, al borde del colapso. Los árboles se difuminan y desaparecen, hemos salido, ya no hay más árboles. Bestia jadea, su cuello se estira y su cabeza se balancea con furia. Una sensación de escozor se abre paso por mi mente nublada. Estamos en un lugar familiar pero el viento es cálido, muy cálido...

No.

Mi piel está ardiendo. Y estamos dejando atrás los árboles, pero la muchacha ha desaparecido como humo en el viento.

Estamos en las planicies de Los Vigías. Delante de nosotros, la fortificación. Es como la recuerdo, campos de hierba que se extienden largos y secos hasta los muros erosionados. La Atalaya se eleva en una esquina. Riscos escarpados se asoman del otro lado del río.

Bestia se esfuerza por avanzar. Quiero gritar, que se sepa de nuestra presencia, pero mi lengua está demasiado hinchada, mi aliento demasiado entrecortado. Y ahora escucho.

Porque por debajo del suave zumbido de los insectos puedo oír el retumbar de mis sueños: caballos relinchando, gente gritando, disparos y explosiones que estremecen la tierra. Puedo sentirlo. Ya viene.

Y mis sueños no pueden evitarlo.

Alcanzamos los muros y la puerta se abre. Veo a *frère* Andre de pie allí, con el diario que probó mi inocencia, la de mi familia, en sus manos.

Te extraño, Andre.

Mi visión se nubla, y la figura se ensancha y alarga. Es Luc, el vigía del rostro

marcado que me encontró en el bosque aquel día y me arrastró de regreso a la fortificación, donde estaba segura de que me matarían. Me llevó a un sitio seguro, por órdenes de Andre.

No tiene un libro. Está en pie con las manos a sus costados.

—¿Emmeline? —pregunta—. *Pourquoi êtesvous ici?*

Y Kane se relaja y cae de Bestia, y me arrastra con él a la tierra cubierta de hierba.

Cuando alguien muere, ¿se encuentra con la gente que se ha marchado primero? ¿Vienen a ayudarte a pasar al otro lado?

Tom está suspendido sobre mí, con su cabello rubio como el trigo colgando igual que una cortina.

Mi mano se eleva. Aparto el cabello de su rostro. Él se acerca, con sus ojos azules bien abiertos como el cielo de la pradera y sus cejas fruncidas por la preocupación.

Un trapo se aprieta contra mis labios. Bendita agua fría alcanza mi lengua.

Más fría y más dulce que cualquier cosa que haya probado...

Me aferro a su muñeca. Se siente tan real. Se ve tan real. Froto mi pulgar contra la palma de su mano. Sus cicatrices son viejas, de una vida que jamás tendrá que volver a vivir. De un tiempo que jamás tendrá que visitar otra vez.

Quiero quedarme en este momento. Quiero decirle que lo quiero. Quiero decirle que las decisiones que tomó me hicieron aprender sobre mis propias decisiones. Que fue valiente. Muy valiente.

—T-T-Tom...

—Shhh —dice él—. No hables —y aprieta la tela contra mi boca otra vez.

Y ahora se difumina en mi visión, alejándose como las nubes en un día perfecto.

Y creo que sabe lo que quería decirle.

Lo sabe.

Estoy mirando muros de madera; el suelo es duro bajo mi espalda. Mis manos se estiran, tocan la lana del manto en el que estoy envuelta. Es un sitio familiar. Miro alrededor. La sala común de nuestras barracas. Compartimos este espacio con la familia de Tom hace mucho tiempo...

No estoy sola. Me impulso con las manos, esforzándome en incorporarme.

—Tranquila, Em —dice una voz—. Pasaste una mala noche.

Giro mi cabeza y cierro los ojos cuando un fuerte dolor acompaña el movimiento. Puedo sentir a alguien a mi lado.

Kane. Está sentado en el suelo, con los brazos puestos sobre sus rodillas dobladas, mira mi rostro, atento.

—Necesita más agua —vuelve a hablar la voz. Una forma se mueve en el límite de mi visión.

Volteo hacia el sonido. Eisu se acerca a mí con un pequeño recipiente y una tela.

Tom está en pie detrás de él.

Me esfuerzo por levantarme, balbuceando con el deseo de gritar su nombre. Está

atorado en mi garganta.

—¡Te dije que tranquila! —Tiende las manos y se arrodilla a mi lado—. Toma —levanta la tela de Eisu. Desconcertada, lo veo mojar la tela en el agua y volver a apretarla contra mis labios. Mi boca registra el agua y sorbo, ansiosa, la tela. Él sonrío y me ofrece una taza—. Sorbos pequeños —dice.

Asiento y tomo un gran trago.

Frunce el ceño y retira la taza.

—Pequeños —dice, con reproche. Y vuelve a sonreír—. Qué bueno verte, Em —se inclina hacia adelante y me envuelve con sus brazos. Y con su contacto me doy cuenta de que no estoy soñando. Está aquí.

Mis manos se elevan y lo sujetan con firmeza.

—¿Cómo...? —Logro decir.

—Pensabas que había muerto, ¿verdad? —dice—. Yo pensaba lo mismo de ti.

—P-p-pero León te disparó. Estabas sangrando...

Tom se aparta.

—Sangré mucho —asiente.

—¿Entonces cómo...?

—Mi amuleto de la suerte —Tom mete la mano dentro de su camisa y saca dos cuerdas que cuelgan de su cuello. En una de ellas está la piedra blanca y plana: el amuleto de Eisu. En un extremo de la otra está el silbato que le dio Lea. Se acerca para que yo pueda ver mejor. A la piedra le falta un gran trozo y el borde de hueso del silbato está quebrado.

—La bala golpeó el silbato de lleno —dice Tom—. La piedra estaba detrás... así que no me atravesó. Los trozos de hueso me perforaron la piel gravemente, sin embargo —sonríe—. Se sintió como una herida de bala.

Me le quedo mirando. Conmoción y alivio fluyen dentro de mí con tanta intensidad que no encuentro las palabras.

—Tuvo suerte —dice Eisu, apartando mi mirada de la sonrisa pícara de Tom—. Pero como paciente es una persona muy... difícil —mira a Tom con ternura.

Sacudo mi cabeza, con la mente todavía estremecida.

—Pero ¿por qué están aquí? ¿Cómo llegaron?

—Tomé uno de los caballos de León. Lo encontré después de la inundación, entre los árboles. Todavía tenía aquella copia del mapa de Henderson.

Frunzo el ceño.

—Pero... —Miro a Kane en busca de ayuda— ¿cómo pudo servirte ese mapa? Henderson nunca llegó hasta las montañas.

—No —asiente Tom—. Pero Eisu conocía los caminos de los cazadores del norte. Y una vez que estuvimos cerca, yo pude resolver el resto —me sonrío y sus ojos se llenan de lágrimas—. Te buscamos, Em —dice—. Pero cuando estuve lo bastante repuesto para moverme, nosotros... bueno, decidimos que lo mejor era llegar aquí —vacila—. Pensamos que tal vez yo podría encargarme de todo en caso de que...

En caso de que yo no sobreviviera.

Extiendo mis manos y tomo las tuyas.

—No puedo creerlo... Simplemente no puedo creerlo.

Sonríe.

—Yo también estoy bastante impresionado. Pero tú eres una luchadora, Em. Siempre lo supe. No debí dudar de que lo lograrías.

—¡Tom! —La voz de la hermana Ann se eleva, aguda, a través de la puerta que conecta con la cocina—. ¡Ven a ocuparte de este animal! ¡Se metió a la bodega de carne seca!

Miro a Tom, confundida.

—¿Animal?

Él suspira.

—Tu compañerita peluda —se pone en pie.

—¿Hambre? —Mi corazón salta. Apenas puedo atreverme a tener esperanza... Tomo el brazo de Tom para detenerlo—. ¿Hambre está aquí?

—Claro —Tom frunce el ceño—, llegó contigo.

—No, no lo hizo...

—Bueno, salió del bosque justo cuando estábamos llevándote a las puertas. Fue bueno que yo y Eisu estuviéramos allí, o Luc le hubiera disparado. Pensaba que era un lobo.

Miro a Kane y mis ojos se llenan de lágrimas.

—Te siguió todo el camino —dice Kane, y esa sonrisa extraña aparece en una esquina de su boca—. Te dije que sabía cómo se siente.



La mamá de Tom no puede dejar de estar encima de él. Nunca la había visto tan «mamá gallina» desde que la conozco. Todo el tiempo está yendo de la mesa en la que estamos hacia el fogón y de regreso, hacia Tom. Le acaricia la cabeza con cariño. Tom me advirtió acerca de esto. Él y Eisu llegaron anoche y no han tenido oportunidad de explicar todo a su familia. Con ella revoloteando a su alrededor, él apenas ha tenido oportunidad de poner en orden sus pensamientos.

Edith, la hermana de Tom, está sentada en su rodilla, mirándome con timidez.

—Ven acá, ratoncito —digo por tercera vez, llamándola con mis dedos. Ella sacude la cabeza y se aprieta a Tom, con una sonrisa traviesa en el rostro. Los meses son larguísimos cuando se tienen cinco años; ella será tímida conmigo todavía por un tiempo.

Me acomodo en la silla, con mi mano en la cabeza de Hambre, y miro por la cocina: todas las imágenes y los olores familiares. Vegetales recién cosechados esperan a ser pelados y cortados. El fogón está sucio y brilla, cálido, dentro de la habitación fría. Mantos y bolsas para trampa cuelgan de ganchos a un lado de la puerta. Todo está como lo recuerdo, excepto que sé cómo se siente Edith. Parece que ha pasado una vida desde que estuve aquí.

En este momento, sin embargo, el lugar no parece sofocante. Después de nuestro viaje hasta aquí, de hecho me siento agradecida por estas paredes. Agradecida por los ojos vigilantes de la hermana Ann. Me siento... a salvo.

La hermana Ann no estaba muy contenta de tener a Hambre aquí dentro, pero Tom pensó que era mejor que se quedara cerca. Los niños en particular tienen mucha curiosidad por ella, y Tom convenció a su mamá de que la molestarían si la dejaba afuera.

La hermana Ann sirve guisado a cucharadas, con la vista en Hambre.

—Gracias —dice Kane. Yo también agradezco inclinando la cabeza.

Tomamos un bocado y por la prisa nos quemamos la boca. Y otra vez mi corazón me punza por el sabor familiar de hierbas y conejo, todos guisados juntos.

—¿Adónde fue papá? —pregunta Tom entre bocados.

—De cacería —responde su mamá—. Creo que tú le metiste la idea de practicar su tiro.

Kane alza las cejas.

—¿Ya no es trampero?

—Hace las dos cosas —responde la hermana Ann—. La mayoría de la gente ha conservado sus tareas, pero también está intentando cosas nuevas —pasa las manos sobre su peinado, aplastando algunos cabellos sueltos contra su moño—. Ya no hay quién diga «no se puede».

—¿Todavía hay vigías en los muros cada noche? —pregunta Kane.

—Sí —dice la hermana Ann—. Desde que Henderson nos contó de esos tipos renegados, nos hemos esforzado para no quedar vulnerables.

Siento una ola de alivio.

—¿Y la Guardia sigue a cargo de los del cuadrante del norte?

—La mayor parte, sí. Son los mejores con las armas.

—¿Cuánta gente sigue aquí? —pregunto—. ¿Alguien se fue hacia el este?

—Unos pocos —la hermana Ann inclina la cabeza, pensativa—. Cinco, seis familias. La mayor parte se quedó. Ha sido más fácil arreglárnoslas ahora que podemos salir al bosque con seguridad —me dedica una inclinación de cabeza—. Y nos han servido las cosas que tu amiga nos enseñó sobre lo que crece allá. Nuestras ovejas pueden pastar de noche ahora, así que están más gordas, y las hembras dan a luz más becerros vivos —sonríe—. Este verano las cosas han sido diferentes.

Es claro que *diferente* significa *bueno*. Pienso en esto. Cuando me fui, hace meses, pensaba que la única razón por la que la gente se quedaba dentro de estas paredes era el miedo. Pero oyendo hablar a la hermana Ann, puedo ver que no es así. No están aquí por miedo, sino porque así lo decidieron.

Siento un empujón en mi codo y miro hacia abajo. Hambre me está mirando. Espera, sin duda, que le ofrezca las sobras. Sonríe. No puedo creer que solía darme miedo.

—Que llegara esa muchacha, Matisa, fue un gran cambio —dice la hermana Ann.

—Ella me salvó la vida —digo, con la vista fija en Hambre y la voz serena—. Salvó la vida de todos.

—Supongo que es verdad.

—Mamá —dice Tom—, tenemos que llamar a asamblea. Em tiene algunas cosas de las que debe hablar. Cosas que la gente necesita saber.

Em tiene algunas cosas de las que debe hablar.

Y ahora, a pesar de mis esfuerzos, una ola de pena me envuelve. Siempre me imaginé a Matisa conmigo en esta parte. Siempre me imaginé su fuerza silenciosa a mi lado, dándome valor.

Se suponía que íbamos a evitar el desastre juntas.

La recuerdo enseñándome la planta del remedio. ¿Ella sabía que no iba a estar aquí para ponerle fin a todo esto?

Haz las paces con ello.

Cierro los ojos, luchando contra una tristeza que amenaza con ahogarme. Aun así,

solo puedo pensar que la necesito junto a mí. Necesito su fuerza.

Un recuerdo se forma en mi mente. Esa noche en la aldea de Genya, cuando Matisa nos enseñó los *kânîmihitocik*, los fantasmas que bailaban en el cielo, resplandeciendo con todos los tonos de rosa y de oro, verde y púrpura. Nos dijo que eran las personas amadas que habían muerto, bailando para siempre entre las estrellas. Ya no estaban más aquí, pero siempre nos acompañan.

Levanto la cabeza.

—Sí —digo—. Tengo algunas cosas de las que debo hablar.

Mi aliento se atora en mi pecho mientras avanzamos hacia el salón ceremonial. Un torrente de ruido y de calor me recibe. El espacio está lleno de personas de todas las edades, igual que en las Pláticas de Virtud, hace una vida entera. Pero al contrario de entonces, que nos quedábamos en silencio y escuchábamos las proclamas de nuestros líderes, la gente parlotea y opina.

Yo solía tener terror de las Pláticas de Virtud. Solía quedarme en pie hasta atrás, empequeñecerme, ocultarme de los ojos del Concejo. Y entrar al sitio donde el líder de nuestro asentamiento cayó de la gracia y perdió la vida, donde mi padre murió, hace que mi corazón lata con fuerza. Pero también enciende un fuego en él.

Las cosas han cambiado y ya no temo estar frente a esta multitud.

Ahora quiero que me miren.

La hermana Ann encabeza el camino hasta lo alto de las escaleras, junto al púlpito. Ella pide silencio, y, gradualmente, lo obtiene. Me da la bienvenida de regreso a la fortificación, en nombre de todos, y solicita atención a mis palabras. Con una inclinación de cabeza me pide avanzar.

Miro a ese mar de rostros y siento a todos esperando, cuestionando, juzgando. Las palabras se propagan deprisa en el asentamiento: mi presencia no es una sorpresa. Pero no saben *por qué* he regresado.

Kane posa, gentil, una mano en mi espalda.

Veo a Tom junto a Eisu al frente de la multitud. Sus ojos color pradera se fijan en los míos y me dan fuerza.

Tomo aire y levanto mi voz para dirigirme a la multitud.

—Hermanos y hermanas, por mucho tiempo creímos estar solos en este mundo, que los sitios más allá de nuestras fronteras eran solo peligro y muerte. El otoño pasado me erguí ante ustedes con pruebas de que estábamos equivocados.

Todas las miradas están puestas sobre mí.

—Cuando el cartógrafo llegó el pasado Deshielo, nos dimos cuenta de que nuestro mundo estaba cambiando. Supimos que no estaríamos solos para siempre. He viajado lejos, más allá de nuestras fronteras, y he visto el cambio que viene. La gente de Ma... —Me tropiezo en su nombre, aclaro mi garganta—, el pueblo de Matisa nos dio la bienvenida en paz y compartió con nosotros su prosperidad. Otros recién llegados provenientes de oriente hicieron lo mismo. Pero, como predijo el hacedor de mapas, no toda la gente que llega es pacífica y buena. Algunos de ellos están aquí

para tomar tanto como puedan para ellos mismos. Lo harán, si es preciso, por la fuerza.

La multitud murmura.

—Nosotros... —Me armo de valor— nosotros sufrimos a manos de esa gente durante nuestro viaje. Nuestro querido líder de los vigías, *frère Andre*, y la hermana Violet fueron enviados al descanso eterno luego de una escaramuza —siento a Kane removerse a mi lado—. La tribu de los primeros pueblos a la que dieron la bienvenida el otoño pasado, la gente con la que sobrevivimos a *La Prise...* está en peligro —aclaro mi garganta para deshacer un nudo súbito y continúo—. Vengo en nombre de ellos, en nombre de su gente, los *osanaskisiwak*. Les pido que consideren mis palabras: que las escuchen con el corazón y la mente abiertos.

Miro a Kane. Él asiente, con el rostro lleno de aliento y esperanza.

—Este es un lugar verdaderamente especial —digo—. Lo queelijamos sobre con quién compartirlo puede determinar el futuro de esta tierra durante muchos años —respiro hondo—. Hay aquellos que quieren venir a tomar esta tierra por la fuerza. Sus armas son numerosas y terribles. Hay otros que podrían venir en paz, pero desean goberarnos. El pueblo de Matisa quiere alinearse con nosotros contra ellos.

Hago una pausa para que asimilen la información. Un murmullo empieza en la multitud. Un hombre cerca del frente aprovecha la oportunidad para preguntar:

—¿Bajo qué condiciones?

—Bajo la condición de que compartamos lo que hace especial a este lugar —el parloteo sube de volumen—. ¡Por favor, escuchen! —Levanto las manos—. Son prósperos y pacíficos, podemos aprender muchas cosas de ellos. Quieren cooperar con nosotros para asegurar su libertad y la nuestra.

—Es decir, ¿que nosotros seamos libres de los tipos renegados? —pregunta una mujer.

—Sí —respondo—, pero también del Dominio. Ellos están seccionando y gobernando esta tierra como si les perteneciera.

—El hacedor de mapas nos dijo que el Dominio se preparaba para ir contra los renegados.

—Así es —asiento—, pero eso no significa...

—El hacedor de mapas dijo que iban a traer la ley.

—Ya tenemos ley. El pueblo de Matisa tiene ley —digo—. El Dominio está apostado, ahora, en la entrada del valle de los *osanaskisiwak*. Necesitamos ayudar al pueblo de Matisa a asegurar su libertad.

—¿Y por qué habríamos de hacerlo? —dice el hombre que habló antes—. No son parte de nosotros.

Una ola de calor me envuelve. Kane se acerca y me anima a continuar.

—Porque lo merecen —digo—. Porque Matisa nos ayudó, nos liberó, al enseñarnos la verdad más allá de nuestras puertas —sereno mi voz—. Y porque ayudarlos significa una vida mejor para todos nosotros.

Silencio.

—Dices que van a ayudarnos —dice la mujer. Asiento—. Pero ¿cómo? ¿Tienen armas? ¿Pelearán por nosotros?

—Negociarán paz y libertad —digo—. Tienen los medios.

—¿Cuáles medios?

Respiro hondo, tratando de ver cómo continuar. Decido no comprometerme.

—Estos bosques nos han protegido durante largo tiempo de la Hemorragia. Los *osanaskisiwak* pueden negociar su libertad, y la nuestra, con ese conocimiento.

La gente se mira una a otra.

—¿Cómo? —insiste la mujer—. ¿Cómo? ¿Cómo nos protegen los bosques?

Miro el salón, a todos los hombres y mujeres, los niños, los abuelos que me observan con interés. Fascinación, incluso. Y me doy cuenta de algo. Sobrevivimos aquí porque tuvimos suerte; hemos estado protegidos del mal, sin saberlo, durante generaciones. Pero ha habido muchas otras amenazas además: hambre, enfermedad, el invierno asesino. Es verdad que el miedo y las mentiras nos mantuvieron encerrados todos estos largos años, haciendo la vida más difícil de lo que hubiera tenido que ser, pero esta tierra es despiadada incluso en sus mejores momentos. Este es un pueblo duro, decidido.

Y que se queden aquí porque así lo han elegido, y no por miedo de lo que está más allá, es prueba de que están cambiando, junto con nuestro mundo.

Compartir la verdad con ellos ahora es parte de eso.

Así que lo cuento todo. Cómo el Dominio sufre por la enfermedad y está buscando sitios seguros. Hablo de Merritt León, cómo creo que nos atacará por pensar que tenemos una cura. Hablo de cómo el pueblo de Matisa partió de aquí hace todos esos años, cómo el remedio se mantuvo en secreto. Cuento cómo Matisa entendió nuestros sueños y cómo estuvimos seguras de que el remedio crecía aquí.

Y les digo cómo probé su efectividad.

Cuando termino de hablar, el silencio domina el salón. Las frentes se arrugan. Las cabezas se agachan. Las personas hablan unas con otras.

Una joven parada cerca de la hermana Ann pregunta:

—¿Hiciste eso... por ellos?

No son parte de nosotros.

Mi pecho salta. Un torrente de emoción crece, amenazando con ahogar mis palabras. Aclaro mi garganta para serenar mi voz.

—Lo hice por todos nosotros —digo—. Porque tienen razón: el pueblo de Matisa no es parte de nosotros. No lucen como nosotros, no viven como nosotros —tomo aire—. Pero miren —con un brazo indico el espacio del salón—, miren la *mélange* que hay aquí. Somos una mezcla de muchos pueblos diferentes. Algunos de nuestros ancestros llegaron aquí en busca de una vida mejor; algunos huían de la persecución por hablar un idioma diferente o ser de herencia mestiza. No nos parecíamos unos a otros, pero nos unimos. Confiamos unos en otros para sobrevivir. Eso es lo que

somos —miro hacia la gente—. Y cualquiera puede ser parte de eso.

Noto la mirada de admiración de Tom, siento la mano cálida de Kane en mi espalda.

—Podemos elegir —digo—. Esta es nuestra oportunidad de probar nuestras virtudes en la forma para la que siempre estuvieron destinadas. Esta es nuestra oportunidad de ser verdadero Descubrimiento, verdadera Honestidad, verdadera Valentía. Esta es nuestra oportunidad de elegir una nueva vida. Una oportunidad de forjar nuestro camino.

Nadie habla. Nadie se mueve.

Cientos de pares de ojos me miden.

No estoy segura de lo que esperaba tras mi discurso, pero no era silencio. Mi corazón late con tanta fuerza que estoy segura de que todos pueden escucharlo.

La hermana Ann se levanta a mi lado.

—Emmeline nos ha dado mucho en qué pensar —dice. La decepción me envuelve: no están de acuerdo. Al menos, no todavía—. Será sabio considerar sus palabras. Yo pido a todos que busquen en sus corazones el camino que les parezca podrá asegurar nuestro futuro —levantar la voz—. Sin importar qué decidamos sobre aliarnos con los amigos de Emmeline, un inminente ataque es una grave preocupación —señala en dirección a Tom—. Mi muchacho apenas pudo volver con vida. Hemos perdido a *frère* Andre y a la hermana Violet. Esos hombres no se detendrán ante nada para tomar nuestro asentamiento —mira alrededor—. Y necesito saber: ¿quiénes me ayudarán a luchar por él?

En este momento, varias manos se levantan entre la multitud. La hermana Ann escudriña el salón. Varias manos más se levantan. Ella me mira.

—Emmeline, tú has visto a este enemigo. ¿Puedes ayudarnos a guiar nuestros preparativos contra ellos?

La desesperación lucha contra la decepción en mi interior. No tengo idea de si tuve éxito o fracasé. Si fallé en convencerlos. Lo único que puedo hacer para completar mi tarea es llevarme tanto del remedio como pueda y cabalgar deprisa hacia los *osanaskisiwak*... cumplir con esa parte del trato, al menos. Pero luego ¿qué?

Los *osanaskisiwak* necesitan tener control del remedio. Necesitan estar unidos con el asentamiento, en especial ahora que les he dicho la verdad.

Mi sueño sigue en lo profundo de mi mente. Correr a través del bosque. Seguir a aquel hombre... El hombre es Merritt León. Ahora lo sé. Y en mi sueño soy yo quien intenta detenerlo.

Si León viene, y viene, seguirá el curso del río. Sin el mapa de Henderson, es el modo más seguro de encontrar estos bosques. Eso significa que se encuentra al menos a dos días de aquí; hay tiempo para prepararnos. Y si él aparece pronto, aún hay tiempo de volver con los *osanaskisiwak* y llevarles el remedio.

Suponiendo que haya convencido a mi gente de compartirlo.

León podría no aparecer.

Pero mi sueño clama con fuerza en mi mente, diciéndome que no me deje engañar. Es él, siempre ha sido él en esos sueños. Mi aliento que se acelera, el correr al lado de los troncos caídos, la cabaña en ruinas...

Siguiéndolo.

Persiguiéndolo.

Deprisa...

—Ayudaré —digo—. Pero necesitaremos a todos los que puedan pelear.



Veo a las mujeres apresurarse de un lado a otro con cobertores y comida, abastecen el salón ceremonial donde los más jóvenes y los más viejos se refugiarán. Veo a Luc y a otra docena de vigías aceitando armas, buscando metal que fundir para hacer balas.

Como pedí, todos los que son capaces subirán a los muros y pelearán. De los cuatrocientos, más o menos, que quedan en el asentamiento, serán unos doscientos. Los hombres de León decían superar al Dominio en proporción de cuatro a uno, y Charlie dijo creer que los del Dominio no eran más de dos docenas. De seguro algunos de los hombres de León murieron en la escaramuza, lo que lo deja, cuando mucho, con unos cincuenta, si es que los trae a todos. Tenemos una oportunidad.

Encuentro a Tom y a Kane dentro del almacén de municiones, mirando un esbozo apresurado de los bosques circundantes. Tom levanta la vista y me mira.

—¿Dijiste que León no tiene un mapa?

Niego con la cabeza. Me acerco al esbozo de la tierra alrededor de nuestro fuerte.

—Vendrá siguiendo el río —con mi dedo recorro la línea sinuosa—. No pueden avanzar junto a la ribera aquí —señalo la zona sur del río, donde los muros son demasiado escarpados y el agua demasiado revuelta para atravesar—. Tendrán que cortar por el bosque, lo que significa que es probable que se aproximen desde aquí —señalo la zona sur del bosque.

—Deberíamos encontrarlos allí —dice Kane—. Mantener la lucha dentro del bosque por tanto tiempo como sea posible.

—Los vigías no tienen la habilidad de pelear en el bosque como los *osanaskisiwak* —le recuerdo—. Solo tienen práctica defendiéndose desde los muros, donde puede verse sin obstáculos.

—Y no saber exactamente qué armas tiene León es preocupante —señala Kane—. Podría estar herido, pero si trae armas como las del Dominio...

Tiene razón. Si trae armas como esas, no tendremos oportunidad.

—Nuestra mejor oportunidad es sorprenderlos —dice Tom—. Parecer vulnerables para que ellos muestren lo que planean, y luego atacarlos cuando bajen la guardia.

—Sería lo mejor —asiente Kane—. Flanquear y atacarlos por detrás. Podríamos empujarlos hacia adelante, a las planicies de Los Vigías, donde ellos podrán tener

tiros más fáciles. Solo que no estoy seguro de cómo lograr eso con dos caballos.

—No podemos —digo—. Necesitamos un ejército para eso. Necesitamos... Necesitamos a Isi y a Lea y a sus cazadores.

La puerta se abre de golpe. Luc está parado bajo el resplandor del sol, una sombra enorme.

—¿Cómo va la fundición? —pregunta Tom, enderezándose.

Luc agita la cabeza.

—*Pas bien* —dice—. *Nous n'avons pas beaucoup.*

Los hombres han estado fundiendo todo aquello de lo que podemos prescindir para convertirlo en balas, pero es claro que Luc no está contento con lo que han logrado producir.

—¿Deshicieron los refuerzos de los barriles?

Luc asiente.

—*Chaque clos* —cada clavo—. *Chaque piece de métal que nous pourrions trouver. Je pense que les maisons son prochaine.*

—Bueno, haz lo que tengas que hacer —dice Tom—. Siempre podremos reconstruir si...

Si sobrevivimos.

Todos lo estamos pensando.

La hermana Ann aparece detrás de Luc, con dos mujeres más detrás de ella.

—El salón ceremonial está listo —dice. Nota nuestras expresiones—. ¿Qué pasa?

—Necesitamos más balas —dice Tom.

—¿Van a desmantelar las bodegas? —pregunta a Luc.

—*Oui.*

Respiro hondo y pienso por un minuto. Metal. ¿Dónde más podemos...?

Mis ojos se encienden.

—La Encrucijada.

Luc levanta las cejas.

—Las horcas... Están hechas de metal. Podemos fundirlas.

Las mujeres detrás de la hermana Ann se agitan.

—¿Qué pasa?

—La gente cree que es de mala suerte.

—¿Todavía?

Ella se encoge de hombros.

—Las supersticiones calan hondo.

Supongo que es verdad. Las mujeres podrán saber que no hay *malmaci*, que la Encrucijada era una ofrenda estéril, pero igual le temen. Se les nota en el rostro.

No quieren ir allá.

Recuerdo a Henderson tratando de disuadir a León con el mito del *malmaci*. Pensé que mi gente le habría hablado al respecto a Henderson para explicar por qué nuestro asentamiento había estado aislado por tanto tiempo. Pero tal vez pensaban

que estaban dándole una advertencia.

Altísimo.

—Yo iré —digo, limpiándome las manos.

—Yo también —dice Kane.

—*Moi aussi* —dice Luc.

Miro a la hermana Ann.

—Nos llevaremos a unos pocos hombres e iremos por ellos.

—Ya es hora de que ese lugar sea destruido —dice ella. Se limpia las manos en su delantal—. Yo iré también.

Nos llevamos materiales para hacer un *travois* —dos postes unidos con cuerdas y un fondo de cuero entre ellos—, a fin de que Bestia y el caballo de Tom puedan traer las jaulas desde la Encrucijada. Ocho de los hombres más fuertes van con nosotros, cargando escaleras de madera y hachas para bajar las jaulas de donde están colgadas.

Aunque los hombres son vigías, no están a gusto con la idea. Aceptaron después de que Luc hablara con ellos largo rato, en un francés apresurado que no entendí del todo. Ahora que ya están aquí hago mi mejor esfuerzo para tranquilizarlos. Voy al frente sobre Bestia y les dedico una sonrisa de confianza cuando el sendero en el bosque nos deja ante la bandera roja que marca la Encrucijada. Hambre entra y sale de entre los árboles, manteniendo nuestro paso.

Me apresuro, espoleando a Bestia hacia arriba por la pendiente resbalosa. Tom y su mamá me siguen en su caballo. En la cima de la colina recuerdo el día en que encontré este lugar: cómo estaba al mismo tiempo sin miedo y desesperadamente atemorizada. Cómo la ira me impulsó hasta este sitio de muerte.

Las jaulas cuelgan como frutos malogrados, retorciéndose en la brisa, vacías de huesos. Vaciadas por Isi el otoño pasado. Los dibujos en el muro lejano del barranco destellan frente a mí. El monstruo, la enfermedad, que destroza gente con sus garras y dientes y los convierte en charcos de sangre que brilla bajo el sol. Recuerdo que esos dibujos cobraron vida y me enviaron de regreso, corriendo, a la fortificación.

Ahora están quietos. Solo son dibujos.

Pero hay un sentimiento extraño en el aire. Como si este lugar tuviera algo que decir si se le escuchara lo suficiente. Miro hacia atrás y observo los rostros de los hombres mientras descendemos al valle. Están nerviosos: se mantienen juntos y observan las jaulas. Uno no deja de mirar atrás. Llegamos y Luc ordena a los hombres que empiecen a trabajar.

Ellos suben escaleras y empiezan a cortar los postes de soporte. Kane y Tom trabajan en el que está más cerca de mí.

Ya ha pasado casi toda la tarde cuando el *travois* está cargado con las jaulas.

—Caminaré —digo, rechazando la indicación de la hermana Ann para que monte a Bestia.

Kane encabeza a los otros vigías con hachas, con la idea de ampliar el sendero donde pueda ser difícil que avance el *travois*.

Mientras nos vamos, miro hacia atrás, a ese lugar una vez tan formidable, tan lleno de peligro y muerte. Los restos del horror son los postes que sostenían las jaulas, ahora tirados en el suelo arenoso. Hambre viene cerca de mí; la dejo empujar mi mano con su nariz húmeda.

Eisu se detiene a mi lado y sigue mi mirada.

—Es perfecto —comenta.

—¿Perdón? —Frunzo el ceño.

Hace un gesto alrededor.

—Este valle. Es perfecto para una emboscada.

Las quebradas se levantan, empinadas, alrededor del espacio por dos lados: es imposible trepar por ellas sin una escala de cuerda. La pequeña colina que lleva a este sitio es fácil de atravesar, y la única otra salida es por el lado lejano.

Tiene razón: es perfecto.

Tendremos que dirigirlos hasta aquí de alguna manera. No hay garantía de que los hombres de León vengan a caballo, pero lo mejor es planear pensando en lo peor; nos hará falta un jinete para guiarlos.

Recuerdo haber perseguido a Matisa por este valle el otoño pasado: cómo ella parecía aparecer de la nada y luego desaparecer, como un fantasma. Ayer reapareció porque yo estaba delirando.

Las dos veces me sentí impulsada a seguirla.

—Ven conmigo —le digo a Eisu—. Necesitamos hablar con Tom y Kane.

Nos reunimos en la sala común de nuestra vieja vivienda, y extendiendo el mapa en el suelo.

—Aquella técnica de hostigamiento de Huritt —digo—, podemos usarla. Solo se necesitan uno o dos caballos para ese tipo de emboscada.

Tom y Kane se me quedan mirando.

—¿Eisu? —Lo miro en busca de ayuda.

Él se inclina hacia adelante y señala en el mapa.

—Los hostigamos hacia la Encrujiada esa y echamos pacas de arbustos en llamas de ambos lados para atraparlos allí. Apostamos tiradores en lo alto de las quebradas.

—¿Hostigarlos? —dice Kane.

—Atraerlos —explica Tom, mirándonos a Eisu y a mí como si estuviéramos tramando algo malo.

—¿Pero cómo?

—Ir a caballo y hacer que nos persigan —explica Eisu.

—¿Y quién va a montar?

—Yo —digo—. Y Eisu. Los llevaremos hasta allá desde la arboleda.

—La arboleda está al oeste —dice Tom—. Es posible que vengan desde el sur.

—Sí, es posible. Pero podemos llevarlos hacia el oeste.

—¿Cómo?

—El *malmaci* —digo.

Tom me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Perdón?

—Henderson le contó a León del *malmaci*, tratando de asustarlo. No resultó: León pensó que éramos nosotros, protegiendo la cura. Así que, ¿por qué no le damos lo que está esperando? Él puede seguir algo que parezca que intenta asustarlo. Para cuando se dé cuenta de que estamos atrayéndolo será muy tarde.

Tom mira a Eisu.

—Es un buen plan —dice este.

—No hay manera de que metamos a todos allí al mismo tiempo —señala Tom—. Dijiste que podría haber cincuenta hombres.

—Aun si no los atrapamos a todos —digo—, dividirlos de esta manera nos dará mejores posibilidades. ¿Querían emboscarlos? Este es el modo de hacerlo.

Tom lo considera.

—¿Entonces quieres que... seamos espíritus? —Kane me mira con escepticismo.

—No —contesto—. Quiero que los bosques sean espíritus.

Afuera, en las planicies de Los Vigías, repaso mi plan con Luc y la hermana Ann, describiendo los aparatos que imagino y señalando las partes de los bosques donde deberían colocarse.

—Háganlos tan extraños como sea posible —los instruyo—. Y ruidosos. Cualquier cosa que pueda tintinear o rechinar o aullar con la brisa. Queremos contagiar la sensación de que algo no va bien. De algo fantasmal.

La hermana Ann presiona sus labios hasta formar una línea severa. Asiente. Ella y Luc parten en busca de huesos y cuerdas. Tom ha estado callado desde que nos fuimos del muro para discutir el plan.

—¿Y si no miran los huesos colgando? —pregunta Kane.

—Para eso está Eisu —digo—. Él se mantendrá delante de ellos, lo bastante cerca para que puedan oírlo y seguirlo hasta la arboleda.

Eisu asiente.

—Y yo esperaré con Bestia, que estará descansado. Eisu se desviará al llegar a la arboleda, donde podrán verme y comenzar a seguirme. Me perseguirán hasta la Encrucijada, donde ustedes los emboscarán. Eisu podrá entonces ir por detrás y atacar a los rezagados.

Kane asiente.

—Muy bien, creo que esto va a funcionar.

Pero los ojos de Tom lucen preocupados.

—¿Tienes que ser tú la que cabalgue? —me pregunta.

—Sí —digo, y nunca he estado más segura de algo en mi vida—. Tengo que ser yo.



Cierro los ojos, tratando de llenar mi mente, mi corazón, con la canción de los *osanaskisiwak*. Tratando de encontrar mi camino de vuelta allá, al momento en que las voces y los tambores me llenaron, me protegieron, me dotaron de fuerza. Los bosques a nuestro alrededor están quietos.

Bestia mueve su peso y saca el aire, como si me recordara que estamos juntos en esto.

Y lo estamos. Cuando veamos a Eisu en el lado lejano de esta arboleda, atrayendo a los hombres de León, me tocará dirigir a Bestia hacia la Encrucijada. Y Bestia deberá conducirnos allá deprisa.

Abro los ojos y miro los alrededores de la arboleda, pensando en el día en el que encontré a Matisa, el otoño pasado. El primer día en que me aventuré más allá de las planicies de Los Vigías.

Ese día, estar en la fortificación se sentía como vivir en una jaula gigante de cuervos vigilantes, sopesando cada uno de mis movimientos, esperando arrancarme la carne de los huesos. Estaba desesperada por escapar, sin importar las consecuencias.

Ahora esa jaula protege a mi gente. Ahora estamos peleando por ella.

La señal llegó al mediodía: una delgada línea de humo que se elevaba desde el sur, del interior del bosque y cerca de las riberas impenetrables del río.

Eisu divisó a León.

Y ahora, de seguro, León debe haber visto ese humo.

El asentamiento sabe bien qué hacer cuando se toca una señal de ataque, hemos practicado por generaciones. El patio se convirtió en un hervidero de actividad. Viejos y jóvenes fueron llevados al salón ceremonial, y nuevos combatientes corrieron a sus posiciones en los muros, uniéndose a los vigías que habían estado apostados allí todo el día y toda la noche.

Y corrimos hacia los bosques.

Kane y Tom y una docena de los vigías con la mejor puntería aguardan en las quebradas de la Encrucijada, preparando la emboscada.

Y Bestia y yo estamos aquí, listos para atraer a León.

Ha pasado cerca de una hora. Me imagino a Eisu en su caballo, atrayendo a los hombres a través de los restos *dejados* por el *malmaci*, los huesos y la carne y la

sangre entre las ramas. Llevándolos a través de los gritos fantasmales de las campanas de viento. Trayéndolos hasta aquí como un espíritu invisible.

Eisu tiene bastante buen tino y monta mejor que yo, incluso sin la silla. Era la mejor opción para conducir a los invasores hasta aquí y luego volver atrás. El cuero de mi silla de montar cruje bajo mi peso. Solo tengo que mantenerme sobre Bestia y cabalgar en línea recta, pero los dos creímos que era mejor que me quedara con la silla.

Y ahora, pensando en lo que debo hacer, lo agradezco.

Hago una pausa y escucho. *Les trembles* susurran delicadamente. Una brisa serpentea a través de mi cabello. Por un momento, esta arboleda se siente como el otoño pasado: un pequeño refugio, apartado del peligro del bosque.

Una paz extraña se posa en mí, a pesar del miedo que me escuece la piel, la nuca. Y puedo sentir esos tambores, aquella canción, murmurando por debajo del viento.

Y lo escucho. Truenos sobre mí. Miro el azul del cielo sobre los álamos y veo nubes que se acercan rápidamente, de color gris oscuro, cargadas de lluvia.

Mi pulso se acelera. Encender la hierba para echarla a rodar en el valle será difícil bajo el agua. Pero cuando el estruendo aumenta, me doy cuenta de que no solo escucho los clamores del cielo: son cascos de caballos. Corriendo por el bosque, viniendo hacia mí.

Están aquí. Ahora es el momento.

Eisu aparece en el claro. Me ve y cambia de dirección, tirando de las riendas de su yegua en un giro brusco a la izquierda y dirigiéndola a los arbustos. En un instante desaparece entre los árboles.

Bestia se mueve y se tensa cuando lo hago girar, hacia el camino que lleva a la Encrucijada. Quiere correr. Tiro de las riendas y miro hacia atrás, mientras siento un fuego que corre por mi piel.

El primer jinete aparece en el claro, con sus hombros inclinados sobre su caballo, que corre veloz. Me ve. Y no tengo tiempo de pensar. La arboleda es pequeña, treinta trancos de ancho, no más, y si espero otro segundo él estará sobre mí.

Aprieto con mis talones e indico a Bestia el rumbo. Él salta por el camino con una fuerza que me quita el aliento y adelanta el cuello, estirando sus patas cuando lo espoleo de nuevo. Inclino mi cabeza, sintiendo cómo se esfuerzan sus músculos, mirando el suelo y la hierba difuminarse bajo nosotros; mi pulso corre a la misma velocidad que sus cascos. Puedo oír gritar al primer hombre, y me pregunto si está buscando una manera de abrirse hacia algún lado y cerrarme el paso. No la encontrarán. Los bosques aquí son densos, y el camino más rápido a través de ellos es el que ampliamos para el *travois*.

Solo necesitan quedarse detrás de mí.

No tengo idea de cuántos hombres me estarán siguiendo, suena a que muchos, pero Bestia es todo furia y fuerza bajo la silla de montar. Me siento viva. Fuerte. Valiente. Levanto la cara para verificar la distancia y veo que los árboles se abren

más adelante.

Las ramas sobre mí resuenan con fuerza. La lluvia está empezando. Las gotas salpican mi piel, se abren paso a través de las hojas de los álamos y me golpean como fuego.

Los hombres me están alcanzando; puedo sentirlos igual que una vez sentí al *malmaci*, sobre mi cuello.

Pero ya estoy cerca. Muy cerca...

Bestia salta el límite del bosque y pasa veloz al lado de la bandera roja que marca la Encrucijada, esforzándose en la pendiente. Me inclino hacia adelante mientras él reúne fuerzas y nos lleva hasta la punta. Mientras llegamos a la cima de la colina, echo un rápido vistazo a mis espaldas y cuento ocho, no, doce jinetes que nos persiguen. Que se acercan rápidamente.

Deprisa.

Vuelvo a echar mi peso sobre la silla mientras Bestia se apresura colina abajo, con sus patas traseras resbalando sobre las piedras. Cambia de dirección, se estremece, y yo me aferro con mis rodillas para no salir disparada por encima de su cabeza. Soy más ligera que un hombre, menos peso que pueda sacar de balance a Bestia mientras desciende.

Ellos tendrán que ir más despacio.

Cuando Bestia y yo alcanzamos el fondo, llevamos buena ventaja. La emoción me llega mientras me inclino sobre su cuello y nos abrimos paso hacia la Encrucijada, a toda velocidad hacia su lado lejano.

Pero la lluvia cae con fuerza ahora. Con un estremecimiento, me doy cuenta de que no puedo ver humo en las quebradas. El pánico corta mi emoción. Si los vigías no pueden encender la hierba...

Los hombres de León truenan en el valle detrás de mí.

Y ahora huelo el bendito olor del humo.

Miro bajo mi brazo. Los jinetes están en el centro mismo de la Encrucijada.

Se oyen disparos desde las quebradas, y uno de los jinetes en el centro del grupo cae. Veo uno de los cuchillos de Kane enterrado en su cuello mientras cae a la tierra. Otro más cae. Los jinetes delante de él se agachan, inclinando sus cuellos hacia las colinas. Espolean a sus caballos para que aceleren, pero los hombres más retrasados, en cambio, detienen a sus caballos y buscan una forma de retirarse.

Y ahora, zarzas en llamas están rodando quebrada abajo por ambos lados, cortando su ruta de escape. Volutas de humo negro se elevan, y sus caballos relinchan y giran. Miro hacia adelante sobre la cabeza de Bestia, con los disparos desde las colinas resonando en mis oídos.

Casi hemos llegado a la salida. La lluvia cae con más fuerza ahora. Mientras Bestia galopa hacia el lado lejano, busco en las colinas arbustos en llamas. No hay fuego de este lado de la Encrucijada. Mis entrañas se retuercen mientras cruzamos el borde. No habrá fuego para atrapar a los hombres de este lado.

Con suerte, nuestros rifles y los cuchillos de Kane darán cuenta de ellos primero. La roca a mi lado explota por un disparo, y envía miedo cálido a través de mí. Ahora los hombres de León me están disparando.

Bestia sale corriendo del valle y se mete entre los árboles. Voy hacia el norte, con el plan de dejarlos atrás y volver por Kane y Tom.

Pero mientras miro hacia atrás, mi corazón se salta un latido. Cuatro hombres han logrado pasar. Desde aquí puedo ver, por la forma incómoda en que uno toma las riendas con un solo brazo...

Es León.

Él grita a los otros: parece que les dice que no disparen, y hace correr más rápido a su caballo.

No puedo parar y volver atrás ahora: tengo que perderlos en el bosque. Espoleo a Bestia pero me doy cuenta de que estoy en la parte equivocada del bosque para algo así: los árboles aquí están espaciados, las quebradas ya quedaron atrás y los jinetes se acercan rápidamente.

Necesito ponerme a cubierto.

Bestia se afana a través de los arbustos, con gran esfuerzo mientras lo espoleo, pero puedo sentir cómo se está cansando.

Subimos la siguiente loma y me doy cuenta de que nos he traído directamente a una quebrada. Y en su centro, en pie, tan pacífica, como si el mundo entero no se hubiera puesto de cabeza en su interior, la cabaña.

La cabaña donde encontré a Matisa, donde hallé el diario que explicaba la transgresión de mi abuela, que me dio un nuevo comienzo. La cabaña donde encontré una verdad por la que, para ocultarla, el hermano Stockham estaba dispuesto a matarme.

Estoy otra vez donde todo esto comenzó.

Mi cabeza da vueltas. Los hombres están tan cerca de mí y mi aliento está tan acelerado que no sé qué hacer. ¿Adónde ir?

El sótano. Si puedo llegar antes que ellos, puedo ocultarme allí.

Como Kane y yo hicimos hace tanto tiempo...

Bestia galopa, desciende la pequeña colina, y lo espoleo alrededor del edificio, para detenerlo frente la puerta. De momento nos encontramos ocultos de nuestros perseguidores. Desmonto deprisa y lo golpeo en la grupa.

—¡Vete! —murmuro, y él salta y se aleja hacia la colina en el lado lejano.

Me esfuerzo por llegar a la puerta.

Se están acercando... Puedo escucharlos tronando mientras descienden la cuesta.

Entro, azotando la puerta tras de mí, y busco la trampilla que lleva al sótano. La abro y me arrojo al espacio frío y húmedo.

Los gritos de los hombres se oyen más cerca.

¿Habrán visto a Bestia? ¿Lo estarán persiguiendo?

Pero puedo escucharlos del mismo modo en que oí a Matisa y a los muchachos el

otoño pasado, deteniéndose ante la cabaña, con sus animales respirando pesadamente.  
Y ahora, silencio.

Un silencio de muerte.

Mi pulso corre tres veces más rápido de lo normal; jadeo de miedo. ¡Tonta!  
¡Tonta! Estoy atrapada.

Un rechinido. Y un golpe.

La puerta ha sido abierta. Deben estar tras ella, por si estoy armada.

No estoy armada. Ni de lejos.

Y aquí abajo, estoy muerta.



**M**e aprieto contra el extremo del sótano, en el lugar más oscuro. Las duelas rechinan sobre mi cabeza cuando los hombres entran en la cabaña.

—Ella entró aquí —una voz de hombre que conozco bien.

—¿Seguro?

—Totalmente —dice León. Hay una pausa. Un rechinado, directamente encima de mí.

La puerta del sótano se abre y entra luz en el espacio. Me encojo, aferrada a mi cuchillo. Una gran sombra bloquea el resplandor.

—Traigan algo de luz —ordena León.

Estoy atrapada, pero no voy a rendirme sin luchar.

Un rayo de luz apuñala el interior del sótano y me ciega. Hay un borrón: movimiento. Una mano toma mi muñeca y la tuerce con tal fuerza que yo gimo y suelto el cuchillo. Dos manos me arrastran por el piso de tierra: una me toma del brazo y otra del cabello. Mi cadera golpea los escalones de madera, uno tras otro, y soy arrastrada sobre la duela de la cabaña hasta el exterior. Puedo sentir los cabellos que me arrancan del cuero cabelludo cuando me arrojan sobre la tierra del exterior.

Parpadeo y me pongo de rodillas, intentando ver más allá del hilo de sangre que entra en mi ojo. Veo botas, cubiertas de lodo, y miro hacia arriba, pantalones sucios, un cinturón de municiones y un brazo enyesado, un rostro herido.

León, en pie frente a mí. Mirando detrás del cañón de su arma con un ojo hinchado.

Me pongo en cuclillas y miro, frenética, alrededor. Tres hombres armados están en semicírculo. La lluvia cae suavemente.

—Bien —dice León. Hace una mueca al mover el brazo en su cabestrillo y sacude la cabeza—. Supongo que no debería estar sorprendido.

Mi sangre está helada y mi aliento se congrega en mi pecho.

—Pero ya estoy harto de ocuparme de ti, Emmeline —dice—. Estoy realmente cansado, de hecho. Así que o me enseñas dónde está la cura —levanta su arma. Es la que tiene sus iniciales. El arma que, estoy segura, disparó a Tom— o te disparo.

Miro sus ojos grises y muertos, recordando las formas en las que me ha engañado,

cómo ha mentido. Me mantengo agachada, fingiendo negociar con él para poder conseguir un poco más de tiempo...

No es mi camino. Ya no.

La sangre fluye de mi sien a mi boca. Jalo el aire y escupo una gota carmesí a sus pies. Le sostengo la mirada.

—Dispárame —le digo.

Su rostro se retuerce de furia. Y algo más.

Miedo.

Miedo.

Pero tira del martillo de su arma y mi corazón se detiene cuando me doy cuenta de que me equivoqué. No está mintiendo. Esta vez no.

Cierro los ojos.

Un grito, como de alegría y pena a la vez, sacude los árboles.

León voltea hacia las colinas que nos rodean. Yo miro alrededor.

Han aparecido de ninguna parte, silenciosos como la escarcha.

Una docena, ¿más?, de jinetes a caballo. Parados en el risco, quietos como una piedra.

Los miramos desde abajo.

Se encienden: los caballos saltan hacia adelante, fluyendo por la ladera. Los jinetes aúllan, con su cabello negro volando como humo detrás de ellos, azul brillante destellando bajo sus pecheras de cuero. Un torrente de gritos y ruido de cascos ruge a nuestro alrededor como un gran viento.

Disparos.

León grita y tira su arma mientras su hombro salta hacia atrás. Los hombres a nuestro alrededor se agachan y buscan refugio.

León corre hacia la cabaña y yo me arrojo tras él, apuntando a la puerta, pero me apoyo con mi pie malo y me derrumbo. Caigo a la tierra y levanto mis brazos para cubrir mi cabeza.

Por todas partes, por todas partes, disparos.

Un golpe seco a mi lado me fuerza a abrir los ojos. Me retuerzo para alejarme del muerto antes de pensar en usarlo como escudo. Y un borrón de movimiento a la izquierda llama mi atención. León. Corre hacia los árboles. Está en el lado lejano de la cabaña y esta lo protege del ataque. Va a escapar...

Más disparos. Meto la cabeza bajo los brazos. Los disparos reverberan en mi pecho, en lo profundo de mis huesos, tan fuertemente que van a hacerme estallar...

Se detienen.

El torrente de cascos y piernas me rodea. Miro con los ojos entrecerrados los caballos, sus pechos fuertes y sus narices húmedas. Sobre sus cabezas, guerreros vestidos con el azul de los *osanaskisiwak* me miran. El símbolo del halcón brilla en sus pecheras de cuero.

Sohkâtisiwak.

Y el caos de los caballos se abre. Alguien se acerca a pie. Alguien con decisión, y puedo saberlo por la autoridad, lo puedo saber por la voz...

Se abre paso y se arrodilla junto a mí.

—Emmeline —dice.

Matisa.



**M**e arrojo a sus brazos y cálidas lágrimas me ciegan. La abrazo con firmeza, apretando mi rostro contra su hombro. Ella me aprieta también. Mi alivio es tan grande, y estoy tan llena de amor por ella, que es difícil respirar.

Aprieto mi frente contra su cuello.

—Yo... —Las palabras se agolpan en mi pecho—. Yo pensé... —Más lágrimas.

—Pensaste que no volveríamos a vernos —me dice al oído—. Eso también me preocupaba.

La abrazo más fuerte.

—No tenemos tiempo para esto —dice una voz familiar.

Me alejo, buscando a su propietario, y encuentro a Isi acercándose a través de un hueco entre la multitud, con aspecto fiero. Mis ojos se ensanchan y nuevas lágrimas fluyen. Él me mira frunciendo el ceño.

—Y no tenemos tiempo para lágrimas.

Un sonido sale de mí, algo a medio camino entre una risa y un sollozo.

La lluvia se ha detenido. Matisa sonrío y saca un trapo de la bolsa que lleva cruzada al hombro. Mientras lo aprieta sobre mi sien, siento el picor de carne viva y recuerdo cómo fue arrancado mi cabello. Estoy demasiado feliz para que me importe. La miro mientras ella limpia mi herida y siento una oleada de amor tan intensa que me marea. Y todo lo que puedo decir es:

—¿Cómo?

—A Lea y a mí nos encontraron los *sohkâtisiwak* después de la inundación —dice ella, mirando la herida—. Querían mi ayuda, pero insistí en buscarte. Entonces dos de su grupo nos encontraron y nos dijeron que estabas viva, que habías escapado del fuerte —sonríe—. Vinimos tan rápido como pudimos. Y encontramos a Isi en el camino.

Ella sonrío, pero el dejo de tristeza en su sonrisa me dice que sabe de Bly y de los otros exploradores que fueron asesinados afuera del fuerte por los hombres de León.

Me levanto con esfuerzo y miro alrededor. Entonces, Isi iba a regresar aquí por su cuenta. Solo por creer que si había una oportunidad, tenía que aprovecharla. Alivio y alegría fluyen a través de mí. Hay al menos veinte *sohkâtisiwak*. Y Lea está con ellos.

Ella levanta la mano y sonrío.

—Entonces... —Entrecierro los ojos—. ¿No estaban persiguiéndote para lastimarte?

Matisa niega con la cabeza.

—No quieren traicionar a los *osanaskisiwak*, solo desean un camino diferente.

Recuerdo que Charlie me dijo que los *sohkâtisiwak* habían soñado que necesitaban a Matisa para que los trajera a estos bosques.

Y ella lo hizo. Siguió el mismo camino que había tomado en el otoño... directamente a esta cabaña. ¿Es esta la razón? ¿Para ayudarnos contra...?

Una explosión detiene mis pensamientos.

Los guerreros miran hacia el suroeste, escudriñando los árboles.

Se oyen disparos lejanos.

Los hombres de León. Las oportunidades de atraparlos a todos eran pocas: lo sabíamos. Y los que quedan han encontrado la fortificación. Miro a Matisa. Ella adivina mis pensamientos.

—¿Dónde están?

—La parte suroeste del bosque. Pero si los hombres de León tienen las armas que tenía el Dominio, nuestros vigías no tendrán oportunidad.

—¿Lea? —pregunta Matisa.

—¿Cuántos hombres? —me pregunta Lea.

—No estoy segura. Podrían ser treinta o más. Atrajimos alrededor de una docena a las quebradas, al sur de aquí.

Lea llama a los jinetes y los reúne en un círculo a su alrededor. Matisa escucha mientras ella habla y me traduce las palabras.

—Lea encabezará a los *sohkâtisiwak* y hará salir a los hombres del fuerte a las planicies de Los Vigías, donde las armas de ustedes puedan alcanzarlos. Luego irán al poniente y los emboscarán por detrás, a pie.

—Pero sus armas...

—Pueden matar a muchos antes de que los hombres sepan siquiera que están allí. Y los hombres de León no tendrán otra opción que retirarse a las planicies. No querrán correr el riesgo de quedarse en el bosque.

—¿Los *sohkâtisiwak* seguirán a Lea?

Matisa asiente.

—Ella es una guerrera respetada.

—Kane y Tom están todavía en la Encrucijada —digo—. Podrían necesitar ayuda.

—Iremos —ella revisa mi herida—. ¿Puedes cabalgar?

—Estoy bien —tomo mi silbato y llamo a Bestia. Él aparece del lado opuesto de la quebrada y empieza a trotar. Inhalo profundamente y observo a los hombres de León dispersos a nuestro alrededor, con sus cuerpos cubiertos de flechas y agujeros de bala.

Hay algo que me molesta, en el fondo de la mente. Un recuerdo o sensación...

Isi monta el caballo restante y Matisa avanza tras él.

Lea ordena a los guerreros que partan. Están espoleando sus caballos para subir la quebrada. Y recuerdo a León, escapando a pie hacia el sur. Miro a los guerreros llegar a la cima de la colina oriental y un fuego de urgencia se abre paso a través de mí.

—¿Em? —llama Matisa. Isi dirige a su caballo hacia la Encrucijada.

Mi cabeza se dirige hacia ella.

—Los alcanzo —digo, haciendo un gesto para que sigan.

Pero el fuego brilla ahora con fuerza.

Mi sueño.

Mi sueño de correr por estos bosques.

Desesperada.

Con urgencia.

Siguiendo.

Persiguiendo.

*Deprisa.*

Espero a que Matisa e Isi lleguen a lo alto de la quebrada. Miro el suelo, buscando entre los cuerpos... Allí está. Tomo el arma de León y la guardo en mi *ceinture*.

Monto a Bestia y empiezo a subir la colina.

El pesado cinturón que León usaba está tirado en los arbustos en la parte alta de la loma. Debe haber sido una carga para él. Yo sigo hacia el bosque, en dirección suroeste. León escapó hacia el sur, sobre la quebrada, pero es poco probable que se arriesgue a acercarse a la Encrucijada. No. Se dirige de regreso a la seguridad de sus hombres. Urjo a Bestia, agradecida por su fuerza y su velocidad, pero nerviosa por el ruido que estamos haciendo. No soy lo bastante rápida para rastrear a pie a León, así que necesitamos correr el riesgo ahora, aunque él pueda escucharnos cuando estemos cerca. Hago una pausa para escuchar otra vez. Disparos.

Mis ojos revisan los arbustos, buscando el tipo de señales que Matisa o Isi podrían notar: plantas bajas aplastadas, ramas rotas.

Allí.

Las hojas de una planta más adelante están manchadas con sangre.

La herida del hombro de León.

Espoleo a Bestia.

Cuando llegamos al lecho seco de un arroyo, sé que hemos rodeado el bosque por el este y estamos acercándonos a las planicies de Los Vigías.

Una cabaña en ruinas aparece, vieja y a medio derrumbarse. Hay varias ruinas así por aquí, pero esta la conozco bien: es la de mis sueños. Más allá hay movimiento entre los árboles. León cojea por el bosque.

Hago que Bestia se coloque detrás de la cabaña en ruinas, lejos de su vista.

Podría atraparlo en un parpadeo. No está armado. Está herido y es lento. Miro su arma, que sigue guardada en mi *ceinture*. Me arrepentí de no haberlo matado allá en

el río. Esta es mi oportunidad.

Necesito acabar con esto.

Escucho, tratando de reunir fuerzas. Coraje. *Les trembles* hacen un ruido suave en el viento.

No, no es el viento: alguien se mueve entre los arbustos detrás de mí.

Giro sobre la silla y encuentro a Matisa abriéndose camino a través de los árboles.

—¿Qué haces? —murmuro, haciéndole señales para que se quede detrás de las paredes combadas.

Ella se acerca.

—Me quedo contigo —dice.

—Pero ¿y Kane y Tom?

—Mandé a Isi —mira el arma en mi mano—. ¿Vas a disparar?

Ella sabe lo que estoy haciendo.

—Supongo.

Sus ojos escudriñan mi rostro. Se suavizan.

—Haremos lo que Lea y los *sohkâtsiwak* están planeando contra los otros hombres —dice—. Obligaremos a León a salir a campo abierto, a las planicies de Los Vigías. Llévate a Bestia y corta hacia el oeste y el sur. Puedes ponerte entre él y sus hombres fácilmente.

—Hago ruido cuando cabalgo —digo.

—Ese es el sentido —dice Matisa—. Él está desarmado. Tratará de evitarte.

—Nosotras estamos casi desarmadas también.

—Él no lo sabe. Corta su camino hacia el sur y yo lo obligaré a ir hacia el este. Lo llevaremos a las planicies.

Algo me inquieta.

—¿Segura de que debemos separarnos?

—Sí. Y debemos darnos prisa —dice.

*Deprisa.*

—Ten cuidado —digo. Asiente.

—Tú también.

Rodeo la cabaña arruinada y me encamino al suroeste. Cuando estoy segura de estar al sur de León, dirijo a Bestia hacia el este y lo espoleo con fuerza. Los árboles pasan a mi lado como si volaran, y una sensación familiar se eleva en mi pecho. Urgencia.

Lo veo tambalearse entre los árboles. Pierde el equilibrio, con el brazo vendado y su cojera es peor que antes. Mira hacia atrás y cuando me encuentra espoleo a Bestia, asegurándome de cortar su ruta hacia el sur. Cambia de dirección hacia el norte, pero solo da unos pasos en esa dirección antes de detenerse y cambiar de curso otra vez.

Desde aquí puedo ver a Matisa entre los árboles. Aparece. Desaparece. Es claro que León la ha visto también. Nos movemos así, dejándolo estar justo delante de nosotras, haciéndolo creer que somos más lentas, durante varios pasos más.

Empieza a correr.

Azuzo a Bestia para que se apresure, siempre hacia el sur. Matisa acelera, manteniendo el paso de León hacia el norte. Él mira el espacio entre nosotras y da zancadas más largas. Nosotras mantenemos su paso, llevándolo hacia el este.

Los árboles ralean y dan paso a un espacio abierto en el lado lejano. Él baja la velocidad y se acerca a la última hilera de árboles. Los disparos se oyen más fuerte ahora. Puedo ver desde aquí que la pelea se ha movido hacia las planicies. Los hombres de León están huyendo del bosque, algunos a pie y otros a caballo. Disparan a las paredes y hacia los *sohkâtisiwak* entre los árboles, que los están haciendo huir. Los vigías, desde los muros, disparan a quien esté a su alcance.

León se detiene, atrapado entre nosotras y las planicies. Está a diez trancos de mí. Lo bastante cerca para que yo pueda ver la desesperación en el modo en que hace una pausa, en que decide.

Tiro de las riendas para detener a Bestia y saco el arma en mi *ceinture*. Extiendo el brazo, con los dientes apretados, y trato de estabilizar mi mano al apuntar. Soy una pésima tiradora.

Pero él no lo sabe.

Da la vuelta, con su mano libre levantada en señal de rendición. Tiene algo en ella. No es una pistola. Es algo que he visto antes...

Una granada.



Sonríe.

—Mejor déjame pasar, Emmeline —mira su mano—. O tendré que usar esto.

—No te muevas —le digo—. O tendré que dispararte —digo las palabras con tanta fiereza como puedo, aunque estoy mintiendo, por supuesto. No estoy nada segura de mi tiro. Y cuando falle él lanzará su granada.

Mira a Matisa, diez trancos hacia el norte. Y otra vez a mí.

—¿Segura? —Y veo que su pulgar se mueve sobre el explosivo, abriendo su cubierta.

La pistola tiembla en mi mano. La furia y la desesperación amenazan con ahogarme en una ola fría. Busco fuerza en mi interior, valentía. Busco el recuerdo de esos tambores, de esa canción.

Él levanta las cejas, expectante.

Mi aliento me deja en una exhalación temblorosa y la pistola cae de mi mano con un golpe seco. Encuentro la mirada de Matisa a través del espacio que nos separa.

El rostro de él se relaja en una sonrisa arrogante.

—Eso pensé.

Cree que no tengo el valor. Se ve en todo su rostro de complacencia. Pero no tiré la pistola por cobarde. Él lanzará la granada de cualquier manera, sin importar si tengo o no el arma. Y voy a asegurarme de que no la arroje a Matisa.

Porque hay otras maneras de ser valiente.

Da un paso y baja la mano que sostiene el explosivo, como si fuera a arrojarlo...

No pienso más.

Clavo mis talones en Bestia y lo hago saltar hacia adelante. León se congela, sorprendido. Las largas patas de Bestia reducen el espacio entre nosotros y me preparo. Me arrojaré del caballo sobre León, para dejar que Bestia se aleje del estallido. Me aseguraré de que esa cosa no abandone la mano de León. Pero ahora veo que Matisa está corriendo también. Hacia nosotros. Hacia León.

¡No!

León duda: intenta decidir a quién puede alcanzar con su lanzamiento. Un segundo demasiado largo. Estamos sobre él y hago lo único que se me ocurre: lanzo a

Bestia directamente sobre él. Solo tendré tres segundos cuando la granada llegue al suelo para levantar a Matisa y escapar. Bestia golpea a León con su fuerte pecho y lo tira de espaldas. El objeto salta de su mano mientras Bestia lo pisotea y sigue corriendo. Lo espoleo con fuerza, hacia Matisa. La levantaré, me la llevaré de...

El mundo se voltea. Estoy en el aire, ingrávida como una pluma. A la deriva. Planeando. Y ahora soy tan pesada como una piedra, cayendo hacia la tierra, con los arbustos desgarrando mis mejillas y mis manos al caer. Un golpe saca el aire de mis pulmones.

Oscuridad.

Me giro y encuentro los árboles. Dan vueltas, brillantes, sobre mí.

Por un momento me quedo tendida, mirando un círculo azul más allá de los álamos, mientras un estruendo clama en mis oídos.

Matisa.

Me pongo de rodillas y la llamo, pero no puedo oírme entre el clamor en mi cabeza. Polvo, espeso como el humo, pica en mis ojos. Me tambaleo y me pongo en pie mientras aspiro profundamente, pero no logro inhalar aire. Un dolor agudo se eleva por mi costado. Bestia yace, cerca de mí, con sus costados moviéndose como si se esforzara por respirar.

Cierro mi corazón a esa imagen y avanzo, con dificultad, buscándola.

Está a cuatro trancos de distancia, tirada en el borde de los árboles junto a las planicies. Su piel está salpicada de cortes, de los que empiezan a salir pequeñas corrientes que le cruzan el rostro.

Mi sueño.

Mi sueño en el que Matisa sangra a ríos, donde estoy arrojando tierra sobre ella.

Todo arde y brilla ahora en mi mente.

*Deprisa.*

Me apresuro, con mi cuerpo lento como la miel, tratando de alcanzarla.

Y ahora llega el sonido como un gran viento. Disparos. Gritos. Cascos de caballos. Alguien que dice mi nombre.

Está por todas partes a mi alrededor, pero todo lo que yo puedo ver es a ella. Caigo de rodillas y la jalo hacia mí con mis manos torpes. Acuno su cabeza y aliso su cabello.

Sus ojos están nublados. No pueden encontrar los míos.

Y a mi alrededor está el torbellino violento de sonido y humo y tierra que tiembla. Pongo una mano sobre su rostro. Estaba tan segura de que en mi sueño la curaba, tan segura de que mi sueño me mostraba la verdad sobre el suelo de aquí.

El sentimiento que tengo, cuando estoy enterrada... es de paz.

Sus palabras vuelven a mí de pronto.

—Matisa —murmuro.

Matisa gime suavemente. Sus ojos se enfocan en los míos.

Casi caigo sobre ella, del alivio. Está viva.

Lucha por incorporarse.

—¡No lo hagas! —le advierto—. Estás herida.

Tose y vuelve a acostarse.

—¡Matisa! —Es Isi, que se arrodilla junto a nosotras. Él pone una mano en su hombro, diciendo palabras en su lengua. Ella asiente y señala su brazo con la mano opuesta. Está herido, doblado en un ángulo extraño.

—Solo descansa —digo con fuerza. Me inclino y pongo un beso en su frente.

Isi nos envuelve a las dos con sus brazos, y aprieta su frente sobre mi cuello con alivio. Es un gesto tan impropio de él que casi me río.

Miro alrededor y veo a Kane corriendo por las planicies.

—¡Kane! —me desenredo de Isi y Matisa, y me levanto.

A nuestro alrededor, por todas partes, hay trozos de escombros, madera, y tierra y roca, y...

Y Bestia, tendido sobre su costado. Espero a ver el alzarse y caer de su pecho.

Nada.

Ahogo un grito y quiero ir hacia él, pero me detengo al ver un cuerpo tirado boca abajo entre los árboles destrozados. Un bulto sangrante y retorcido.

Inmóvil.

Señalo a León con una mano temblorosa. La mirada de Kane me sigue. Cambia de dirección y va hacia él.

—¡Ten cuidado! —grito.

Kane mantiene una mano en alto para tranquilizarme mientras observa de cerca. Mira a León por un largo momento. Cuando lleva su mirada otra vez hacia mí, su expresión es muy seria. Asiente.

Camina a zancadas hasta Bestia. Y cuando vuelve a mirarme, se ve tan triste por mí que mis ojos se nublan y no puedo dar ni un paso.

Mis rodillas se sienten débiles y tengo que caer sobre ellas para no irme de bruces.

Matisa tose y me vuelvo hacia ella otra vez, tratando de enfocarme en lo bueno. El enorme cuerpo de Bestia probablemente nos protegió a Matisa y a mí de lo peor de la explosión. Me salvó. Una última vez.

Y entonces me percato de la calma.

Los sonidos del caos desaparecieron. No hay disparos. No hay gritos. No hay ruido de cascos.

Lanzo una mirada hacia las planicies de Los Vigías. Los cuerpos están tendidos.

Tom sale de entre los árboles con la mano en alto y gritando para que los vigías sepan que deben detener el fuego. Lo sigue Lea y, detrás de ella, los guerreros *sohkâtisiwak* se aventuran al llano, mirando hacia arriba, a los muros de la fortificación, con las manos en alto como Tom.

Y, de la misma manera que lo hicieron por mí, hace una vida, los vigías bajan sus armas y cruzan una mano sobre sus pechos en señal de Paz.

Un grito de triunfo resuena entre los guerreros. Los vigías unen sus voces, haciendo eco del grito.

Ganamos.



Isi y Tom llevan a Matisa al salón ceremonial en lo que preparo un lugar para ella en la Casa de Sanación. Se mueve despacio y está un poco aturdida, pero por el modo en que frunce el ceño ante los cuidados de Isi, me parece que va a recuperarse.

Lea y algunos de los guerreros salen a recorrer los bosques, para asegurarse de que no quede ninguno de los hombres de León. Me quedo en las planicies, levantando escombros, mientras los vigías sacan los cuerpos de los bosques y los ponen en carretas para llevarlos a las Aguas Purificadoras.

Voces murmuran a través del espacio: una melodía suave después de los disparos y los gritos y los estallidos. El viento sopla, gentil, como si quisiera librar a este sitio del olor amargo de la sangre y la muerte.

—Em... —Kane ha aparecido detrás de mí. Tiene una pala en la mano.

No hemos ido hasta Bestia todavía. No he podido obligarme a mirarlo siquiera.

—Puedo tallar una lápida —ofrece—. Para la tumba.

Mi aliento se atora.

—Sería muy lindo —digo.

Deja la pala y se acerca a tomarme entre sus brazos. El destello de un movimiento lo detiene.

Eisu viene cabalgando a través de las planicies. Viene directo hacia nosotros. Su caballo se detiene sobre el polvo a pocos pasos de donde estamos.

—Viene un hombre. Está desarmado —dice, con la frente arrugada por la preocupación—. Es del Dominio.

La gente de mi asentamiento se amontona alrededor de las puertas, esforzándose por tener al menos un vistazo de la figura que conduce a su caballo a través de las planicies de Los Vigías. Él mira la escena con maravilla, y mantiene en alto su mano libre, agitando una tela blanca. Viene en paz.

Kane se me une mientras me abro paso a empujones hasta el frente de la multitud. Los vigías dejan las carretas. Los *sohkâtisiwak* se aventuran a través de las planicies y se forman en línea frente al hombre. Tiro de Kane para que los dos quedemos en pie junto a Eisu, que ha desmontado.

El hombre del Dominio está bien arreglado, con una chaqueta limpia y su bigote y

barba recortados. Su caballo está cepillado y luce bien alimentado.

La gente de mi asentamiento se esfuerza por ver. Puedo sentir la curiosidad y la desconfianza que pulsán a través de ellos. El hombre se detiene a unos seis trancos de nosotros y nos mira, un semicírculo de la más extraña mezcla de personas: mi asentamiento a un lado, con sus ropas gastadas y polvosas, y del otro los *sohkâtisiwak* en sus ropas de batalla de piel. Y Eisu y Kane y yo en medio.

—Buenas tardes —dice—. Extendemos la protección del Dominio para todos aquellos que... eh... —Duda, mirando a su alrededor— sean pacíficos.

La gente intercambia miradas.

La hermana Ann se adelanta de entre la multitud, cubierta en sudor y mugre. Sus manos están negras y hay una mancha oscura sobre su frente. Su cabello se escapa del moño que lo ata. Se limpia las manos en las faldas.

—¿En qué podemos servirle?

—Bueno... —Otra vez el hombre mira a su alrededor, con el ceño fruncido. Trata de encontrarle sentido a la escena. Mira la fortificación y los restos. Nota las carretas de los cuerpos y entrecierra los ojos—. ¿Esos son... hombres de Merritt León?

—Nos atacaron —responde la hermana Ann, con voz tranquila y mesurada—. Nosotros nos defendimos.

El hombre parpadea, mirando aún las carretas.

—Sí, claro. Yo... estoy complacido de verlos victoriosos —mira a las planicies—. Uno de nuestros batallones no tuvo tanta suerte en un intento reciente de reclamar su fuerte —sus ojos se desplazan hasta llegar a la multitud. Sigo su mirada y me doy cuenta de cuán sucios y salvajes debemos parecerle. Hace un gesto hacia nuestra fortificación—. Ustedes parecen estar muy... establecidos —parece aliviado.

—Hemos estado aquí por un tiempo —la voz de la hermana Ann tiene un dejo de ironía, como si ya hubiera tenido esta conversación.

—Sí —el hombre guarda el paño blanco en el bolsillo de su camisa y nos dedica una sonrisa cordial.

—¿Hay algo en que podamos ayudarle? —pregunta la hermana Ann.

—Ah, sí —duda—. ¿Hay alguien al mando? —Está claro que no se le ha ocurrido que la hermana Ann podría ser esa persona.

—Usted puede hablar libremente con todos nosotros.

—Por supuesto —se aclara la garganta y se endereza—. Mi superior quisiera unas palabras.

—¿Superior?

—Está acompañado de otros dos hombres, pero le aseguro que vienen en paz —apunta hacia el bosque—. ¿Puedo darles la indicación de que es seguro venir?

La hermana Ann asiente, un poco exasperada. El hombre camina al costado de su caballo y agita su bandera. Tres hombres emergen de entre los árboles. Chaquetas verde musgo y pantalones con botones brillantes. Y el hombre barbado de en medio se parece a...

Mi aliento se detiene.

Es el comandante del campo del Dominio: McKern.

¿Por qué está aquí?

Mientras cabalga, su mirada pasa sobre las carretas de los cuerpos y se detiene en los *sohkâtisiwak*.

De inmediato quiero regresar a la multitud, alejarme de él. Retrocedo lentamente, pero él aleja la vista de los *sohkâtisiwak* y la posa sobre mí. Mi corazón retumba cuando él entrecierra los ojos.

Luego aparta la mirada.

Miro mis ropas lodosas y manchadas de sangre, siento el sudor y la mugre que cubren mi piel. Mi cabello es una masa revuelta y ensangrentada. No me reconoce.

Se eleva en su caballo.

—Extendemos la protección del Dominio a todos aquellos que sean pacíficos — su voz suena más segura y estable que la del primer hombre.

—Comandante McKern —dice el hombre arreglado. Hace un gesto hacia la hermana Ann—. Esta es... este...

—Ann.

—Un placer —dice McKern, quitándose el sombrero.

La hermana Ann no está de humor para galanterías.

—¿De qué se trata todo esto?

—Una visita pacífica —le asegura McKern—. En nombre del Dominio. Estamos cartografiando el territorio y registrando asentamientos —hace un gesto hacia nuestra fortificación—. El de ustedes será una adición bienvenida a nuestros mapas.

—Y sin embargo, no parece sorprendido de encontrarnos aquí.

—Habíamos oído rumores de este lugar.

La hermana Ann espera.

McKern intercambia una mirada con sus hombres.

—Bien. ¿Cuánto...? —Parece un poco perturbado por el silencio de ella—, ¿cuánto tiempo han sobrevivido aquí?

—Largo tiempo —dice la hermana Ann—, décadas.

—¿Y han perdido a mucha gente debido a la enfermedad?

—¿Se refiere usted a la Hemorragia? —pregunta la hermana Ann. La boca de McKern se abre como si estuviera sorprendido. Y complacido—. No, desde hace *mucho* tiempo.

—Entonces aquí están protegidos de ella.

—Lo dice con anhelo de confirmación.

McKern vuelve a mirar a la multitud. A los *sohkâtisiwak*.

—¿Habría algún lugar donde pudiéramos hablar más cómodamente, en privado? —pregunta a la hermana Ann.

—Lo que tenga que decir puede decirlo aquí y ahora.

—Muy bien —otra vez se yergue sobre su silla de montar—. Sí, la verdad es que

esperábamos que ustedes tuvieran información acerca del mal. Hemos perdido a muchos hombres por culpa de esa terrible enfermedad.

—Necesitan un remedio.

McKern se inclina hacia adelante.

—¿Tienen ustedes algo así?

La hermana Ann mide al hombre. Silencio.

—El Dominio no puede traer ley y orden al noroeste sin él.

La hermana Ann frunce el ceño.

—Parece que la transgresión venía del este —y señala las carretas de los cuerpos.

—En cada montón de manzanas hay algunas podridas —dice McKern—. Nuestra ley aseguraría que ustedes estuvieran protegidos de personas como Merritt León.

—Nos protegimos solos bastante bien.

—Eso veo —dice McKern—. Pero con nuestra ley no habría necesidad de hacerlo —hay otro silencio. La hermana Ann inclina la cabeza a un lado.

—¿Y si nos negamos?

—Sería de su interés aceptar nuestro gobierno —la mandíbula de McKern se mueve—. El Dominio se expandirá en paz cuando sea posible y por la fuerza cuando sea necesario.

La hermana Ann echa un vistazo a la multitud. La gente empieza a murmurar.

McKern levanta una mano.

—Pero no hay necesidad de decir estas cosas si nos proveen con el remedio. El Dominio no cuestionaría su propiedad de estas tierras.

Pero... ¿por qué está haciendo exactamente la misma propuesta que los *osanaskisiwak* ofrecieron? ¿Para qué venir hasta acá por el mismo trato?

Un escalofrío me toca el cuello.

—Usted dice que nos dejarían vivir a nuestro modo.

—No exactamente. Regresarían a la ley que dejaron cuando se establecieron aquí. Una vez más serían parte del Dominio. Parte de nosotros.

Ellos no son parte de nosotros.

Escucho el rumor y miro alrededor los rostros interesados, las miradas inseguras.

El pánico golpea mi corazón. Ser parte del Dominio podría no ser tan malo para este asentamiento, pero entregar el remedio destruye toda posibilidad de que la gente de Matisa negocie su propia libertad. Estaba tan segura de que mi gente entendería... Les confié la verdad para que pudieran hacerlo. Ahora todo lo que haría falta es que una persona revelara...

—¿Y cómo sabríamos que ustedes mantendrán su palabra? —pregunta la hermana Ann.

No. No podemos.

—He redactado un acuerdo —McKern hace un gesto al hombre arreglado, que tiende la mano hacia las hebillas que cierran una bolsa en su silla de montar. Saca un rollo de pergamino y lo sostiene en alto—. Es un contrato simple —explica McKern

—. Su remedio a cambio de la protección del Dominio.

La hermana Ann avanza hacia el hombre, pidiendo el pergamino con un gesto.

Él lo tiende, con expresión de alivio. Hay un silencio mientras ella desenrolla el pergamino y revisa el escrito.

Estoy congelada en mi lugar, con la lengua entumecida de miedo. Rehusar la oferta de McKern ahora requiere ver más allá de nuestra ganancia inmediata, elegir algo más grande que nosotros mismos. Puedo sentir a los *sohkâtisiwak* parados, silenciosos, esperando, después de arriesgar su vida para ayudarnos.

Por favor, que mi gente vea...

—Según entiendo, los primeros pueblos se han acercado al Dominio ya con un acuerdo similar —dice la hermana Ann, levantando la vista del pergamino—. ¿*Osanaskisiwak*?

La sorpresa en el rostro de McKern es casi cómica.

—Sí —dice, mientras recupera la compostura—, pero esas negociaciones se retrasaron. Cuando supimos de este lugar, supe que nos ofrecía una mejor oportunidad.

—¿Ellos no les ofrecieron el remedio?

—Lo hicieron. Pero no teníamos forma de saber que cumplirían su promesa.

—Qué curioso —dice la hermana Ann—, parece que fueron ustedes quienes no cumplieron su palabra.

Un rumor crece entre la multitud. Mi corazón salta. McKern levanta las manos.

—No hemos ido contra su valle.

—Pero están aquí.

—El acuerdo no estaba tallado en piedra.

Podría dar un paso adelante ahora. Podría aclarar todo con mi gente: decirles exactamente qué dijo McKern cuando Huritt y yo nos sentamos dentro de su tienda y ofrecimos la ayuda de los *osanaskisiwak*.

Pero no serviría de nada.

No les impediría elegir lo que él ofrece.

—Mire —dice—, el Dominio desea expandirse. Para hablar claro, estas tierras y personas salvajes necesitan ley y orden.

—¿Está diciendo que somos salvajes?

—Por supuesto que no. Claramente ustedes son diferentes.

—¿Diferentes de Merritt León?

—Y... otros —se refiere a las tribus de los primeros pueblos.

—¿Y cómo es eso?

—Bueno, ustedes son como... nosotros.

Hay un largo silencio.

Y ahora la multitud se mueve. Un hombre alto y con cicatrices en el rostro se adelanta. Luc. Tiende la mano al pergamino. Ann se lo entrega y él gira, sosteniéndolo, bien erguido.

—*Je choisis mon propre chemin* —declara, haciendo eco de mi discurso de la otra noche en el salón ceremonial—. *Je choisis une nouvelle vie.*

Elijo mi propio camino. Elijo una nueva vida.

El aliento se atora en mi garganta.

Lo miro enrollar el pergamino y colocarlo en el bolsillo del hombre. Le da una palmada, se da vuelta y cruza hasta donde Kane y yo estamos, junto a los *sohkâtisiwak*.

Su brazo está cruzado sobre su pecho, haciendo el símbolo de la Paz.

Y ahora, más vigías se mueven a través de la multitud, para pararse junto a nosotros. Ellos también hacen el signo de la Paz. Se yerguen detrás nuestro, formando un círculo de fuerza y determinación. Y, poco a poco, otras personas empiezan a unírseos. La hermana Ann. El hombre tras ella. Una muchacha.

McKern observa consternado mientras la multitud cruza el semicírculo para unirse a nosotros. Uno por uno vienen, con las manos sobre sus pechos, hasta que todos estamos en pie juntos, delante de los hombres del Dominio. Miro alrededor y de regreso a los *sohkâtisiwak*, que están en pie, fuertes y orgullosos, y me doy cuenta de algo.

Ellos soñaron que había algo poderoso en estos bosques.

Tenían razón.

Miro a Kane, con los ojos nublados de lágrimas.

—Tendrán el remedio, pero no nos someteremos a su gobierno —dice la hermana Ann—. Deben llevarse su acuerdo de regreso al valle y terminar sus negociaciones —su voz resuena por las planicies—. Nuestra voz está con los *osanaskisiwak*.



**S**ol resplandeciente, cielo sin nubes.

Esta estación es la más corta; debería también ser la más dulce.

Después del viento áspero y mortífero de *La Prise*, cuando la existencia descansa en el filo de la navaja, después de la conmoción del Deshielo, cuando el cambio ha destruido todo lo que parecía seguro, el verano es el descanso, la respuesta.

Se desborda de calor, de alegría, de vida.

Mis recuerdos están llenos de verano: mi cabello agitado por el suave viento de la noche, la piel empapada de la luz de estrellas imposibles. Tambores y voces hacen eco de mi corazón, me llenan de propósito, me mueven hacia adelante, al calor del fuego. Y todo se siente como si mis sueños se hubieran cumplido al fin.

El verano es dulce.

Pero también amargo.

Tierra seca y campos polvorientos y huesos secados al sol. Fuertes vientos e incendios que comen la carne de los árboles. Días que se extienden interminables, luz hiriente cuando debería haber oscuridad.

Y las cosas que se han hecho, las cosas que se han pedido a otros... el costo de todo ello queda a la vista en el resplandor.

Los cuerpos que llenaban las planicies de Los Vigías, que salpicaban los bosques, que ensuciaban el lecho seco del arroyo, se han ido, tomados por las corrientes de un río que ya no se desborda.

Enterramos a Bestia donde murió.

La dulzura del verano no viene sin sacrificios. La persona que eras al dormir en el abrazo helado del invierno asesino, soñando con una vida más allá... esa persona también se ha ido. Ha cambiado.

Una temporada de prueba.

Amarga.

Pero dulce.

Y mientras estoy en pie sobre el muro, mirando hacia fuera, por encima de árboles ahora cansados de la estación del calor, mientras recuerdo a las personas reunidas, juntas, en estas planicies, eligiendo un nuevo camino, sé que la promesa del

verano es como cualquier otra: incierta pero llena de esperanza. Y cuando se encara la elección de vivirla, a pesar del sabor agridulce, abres tus brazos al esplendor del sol.

Caminas a través de su fuego.

Y te levantas de entre las cenizas.



**L**es *trembles* murmuran suavemente sobre mí, elevándose hacia el cielo azul brillante.

Me apresuro hacia el bosque, sintiendo los murmullos del cambio. Cada día el sol es menos fiero. Cada día se alargan las sombras.

Estos árboles cambiarán pronto. Sus hojas adoptarán tonos dorados y naranjas, en un último despliegue brillante antes de caer y cubrir la tierra de restos mohosos.

A medida que los días se acorten, los árboles dormirán y se verán como la muerte, quebradizos y tristes. Silenciosos. Pero cuando los días se alarguen otra vez, ellos lo sabrán. Despertarán, estallando en la existencia con susurros urgentes.

Encuentro cuatro arbustos verdigrises, suaves, creciendo juntos en la base de un árbol. Me arrodillo y saco el bastón de mi *ceinture*. Cavo alrededor del primer arbusto, con cuidado para no perturbar a las otras plantas, aflojando la tierra alrededor de las raíces para poder levantarlo. Mi mano sostiene el tallo húmedo y la tierra cae por entre mis dedos mientras lo levanto. Una lluvia de terrones cae al suelo.

Hago esto con cada una de las plantas y las coloco cuidadosamente dentro de mi bolsa.

Mientras me ocupo de la última, recuerdo a Isi con su expresión de impaciencia frente a mí.

No es un bebé.

Hoy eligió quedarse en la Casa de Sanación para revolotear alrededor de Matisa. Ella dice que está harta de sus cuidados, pero puedo ver que también le complacen un poco. Su mirada lo sigue mientras él se mueve por el lugar en busca de cualquier cosa que ella pida, o ayudándola a pararse aunque ya puede hacerlo sola.

Pero mejor que esté allá y no aquí, fastidiándome a mí. Porque lo que le respondí era muy serio: *Nuestro destino depende de esta planta y la trataré como bebé cuanto yo quiera.*

Miro hacia arriba, a las ramas gemebundas de *les trembles*. El recuerdo de la Gente Perdida es fuerte en estos bosques, pero sus voces han callado desde hace mucho. Callan porque ya no están perdidas.

Todos hemos sido encontrados.

El crujido de una rama interrumpe mis pensamientos.

Me levanto al darme cuenta de que no estoy sola. Alguien está cerca. Escudriño el bosque. Los arbustos están inmóviles. Hago una pausa y escucho con atención. Nada más que el suave viento en los álamos y el trinar de los gorriones...

—¡Soñadora!

Grito, sorprendida, mientras dos brazos fuertes me atrapan y me hacen girar. Quedo apretada contra un pecho firme y aspiro profundo el aroma a madera ahumada antes de apartarme y empujar a Kane con las dos manos.

—¡Altísimo!

Él se tambalea hacia atrás, pero está fingiendo. No puedo empujar con tanta fuerza para hacerlo caer. Sonríe.

—¿Ya estás maldiciendo? No es ni mediodía.

—¡Me asustaste!

—¿Lo hice?

Cruzo mis brazos y trato de no mirar ahí, donde su camisa está abierta. Siempre está así. ¿Por qué me sigue llamando la atención?

—Lo estabas intentando.

—Estabas perdida en tus sueños despiertos, eso es todo.

—Perdida en mis sueños despiertos.

—Sí. Ya sabes: escuchando cosas que nadie más puede oír, viendo cosas que nadie más puede ver.

—¿Y me tomaste por sorpresa porque soñaba despierta?

—No hice eso. Corrí. Ya sabes que me parece irresistible —su mirada me recorre.

Aprieto los labios.

Me tiende la mano.

—¿Te acompaño de regreso?

Inclino la cabeza como si lo considerara.

Suspira. Rápidamente toma mi mano y me acerca a él. Pone un brazo bajo los míos y el otro bajo mis rodillas.

—Está bien. Te cargo de regreso.

—¡Kane!

Me levanta y empieza a caminar por el bosque, zarandeándome a cada paso.

—¡Cuidado con mi bolsa! —grito—. ¡Las plantas! —Pero ríe cada vez más con cada zarandeo y con lo tontos que debemos vernos, moviéndonos con dificultad por el bosque como un animal enloquecido.

Él me devuelve al suelo cuando llegamos a las planicies de Los Vigías, pero no me suelta. Sus manos se cierran sobre la parte baja de mi espalda y sus ojos se oscurecen, decididos. Se acerca.

Pongo mi mano en su pecho y lo aparto.

—Podrías haberme besado en el bosque —digo. Hago un gesto hacia la gente del asentamiento, que labora en las planicies llevando lo que ha recogido o poniendo cosas a secar—. Allá nadie podía vernos.

—¿Crees que me importa ser visto? —se burla Kane. Echa una mirada a los trabajadores—. No les rendimos cuentas.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿No será que estabas *buscando* que nos vieran?

Sus manos me aprietan y todo en mi interior se estremece. Él acerca su cabeza.

—Que nos miren —dice con voz grave, y acerca su boca a la mía.

Lo beso, sintiéndome imprudente. Toco su rostro con las puntas de mis dedos y luego paso mis manos por sus cabellos, tirando un poco porque sé que eso vuelve sus besos más insistentes.

—¡Em! —Una vocecita detiene mis manos. Giro mi cabeza bruscamente y los labios de Kane se deslizan por mi mejilla. Es la pequeña Edith, corriendo hacia nosotros por las planicies. Me aparto, ignorando las protestas de Kane. Edith empieza a hablarme como solía hacerlo y no quiero desanimarla dando la impresión de estar ocupada... aun cuando en verdad preferiría estarlo.

Su cabello rubio brilla mientras sus pequeñas piernas se esfuerzan por llevarla a través de la hierba de la pradera.

—¡Mira! —grita. Hay algo en su mano. Se detiene ante nosotros—. ¿Ves? —Abre la palma y me enseña un terrón de barro. Tiene la forma de... bueno, de algo con no muy buen aspecto, en realidad, aunque sé que fue hecho con la intención de parecer humano. Sus ojos están hechos de bayas de enebro, así que son demasiado grandes para la diminuta cara, y un trozo de corteza está adherido al torso como si fuera ¿ropa?

—¿Quién es? —pregunto, perpleja.

—Es un sogatisá —responde.

Miro su rostro, sin entender. Frunce el ceño.

—Los que nos salvaron.

Se refiere a los *sohkâtisiwak*. Lo miro de cerca.

—Ah, sí, puedo verlo ahora. Está... mmm... está perfecto —estiro mi mano—. ¿Es para mí?

—No —dice ella, apartándolo con expresión seria—. Se los voy a dar a ellos cuando vengan.

Escondo una sonrisa. Lea y los *sohkâtisiwak* salieron a la aldea de Matisa con tanto remedio como podían llevar. Los *sohkâtisiwak* se reunirán con la gente de Matisa ahora que las preguntas de sus sueños tienen respuesta. Ofrecieron regresar con nosotros con líderes *osanaskisiwak*, incluyendo al círculo de sanadores. El asentamiento ha planeado una fiesta para cuando lleguen y todos han estado haciendo preparativos.

Incluso Edith.

—Les va a encantar, ratoncito —digo.

Ella asiente, todavía seria.

—Haré más —se da la vuelta y regresa al fuerte. Miro a Kane.

Él levanta una ceja.

—¿Les va a encantar?

Levanto las manos, indefensa.

—¿No... *parecía* una persona?

—Bueno, esperemos que el festín no *parezca* comida.

Empujo su brazo.

—Tú podrías hacer pasteles. Eres muy bueno en eso.

—No vuelvo a hacer eso —dice él, frunciendo el ceño. Inclina la cabeza—. A menos que me permita quedarme solo contigo...

Sonrío, mirando a Edith correr hacia el fuerte.

—¿No deberían estar aquí ya? —pregunta Kane, refiriéndose a Lea y los demás.

—Ya vienen —digo.

Matisa e Isi aparecen en la puerta norte, caminando juntos. Edith, que entra corriendo, los obliga a apartarse.

—Ven —tiro de Kane para que los encontremos a mitad de las planicies.

Isi lleva una cobija e intenta, sin éxito, ponerla sobre los hombros de Matisa. El cabello de ella está suelto y lustroso, y lo pasa detrás de una de sus orejas mientras aparta la cobija. Curé su brazo siguiendo sus instrucciones. Todavía está atado a su costado, pero dice que no le duele. Isi insiste en darle el té de sauce de cualquier manera.

—Estás lejos de la Casa de Sanación —le digo mientras se detienen ante nosotros.

—Sí —responde Isi, haciendo una mueca—. Lo está.

—Una semana de poco movimiento es difícil. Dos semanas me están matando —ella sonrío dulcemente.

—¿Estás bien? —le pregunta Kane.

—Muy bien —dice—. Mi brazo se siente curado. Pero alguien está actuando como si su cerebro estuviese alterado.

Isi frunce el ceño.

—Finalmente *âmopiyesîs* tiene que quedarse quieta —dice—. Y eso es lo que la mata.

Ella ríe, y el rostro de él se relaja y se convierte en uno tan expuesto, que debo apartar la mirada.

Mis ojos vuelan hacia los altos riscos del otro lado del río y a la ribera, donde Tom y Eisu suben en dirección a nosotros. Los saludo. A medida que se acercan, veo que Eisu tiene tres peces destripados colgando de una vara. Las manos de Tom están vacías. Hambre trota entre ellos y levanta las orejas cuando me ve. Sonrío.

—¿Atrapaste todos esos? —pregunta Kane a Eisu cuando están cerca. Eisu asiente.

—El sol ya está demasiado caliente. Han dejado de picar.

—¿También estabas pescando? —le pregunto a Tom—. Solías no ser tan malo.

—Sobre todo estaba mirando —dice Tom. Inclina su cabeza hacia Eisu—. ¿Lo han visto cuando se concentra en algo? Es... fascinante —Eisu sonríe y sacude la cabeza.

Matisa se estira con su brazo bueno e inclina la cabeza hacia el sol.

—Es tan agradable estar aquí afuera —dice.

Las planicies de Los Vigías se extienden a nuestro alrededor y los bosques, más allá, susurran suavemente. Detrás de nosotros, los ríos fluyen, silenciosos.

Aquí se está en paz. Muy en paz.

Un tañido perfora el aire. Mi cabeza se vuelve a la atalaya, a la persona oculta que hace sonar la campana. Suena una, dos veces, y, mientras la gente deja sus tareas y se yergue para ver al bosque, diez veces más.

Alguien viene.

Miro a Matisa, la sonrisa feliz en su rostro.

Y los *osanaskisiwak* aparecen, silenciosos, como fantasmas entre los árboles, cabalgando hacia las planicies en sus altos y elegantes caballos. Sus cabezas están erguidas y sus cabellos adornados con plumas y cuentas de colores. Muestran sus rostros. Levantan las manos para saludar o, tal vez, en señal de victoria.

Los jóvenes salen corriendo de las puertas. Edith está entre ellos, avanza hacia los caballos, con la horrible figura apretada entre las manos.

—Todo está bien —murmura Matisa—. En este momento todo está bien.

El valle de Matisa está en paz. Este asentamiento tiene la protección de los *osanaskisiwak*. Y, a petición de Huritt, el Dominio dejará la aldea de Genya. En este momento, todo está bien.

Miramos mientras la gente de Matisa detiene a sus caballos. La gente de mi asentamiento se amontona a su alrededor y sus saludos de bienvenida llegan hasta nosotros llevados por la brisa del verano. Charlando, riendo, instan a los jinetes a llegar a las puertas.

—¿Qué va a pasar ahora? —Quiere saber Tom.

—Comeremos —dice Isi.

—Y contaremos nuestras historias hasta que la gente se canse de escucharlas —agrega Matisa, sonriéndome.

—¿Pero después?

No está hablando de la gente de Matisa y el asentamiento, de los planes que harán. Está hablando de nosotros, de nuestros planes.

Miro a mis amigos.

Aún hay mucho que no se sabe: cómo exactamente se compartirá esta tierra, cuánto tiempo estará contento el Dominio con los términos que fijó la gente de Matisa, si hay otros como León en alguna parte, deseosos de reclamar territorio.

Pero Matisa está mejor ahora. Puede montar. Regresará al valle y al círculo de sanadores de su aldea, para estar allí cuando propongan un nuevo camino a seguir. Kane está ansioso de regresar con sus hermanos. Y ahora podremos visitar la aldea de

Genya sin sufrir daño.

Pero después...

Al sentir el amor de mis amigos brillar sobre mí, resplandeciente como el sol, un pequeño fuego se enciende en mi interior. Pienso en volver a salir allá, a las tierras salvajes. En busca de nuevos lugares para nosotros, nuevos sitios desconocidos.

Kane se acerca y me busca. Las puntas de mis dedos tocan la palma de su mano mientras él toma la mía con firmeza.

—Después... —empiezo a decir. Miro alrededor, desde las planicies de Los Vigías hasta el bosque.

—Nos iremos, ¿verdad? —dice Tom.

Encuentro los ojos de Matisa. Y los de Kane.

—Sí —digo—. Nos iremos.

Un viento suave sopla sobre las planicies, y alzamos nuestros rostros para encontrarlo, compartiendo el mismo aliento profundo.

Y sé cómo será cuando partamos. Experimentaremos lo que sentí hace todos esos meses, cuando me aventuré por vez primera en los bosques. Entonces, cuando estuve en pie en medio de aquella espesura secreta, mis pies parecían echar raíces en el suelo del bosque y los árboles a mi alrededor formaban un refugio. Un lugar al que podía pertenecer.

Puedo sentirlo a nuestro alrededor, flotando en la brisa del verano tardío, en las corrientes del río: un conocimiento que me llena de esperanza y hace latir con fuerza mi corazón.

El mundo se abre frente a nosotros. Tantas cosas que ver. Tantos lugares adónde ir.

Y lo haremos. Abriremos nuestros corazones y trazaremos nuevos caminos para nosotros, descubriremos nuevas cosas desconocidas, sabiendo que la decisión nos corresponde, sabiendo que pertenecemos a esta tierra.

Que pertenecemos a esta vida.

Esta nueva vida.

## Agradecimientos

**L**a serie que originó *Invierno asesino* es literatura fantástica, y ha sido inspirada por narraciones de los pioneros del oeste norteamericano y por un paisaje natural que me es muy querido. Ha sido un privilegio para mí escribir estos libros: preguntarme cómo han ayudado los conceptos de miedo y esperanza a dar forma a nuestras realidades, reflexionar acerca de las historias que nos contamos y examinar qué voces son las que se nos ha permitido escuchar. Dado que yo no sufro las consecuencias de eventos históricos injustos, tengo el lujo de reimaginar el pasado. Dado que nunca se me ha negado el acceso a esta tierra, tengo la oportunidad de exaltar su belleza. Soy de los que llegaron después y me siento extremadamente afortunada de estar aquí.

Aquel privilegio incluye que he contado con personas que me han animado y guiado en la empresa literaria. Las siguientes personas tienen mi profunda gratitud por hacer posible este libro.

A mi agente, Michael Bourret: por encargarse de todo, siempre. Por ayudar a articular lo que necesito, por responder mis mensajes en sesenta segundos o menos, por descifrar mis acrónimos EEM y TO.

A mis fantásticas editoras, Erica Finkel en Abrams/Amulet y Alice Swan en Faber & Faber: por ayudarme a escribir el final de la serie que siempre imaginé, solo que muchísimo mejor. Estoy tan agradecida con ustedes por su guía y consejo.

A todos en Abrams/Amulet, en especial a Susan Van Metre, Michael Jacobs, Jim Armstrong, Nicole Russo, Jason Wells, Mary Wowk, Jess Brigman, Elisa Gonzalez, Maria T. Middleton, Shane Rebenschied y Julia Marvel, por toda su amable atención a mi trabajo.

Al equipo en Faber & Faber, incluyendo a Leah Thaxton, Grace Gleave, Emma Eldridge, Rebecca Lee, Susan Holmes, Hannah Love, Naomi Colthurst, Natasha Brown, Mohammed Kasim, Will Steele, Jack Murphy y Helen Crawford-White: por todo, a lo que se suma un fantástico relanzamiento.

A mi agente de derechos en el extranjero, Lauren Abramo: por compartir mi trabajo en lugares extranjeros y fantásticos, y también por ser tan abierta al uso de capas.

A los agentes Caspian Dennis, Anna Dixon y Kate McLennan: por cuidar las cosas en Reino Unido.

A Dana Alison Levy, cuyo amable apoyo me mantiene escribiendo palabras en las páginas: por estar perpetuamente disponible para reflexionar, para ser condescendiente con Kate y también para animarme.

A Raquel «Sostén Mis Pendientes» Allen, cuyas lecturas primarias son legendarias: gracias por estar en mi esquina.

A mis comunidades de escritura (las *litbitches*, las Fall Fourteeners y OneFour kidlit) y a mis nuevos amigos escritores: por conmisarse, animarme e ilustrarme.

A Thérèse Romanick: por la ayuda con el francés. *Je t'aime*.

A Carl y Reuben: por compartir tan generosamente su conocimiento de los pueblos cree.

A Jennifer St. Arnault: por mantener viva a Emmeline cuando se creía sola.

A mis chicas de Rimbey (Amanda, Nicole, Lisa, Heidi, Christine y Liz) y mis amigas de Edmonton (incluyendo las que actualmente no se encuentra allí): por todo el ánimo y el apoyo.

A mi familia de sangre y también política: por el apoyo y amor incondicional. A mis padres, por lo ya mencionado, y por leerme en voz alta cuando era niña. A mi hermano, Tim: por hablar de logística conmigo *ad nauseam*. Entiérrame con tus historietas, por favor (cuando llegue el Asesino).

A Marcel, Matias y Dylan: por estar orgullosos de mi trabajo y de mí. Los amo más allá de cualquier medida.

A mis jóvenes lectores que siguen sus propios caminos: ustedes hacen del mundo un lugar más luminoso.

Y, para terminar, a todos los que han viajado con Emmeline hasta lo último y, finalmente, hasta un nuevo comienzo: gracias desde el fondo de mi corazón.



KATE A. BOORMAN. Es una artista y escritora independiente nacida en Nepal (de donde fue llevada al Himalaya en una canasta), creció y fue criada en las praderas canadienses de la pequeña ciudad de Rimbey (donde montara en bicicleta en Girl Guides). Tiene una Maestría en Artes en Teoría Crítica Dramática, y un currículum laboral repleto de la típica colección de trabajos absurdos y extravagantes.

Le encanta cavar en la tierra, sentarse bajo el cielo estrellado con sus amigos, y viajar a tierras lejanas con su familia. Es miembro de The Writers Guild of Alberta y de la Asociación Internacional de Escritores de Novelas de Suspense.

Su debut en la ficción para jóvenes adultos, el *thriller* de historia alternativa *Winterkill*, fue finalista del Premio Alberta Readers 2015, obtuvo un OLA Best Bets YA en 2014, y fue el ganador del premio Alberta Writers Guild R. Ross Annett en 2016. La secuela *Darthaw*, salió a la venta en 2015 y la revista *Voya* la llamó cuento de supervivencia sobrecogedor y oscuro. *Heartfire*, el tercer libro, fue lanzado en 2016. La serie vuelve a imaginar un asentamiento del oeste de América del Norte y se inspira en las topografías y las historias locales.